PALESTINA, MON AMOUR

ALFREDO BONANNO



Palestina, mon amour

Cuarta edición

Alfredo M. Bonanno

2007

Índice

A falta de una introducción a la tercera edición

Queridos camaradas,

Tu invitación a volver, juntos, a los escritos que recogí en el librito *Palestine*, *mon amour*, me ha hecho pensar mucho. Volver sobre los propios pasos no es algo que me guste mucho, soy, de hecho, muy mal lector de mis propios libros y cuando me veo obligado a editar una segunda edición sufro las penas del infierno.

Sin embargo, la cuestión es un poco diferente de lo habitual. En efecto, la cuestión judeo-palestina, o como mejor pueda identificarse en una de las muchas fórmulas igualmente traicioneras, me acompaña desde hace un cuarto de siglo, por lo que no puede decirse que nunca haya vuelto sobre mis pasos, reflexionando y a veces incluso lamentando elecciones hechas y no hechas, aceptaciones y rechazos, arrebatos de amor y estribillos de odio. De todo esto no pensé en absoluto en hacer balance en el cuaderno que nos ocupa. ¿Qué sentido tendría hacer un balance?

Ahora me vienen a la mente mil cosas, y me gustaría hablaros cada una de ellas, pero luego me doy cuenta de que muchas de estas cosas, sentimientos, miedos, alegrías, esperanzas, experiencias, amigos y compañeros vistos en su momento extremo de la vida, cuando las palabras se detienen ante la única realidad posible, la definitiva, personas desconocidas, mujeres, niños, un teatro increíble de la vida, también porque está lejos, muy lejos, de todo lo que generalmente constituye la experiencia que nos lleva a reflexionar, racionalizar, distinguir.

Pero, ¿cómo hablaros de estas cosas? No me atrevo, parecerían, ahora, en la frialdad de los entusiasmos aplacados, en la lejanía de los contrastes apenas comprensibles, casi una coartada, un sucedáneo de la comprensibilidad victoriosa, la que hace de la razón un escudo y un campo de minas. Y, sin embargo, en las contradicciones y vacilaciones, cuya inquietante pretensión se esconde entre las líneas de mi librito, sigo siendo yo mismo, y es para mí un gran placer tener que contradecirle, por ejemplo, al señalar que la comparación que hice entre la evolución histórica del cristianismo primitivo y el paso de los judíos israelíes de perseguidos a perseguidores es plenamente válida. Esta reiteración, con su posible referencia a documentación que yo mismo he publicado en decenas de artículos en diversas revistas (históricas) y que tengo previsto publicar en un volumen (el origen de todo ello es la investigación para mi tesis de licenciatura de 1966), es a todas luces errónea, porque ese lejano acontecimiento me llega, a duras penas, a través de un mestizaje de testimonios y estudios que están todos firmemente enraizados en su lógica dictada por la razón dominante, mientras que estos hechos, algunos de los cuales no están tan bien documentados, no lo están tanto.

nes de las que, en la pequeñísima parte de lo que he vivido personalmente, traquetean continuamente en mi cerebro como una obsesión.

En este , si me permite, tiene usted razón, la yuxtaposición de estas dos experiencias es antinatural, ya que, para mí, hombre del siglo XX, el origen del cristianismo sigue siendo sólo una experiencia del intelecto, cuando el problema judeo-palestino, por otra parte, es también otra cosa.

Cómo distinguir el mito de la realidad histórica, permítanme que posponga esta cuestión para otro futuro encuentro con su hospitalaria cortesía, por ahora me gustaría seguir adelante. Dejaría de lado la cuestión del mito que sin duda los judíos han contribuido a construir sobre sí mismos, entre otras cosas porque este asunto se mueve en dos di- recciones muy complicadas. La catástrofe no sólo es sufrida sino también buscada por la religión judía. En cualquier caso, incluso el holocausto sigue siendo un signo de Dios, una relación especial que Dios mantiene con su amado pueblo. Se puede objetar, y con razón, que esta tesis es la del extremismo tradicionalista, y me vería obligado a conceder que la objeción tiene fundamento, pero de mil maneras, en el acontecer cotidiano de los hechos individuales, ese concepto mítico de la palabra de Dios se filtra en la singularidad de la condición de un Estado teocéntrico, bien o mal aceptado, cuando no introyectado, incluso por los componentes laicos. Me di cuenta de que el laicismo de los laicos judíos no es el mismo que cualquier otro laicismo. El alejamiento de Dios nunca es absoluto, algo queda. Sin duda, es la cúpula tradicionalista judía la que plantea la ecuación judeo-seguidismo, cuya importancia subrayas, pero no puede decirse que no se refleje en muchos otros círculos. He conocido a judíos sefardíes Etiopía que habían su país para ir a la "Tierra de los Padres", no eran fundamentalistas, y menos sionistas, eran personas como muchas , pero eran judíos y no querían perder la oportunidad histórica de vivir junto a otros judíos en el lugar predestinado por el Señor. ¿Eran privilegiados en su patria? No. Nunca he conocido a ningún sefardí que lo fuera, pero esto -podría replicarse- es obvio, ya procedían, en casi todos los casos, de países pobres. El caso de los asquenazíes es diferente. Integrados, incluso en niveles muy altos de liderazgo en países como Estados Unidos, siempre se mantienen en contacto entre sí, y cuando se han desvinculado definitivamente de la comunidad ideal de judíos, entonces no se plantea el problema, ya que ciertamente no son ellos los que van a Israel a vivir allí permanentemente, abandonando su privilegiada condición de origen.

Por tanto, de un modo u otro, la afluencia de inmigrantes a Israel, al menos hasta hace unos años, era de lo que yo llamaría una naturaleza "forzada", bien personas que se veían obligadas a huir (Marruecos, Argelia, Rusia), bien personas que realmente sentían la necesidad religiosa (y sólo secundariamente la étnica) de venir a vivir a Israel. No en vano la banda extremista, el núcleo duro de la lucha contra los palestinos, ha procedido siempre de los sefardíes, es decir, de los judíos pobres que, valga el paréntesis, son la cantera inagotable de la policía y el ejército.

No se trata de un pensamiento abstracto, que no está sujeto a condicionamientos, prejuicios, clichés, y que no participa en el proceso de formación de opiniónSe trata

Es un sentimiento religioso muy concreto que se instala en la vida del judío que se recuerda a sí mismo como tal, y que le impulsa hacia la experiencia de la "ola" hacia el primer Israel, la gran ola colonizadora que debía hacer florecer el desierto con el trabajo de sus manos. El hecho de que hoy haya muy pocos dispuestos a arremangarse en las comunas agrícolas, y muchos dispuestos a explotar la mano de obra mal pagada de los palestinos, es el contrapeso de la cuestión. Del mismo modo que el soldado que abraza la ametralladora de fabricación israelí se pone en la cabeza el casco tradicional, pero en el espera mucho más que funcione la ametralladora (que, por cierto, es muy buena) y no el "poder" que cree que contiene el casco.

No hay que olvidar que la resistencia más fuerte a la creación de un ejército israelí y a su financiación provino precisamente de los tradicionalistas, a quienes parecía ir en contra de la voluntad de Dios tener un ejército capaz de ganar una guerra.

No sé si se habrán dado cuenta de que el artículo titulado "¿Quién es el judío?", de 1986, no ha publicado nunca, y no por casualidad. Muchos de los problemas contenidos en esa pieza no sólo no me satisfacen, en su proposición (ni siquiera se menciona una solución), sino que me perturban aún hoy y estoy seguro de que seguirán haciéndolo.

He leído su excursus histórico sobre los judíos y no sé qué decir. Muchos de los hechos que mencionas los conocía, otros muchos no. Seguramente debe ser como usted dice, por mi parte, cuando hablé de persecución, como creo que es correcto, me refería no tanto al exterminio radical nazi, sino también a una condición de particularidad en la que se encuentra una población, más o menos étnicamente desfinanciada y circunscrita. Por particularidad entiendo el uso ciertas prácticas con exclusión de otras. Para mí -y para muchos otros que piensan como yo, algunos de los cuales están en mejores condiciones que yo para demostrar lo que piensan- la persecución, o la discriminación, también debe considerarse persecución, o discriminación, cuando se del privilegio concedido a los judíos de prestar dinero, o del otro privilegio de construir barrios específicos sólo para ellos, guetos cerrados y defendidos en algunos períodos, y en otros períodos abiertos a una mejor correspondencia con el resto de la población. Esta realidad de la actividad judía en el campo del préstamo de dinero (una concesión específica de la Iglesia), los guetos, la persecución basada en la "limpidez de la sangre" (España), recorre sistemáticamente la historia y contrarresta las referencias que usted menciona.

Partiendo de las condiciones codificadas por la razón tal como la conocemos, un mundo defectuoso pero arreglable, las modulaciones, al fin y al cabo, de la socialdemocracia, que prevé sobre la base de la ley del progreso hacer felices a todos los hombres, me encontré no sólo radicalmente en desacuerdo con mis convicciones anarquistas personales, sino también con mis amigos judíos con los que pasaba noches discutiendo sobre el tema.

¿Qué tiene que ver? Creo que tiene algo que ver. Usted habla de mi método y de mi enfoque de los problemas. Bueno, en realidad no sé cuáles son, si nos alejamos por un momento de las burdas fórmulas que sirven para introducir los problemas y luego profundizamos en ellos. Cómo separar la religión con respecto al pueblo judío, no es que

historiador de la Biblia, sino el de hoy, que vive en Israel? bien puede hacerlo, pero corre el riesgo de no comprender esa realidad. No sólo porque se trata de un Estado teocrático, sino porque casi todos los judíos que viven hoy en Israel se sienten judíos (de lo contrario no estarían allí) y sentirse judío significa tratar con la religión judía. Por supuesto, se me podría recordar a las nuevas generaciones, nacidas en Israel, que están allí no por elección propia, sino porque son hijos de familias judías, y aquí podría responder sobre la forma en que se organiza una familia judía, el papel de la educación en la familia y en la escuela, la función esencial del ritual, objetivación de la ceremonia religiosa, etc. No que el conflicto judeo-palestino se explique "sólo" por la religión, digo que es un aspecto esencial, primario, que no se puede dejar de lado.

Por supuesto, si usted define Gran Bretaña y Estados Unidos como "teocracias", también puedo entender por qué, pero no comparto esta apreciación, no para negar el papel que desempeña la religión en esos países, y en todas partes del mundo, sino porque es mejor evitar una aclaración que no sea precisa. Para mí, la teocracia es otra cosa, al menos eso creo. Sobre el mito del pueblo elegido por Dios, refiriéndome a los británicos, confieso mi ignorancia.

Debo admitir que en cuanto a la relación entre la antigua subordinación de los palestinos a los países del Este y la nueva a cierto fundamentalismo islámico, no dispongo de documentación reciente. Me limité a aplicar el modelo anterior, que conocía directamente, en función de la nueva situación surgida tras el declive del bloque del Este. Y no porque no tuviera presente el fenómeno insurreccional de la Intifada (¿cómo es posible?), sino porque conozco las posiciones de Hamás y las elecciones poco inteligentes que tomó en un pasado no muy lejano (1992, por ejemplo). Personalmente, creo que otra de las causas de la Intifada, quizá la más importante, es la extrema pobreza de la mayoría de la población. Piénsese que en Gaza viven 90.000 personas en un área de aproximadamente un kilómetro y medio cuadrado. En diciembre, las cifras que circulaban en la prensa internacional (por que fueran) hablaban de un 80% de desempleo, con picos del 95% en el campo de Jabalia. Estas cifras, por inciertas que sean, son aterradoras. Hoy en día, vida de los palestinos se caracteriza tanto inseguridad (el gobierno israelí sigue financiando nuevos asentamientos de colonos) como por el cierre. Además, el espacio se reduce cada vez más para los palestinos que viven en Israel, sobre todo los de Jerusalén.

Creo que se desprende claramente de lo que he escrito aquí, digamos de la forma en que me han venido a la mente estas consideraciones, que es la única forma en que se me ocurre reflexionar sobre esta cuestión en particular, que nunca he empleado métodos preconcebidos ni he atraído a nadie a trampas morales para vencerle en paz. Sobre la cuestión de Turín, me doy cuenta de que, aparte de la referencia a un "relativismo moral" mío, has captado exactamente el problema, pero no te has dado cuenta de que se trataba de una polémica con quienes veían en ese hecho tan trivial casi un ataque a los privilegios intocables de los judíos. El relativismo es una postura filosófica que no comparto. Pero esa es otra historia.

Si me permiten un último apunte, creo que este problema, en su angustia-

conoce la complejidad, requiere un acortamiento de las distancias. No puede ponerse bajo la lupa del microscopio. Demasiadas masacres, demasiadas salvajadas han tenido lugar en ese lado, y bajo la mirada sin pestañear de todo el mundo. Un éxodo como el que se está produciendo en Kosovo es apenas el diez por ciento de lo que les ha ocurrido a los dos millones y medio de palestinos que se han visto obligados a abandonar sus hogares en dirección a países viables (como Siria) pero también inviables (como Líbano). Ante este sufrimiento, las palabras fallan. Todas las palabras.

Con amistad,

Trieste, 5 de agosto de

2003

Alfredo M. Bonanno

N.B. En abril de 2004, nada más entrar en la cárcel de Trieste, escribí un texto bastante profundo sobre el mal radical, sobre el proyecto de destrucción total de los , estudiado y parcialmente puesto en práctica por los nazis. En esa ocasión, por primera vez, conté -no sé por qué, pero me vino espontáneamente, sin ninguna vacilación, quizás porque estaba en la cárcel, pero quizás por extrema radicalización de la lucha entre israelíes y palestinos- las torturas que sufrí a manos de los hombres del Mossad en 1972. No creí posible que esta historia, además relatada en pocas líneas y sin indicaciones innecesarias, pudiera interesar a nadie. Después de verla escrita en la página, me di cuenta de que me interesaba. Un ángel enloquecido había reseteado el mundo. El desierto era el resultado, un horrible jeroglífico incomprensible. Los indicios de la catástrofe son el resultado más comprensible. El triunfo de la mediocridad está garantizado, el mundo triunfa continuamente sobre sí mismo, capa sobre capa. La Historia es un testigo poco fiable y nauseabundo. Cree que hay intervalos en la mediocridad, que alguien en ella deja la huella de su brillante inteligencia. En cambio, las marcas discontinuas son sólo la consecuencia de un aumento de la estupidez. Una masa pesada y repulsiva, endurecida por repetidos intentos en vano, una decepción implacable, una herida que cala hondo, todo esto pesa sobre mi corazón. No tiemblo, sigo siendo yo, incluso cuando lanzo una mirada al abismo. Más allá del escalofrío y la maldad de la vida que me asaltan a diario, más allá de la consternación y la melancolía, más allá de la rabia de los justos y la maldad de los estúpidos, más allá de las mentiras que ayudan a sobrevivir, más allá de los objetivos mezquinos que justifican los medios feroces, más allá de los ideólogos y los asesinos en masa, yace plácidamente la realidad, segura, incontaminada, desprovista de explicaciones garabateadas a toda prisa por mediocres inconclusos. Cucarachas, serpientes, langostas y el polvo falsamente furioso de soñadores y poetas que la realidad esparce a los cuatro vientos.

Incluyo en esta tercera edición el texto arriba indicado.

Trieste, 22 de enero de 2007

Alfredo M. Bonanno

Nota a la segunda edición

Agotada la primera edición de este folleto en pocos meses, era necesaria una segunda, que sale libre, al menos eso espero, de la mayoría de los errores que habían empañado la primera.

Me hubiera gustado dar cuenta aquí de las muchas discusiones que he mantenido verbalmente y por carta con camaradas que han desarrollado bastantes críticas a mi trabajo.

Quizá lo haga en una próxima edición, quizá no lo haga nunca. Ya veremos. Aquí interesante constatar que no he salido completamente maltrecho del atolladero en el que me metí. Después de tantos años, el odio acumulado y las decepciones absorbidas con aparente despreocupación no han aniquilado mi entusiasmo, en los hechos, quiero decir, más que en la reordenación de las ideas.

La identidad judía, en su retorcida visión de la vida, en su cosmovisión que sitúa en el centro de todo a un Dios tan molesto como , y que a partir de este trauma vierte en su historia una justificación e incluso un amor por la catástrofe, sigue siendo uno de los elementos esenciales para comprender por qué no se dará cuartel a las reivindicaciones palestinas.

Por otra parte, me resultó igualmente doloroso darme cuenta de que el camino emprendido por los palestinos no es en absoluto el que esperaban hace tantos años. Políticos y especuladores están trabajando para construir un Estado que está destinado a ser peor que su enemigo de siempre.

La única esperanza sigue siendo el levantamiento popular, que ya empieza a vislumbrarse contra los propios gobernantes de los Territorios, marionetas de uniforme que antaño, no todos por supuesto, pero sí la mayoría, parecían personas de carne y hueso, hombres y mujeres dignos de confianza y respeto.

Pero la carcoma política roe y mina profundamente temperamentos y caracteres que parecían impermeables a cualquier halago. La "autonomía" de los Territorios ha tenido como consecuencia la transferencia del control del orden a manos palestinas. Ahora es la policía palestina la que controla y reprime todo, incluso la propia Intifada. Israel se ahorra los altos costes de este control y los gastos militares y políticos de una ocupación cada vez más difícil de mantener. Los intereses del nuevo gobierno israelí se dirigen ahora a la conquista de Jerusalén Este, tradicional zona de asentamientos palestinos.

Si se tiene en cuenta la gran presencia de colonos israelíes en los llamados territorios libres, se llega a una predicción fácil: un aumento de los enfrentamientos. A finales de 1988, los colonos de Cisjordania habían aumentado de 110.000 a 145.000 y los de Gaza, de 3.000 a 5.500.

Más allá de todo, incluso de las consideraciones desarrolladas en este libro, los sueños de siguen haciendo palpitar mi corazón.

Catania, 2 de junio de 1999

Alfredo M. Bonanno

Incluso hoy, sin ningún título

Hay una particularidad en la lucha del pueblo palestino que siempre ha fascinado e implicado a todos los que se han acercado a ella para comprender sus motivaciones: esta particularidad viene dada por el hecho de que al otro lado de la barricada están los perseguidos de ayer, de hecho de todos los tiempos, los judíos.

Si sólo escuchamos la voz de la razón, no deberíamos sorprendernos: a menudo los perseguidos se han convertido en perseguidores, basta pensar en el destino del cristianismo primitivo, que, en el transcurso de tres siglos, alcanzó el poder y comenzó la represión sistemática todas las voces disidentes. La historia presenta muchos ejemplos de este cambio: convertidos en dominadores, los cristianos destruyen a los paganos, las iglesias de hoy se construyen sobre los templos de ayer. Y, mucho más recientemente, no hay fuerza política, por problemático que haya sido su camino al poder, que, una vez en el poder, no se haya lanzado a la represión más despiadada. Pero, para entender el conflicto palestino-israelí, no sólo hay que escuchar la voz de la razón.

Los judíos siempre han sido centro de atención, siempre han atraído sospechas y simpatías, a menudo más sospechas que simpatías. Perseguidos desde , a base de insinuaciones y acusaciones aterradoras, han atraído necesariamente la simpatía de todos los hombres de corazón, de todos aquellos a los que no les gustan los pogromos, los asesinatos en masa, las masacres de indefensos, los juicios sumarios basados en impresiones y habladurías. A menudo, la cerrazón de los judíos, su visión de la vida basada en un rigorismo religioso destinado a excluir al resto del mundo por impuro y pecaminoso, dificultaron la vida de estas simpatías, pero luego la enormidad de la deuda histórica ellos, que aumentó en los acontecimientos de la última guerra mundial hasta niveles de metódica antes impensables, restableció esas simpatías y reconstituyó una nueva fuerza de cohesión internacional capaz de apoyar y desarrollar la causa de los asentamientos judíos en Palestina, al margen de cualquier otra consideración.

Fueron muchos los elementos que hicieron de Israel el punto de referencia de una sociedad internacional durante tantos años. Las masacres en los campos de exterminio nazis, el enfoque socialista y libertario de los primeros asentamientos, las teorías basadas en el comunismo libertario de los primeros kib- buzim, la cohabitación inicialmente pacífica con los árabes, justa respuesta a la tradicional hospitalidad de estos pueblos. Luego crecieron los intereses desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Intereses basados en la división del mundo en bloques opuestos, intereses estadounidenses por un lado e intereses soviéticos por otro, intereses económicos en una zona geográfica rica en yacimientos de petróleo y abierta a la atención de los grandes Estados imperialistas.

Los israelíes han respondido aceptando el papel de custodios de los planes occidentales de dominación del mundo, manteniendo a raya con su propio ejército todos los movimientos de los Estados árabes vecinos, a menudo dirigidos a arrollar a los demás en vista de la gestión de las enormes riquezas petrolíferas y a desempeñar un papel de apoyo o de oposición en el tablero internacional con las filas enfrentadas de los grandes Estados. Lo que empujó al pueblo judío por este camino en la tierra Israel fue, por una parte, el movimiento sionista, partidario de un extremismo que tiene pocos paralelos en la historia mundial de las organizaciones político-religiosas y, por otra , los grandes lobbies judíos estadounidenses e internacionales, pero principalmente estadounidenses, que han estado en primera línea en el apoyo económico al Estado israelí. Fueron precisamente estos , capaces de influir en la política estadounidense especialmente durante los largos años de gobierno republicano, los que empujaron a Estados Unidos a involucrar al pequeño pero feroz Israel en el papel de gendarme estadounidense de Oriente Próximo.

Todo ello ha reavivado las trompetas antisemitas del mundo y ha construido una colección indiscriminada de viejas y nuevas teorías antijudías. A esta nueva concentración de despropósitos se suman el revisionismo histórico, las teorías encaminadas a negar el holocausto y los nacionalismos árabes incapaces de considerar al pueblo israelí como hermanos y pacíficos cohabitantes en un mismo territorio. Por su parte, este pueblo, que ha pasado por una historia milenaria de persecuciones y masacres, no ha aprendido ahora de las experiencias pasadas y se ha convertido en rehén en manos un Estado teocéntrico y, por tanto, de una de las peores organizaciones estatales ideadas por la mente humana. El miedo a ser arrojado de nuevo por la borda, y obligado así a volver al exilio, le ha empujado a echarse en brazos de alborotadores internos y externos, a las tramas sionistas dentro y fuera del país, a las estrategias de dominación internacional de Estados Unidos.

He aquí un crescendo maligno que ya nada puede romper, salvo un proceso verdaderamente revolucionario. No hay discusión posible, y cualquiera que haya experimentado la vida y la visión teórica con los judíos, aunque sea brevemente, puede confirmarlo. Ninguna propuesta teórica puede desmantelar el mecanismo de cerco y miedo, que lleva siglos retorciéndose incesantemente sobre sí mismo. Incluso en esta última parte de la década de 1990, tras la caída del Muro de Berlín y el deshielo que siguió a la disolución del Pacto de Varsovia, la situación de bloqueo permanece invariable en todos los aspectos. Las pretensiones del nacionalismo árabe en general, y palestino en particular, asustan demasiado, y no faltan en ambos bandos partidarios de la fácil pero traicionera tesis de "tirémoslos a todos por la borda".

La experiencia del Estado palestino, o de la "Autoridad Palestina" como algunos prefieren llamarla, está ahí para demostrar esta imposibilidad. En lugar de proponer una cohabitación basada en el respeto mutuo y en la estructura de comunas libertarias, sentimiento que aún no se ha apagado del todo en cierta izquierda israelí y que corresponde, aunque de manera diferente, a la tradición de hospitalidad y libertad de los pueblos árabes, en primer lugar del pueblo palestino, ha preferido seguir la vía indicada por los políticos de la OLP, en particular los políticos palestinos de la Autoridad Palestina.

lare de Arafat, verdadero asesino de las auténticas reivindicaciones de libertad del pueblo palestino y creador de un Estado fantasma, apto únicamente para garantizar el poder personal de hombrecillo aquejado de delirios de grandeza.

En el nivel del miedo, intensificado en la esfera israelí, se juega ahora y sólo una extensión radical de la guerra civil en curso, extensión que se desarrollará hasta el centro del poder religioso judío, puede indicar una superación de las condiciones del conflicto. Todos tienen miedo de todos. Los israelíes tienen miedo de las reivindicaciones palestinas, que para ellos significarían la pérdida de muchos privilegios (mano de obra barata, expropiación de las viviendas de los árabes obligados a marcharse, subvenciones estatales, etc.). Los palestinos tienen miedo de los israelíes que quieren arrojarlos por la borda, que quieren (y en gran medida ya lo han hecho) desarraigarlos de su tierra obligándoles a tomar el camino del exilio en los campos de concentración de Líbano y Jordania. El miedo alimenta las condiciones extremas del enfrentamiento. Los terroristas suicidas palestinos lanzan cargas de bombas contra mercados, autobuses y escuelas israelíes. Lo mismo hacen los israelíes exaltados, exponentes de la derecha religiosa, que ahora está en el poder y ha demostrado con qué armas piensa combatir la "cohabitación" con el pueblo : colonización forzosa, explotación, control, represión.

Esta situación no tiene vuelta atrás. Demasiadas muertes en todas las familias, en todos los grupos familiares, en todos los ámbitos de la vida . Demasiadas muertes, demasiado dolor, demasiada sangre. Todo esto no se borra con un apretón de manos, con ningún Camp David. Incluso dentro de la izquierda israelí, hoy en la oposición, ayer en el poder (pero no hay una diferencia radical), la clase más marginada de los israelíes, los sefardíes, es decir, los judíos origen africano, y por tanto de tez más o menos oscura (pero aún así de religión judía), en lugar de posicionarse a favor del diálogo y del acuerdo sobre la base de la igualdad de derechos con los palestinos, se atrincheran en las posiciones más extremistas por miedo a perder la posibilidad de permanecer en Israel y verse obligados a regresar a sus países de origen, países en los que la mayoría de sus miembros encontrarían la muerte. De este modo, no es difícil que los miembros más extremistas de las organizaciones religiosas judías sean de origen sefardí, constituyendo la mano de obra más feroz del ejército y la policía empleados en las represiones.

En el otro campo, la nueva policía palestina, los siniestros vástagos del nuevo Estado, los políticos de la OLP, instalados en el gobierno de un pueblo maltratado por cuarenta años de exilio y persecución, ponen en práctica todas las formas de poder. Torturan, matan, ejecutan y condenan sin miramientos a su propio pueblo. Compañeros de lucha, que hasta hace pocos años participaban en las acciones más audaces, son ahora jueces, guardias de prisiones, policías, comandantes del ejército, guardaespaldas, agentes de los servicios secretos. En los territorios liberados, por concesión del gobierno israelí, la OLP representa la fuerza represiva de un Estado que aún no está en la cima de sus poderes gubernamentales, pero que va camino de convertirse en un Estado de todos los Estados. Los papeles se invierten, el poder se renueva, el método permanece. Pero, para los millones de palestinos que quedan en los campos, para los exiliados de

Siempre, para aquellos a quienes se les ha arrebatado la tierra y la identidad, que para las grandes masas campesinas es la relación con la tierra de origen, esta manera de llevar las cosas se llama traición, una horrible traición. De ahí el miedo a verse encarcelados durante otro medio siglo en campos de concentración, traicionados por sus propios representantes (lo que siempre duele mucho presenciar en persona), atacados por las incursiones israelíes, atrapados en un juego político cuyas causas no comprenden y cuyos posibles efectos no ven hasta el final.

Una vez más, el miedo, por ambas partes, condiciona el futuro empujando ciegamente hacia un enfrentamiento cada vez más encarnizado y sin mediación. El levantamiento popular en Palestina atemoriza en primer lugar a los políticos de Gaza y Cisjordania, atemoriza sobre todo a Arafat, que ve la imposibilidad de controlarlo, atemoriza al gobierno israelí, pero también atemoriza -y éste es el quid de la cuestión- al pueblo israelí, que, al verse atacado hasta en sus casas, en la tierra donde a todos les gusta sentirse seguros, apela a sus gobernantes, exigiendo un mayor control y una represión más certera. Una vez más, el círculo se estrecha cada vez más.

No hay forma de hacer predicciones, y éstas, de hacerse, podrían ser contradichas por hechos nunca vistos en el momento actual de máxima incertidumbre. Un más que previsible cambio en la cúpula del gobierno israelí dejaría las cosas como están, salvo algunos cambios formales, sobre todo en la palabrería.

Dejar atrás el sueño de libertad de un pueblo agredido y destruido por un Estado teocrático, heredero de la antigua ferocidad teológica, deja un sabor amargo en la boca. ¿Es posible que tantos sacrificios, tantas muertes, tanto derramamiento de sangre hayan sido en vano? ¿Es posible que nos engañáramos ayer al elegir a qué bando apoyar en nuestra intervención o menos radical, más o menos directa, más o menos en primera persona, y que sigamos engañándonos hoy? ¿Es posible que las dificultades de ayer para encontrar el coraje necesario para atacar la maquinaria de guerra israelí (¿los judíos, siempre ellos, o un pobre pueblo perseguido y sometido a los objetivos expansionistas y militares de un puñado de criminales en el poder? ¿Es posible que el resultado de los esfuerzos de ayer sólo sea visible en los botones relucientes de los nuevos policías palestinos, o en la sonrisa feroz de un judío sefardí que grita "tirémoslos por la borda"? No lo sé.

Este folleto no propone una respuesta, me ha parecido más interesante detenerme en una re-propuesta de problemas.

Durante los últimos diez años, período al que se refieren la mayoría de los escritos aquí incluidos, he estado debatiendo estas dudas en mi corazón, a veces mirando al cielo nocturno y divisando, una a una, las mismas estrellas de antaño. Su luz sigue brillando imperturbable sobre los problemas de los hombres.

Catania, 17 de diciembre de 1997

Alfredo M. Bonanno

Introducción a la edición inglesa

Nadie es capaz de entender lo que está sucediendo en la tierra de Palestina. Ni siquiera quienes han seguido durante tantos años los sangrientos acontecimientos de la historia de los pueblos que viven allí. Todos se enfrentan con recelo y odio, no sólo hombres y mujeres, niños y ancianos, sino también el polvo de las calles, el barro que las llena los días de lluvia, el calor sofocante y el hedor del calor.

Todo el mundo conoce los llamados términos "oficiales" del conflicto. Los israelíes han expulsado a los palestinos de sus tierras, pero esto empezó hace tanto tiempo que ahora hay cincuentones nacidos en las chabolas de los campos. Acuerdos más o menos ridículos entre Estados han devuelto a los expulsados parte de los territorios, pero aquí no se puede vivir. La miseria es tal que si no trabajas en Israel te mueres de hambre. Los colonos de la segunda oleada sionista se han enriquecido explotando la mano de obra palestina a bajo precio, alquilando campos gratis en los territorios que ahora se supone que constituyen el nuevo Estado de Palestina. Esto no sólo no capta el núcleo del problema, sino que ni siquiera describe la más mínima parte del mismo. Todo esto tenía sentido quizá en la época del primer levantamiento popular de la población de los "territorios", el de las piedras. Ahora nos dirigimos hacia una libanización cada vez más feroz.

Ninguna de las partes puede retroceder, so pena de un conflicto interno, una guerra civil que sería destructiva, ya que permitiría al adversario una victoria militar casi segura. Y así, los golpes recíprocos se suceden sin interrupción. Cada uno utiliza las armas que posee: los palestinos se inmolan con su propia carga de bombas, los israelíes bombardean con sus aviones las casas de los Territorios. De nada valen los mapas de pacificación, los acuerdos internacionales, las garantías de la ONU y los "arrepentimientos" de Bush. El problema se desarrolla, supurando, según su propio ritmo, un ritmo que sólo pueden adivinar quienes están familiarizados con estas situaciones. El odio crece rápidamente cuando uno vive en las condiciones en que viven los palestinos, cuando uno tiene las perspectivas que ellos tienen, es decir, ninguna perspectiva, cuando no hay esperanza para los hijos de uno, para el futuro del lugar donde uno nació. Y no es cierto que este odio, tan feroz y casi incomprensible para nosotros, esté alimentado por el extremismo fundamentalista. Como vemos, la mayoría de estos jóvenes que se inmolan con sus bombas han terminado sus estudios, tienen un diploma o un título - a veces obtenido en el extranjero -, son y madres, tienen hijos. Pero no tienen esperanza. Han visto que ante sus ojos no hay más que perspectiva del odio contra el enemigo que encarcela, bombardea, tortura. Por otra parte, todos ellos viven con la angustia de hacer estallar

mientras van a trabajar, mientras bailan en una discoteca, mientras duermen en sus propias casas. También en este caso, un odio ciego sin alternativa empuja al gobierno a exigir mayor fuerza en la represión. Incluso las alas más ilustradas del Partido Laborista israelí (nacido en 1968 del Mapai, una de las fuerzas sionistas que apoyaron los primeros asentamientos) callan por miedo a perder su base electoral. Muchos ven al Likud (el partido de derechas que significa literalmente "consolidación") como la única fuerza que puede dirigir el país contra los palestinos.

Hablar de paz en estas condiciones es una forma tan buena como cualquier otra, a menudo la única elegante, de salir del paso, de mantener las manos limpias y la conciencia culpable.

Masacres organizadas contra los palestinos, como las de Sabra y Chatila, en septiembre de 1982, por los cristianos maronitas, o como las de septiembre (negro) de 1970, ordenadas por el rey Hussein de Jordania, que duraron hasta abril de 1971 causando 4600 muertos y 10.000 heridos, son siempre posibles, pero provocarían, si son llevadas a cabo por Israel o algunos de sus intermediarios armados, una desestabilización total de la zona. Mientras escribo estas líneas, Israel ha atacado algunas supuestas posiciones palestinas en Siria, el momento es de lo peor.

No se vislumbra ninguna perspectiva de paz. La solución ideal, al menos en la medida en que la ven todos los que se preocupan por la libertad de los pueblos, es un levantamiento generalizado, una Intifada que parta del pueblo israelí, capaz de derrocar las instituciones que lo gobiernan y de proponer al pueblo palestino, directamente y sin intermediarios, una paz basada en la cooperación y el respeto mutuo. Pero, por el momento, esta perspectiva es realmente un sueño. Preparémonos para lo peor.

Trieste, 8 de octubre de 2003

Alfredo M. Bonanno

Los nodos de un problema sin solución

Las justificaciones de un Estado teocrático

Cuando Gran Bretaña empezó a dirigir a los judíos a Palestina, a partir de 1917, ya se podía leer en las declaraciones de un memorándum de Lord Balfour cómo los intereses del sionismo internacional eran mucho más importantes que el destino de "70.000 árabes con todos sus deseos y prejuicios".

A partir de ese momento, comenzó la ocupación de tierras palestinas y el establecimiento de una "patria nacional judía", reconstruida sobre vestigios históricos y religiosos. En 1935 ya había 400.000 judíos, frente a 900.000 árabes. Cuando se estableció el Estado israelí propiamente dicho en 1948, comenzaron los enfrentamientos, la persecución y el éxodo masivo de árabes. A todos los inmigrantes judíos se les prometió no sólo la nacionalidad, sino también una de las casas dejadas por los árabes en su huida.

La nueva política represiva impuesta por el Estado Israel sustituía a la anterior política de Havlagh (contención) y necesitaba una justificación moral, también para convencer a gran parte de los judíos que aún sentían la represión nazi en la piel.

Esta justificación se encontraba en el concepto de shoah (catástrofe). No sólo la sufrida a manos de los nazis, sino también las demás que habían pasado por la historia del pueblo judío. De este modo, la catástrofe más reciente, el exterminio a manos del Tercer Reich, se vinculaba con el nacimiento de un Estado israelí: shoah vetekumah (catástrofe y renacimiento).

También se volvió a poner en circulación otro mito: el del heroísmo (gevurah), cuyo símbolo seguía siendo el levantamiento del gueto de Varsovia. Así, la rebelión contra una nueva y posible catástrofe (el regreso de los árabes a sus hogares) se vinculó, de forma apologética, con ese levantamiento y se obtuvo el nuevo concepto de shoah ve-gevurah, catástrofe y heroísmo.

Estos elementos se mezclaron después de tantas maneras para lograr, dentro del movimiento sionista, esa mezcla mortífera, alimentada por la propaganda de extremistas de derechas y fanáticos religiosos, que iba a acabar con el entusiasmo igualitario de una parte considerable de los primeros inmigrantes en la tierra de Israel.

Rechazo árabe

Una vez liberados de los turcos, los árabes palestinos no querían ser dominados ni por los británicos ni por los sionistas recién llegados. Pero este rechazo se refería (y se refiere aún hoy) a la gestión de sus vidas por un Estado, ya fuera británico o israelí. Querían establecer una comunidad palestina reuniendo a los diferentes componentes árabes repartidos por el territorio. Pero no se oponían a la inclusión de comunidades distintas de la suya, como había ocurrido en 1920 con los armenios que huían de la persecución turca. Lo que no querían, ni quieren, era ni es un Estado israelí (o británico) que los domine.

Por esta razón, los palestinos no se opusieron inmediatamente a la colonización judía, al menos no hasta que ésta tomó la forma del movimiento político sionista destinado a establecer el Estado israelí. Y esta oposición árabe se hizo tanto más dura cuanto más claro se hacía el proyecto de Estado judío, oculto tras las teorías igualitarias de comunidades agrícolas libres y federadas.

Oposición interna

En el movimiento sionista siempre ha , y en ciertas formas sigue existiendo hoy, oposición interna que se ha desarrollado como una tendencia a establecer una especie de socialismo libertario en Oriente Medio, y particularmente en Israel. Esta tendencia también sigue apoyando el rechazo al establecimiento de un Estado judío. Se trata de una posición que partió originalmente de una posible colaboración entre árabes e israelíes, sugiriendo un contraste de clases más real que el abstracto (y que desgraciadamente produce consecuencias fatales) basado en la oposición nacionalista. Era la distinción entre el modelo de una sociedad colectivista y libre (al menos en perspectiva), basada en la estructura productiva de los kibbutzim, y el modelo de una sociedad opresiva basada en el capitalismo de Estado al estilo soviético. La opción de una federación productiva libre, antiestatal y autogestionada sigue siendo la única forma de avanzar hacia una solución del problema de Oriente Próximo.

El desconocimiento del problema

En Europa no existe un nivel adecuado de conocimiento del problema palestino, ni del problema israelí. No existe a nivel de los innumerables aspectos del choque político y social actual, de Irán a Líbano, de Siria a Egipto, ni siquiera existe a nivel de los dos pueblos enfrentados en Palestina e Israel.

En cuanto a los palestinos, las noticias están siempre contaminadas por el sesgo ideológico, al menos en lo que se refiere a su orientación propagandística. Lo que se sabe

por representantes oficiales palestinos, que hablan y actúan como el gobierno de un Estado, por lo que tienen una fiabilidad más bien modesta.

Que la llegada de los judíos fue una operación diplomática y militar está fuera de toda duda, pero también hay que subrayar que los palestinos, antes de la guerra, estaban bajo la dominación turca y no se opusieron, en un principio, totalmente a esta llegada, que podía parecer una ayuda contra la dominación dirigida por el partido de los Jóvenes Turcos. Por supuesto, todo esto no justifica el comportamiento del Estado israelí, su necesidad de expansión militarista y de ocupación violenta, pero permite comprender mejor el deseo de los palestinos de liberarse de toda dominación, sea cual sea, ayer la de los turcos, hoy la de Israel.

También se ha hablado mucho de la comunalidad "semítica", pero hay que admitir que esto significa poco más allá del hecho de que estos pueblos están emparentados lingüísticamente, lo cual es incluso insignificante hoy en día, cuando el hebreo moderno es pronunciado por todos con formas guturales muy atenuadas, por lo tanto de estilo occidental, mientras que los que lo pronuncian con las formas guturales clásicas (cercanas al árabe), por ejemplo los judíos de , son considerados "terrícolas" y subdesarrollados.

A los judíos les ocurre lo mismo que a los conocimientos superficiales. En Italia sabemos muy poco de la cultura . Ciertamente hay una creciente atención al judaísmo, pero se trata más bien de una estrecha moda cultural impulsada casi exclusivamente por los grandes autores judíos, Heine, Roth, etc., o Freud, de quien recientemente ha habido casi un redescubrimiento en este sentido. Pero el resto está oculto. La religión judía ha sido extirpada y encerrada en lugares de culto. Ahora bien, para el judaísmo, al ser la religión inseparable de la cultura, se deduce que también ésta ha sido eliminada. No sabemos casi nada de la relación entre religión y poder político, de la función de los rabinos, del corazón de la tradición judía que tanto espacio ocupa en la conciencia del pueblo israelí. No es casualidad, por ejemplo, que los tratados *de la Mishná* y los *Dos Talmuds* no se hayan publicado nunca en Italia.

De este modo, la idea que tenemos del judío, incluso a nivel masivo, es a menudo la que proporciona la iconografía antisemita.

malentendido del empleo

Una de las primeras y más exitosas operaciones militares israelíes se llamó "hechos consumados" y, considerándola a la luz de lo que ocurrió después, da una buena idea de la mentalidad de los primeros pioneros. Hombres, mujeres y niños que tenían poco que perder y mucho que ganar. Se sentían (y algunos de ellos aún se sienten) orgullosos de estar preparados para ser masacrados y, en cambio, en , pasaron de serlo a ser masacrados. El horror de la transición, de un lado a otro de esta horrible barricada, ni siquiera les conmueve.

Debe quedar claro, al menos en lo que a mí respecta, que el pueblo israelí ha adquirido el derecho *natural* a vivir sin ser molestado en *su* territorio, sean cuales sean los orígenes

de la constitución de su entidad numérica y demográfica como pueblo y del propio territorio. Este es un punto firme de este análisis y, creo, de la intención de quienes luchan junto al pueblo palestino, sin ser por ello enemigos del pueblo israelí. De esta consolidación natural de un derecho surge la valoración que debe darse a una *ocupación* que tuvo lugar, masivamente, en torno a 1947 y en los años siguientes, y la forma de diferenciarla de una ocupación que tuvo lugar posteriormente, a saber, la de los territorios de Cisjordania y Gaza.

En cambio, la propaganda del Estado israelí tiende a meter en el mismo saco estas dos ocupaciones, lo que permite a los herederos del sionismo asumir la actitud de los padres fundadores y seguir extendiendo el malentendido sobre Eretz Israel. Los sionistas de hoy, que se consideraban relegados por la historia a la nostalgia, se encuentran a sí mismos como colonizadores. ¿Cuál es, según ellos, la diferencia entre la ocupación de Jaffa y la de Hebrón?

Me parece que hay una diferencia . Las primeras , independientemente de las intenciones sionistas (de una parte del sionismo oficial, para el caso) de construir inmediatamente el Estado centralizado, estuvieron determinadas más por la llegada de masas de Luft- mensch, de hombres errantes, obligados durante el exilio a realizar trabajos marginales y profesiones mal pagadas, que, llegados a su "tierra prometida" podían, de hecho, limitarse a vivir junto a los árabes, cultivando la tierra en comunidades y en comunidades socialistas libertarias. Se trataba, pues, con todas las limitaciones y contradicciones relacionadas con la afluencia de grandes masas de extranjeros, de una ocupación de trabajadores que, por sí mismos, se dedicaban a trabajar la tierra, para luego extender la producción a otros sectores de la actividad humana.

La ocupación de Cisjordania y Gaza es harina de otro costal. Los nuevos ocupantes no tienen la excusa del ideal de sus padres, por cuestionable que haya sido. Les atrae la prosaica seducción de los pisos grandes y baratos, a veinte minutos de Jerusalén y a una hora de Tel-Aviv, la disponibilidad ilimitada de mano de obra mal pagada (los habitantes de los guetos árabes), la posibilidad de dejar de trabajar y de dejar de ser chaluzim (pioneros) para convertirse en colonizadores, explotadores del trabajo ajeno, de gente pobre, sin recursos y sin futuro.

Justificación

Y todo ello justificado por la referencia a la situación de necesidad. Ein Brera: ¡no tenemos elección! Es una ideología ahora apoya el gobierno israelí, pero que también comparte la izquierda de ese espectro político, y es la ideología del pesimismo, una actitud fundamental de la cultura judía, que no entendemos porque no conocemos esa cultura. Es un pesimismo histórico, la creencia en una maldición primordial que pesa sobre el pueblo de Israel, de modo que, hagan lo que hagan, contarán con la hostilidad de todos y quedarán completamente aislados.

Es cierto que esta ideología procede del aislamiento milenario de los judíos, de las persecuciones que han sufrido, pero hace que la política del Estado israelí sea extremista y desmedida, es más, como nunca antes y como en ningún otro lugar, hace que el propio Estado israelí sea peligroso.

La situación económica

Israel es el país del mundo con mayor peso militar por habitante desde hace décadas. Esto significa muchas cosas. Los precios se disparan cada año, la balanza comercial siempre debe miles de millones de dólares y en 1994 superó la mitad del producto nacional bruto, el presupuesto del Estado es casi igual al producto nacional, cuando no lo supera en mucho. El Estado israelí sólo puede hacer frente a sus compromisos gracias al capital extranjero.

La imposibilidad de pagar sus importaciones hacía imposible cualquier autonomía de gestión. De ahí la total dependencia de Estados Unidos. Las cosas eran diferentes antes, pero después de la guerra de junio de 1967, y luego cada vez más desde la guerra de 1973, la dependencia aumentó. La inflación de 1977-1978 consumió prácticamente todos los recursos del país.

Según su política sionista, Israel está obligado a dar no sólo una patria a todos los que van allí como judíos, sino también un empleo y un nivel de vida mínimo (asistencia social y médica, etc.). Esto supone unos gastos inmensos, en absoluto proporcionados a sus posibilidades económicas reales. Así pues, las motivaciones ideológicas priman sobre las decisiones de racionalización de la economía. La seguridad del país es otra razón que impide tomar decisiones estrictamente económicas. Estando siempre al borde de la guerra, no se pueden tomar medidas económicas demasiado rígidas que pondrían en evidencia los componentes de clase de la sociedad israelí, que existen pero deben mantenerse bajo "control ideológico". Los gastos militares rondan el 30% de la producción total, mientras que otros países industrializados, en casos límite, no superan el 18%. El ejército consume el 15% del producto industrial y emplea el 20% de la mano de obra. Todo hombre está obligado, de los 22 a los 55 años, servir un mes cada año en el ejército, en unidades de reserva, una práctica cuyos perjuicios en términos de costes industriales y de producción no pueden medirse.

Además de Estados Unidos, Israel recibe fondos de la diáspora judía. Se calcula que esta afluencia es de unos 500 millones de dólares al año. Luego están las suscripciones del préstamo internacional israelí, la mayoría ubicadas en EEUU.

Diferencias sociales

Aunque es un Estado teocrático, por tanto con motivaciones "ideales" e ideológicas muy fuertes, Israel tiene una considerable cresta interna basada en la discriminación de clases.

La diferencia básica es la que existe entre los judíos sefardíes y los asquenazíes. Los primeros, también llamados "negros" por oposición a los "blancos", son los que Marruecos, Egipto, Argelia, Irak, Túnez, Siria, Yemen, etc. Existe una discriminación profundamente racista contra ellos, impuesta por los judíos asquenazíes, que son los de origen occidental. Éstos se justifican, en primer lugar, por haber sufrido la catástrofe del holocausto.

Los sefardíes aumentaron su presencia tras verse obligados a huir de sus países de origen a raíz de la escalada del conflicto árabe-israelí. Procedentes de una cultura diferente a la occidental, eran, al fin y al cabo, los más adecuados para una socialización de la producción y una aceptación de los valores comunitarios. Llegaron, sin embargo, en un momento en que estos valores, presentes desde hacía mucho tiempo en la sociedad israelí, estaban a punto de ser rápidamente sustituidos por las nuevas necesidades de militarización y urbanización forzosa. Así pues, se les ubicó en las ciudades, se les sometió a una forzada y rápida occidentalización y acabaron siendo discriminados cultural y lingüísticamente.

Ahora constituyen el segmento más pobre de la sociedad israelí, y la base más abierta contra los árabes, y los palestinos en particular, cuyas represalias temen, siguiendo el ejemplo de las agresiones que sufrieron en los países que dejaron atrás. Su mayor temor es ser devueltos a países de origen, como consecuencia de un posible acuerdo con los palestinos, países en los que ya no tienen raíces y donde serían inmediatamente encerrados en campos de concentración o masacrados.

Aparte de eso, tenemos la formación de la clase dominante, que se encuentra casi exclusivamente entre los askenazis y que resume las élites de los diversos sectores que se mueven cada vez más hacia un comportamiento "halcón". Es hacia ellos a quienes se dirige la muy eficaz consigna, enunciada durante las manifestaciones contra la política gubernamental: askenazis = askenazis.

Dada la estructura del país y la ideología dominante de base religiosa y mística, es impensable un levantamiento social de tipo industrial avanzado: manifestaciones masivas, enfrentamientos con la policía, movilizaciones, etc., no son como en otros lugares. Esto no significa que no haya oposición a la situación en los territorios ocupados.

También hay algún intento de estructuras clandestinas, como los Ma'atz, que realizaban sabotajes para hacer oír la protesta de los barrios más desfavorecidos. Las actividades ilegales en el sentido tradicional también han crecido mucho en los últimos años. Lo mismo puede decirse del pequeño gamberrismo que imita al de las grandes metrópolis y del hooliganismo de los estadios.

Una de las características de los barrios de la capital es precisamente el sentimiento de frustración, de inutilidad de la vida, sobre todo entre los jóvenes.

El conjunto parece muy contradictorio. Esto no quita para que se pueda estimular una lucha de masas para revivir los valores iniciales del socialismo libertario. Tal vez sería esencial volver a las enseñanzas de los teóricos del judaísmo comunitario, como Martin Buber.

Una actitud práctica

Pero, en una situación de lucha extremadamente dura, como la palestina, uno no puede limitarse a recomendar los libros de Buber, o de Kropotkin, como solución al problema. Hay que hacer más.

Creo que el enemigo número uno, principal obstáculo a vencer, es hoy el Estado I- srael, su condición de Estado, como tal. Por eso es imperativo apoyar la lucha del pueblo palestino.

También pienso que un enemigo potencial del pueblo palestino y también, evidentemente, del pueblo israelí, es la OLP y el Estado palestino en construcción. Por eso nunca he apoyado a la OLP y sus posiciones a favor del Estado.

Por lo tanto, es necesario oponerse tanto al Estado israelí como al Estado palestino, en la medida en que la lucha contra el primero, que existe y es operativo, se plantea en términos prácticos, mientras que contra el segundo, que sólo está en nuce [1989], se plantea en términos políticos.

Es necesario apoyar el establecimiento de una federación de comunidades de trabajadores, palesti- neses e israelíes, libres de federarse como quieran, de darse sus propias agendas, de tomar sus propias decisiones organizativas y productivas, fuera de la peliaguda interferencia de los grandes estados y en particular de EEUU.

Es necesaria una colaboración práctica e ideal, productiva y cultural, entre los pueblos palestino e israelí, para poner fin a un conflicto nacional y que no tiene razón de ser porque, en esas tierras, hay espacio para ambos pueblos, preservando y trascendiendo las diferencias de raza, cultura, religión y tradiciones.

Es necesario estar al lado del pueblo palestino, pero también al lado del pueblo israelí, especialmente de los sectores más desposeídos y miserables de los dos pueblos a los que una política internacional de grandes intereses y explotación conduce a la matanza mutua.

[Publicado en "Provocation", nº 19, febrero de 1989, pp. 6-7 con el : "Palestina"].

Una tesis extraña

Existe una tesis bastante extendida que tiende a justificar las acciones represivas de los israelíes encuadrándolas en un movimiento global de control y represión del pueblo palestino extendido por todo Oriente Próximo.

Los palestinos son masacrados por todos, incluidos los árabes, así que ¿por qué sólo los israelíes deben levantarse y negarse a defenderse?

Se trata de una tesis clásica, empleada siempre que se quiere distanciar a alguien de la lucha contra un objetivo concreto: en este caso, la maquinaria militar israelí tal como se emplea contra los palestinos. En sí misma, esta tesis también puede ser propugnada por el Mossad, y esto debe decirse sin sombra de controversia.

En el afán cultural (por así decirlo) de llegar a la raíz de la verdad, uno no se da cuenta de que esta tesis básicamente justifica la masacre de la misma manera que en su día se justificó el colonialismo alegando que los pueblos "salvajes", abandonados a su , se matarían unos a otros -lo cual tenía y sigue teniendo algunos elementos de validez, pero que utilizado como pantalla para el colonialismo sólo sirvió para ocultar el genocidio y la explotación bajo la apariencia de una presencia defensiva y humanitaria.

Algunos camaradas, inesperados partidarios de esta , ven rebelión en todas partes, pero insisten en no verla en los territorios ocupados; por el contrario, el levantamiento de todo un pueblo, en estos territorios, contra la masacre constante y cotidiana de jóvenes, mujeres y niños, contra la destrucción de hogares por el ejército israelí, contra la tortura, los campos de exterminio, etc., es para estos camaradas sólo el aspecto de una lucha nacionalista, sólo otra manera de enviar a la gente a morir por la patria, y por lo tanto no debe ser detectado como un hecho revolucionario en sí mismo, es para estos camaradas sólo el aspecto de lucha nacionalista, sólo otra manera de enviar a la gente a morir por la patria, y por lo tanto no debe ser detectado como un hecho revolucionario en sí mismo.

A estos "amantes de la verdad" se les podría, sin , mandar al infierno, ya que no les parece oportuno mencionar un tema que, como está ahí a la vista de todos, no necesita mucho galimatías de "pequeña enciclopedia en compendio".

En lo que a mí respecta, en dos palabras, contundentes y, espero, sencillas, la situación es la siguiente. - Hay un Estado (Israel) tan agresivo y militarista como siempre que quiere matar a un pueblo (el pueblo palestino). Hay políticos (Arafat, etc.) que se han autoproclamado representantes de ese pueblo con el único fin de establecer un Estado que pronto podría llegar a ser tan militarista y agresivo como el anterior. Una posible solución sería la disolución del Estado israelí y la prevención de la aparición del Estado palestino, todo ello en paralelo a la formación de municipios libres y otras estructuras de autogobierno de

Palestinos y judíos juntos, todos con derecho a la tierra y, sobre todo, al respeto mutuo en nombre de la libertad.

Ciertamente puede ser un razonamiento simplista e incluso utópico, pero no creo , al fin y al cabo, uno pueda encontrarse defendiendo, como anarquistas, una perspectiva diferente.

Buscar aclaraciones y precisiones en un contexto muy difícil, muy contradictorio y, sobre todo, encontrar una corresponsabilidad aliviar la posición actual de Israel, puede parecer, como mínimo, de mal gusto.

Dejemos a un lado la "preocupación cultural", aunque sólo sea por un momento, y quizá veamos las cosas con más claridad. Las masacres que los israelíes están llevando a cabo están a la vista de todos. Quienes intentan de un modo u otro encubrirlas, justificarlas, o incluso minimizarlas, son también asesinos en masa. Del mismo modo, la revuelta de un pueblo reducido al extremo está ante los ojos de todos. Los que no quieren verlo para ir en busca de "revolucionarios" que no se encuentran entre la gente corriente que sigue tirando piedras a los tanques, apartan la mirada porque no quieren avanzar en la buena dirección. (*)

Por muchos que sean los enemigos presentes y futuros del pueblo palestino y del pueblo israelí, hoy no cabe duda de que hay que hacer algo para ayudar al levantamiento palestino contra el militarismo de Israel. Hacer algo significa moverse, actuar, aquí, ahora, en todas partes, golpeando los intereses de Israel y no sentarse a discutir muera el último palestino.

(*) Me refiero a dos artículos publicados en "Provocazione" nº 16 de septiembre de 1988. Del primero, debido a Gianfranco Bertoli, titulado 'Demasiada histeria contra Israel', tomo los siguientes pasajes que me parecen particularmente significativos.

"La actual oleada de hostilidad antijudía está adquiriendo tintes histéricos porque está alimentada por una propaganda partidista exasperante que nubla el juicio, en su atribución inequívoca a Israel de toda culpa y responsabilidad histórica por una trágica realidad que encuentra su origen y alimento en una compleja concurrencia de causas.

"[...] La 'cuestión palestina', un asunto dramático en torno al cual giran intereses diversificados que a menudo tienen muy poco que ver con sentimientos de auténtica solidaridad hacia ese Pueblo y preocupaciones por su destino. Las "opciones de campo" tomadas en los últimos años por toda la clase política que ostenta el poder en Italia, obedecen a cálculos y motivaciones de diversa índole y todas muy poco "nobles" (intereses económicos vinculados al petróleo, inversiones y participaciones industriales y comerciales, contratos de suministro de material militar, ambiciones de un papel internacional en Oriente Medio y, por último, pero no por ello menos importante, la posibilidad de aprovechar la buena oportunidad de ofrecer a las masas explotadas un blanco conveniente hacia el que dirigir su ira, que siempre está potencialmente latente pero que, una vez hábilmente desviada hacia un "" lejano, se convierte previamente en inocua).

"Esto, y sólo esto, ofrece una explicación convincente del desencadenamiento de condenas y demonizaciones de Israel por parte de los medios televisivos y de toda la gran prensa, cuyos defectos (que son innegables) se subrayan y destacan con una insistencia y una energía sin precedentes. Cuando, en realidad, se trata de un Estado que es, sin duda, tan opresor como cualquier otro Estado, tiene sus propios y muy graves defectos específicos, corre realmente el riesgo de una involución en una dirección cada vez más autoritaria, pero al que no sería honesto pretender presentar como una encarnación del "mal absoluto", eliminado lo que conduciría al triunfo del "bien".

Del segundo artículo, debido a Antonio Lombardo, titulado "Contra las mistificaciones sobre Israel", tomo los siguientes pasajes que me parecen de gran interés.

"Cada vez que Israel participa en la masacre del pueblo árabe-palestino, se envían inmediatamente cartas a los judíos italianos [...]. Yo digo que esto es nazismo, esto es racismo. La cuestión "Israel-Palestina" no es una cuestión de los judíos, es una cuestión de todos y no tiene nada que ver con si uno es judío o no.

"[...] masacre de palestinos por: OLP pro siria, Hezbolá pro iraní disparando armas israelíes contra palestinos en los mismos campos que en 1982; los chiíes de Amal que en diciembre de 1987 hicieron exactamente lo mismo -en los campos palestinos- que vimos hacer a los soldados israelíes por televisión; los comunistas libaneses del PC y los drusos que aclamaron la 'liberación de la OLP' del Líbano. También servicio 'Fara Falastin' del Ministerio del Interior sirio denunciado por Amnistía Internacional por construir y dirigir campos de concentración para palestinos en el desierto sirio. Por supuesto. Los defectos de los Estados árabes no deben justificar los defectos de Israel. Ni el militarismo de Israel debe justificar o restar importancia al idéntico militarismo antipalestino de sus "hermanos árabes". O, si para Israel es una Lógica, para los estados árabes es una Contradicción (¡sic!)'.

[Publicado en "Provocación", nº 16, septiembre de 1988, pp. 6-7 con el : "No cerremos los ojos"].

Lucha insurreccional en Palestina

Lo que el Estado israelí sigue haciendo en los territorios ocupados de Gaza y Cisjordania responde plenamente a la lógica de la guerra de ocupación, la lógica destructiva que todos los militares aprenden en el curso preparatorio.

La denuncia constante de lo que ocurre sería una práctica normal para los anarquistas, si no encontraran un territorio cultural extraño para recibirla.

Si estuviéramos hablando de la situación sudafricana, de lo que los buenos blancos de Botha hacen a los negros de ese país acusados de racismo [escrito antes de la caída del apartheid], se aceptaría pacíficamente. Pero, hablando de lo que hacen los israelíes, entonces el hecho es diferente. La razón es obvia. Los judíos sufrieron un genocidio a manos de los nazis, así que, en cierto modo, tienen nuestra simpatía por definición.

Nadie niega esta simpatía, que también es la nuestra. No se trata de los judíos, sino del Estado israelí y, por supuesto, también de aquellos de sus súbditos que se prestan a aplicar en la práctica la política de exterminio contra los palestinos.

Por ejemplo, no aclara nada la situación en los territorios en los que se está produciendo un levantamiento popular el hecho de que cada día haya uno o varios muertos entre los palestinos. No, ya nos hemos acostumbrado. Sin embargo, si se observan las cifras en su conjunto, aparece un significado diferente.

En este último año [1988], 405 palestinos fueron asesinados (fuente palestina) mientras que una fuente del ministerio de defensa israelí habla de 392 asesinatos. Piénsese que, aunque se dé por buena la cifra oficial israelí, eso supone más de un muerto al día. En cuanto a los heridos, las fuentes palestinas hablan de unos 20.000 heridos, mientras que el ministerio mencionado habla de 3.640.

Como mínimo, diez heridos cada día. En el otro campo, teniendo en cuenta los datos del Ministerio de Defensa israelí, hay 11 israelíes muertos, 402 heridos entre los colonos y 703 heridos entre los soldados. Estas cifras hablan por sí solas.

A estas cifras hay que añadir (siempre según fuentes israelíes): 20.000 detenidos, 4.000 encarcelados sin juicio, 5.521 prisioneros en campos de concentración, 138 casas dinamitadas en represalia, 32 expulsados, 137 días de toque de queda en un año, con un periodo continuado de 42 días, sólo en 1988.

Por otra parte, el levantamiento costó a Israel 250 millones de dólares en gastos militares adicionales, 750 millones en pérdidas de producto interior bruto, un 14% menos de turismo y una pérdida global de producto nacional bruto más del 25%.

La revuelta está poniendo a Israel en serias dificultades. Pero estas dificultades, mucho más allá de las estrictamente económicas o políticas, están también, cómo decirlo, relacionadas con la imagen. Israel recurre a medios y procedimientos que disipan rápidamente la imagen de simpatía y solidaridad que los judíos se habían forjado a través del sufrimiento y la represión ejercidos en su detrimento por todas las potencias a lo largo de los últimos siglos. Al convertirse en opresores, pasan a "caer mal", y esto, hoy en día, importa mucho.

Desde aquel día de diciembre de 1987, en que cuatro viajeros palestinos murieron y siete resultaron heridos en sus minibuses atropellados por un vehículo militar pesado israelí, estalló una revuelta. Las calles se llenaron de niños y jóvenes. Es lo que se llamará la Intifada. A la cabeza, en las barricadas, están los shebab*,* los muchachos nacidos después de 1967, nacidos en chabolas y campos de concentración, nacidos bajo la opresión militar de Israel. Desde aquel día, desde aquellas cuatro muertes iniciales, el levantamiento nunca ha cesado. [Repaso este texto para la prensa a finales de 1998 y las cosas no han cambiado, la Intifada aún continúa].

Los medios de esta insurrección son los clásicos, los que tantos expertos políticos, incluso en casa, habían declarado anticuados a medida que nos adentramos en la era virtual del posmodernismo. Pero la revuelta no puede sino empezar por lo que se tiene a mano, en este caso piedras. Luego el sabotaje, por medios rudimentarios y sencillos, luego el boicot a los cigarrillos y refrescos israelíes, luego la desobediencia civil, luego las huelgas.

Por su parte, el Estado israelí contraataca con dureza. También lo hacen los colonos, que disparan contra los manifestantes y cometen actos de vandalismo en los pueblos.

Soldados palestinos son apaleados hasta la muerte. Cuatro niños de la aldea de Salim, cerca de Nablus, son enterrados vivos por soldados israelíes. Los gaseamientos son habituales. Se calcula que más de 1.800 mujeres palestinas se han visto obligadas a abortar por este motivo. En las aldeas insurgentes se cortan el agua y la electricidad. Cuando Abu Jihad es asesinado en Túnez, la siguiente manifestación es inmediatamente aplastada por los israelíes: dieciséis muertos. Se cortan los teléfonos en los territorios. Se prohíbe cruzar la frontera. Se bloquea el suministro de ben- zina y gasoil. Se bloquea la cosecha de aceitunas. Se introducen balas de plástico, ya utilizadas en Irlanda por el ejército de ocupación británico.

En los últimos meses [1989] se ha descubierto otra artera forma de destrucción. Misteriosas bombas de fósforo, en forma de chocolatinas o juguetes, son lanzadas en los territorios ocupados por soldados o colonos israelíes para herir a los niños. En cuanto se recoge del suelo, el objeto explota. Sólo en diciembre se produjeron cinco casos de lesiones de este tipo en Nablús. Sólo el 10 de noviembre [de 1988], 24 casas fueron arrasadas en Jiftlik, en el valle del Jordán, después de que se dijera a los residentes que recogieran sus pobres pertenencias en carros. Una semana antes, 15 casas de Taibe habían sido voladas. Sus habitantes fueron deportados.

Parece que vemos el mismo guión del gueto de Varsovia. La historia se repite a menudo, incluso al revés.

Por su parte, Shamir declaró que pretende dar un "nuevo impulso" a los asentamientos de colonos en los territorios.

A pesar de la evidencia de estos hechos, todavía hay quienes siguen, incluso entre los anarquistas, encontrando todo tipo de excusas justificar la acción represiva de Israel. Es bueno que los camaradas mantengan los hechos como son para decidir sobre las cosas se deben hacer, aquí y ahora.

[Publicado en "Provocation", nº 18, diciembre de 1988, p. 3 con el título: "Represión y lucha insurreccional en Palestina"].

Los palestinos siguen muriendo

Ya no es noticia en los periódicos de todo el mundo que los palestinos sigan muriendo a diario.

Se trata de pequeños párrafos que se ahogan en el mar de temas frescos, algunos de los cuales, con demasiada frecuencia, registran masacres a una escala aún , en todas las partes del mundo. Los deportes más interesantes para la humanidad siguen siendo la guerra y la muerte.

Al no poder, como es natural, interesarnos por todo lo que ocurre, a menudo dirigimos nuestra atención a tal o cual situación e intentamos hacer algo , aunque sólo sea a nivel de contrainformación, es decir, intentamos corregir los daños que produce la prensa diaria poco informativa.

En cuanto al problema palestino, hay que señalar la importancia de una lucha insurgente que está poniendo en serias dificultades a uno de los ejércitos más fuertes del mundo, el israelí.

Esta obstinada voluntad de liberación se ve distorsionada no sólo por la propaganda sionista -lo que es natural-, sino también por la propaganda de todos aquellos que, aunque dicen ser amantes de la libertad y de la verdad, no se dan cuenta de que quien se encuentra frente al cañón de un tanque, o se encuentra encerrado en un gueto sometido a constantes bombardeos, no tiene mucho tiempo ni voluntad para reflexionar sobre los grandes principios de la verdad y de la libertad. Debe, en primer lugar, atacar para sobrevivir, debe defenderse porque le están matando, no puede esperar a que pomposos ensalzadores de la investigación cultural encuentren la manera de explicar que hay razones profundas por las que se mueven los tanques.

A menudo, muchos discursos sobre el problema palestino han sido de este tipo, escritos destinados a distanciarse y a señalar los errores y las razones mutuas, para devolver la posibilidad de una lucha solidaria, aquí y ahora, al ámbito simple y simplista de una discusión cultural. No faltan, en todas partes, ni siquiera en Palestina, posiciones colectivistas y pacificadoras, tibias segundas intenciones que tratan de hacer todo lo posible para dejar las cosas como están, permitiendo a los judíos seguir ampliando sus asentamientos y a los palestinos seguir viviendo en guetos.

Pero en el terreno de la lucha real, los palestinos siguen muriendo, mientras que en el otro lado, tras el blindaje infranqueable de sus tanques, los antiguos perseguidos de ayer aplican los mismos métodos que sus antiguos perseguidores: destruyen las casas de los sospechosos, torturan en las cárceles, deportan, matan en las calles, torturan, etc.

La medida de cómo los palestinos pueden ver el comportamiento colaboracionista viene dada por el trato que están dando a los que colaboran con el ejército israelí. A finales agosto

[1988], en pocos días, cuatro de ellos fueron

fueron asesinados porque eran informadores pagados por Israel. Pocos días después, una quinta parte fue descuartizada un hacha. Medidas drásticas, sin duda, pero que dan una idea de lo que está sufriendo este pueblo.

A ciertos niveles desaparece el sentido de la piedad y de la humanidad. [Publicado en "Provocation", nº 16, septiembre de 1988, p. 9].

Contra los colonos israelíes

Un levantamiento espontáneo de estudiantes y trabajadores palestinos -de la franja de Gaza, en los territorios ocupados- que se rebelaron [1987] contra los colonos israelíes, en particular contra los propietarios de las industrias y contra los dirigentes de la economía de ocupación, así como, evidentemente, contra la fuerza militar enemiga. En poco tiempo estallaron barricadas y lanzamientos de piedras contra los militares y civiles israelíes.

Los soldados respondieron con golpes calificados de intimidatorios y civiles (colonos ocupantes) con armas. El balance: un muerto y dos heridos entre los palestinos. Una de ellas era una estudiante que fue asesinada mientras, con otras cincuenta chicas de un internado femenino de Manfaluti, realizaba una barricada contra los colonos judíos que viven en la zona.

[Publicado en "Provocation", nº 9, noviembre de 1987, p. 16 con el título: "En Gaza, los palestinos se sublevan contra los colonos israelíes"].

El horror del hábito del horror

Mucho más impresionante que el horror es hábito del horror. La indignación que se duerme y calla. Cuando todo parece normal. Es el caso de la represión contra los palestinos en los territorios ocupados.

Un signo de esta lenta pero constante habituación es el hecho de que la revuelta palestinesa, la de las piedras y las armas improvisadas, ya no "es noticia".

Otra señal es la aceptación multipartidista de las razones del conflicto. Los del lado palestino se enfrentan a los del lado israelí. Muchos esperan, y a veces de buena fe, que la balanza acabe equilibrándose y todo se calme. Con o sin voto, en Israel se espera que las cosas se calmen.

Sea cual sea el desenlace de estas "cosas", sea cual sea la solución elegida, o la que uno se vea obligado a elegir, nada en el mundo podrá borrar la sensación de horror de estos meses [1989], la sensación del más profundo de los horrores, la del mártir que se convierte en verdugo, la del perseguido que se convierte en perseguidor. Por muy inteligentes que sean los defensores de Israel -y los hay, como sabemos, incluso entre los anarquistas-, no podemos olvidar a la niña palestina de tres años gaseada en el campo de refugiados de Jan Yunis por soldados israelíes. No podemos olvidar al niño de cinco años asesinado en Nablus por balas de plástico, ni al niño de 14 años asesinado unos días antes, mientras jugaba delante de su , también por disparos del ejército de ocupación israelí. No podemos olvidar los escuadrones de la muerte, formados por colonos que asesinan por la noche a jóvenes palestinos, señalados como responsables del levantamiento. Y muchas otras cosas que no podemos olvidar.

En estas condiciones, no podemos más que maravillarnos de la extraña insistencia con la que se intenta encubrir estas responsabilidades. Entendemos como esto sucede a nivel político, pero no entendemos como puede suceder a nivel de camaradas que deberían tener una mayor sensibilidad para la defensa de los perseguidos, dejando de lado sutiles distinciones y la división de responsabilidades.

[Publicado en "Provocation", nº 17, noviembre de 1988, p. 4 con el : "Horror"].

No al Estado palestino

Tras el levantamiento popular en los territorios ocupados de Gaza y Cisjordania, la OLP estableció el Estado palestino.

Lo que sin duda muchos consideran un acontecimiento positivo, nosotros sólo podemos verlo como un retroceso, una desviación de la dirección justa y productiva que habían tomado las luchas palestinas en los últimos meses.

El aparato burocrático de la OLP intervino, y no puede decirse que no hubiera complicidad de los Estados islámicos que ven con malos ojos el nacimiento de una entidad estatal palestina en Oriente Medio, y al intervenir hipotecó gravísimamente el desarrollo de la lucha antiestatal, que sería entonces el único desarrollo posible respecto a la realidad judía asentada en la misma zona.

La presencia de un Estado palestino, por muy fantasma que parezca hoy, sólo puede conducir a acuerdos diplomáticos estériles, condicionados internacionalmente, acuerdos que harán imposible la coexistencia pacífica entre dos comunidades -la palestina y la israelí-, ambas con derecho a vivir en su propio territorio.

Con toda la probabilidad del mundo, la acción del Estado palestino se dirigirá por los cauces habituales para cualquier Estado: refuerzo militar, intervención armada generalizada, transformación de posibles acuerdos diplomáticos en instrumentos de represalia y amenaza.

El camino que ahora recorren los judíos está ahí para enseñar lo rápido que los explotados y oprimidos pueden, si son regimentados por los funcionarios del Estado, convertirse en explotadores y opresores.

La lucha de liberación palestina, tal como se ha llevado a cabo en los últimos cuarenta años, puede haber tenido altibajos de mayor o menor intensidad, pero nunca ha perdido el valor de un levantamiento popular, ni siquiera durante las peores acciones de represalia (por ejemplo, la acción contra el puerto de Lot). Por supuesto, incluso en esas condiciones pasadas, la mano de las organizaciones, y de la OLP en primer , estaba a la vuelta de la esquina, pero se trataba al fin y al cabo de una mano instrumental que podía descartarse, que no condicionaba a todo el mundo en nombre de un código preciso, fijado en el consenso de las naciones de todo el mundo.

No sabemos cuánto, incluso en un momento de consenso unánime, pueden hacer realmente estas naciones mundo, EEUU a la cabeza, por el pueblo palestino que sigue muriendo, siendo torturado. Ciertamente no pueden entrar en los asuntos internos del Estado israelí, aunque sólo sea por la misma razón del derecho internacional que hace que los Estados de todo el mundo sean soberanos y, por tanto, incuestionables. Israel incuestionable en su "derecho" a

seguir oprimiendo al pueblo palestino, e incuestionablemente Palestina en su 'derecho' a no ser oprimida, ocupada, destruida, asesinada, torturada, etc. Todo el mundo tendría sus 'derechos' y esto sólo se podría usurpar mediante la fuerza de las armas propias (y ajenas). Que uno sabe a donde puede llevar.

El Estado así creado podría ser un obstáculo importante en el largo y difícil camino hacia la liberación del pueblo palestino. Aunque sólo sea porque los que sufren difícilmente pueden entender estas cosas, que pueden parecer matizables. La creación de una organización suele verse como algo positivo. Uno se hace más fuerte. Uno puede negociar de igual a igual con todas las demás naciones del mundo. Pero, ¿y si ésta es precisamente la forma de proporcionar un aparente con- tracto y una continuación sustancial de la opresión? ¿Y si el permiso dado a Arafat para convertirse en jefe de Estado no fuera más que una forma diplomática de lavarse las manos?

Nadie puede descartar que no sea . Al final, los aplausos que se dirigieron al naciente Estado palestino en casa, vinieron de lados contradictorios: del Ministerio de Asuntos Exteriores y de organizaciones de camaradas que ciertamente no se mueven en el aire de los ministerios. ¿De qué depende este coro de intenciones? En primer lugar, del hecho de que ambos, ministros y revolucionarios autoritarios, están en la misma : el tamaño de la organización hace la fuerza del movimiento de lucha, y de esta fuerza viene la victoria. Este razonamiento, que nunca ha sido el nuestro, no puede por tanto llevarnos a compartir la alegría que tantos sienten por el nacimiento del Estado palestino.

Hay más. En nuestra opinión, el inefable Andreotti [1988] lo denuncia muy bien. El Estado palestino se convierte en un excelente interlocutor diplomático. Se harán presunciones por vía diplomática. Se intentará hacer comprender a Israel lo que este último Estado, cerrado en su lógica teocéntrica, no puede comprender. De todos modos, ¿qué les importa a Andreotti y al Estado italiano, y a todos los Estados del mundo, la suerte de cinco millones de palestinos?

Lo mismo para los últimos revolucionarios en casa. ¿Qué podrían proponer de forma diferente? ¿Quizás una intervención directa contra el Estado israelí? ¿Apoyo directo al levantamiento palestino en los territorios ocupados? Por supuesto que no. Ahora que el Estado está ahí, incluso para estos últimos pioneros de la estructura a cualquier precio habrá una forma de organizar el apoyo a la sombra del modelo ya visto.

Creemos que la situación no ha mejorado con la decisión de Argel. Real o irreal que haya sido. La única realidad sobre la que dirigir nuestro apoyo, sobre la que reflexionar actuando, es la de los cientos de jóvenes que resisten con piedras contra los tanques israelíes que ocupan su tierra. Una realidad que no tiene nada de diplomática ni de estatal.

[Publicado en "Provocation", nº 18, diciembre de 1988, pp. 1-2].

Más allá del horror, el asco

No me gusta citar y describir todos los detalles represivos que el Estado idea y para detener la rebelión de los oprimidos. Es una afectación típicamente inglesa que, en última instancia, resulta ineficaz desde el punto de vista del "qué hacer". Esta vez, sin embargo, es necesaria una excepción. Un breve catálogo de los medios particularmente atroces empleados en este momento [1989] contra el levantamiento palestino en los territorios ocupados debería, creo, sumir a cualquier individuo con un mínimo de dignidad en la más profunda consternación.

Las bombas lacrimógenas normales, como las utilizadas en Italia, están cargadas de cloro-cetofenona, que ya es peligrosa a cierta concentración en ambientes cerrados, las utilizadas en Palestina están cargadas de diclorobencilideno, que es letal, a menudo, incluso en ambientes abiertos si alcanza una concentración de un kilogramo por cincuenta metros cúbicos. Hay que tener en cuenta que los niños están más expuestos a estos peligros, sobre todo en condiciones de malnutrición, como sin duda lo están los niños palestinos.

El antiguo esparcidor de gas, con una capacidad de unos dos kilos y medio, ha sido sustituido por el 606 Jumbo, que dispensa cuatro kilos de gas, y por las bolas de goma 303, que al ser lanzadas rebotan esparciendo el gas y no pueden ser recogidas. Ahora el ejército israelí dispone también de la versión 909, que se dispara desde un arma hasta 150 metros y combina efecto del gas con el impacto cinético de la bomba en el cuerpo del receptor. Al tratarse en su mayoría de ancianos, mujeres y niños, las consecuencias son fáciles de imaginar.

Los perdigones de goma dura, probados por primera vez en Irlanda, se utilizan ahora regularmente en Palestina y en los últimos 22 meses [junio de 1989] han causado más de 30 muertes. Se trata de bolas de goma únicas que sustituyen al plomo en los cartuchos de caza de calibre 12, es decir, 18 mm. A veces, estos perdigones de goma tienen un interior metálico, por lo que casi siempre son mortales a una distancia inferior a 70 metros.

Una máquina especial, de reciente construcción, responde a las piedras lanzadas por los muchachos palestinos con más piedras, disparadas en salvas y en grandes cantidades.

Una máquina, apodada "la lavadora", montada en un vehículo blindado lanza un chorro de espuma de 200 litros. Esta espuma se solidifica inmediatamente, embadurnando de vida a quienes son alcanzados por el chorro.

Los reconocimientos de control se realizan ahora con helicópteros controlados por radio, que descender sin correr el riesgo, que antes corrían los helicópteros normales, de ser derribados incluso por un golpe de piedra bien dirigido.

Para vigilar el campo se ha desarrollado un avión ultraligero especial: un biplano que cuesta poco más de 12 millones, vuela a una velocidad de 180 kilómetros por hora y sólo requiere 16 horas de entrenamiento de vuelo.

También se utilizan exploradores no tripulados, es decir, aeromodelos controlados por radio en los que se monta una cámara que transmite imágenes al centro de operaciones. Tienen una velocidad de unos 75 kilómetros por hora y no vuelan más de 25 minutos.

A estos medios ultrasofisticados hay que añadir los medios normales que entraron en acción desde el primer momento de los enfrentamientos. Uno de los ejércitos mejor equipados y más eficaces del mundo intenta -aunque sin éxito- aplastar a un pueblo indefenso que se rebela lanzando piedras. Se han empleado todos los horrores del genocidio clásico: deportaciones masivas, campos de concentración, masacres indiscriminadas, destrucción de casas individuales y de grupos enteros de casas, tiroteos in situ, violencia, violaciones, asaltos a mezquitas, ataques a la Cruz Roja, masacres predeterminadas, uso de escuadrones de la muerte formados por colonos y soldados sin uniforme. Y la lista podría continuar, pero sería un déjà-vu.

Cuidado, queridos camaradas, en este momento reaparecen las mismas condiciones estoicas de siempre, como si la humanidad, al menos a corto plazo (que serían entonces milenios), fuera incapaz de salir de su atolladero de muerte. Muchos de los que hoy plantean distinciones históricas, o quieren insistir en distinciones, incluso válidas, pero que están demasiado atrás en el tiempo para ver con claridad cuál es la realidad de hoy, es decir, la realidad de un pueblo que agoniza en medio de una indiferencia casi total, pueden parecerse a aquellos burgueses que, ante la Comuna de París de 1871, se pusieron del lado de las dudas de Mazzini y luego, en los días de las masacres, sintieron la necesidad de reconfortar sus tesis saliendo a la calle para ir sacar los ojos con las puntas de los paraguas a los comuneros muertos. Y, del mismo modo, a aquellas buenas gentes que, cerca de Dacau, durante el exterminio de los judíos, presentaron una queja ante las autoridades locales porque el humo de la "fábrica" estaba matando a los pajarillos que anidaban en los árboles cercanos. Son los mismos que hoy vuelven a hacer distinciones y a hablar de los "aspectos positivos" del nazismo.

El hecho importante a tener en cuenta, una vez más, es que hay un tiempo para las reflexiones y las teorías, pero hay un momento en el que el pájaro de Minerva debe dormirse, y éste es el momento de la acción y la destrucción del enemigo.

[Publicado en "Provocation", nº 21, junio de 1989, p. 5].

Boicoteamos los productos israelíes

Recientemente [1988] se han multiplicado las iniciativas de solidaridad con la lucha del pueblo palesti- nés.

El último es el de la Junta de Delegados de "Coop" de las regiones de Emilia y Véneto que, el 12 de abril, en una carta dirigida a la dirección, exigió la suspensión de la compra de productos israelíes: pomelos, aguacates, dátiles. La dirección, en perfecta sintonía con su mentalidad de mercado, respondió con contundencia afirmando que: "Imponer a los consumidores opciones y evaluaciones políticas mediante una selección previa de los productos a la venta sería una limitación de la libertad elección y expresión (¡sic!)". Ridículo. Y aún más ridícula fue la marcha atrás del comité de empresa que, tras una reunión con la dirección, retiró la petición de boicot y, en lugar de pasar a formas de lucha más incisivas, se limitó a distribuir un folleto pidiendo a los consumidores que no compraran esos productos. Básicamente, se aceptó la postura de la empresa.

Alguien decidió, sin embargo, optar por otros métodos. Llamadas anónimas llegaron a las redacciones de varios periódicos, advirtiendo de que algunos lotes de pomelos Jaffa habían sido envenenados, como forma de solidaridad con los palestinos. La noticia causó cierto pánico y mucha imbecilidad.

Por un lado, los consejeros regionales de sanidad, los alcaldes y las autoridades sanitarias emitían boletines advirtiendo del peligro, mientras que, por otro, algunos no encontraban nada mejor que hacer que "aconsejar a los minoristas que tiren los pomelos que parezcan inseguros y se limiten a vender los que tengan buen aspecto".

Las llamadas crearon un gran revuelo en toda Italia, de Civita- vecchia a Caserta, de Milán a Roma, etc.

Sin embargo, parece que por el momento sólo se trataba de una amenaza que no se llevó a la práctica, ya que los análisis realizados a los pomelos no revelaron ningún rastro de veneno.

Imagínese lo que pasaría si la gente empezara a atacar más seriamente los intereses del Estado de Israel, y no sólo sus productos, sino también las empresas que de alguna manera lo apoyan, las agencias de viajes, etc.

[Publicado en "Provocation", nº 13, abril de 1988, p. 1].

Un cóctel molotov en Turín

Si hay algo que decir sobre el cóctel molotov contra la librería "Lu- xemburg" de Turín es la total uniformidad de las reacciones. Es realmente agradable ver cómo funcionarios municipales, regionales y estatales, independientemente del color del partido, responden al unísono y condenan el "cobarde acto de intimidación e intolerancia". También es agradable observar que a este coro angelical se unen también las diversas asociaciones radicales y extremistas de todos los colores, hasta los colectivos autónomos de Turín (no sabemos si todos) y, por último, pero no , los anarquistas. Por lo que podemos deducir de los periodicos, porque todo lo que sabemos en el momento de escribir esta nota lo obtenemos de esos periodicos bien informados, incluso el grupo "Berneri" de Turin parece haber sentido la necesidad de condenar el "resurgimiento del racismo nazi". Y esto es plausible, si tenemos en cuenta el tono y el contenido de los comunicados del grupo "L. Fabbri" de Forlì (*) y de algunos grupos anarquistas milaneses (**), que reproducimos en la nota a pie de página. Tal uniformidad de intenciones realmente reconforta y hace sentirse bien. Que autoridades y "revolucionarios" se den la mano es siempre algo que da esperanza para el futuro.

Nosotros, en cambio, tenemos dudas. No sabemos algunas cosas y lo decimos abiertamente. De otras cosas, que sabemos con certeza, hablamos claro y no nos callamos por miedo o conformismo.

Lo que no sabemos es la redacción real de la reivindicación. El hecho de firmar -si es cierto, como lo han dado los periódicos- con unas nuevas siglas anarquistas, , "Grupo (¿o Grupos?) Anarquista Revolucionario" (algunos periódicos hablan de "anarquistas revolucionarios") habría hecho sin duda indispensable la presencia de un mínimo rastro de análisis sobre los motivos y las razones del gesto (que los hay y que mencionaremos brevemente a continuación). El hecho de lanzar una breve llamada telefónica, con semejante sigla de por medio, sigue siendo el momento menos creíble de todo el asunto. No sabemos entonces si la referencia a la OLP (algunos hablan de "viva la OLP") es cierta, y si lo es, otro elemento de duda. ¿Qué anarquista, después de todo, podría gritar cosa? ¿Se puede pensar que un camarada ignora que la OLP es un gobierno en pleno funcionamiento, un gobierno (con su derecha y su izquierda) que dirige un futuro Estado y gestiona las acciones de una de las inteligencias más avanzadas del mundo árabe? Por supuesto que no.

Hechas estas confesiones de ignorancia, están las cosas que sabemos. Sabemos perfectamente que la lucha contra el poder prepotente de Israel y sus planes de exterminio del pueblo palestino (que poco tiene que ver con la OLP) no es un "hecho" que ocurra en ese lejano , sino un hecho que nos concierne a todos, a todos los que nos interesamos por el pueblo palestino.

corazón los destinos del hombre (y de los hombres), incluidos los del pueblo israelí (que poco tiene que ver con los intereses del Estado Israel). Y este tener estas en el corazón lleva a algunos de nosotros a querer intervenir, activamente y no sólo con gestos más o menos simbólicos, o con una batalla de declaraciones más o menos condenatorias de las acciones de los fascistas que dominan el Estado israelí. La indignación que se apodera de cada uno de nosotros, y sin duda se apodera de los camaradas (de esto podemos estar seguros) que redactaron las declaraciones antes mencionadas, cuando vemos los ataques de policía y el ejército israelíes contra niños, mujeres, ancianos, una población completamente indefensa o armada sólo con piedras, luchando por vivir, no por morir, aplastada en guetos que son sólo el recuerdo lejano de lo que una vez fueron lugares de vida cotidiana: esta indignación es la base de nuestra evaluación positiva de la acción. Sí, una evaluación positiva, incluso si nos quedamos solos al afirmar oficialmente (porque por lo que sabemos, extraoficialmente muchos camaradas se han declarado a favor de la acción en sí), no tenemos miedo de admitir que la destrucción de una librería pro-israelí no es un hecho que nos moleste realmente.

Por supuesto, no sabemos si estos compañeros son o no anarquistas, si son más o menos conscientes de la historia del anarquismo, de las motivaciones y teorías de los anarquistas (muchos compañeros, especialmente entre los jóvenes, son anarquistas incluso antes de familiarizarse con muchos problemas reales e incluso históricos que subyacen a la acción anarquista y a la teoría del anarquismo), lo que sí sabemos es que el objetivo a atacar, elegido entre varios posibles, nos parece correcto. Cualquiera que, en este momento, defienda los intereses del estado israelí debe ser atacado, posiblemente con una explicación adecuada de las formas y propósitos de lo que está haciendo. Por su parte, cualquiera que, en este delicado momento, quiera defender los intereses del pueblo israelí, que son también nuestros intereses, y que no son diferentes de los intereses del pueblo palestino, debería poder hacerlo, siempre que pueda explicar en qué difieren, desde una perspectiva de clase, esos intereses del pueblo israelí de los del Estado israelí. Haciendo, por el contrario, una simple exaltación de la "cultura" judía y de la religión judía, elementos que hoy sostienen y hacen posible la existencia misma del Estado de Israel, se hace un servicio a los asesinos y asesinos en masa que no sólo están matando al pueblo palestino, sino también tiranizando y engañando al pueblo israelí.

Para comprender el clima en Turín, os informamos de que tras el ataque a la librería 'Luxemburg', la policía llevó a cabo un registro en la casa ocupada 'El Paso'. Además, algunos camaradas detenidos esa misma noche mientras colgaban un programa de vídeo de 'El Paso' fueron llevados a comisaría, donde permanecieron las siete de la mañana.

(*) He aquí el texto de : "El Grupo Anarquista 'Luigi Fabbri' de Forlì, al conocer la noticia del atentado contra la librería 'Luxemburg' de Turín, reivindicado por un grupo autodenominado de 'anarquistas revolucionarios', siente el deber moral de tomar una posición inequívoca.

se opone tanto al ataque en sí como a la reivindicación que le siguió. Al atentado, porque considera insensato y antilibertario utilizar este tipo de violencia contra posiciones diferentes y contrarias a las suyas. A la reivindicación, porque considera que la adhesión a la política militarista de la OLP es incoherente con los principios anarquistas. Al mismo tiempo, expresa su solidaridad con el pueblo palestino, actualmente oprimido por el militarismo del Estado israelí. Pero esta solidaridad no puede confundirse ni con sentimientos de racismo antijudío ni con actos de violencia incondicional contra formas de pensar diferentes a las nuestras. A las palabras se responde con palabras, al margen de cualquier práctica de censura y represión. - Forlì, 15 de abril de 1988. Por el G.A. 'Luigi Fabbri', Andrea Papi'.

(**) He aquí el texto de Milán: "el atentado de anoche contra la librería Luxemburg de Angelo Pezzana en Turín, y en vista de que, según los medios de comunicación, la autoría del atentado fue reivindicada por un "grupo de anarquistas" no especificado, las iniciativas anarquistas de Milán han enviado el siguiente telegrama a Angelo Pezzana: "Te expresamos nuestra solidaridad ante el cobarde ataque a las librerías Luxemburg, una muestra más de la intolerancia antisemita contra la que los anarquistas siempre hemos luchado, más allá de posibles diferencias ideológicas, estamos a tu lado en la batalla por la libertad de ". - Redazione "A Rivista Anarchica", Libreria Utopia, Centro Studi Libertari, Circolo anarchico "Ponte della Ghisolfa"".

[Publicado en "Provocation", nº 13, abril de 1988, p. 5].

Nuevas iniciativas palestinas

En el contexto de la insurrección que se desarrolla desde hace más de siete meses [1988] en los territorios ocupados de Gaza y Cisjordania, junto a los persistentes enfrentamientos con ejército de ocupación israelí, se ha introducido un nuevo instrumento de ataque. Se provocaron más de veinte incendios en cultivos y bosques israelíes. A pesar del control puntual y feroz de los mi- litares y colonos israelíes, se destruyeron varios centenares de hectáreas. También se incendió una fábrica de aceite de semillas y una planta de riego. Por último, en Tel Aviv, se incendió una fábrica textil. Todo empezó a mediados de junio.

Unas semanas antes se habían producido ataques contra instalaciones eléctricas, cabinas de distribución y torres de alta tensión. Estos ataques habían provocado varios apagones en las ciudades más importantes de Israel: Jerusalén, Tel Aviv, Nablús, Belén y en la propia Franja de Gaza.

Para los amantes de la naturaleza que puedan sentirse incómodos ante la noticia de los incendios forestales y la destrucción de plantas inocentes, debemos señalar que también hay nuevas medidas represivas por parte israelí. Ahora los palestinos sublevados, armados sólo con piedras y algunos rudimentarios cócteles molotov, se enfrentan al gas venenoso, que, hasta ahora, según cifras verificadas por la Cruz Roja Internacional (organismo que ciertamente no está del lado palestino) se ha cobrado decenas de víctimas.

[Publicado en "Provocation", nº 15, julio de 1988, p. 3].

Cómo convertirse en el ayer

Las peripecias *de Mein Kampf* son cada vez más asombrosas. Tras el intento del Land de Baviera de bloquear la publicación del libro de Hitler en Dinamarca, parece que está a punto de publicarse en Israel su primera traducción completa al yiddish por una editorial judía especializada en textos universitarios.

Los jóvenes necesitan documentación de primera mano, dicen los editores de las ediciones Academon. Y ciertamente el texto de Hitler proporciona esta documentación, ya que, contrariamente a lo que dicen los negacionistas contemporáneos del proyecto de exterminio total de los judíos, ese libro habla con precisión y detalle de los nazis habrían conseguido. Pero tal vez se trate de un interés demasiado limitado y poco creíble, sobre todo si se tiene en cuenta que la clase dirigente judía es muy culta y conoce idiomas, por no hablar del alemán en particular, por lo que muy bien podrían haberse documentado sin recurrir a una traducción al yiddish.

Otra razón podría haber sido la necesidad de responder a una demanda masiva del "libro", una demanda que dentro del Estado judío no sólo se limita a la clase dominante, los asquenazíes cultos, sino también a la clase más modesta y explotada, los sefardíes, que constituyen la masa que presiona para que se mantenga y desarrolle la salvaje colonización de los territorios palestinos ocupados.

En la extraordinaria mezcla de ideas en la que vivimos hoy, no es extraño que los futuros lectores de *Mein Kampf* sean judíos, y judíos negros.

[Publicado en "Canenero", nº 16, 24 de febrero de 1995, p. 5].

No sólo botones

Una fuerza policial sigue siendo una fuerza policial por la sencilla razón de que un Estado, incluso un Estado desheredado como Palestina, sigue siendo un Estado.

Ahora bien, para aquellos que en su tiempo lucharon (cada uno a su pequeña manera puede haber contribuido) por el ideal de la liberación del pueblo de Palestina, esto tiene un significado especial. La idea de que camaradas de la lucha, de esa lucha que se extendía como una fiebre epidémica por todas partes, en Europa y en otros lugares, lleven hoy el uniforme con botones brillantes, imitando el de los policías británicos, es muy indigesta.

Pero la policía no sólo lleva uniforme, no sólo lustra sus botones, sino que controla, reprime, apalea y, si es necesario, dispara y mata sin pensárselo dos veces.

Gaza no es una gran ciudad, tiene pocas carreteras asfaltadas y las que no lo están se parecen más a las callejuelas de los pueblos que muchas otras del mundo árabe. En la zona antes estaba el Shin Beth israelí, ahora están los policías de Arafat. No sólo los policías, sino también el tribunal, la prisión y el servicio secreto. Todos pequeños, todos ineficaces, pero la intención es lo que cuenta.

¿Qué pasó con la Intifada?

Continúa, por supuesto, contra los nuevos amos y contra los antiguos. Así, chicos y chicas son arrestados, llevados al edificio polivalente de la represión estatal palestina, interrogados por investigadores poco condescendientes, juzgados por jueces inverosímiles. Son los niños, apenas un poco mayores, nacidos en los campos de concentración.

¿Qué puede decirles la ilustrada dirección estratégica del Máximo Líder?

De la misma manera que tardamos años en convencernos de que los israelíes eran torturadores, a pesar de que acababan de salir de los campos de exterminio, ahora tardaremos quién sabe cuánto tiempo en darnos cuenta de que algunos palestinos, viejos camaradas de ayer, pueden convertirse en torturadores de hoy.

La realidad evoluciona y, a medida que evoluciona, cambia las máscaras con las que los hombres se esconden para representar sus papeles. Pero, detrás de la máscara, el papel cambia y nadie se da cuenta.

[Publicado en "Canenero", nº 20, 24 de marzo de 1995, p. 2].

Policía palestina

En Gaza, el rey está desnudo. El levantamiento de piedras y desesperación se vuelve ahora contra la nueva policía palestina, armada por Arafat para mantener el orden y la paz, en interés, ante todo, de los amos israelíes.

La policía sigue siendo la policía. Los viejos *fedayines* se están dando cuenta de ello a su costa. Y en esas calles polvorientas, donde muchos de nosotros hemos dejado nuestros corazones, se llora y se desespera como nunca.

[Publicado en "Canenero", nº 5, 25 de noviembre de 1994, p. 7].

De Marx a Uri

Muchas cosas han cambiado en Palestina. Muchas otras siguen igual. La miseria y el odio proliferan como siempre, especialmente el odio hacia los ocupantes, es decir, los soldados de Israel, que siguen presentes en los territorios.

¿Qué podría ser más natural que el odio contra los invasores? Sólo los políticos que se han vendido al enemigo, y han negociado la posibilidad de un gobierno interno, y Estado títere, contra la continuación de una lucha más eficaz, pueden pensar lo contrario. Muchos palestinos, por diversas razones, no están dispuestos a aceptar una coexistencia basada en la protección de los intereses del más fuerte.

Esto explica la propagación de una resistencia interna dentro del propio Estado de Palestina, recién nacido, y que se presenta casi en su totalidad bajo la bandera de Hamás, sin duda el grupo armado más consistente, dotado de medios considerables, como puso de manifiesto la explosión de hace unos días [1995], que hizo saltar por los aires su arsenal.

No hay nada más fácil allí que encontrar a un muchacho, de doce a dieciséis años, nacido y criado en la miseria y la violencia de los campos de , dispuesto a escuchar discursos que niegan la validez de las opciones de Arafat y del proyecto de una Palestina libre que coexista con un Israel libre. Nada más fácil que empujar a este joven a la acción suicida.

Esto es lo que hacen sistemáticamente los hombres del 'Izz al-Din al-Qassam', el 'Brazo Armado de Dios', que no son niños y que como fanáticos religiosos se preparan para la muerte santa y la guerra contra el infiel.

Hace veinticinco años, en condiciones ciertamente no mejores que las actuales, la lucha palestina estaba sometida, casi en su totalidad, a otro tipo de adoctrinamiento, el marxista.

Antes, los intermediarios de barba fluida prometían ayuda en dinero y armas, ahora los sacerdotes islámicos prometen la vida eterna en un paraíso lleno de ari.

[Publicado en "Canenero", nº 22, 7 de abril de 1995, p. 2].

El aspecto obvio de lo impensable

Las colinas bajas de la parte oriental de Jerusalén permiten disfrutar de un cierto frescor que no suele encontrarse en otros lugares de la ciudad baja y las estrechas calles del centro. Como en todas partes, los lugareños adinerados fijan allí su residencia.

La expansión hacia el Este sigue siendo, pues, la de los asentamientos señoriales. En las colinas no viven los sefardíes pobres. Pero, a estas alturas, tampoco viven allí los residentes palestinos. Al contrario, el proceso de desposesión es más amplio. Muchos pueblos árabes del cinturón exterior, sobre todo en los suburbios del norte y del este, han sido incluidos en el cinturón urbano por el alcalde de la ciudad y considerados parte integrante de Jerusalén, por lo que están sujetos a expropiación. Para que este procedimiento funcione mejor, ahora se recurre cada vez más a acusaciones de formar parte de los extremistas palestinos, apoyarlos o conocerlos.

El asunto recuerda mucho a ciertas técnicas empleadas por los nazis en Alemania para despojar de sus propiedades a los judíos. La gran mayoría de los israelíes (irónicamente, esta mayoría hiperconservadora no sólo compuesta por asquenazíes, sino también, y yo diría que principalmente, por sefardíes, es decir, la parte más pobre de la población judía) está de acuerdo con esta política de confiscación y anexión, porque están convencidos de que así se anularán los propósitos de los palestinos de considerar Jerusalén como la capital de su Estado.

Por su parte, Moshe Zimmerman, jefe del departamento de estudios alemanes de la Universidad Hebrea de Jerusalén, declaró que la mayoría de los niños judíos que crecen en Hebrón, en Cisjordania, es decir, en los antiguos territorios ocupados que ahora están bajo jurisdicción palestina, están convencidos de que pertenecen a una raza superior, exactamente como pensaban los jóvenes de Hitler.

El académico documentó esta afirmación con una investigación realizada sobre diversas canciones y poemas que los chicos y niños de Hebrón compusieron en honor de Baruch Goldstein, autor de la masacre de la Tumba de los Patriarcas hace unos meses [1995]. Moshe Zimmerman, que ha editado recientemente la edición hebrea *del Mein Kampf* de Hitler, respondió a quienes le acusaban de fomentar así la difusión de la ideología nazi en Israel, que el racismo se difunde entre los judíos precisamente a través de la lectura del Biblia hecha por los extremistas del sionismo.

[Publicado en "Canenero", nº 25, 5 de mayo de 1995, p. 9].

El milagro de lo peor

El uso de juicios sumarios es ya habitual en la judicatura palestina de Gaza. La tortura y las pésimas condiciones de encarcelamiento son también hechos cotidianos a los que la población no se acostumbra. Todo parece servir al mantenimiento del fantasma de poder que Arafat ha encontrado en sus manos. Una pizca de poder que, sin embargo, como todos los poderes, funciona siempre de la misma manera: encarcelando, torturando, matando.

Sé que hay muchos que no pueden evitar sorprenderse. ¿Qué queda de la revolución de sus sueños? ¿Qué queda de los sacrificios y de las muchas muertes? ¿Todo en vano?

Ciertamente, para quienes se habían hecho ilusiones de que la construcción de un Estado palestino podía ser el camino más fácil, o el menor de los males, para lograr la liberación del pueblo palestino, la decepción debe ser amarga, no así para quien esto escribe, que, habiendo tenido la oportunidad de conocer mejor los conocimientos y la composición de la cúpula de Arafat, ha denunciado durante muchos años su ideología conservadora y su práctica del control y la represión.

Desvestido de su uniforme de guerrillero tras las líneas, el viejo Yasser está ahora prácticamente desnudo. No tiene nada que poner en la balanza más que la excesiva estupidez de algunos miembros de Hamás, que, incapaces de averiguar cómo prescindir de Irán y internacionalismo fundamentalista islámico, vuelven a proponer la misma obtusidad durante décadas que otras fuerzas palestinas, ayer incapaces de averiguar cómo prescindir del marxismo (y, por tanto, también de la ayuda en armas y dinero de los países del Este).

El primer resultado podría ser emprender, sin retorno, el camino de una represión cada vez más feroz. De este modo, Arafat acabaría aislado en el seno mismo de su pueblo, y fomentaría el desarrollo del fundamentalismo, la otra cara de la moneda, la triste conclusión fanática de toda disposición a la libertad y a la paz. El segundo resultado sería convertirse cada vez más en el gendarme automatizado de los israelíes, que le harían así todo el trabajo sucio.

¿Qué quedaría entonces de la cultura palestina y de la mentalidad abierta y libre de un pueblo que, en una época no tan lejana, acogió a los primeros asentamientos de judíos de forma amistosa y hospitalaria, invitándoles a trabajar juntos en una intención de cohabitación mutua, una mentalidad y disposición de espíritu que siguen presentes en el pensamiento y la cultura palestinos de hoy, pero por cuánto tiempo más? El trabajo realizado ayer por los israelíes para destruir toda cohabitación y establecer su dominio absoluto sobre sus antiguos anfitriones es así continuado por aquellos que simplemente quieren dar la vuelta a la situación, para establecer su propio dominio absoluto.

Cada batalla entre diferentes aspirantes a gobernantes transcurre sobre una montaña de cadáveres.

El verdugo siempre está trabajando.

[Publicado en "Canenero", nº 26, 12 de mayo de 1995, p. 2].

Las razones fundamentalismo

Cuando en el siglo XVIII adquirimos la ideología del progreso, también se nos transmitió un subproducto, la ilusión de que ese progreso sólo podía ser obra del pensamiento laico, un pensamiento que había dejado de lado la religión. En otras palabras, la Ilustración pensó, con Voltaire a la cabeza, que eliminando la fe religiosa se reducirían los conflictos y las guerras, los odios, las persecuciones, las masacres.

Toda la llamada cultura de izquierdas, que se ha fortalecido temerariamente desde finales de los años sesenta, puede remontarse a estas premisas, que van desde un anticlericalismo y un ateísmo feroces, hasta una especie de diálogo con las fuerzas progresistas del cat- licismo y el protestantismo. Se trataba de una ilusión cultural típica, de la que es responsable el cientificismo racionalista. Ni el simple ateísmo ni el correspondiente anticlericalismo son suficientes, como he sostenido desde principios de los años sesenta, cuando son expresiones de un racionalismo ciego. El hombre debe crecer en el rechazo de Dios, con su propia responsabilidad personal, con una implicación individual en la lucha contra la autoridad. Estado y Dios, como bien decía Proudhon, aquí se dan la mano y se ayudan mutuamente. Pero el empoderamiento del individuo no se producido dentro del pensamiento secular. Al contrario, ha ocurrido precisamente lo que Stirner temía, es decir, que Dios ha sido trasladado del cielo a la tierra con todo su bagaje. Se ha negado a Dios en nombre de la ciencia, o de la razón, o peor aún, en nombre del partido, o del Estado. En algún lugar la religión ha sido abolida por decreto ministerial.

La ilusión progresista les hizo ver esto como un paso en la línea ineluctable del desarrollo teórico. Mejor si en lugar de iglesias hubiera museos, bibliotecas, piscinas y aulas. Mejor, sin duda, porque las iglesias no sólo son lugares de los que emanan enseñanzas lesivas para la dignidad humana, sino también ocasiones para el fortalecimiento de las fuerzas más autoritarias y represivas. De acuerdo, pero si se suprime la religión por decreto ministerial, en nombre de un pensamiento que pretende ver en ello una decisión positiva, porque camina en la dirección de la liberación, es decir, va hacia el futuro, que no puede ser sino anárquico, entonces nos equivocamos.

Desgraciadamente, no hay certeza de que la historia se encamine hacia la anarquía. La frase de Bo- vio encaja en la ideología positivista de su tiempo. La lucha contra la religión debe librarse paralelamente a la lucha contra el Estado, esta última no puede delegarse en un "kulturkampf" bismarkiano de nuevo cuño, sería una tragedia, como hecho lo fue. El sentimiento de los oprimidos encontraría muy fácilmente su camino en la religión, entendida como el consuelo de los humildes, como la esperanza de una vida mejor, al menos

en el más allá, y la tarea de los sacerdotes (de todo tipo) volvería a ser fácil, aureolada de martirio. Nada podría ser más productivo para el auge del fundamentalismo, con todas las restricciones que conlleva, gente viendo a la Virgen, manifestaciones masivas, etc.

Por eso, una lucha contra Dios y la Iglesia, un ateísmo y un anticlericalismo consecuentes, deben partir siempre de un correcto planteamiento de clase, de un análisis de la realidad económica, que esa lucha no puede considerar como elementos extraños, a postergar a la rueda de la historia que viaja a favor del progreso. Los intelectuales siempre han tenido esta injustificada pretensión laicista, pensaban que podían ocuparse de una crítica específica, atea o anticlerical, mientras que correspondía a los demás ocuparse de la acción revolucionaria en términos concretos. Esto demuestra, hoy más que nunca, la mezquindad y la cobardía de los intelectuales, y de aquellos que aún no siéndolo, por su superficial preparación de aficionados, se fascinan sin comprender.

La barbarie no es una presencia histórica pasada, no pertenece a los horrores que hemos dejado atrás, camina a nuestro lado. No es sólo el fundamentalismo resurgente, el neofascismo o el antisemitismo, sino que es la barbarie principalmente el nuevo orden mundial basado en la discriminación cada vez más marcada, no sólo entre países, sino también entre clases dentro de cada realidad estatal. Es barbarie la creencia ciega en una ciencia que no puede salvar al hombre y tal vez ni siquiera al planeta, que ha contribuido silenciosamente a la acumulación de armas atómicas y gases letales, con la misma capacidad inventiva con que ha producido nuevos medicamentos y nuevas enfermedades. Y bárbaro sigue siendo un pensamiento que un mecanismo animista, subterráneo y determinado, que juega y cava a favor de los desdichados y explotados, en el camino de la historia. Son creencias con las que no se puede frenar el fundamentalismo rampante. Todos aquellos que, en grandes masas, sobre todo en los países islámicos y orientales, pero también en Italia, se encuentran ahora, precisamente a causa de los cambios políticos de los últimos , ante la visión directa de la situación económica , pueden ser víctimas del engaño de los demás y de sus propias esperanzas. Los laicistas argelinos, al igual que sus homólogos moderados de otros países islámicos, no pueden hacer frente a ola fundamentalista con palabrería ideológica, sólo podrían hacerlo mejorando las condiciones económicas objetivas de la población, pero esto a menudo no se hace, porque los intereses internacionales y las condiciones objetivas bloquean todas las posibilidades.

El fundamentalismo religioso también se está desarrollando en los países del Este, tras los cambios que se han producido en el comunismo "real" de los Estados, que dista mucho del comunismo tal como lo entendemos, pero éste es obviamente otro tema. Aquí, el ímpetu del integracionismo wojtyliano está haciendo resurgir diversos fundamentalismos locales e, indirectamente, también el fundamentalismo islámico, lo que provoca tensiones nacionalistas. Como efecto inducido, también se está produciendo un renacimiento del catolicismo fundamentalista en Italia, que podría alimentar cada vez más movimientos localistas que tarde o temprano confluirían con movimientos católicos de base.

Las perspectivas de un desarrollo del fundamentalismo religioso no son nada desdeñables.

ellos. Es necesario dotarse de instrumentos de crítica que sean eficaces y no acepten el determinismo equívoco, que sólo ha conducido a la instauración de dictaduras de Estado (fascistas y comunistas), ni el racionalismo científico equívoco, que ha llevado al mundo a sus actuales condiciones de empobrecimiento y destrucción. Podríamos enfrentarnos a un renacimiento de la religión no sólo con manifestaciones masivas, que significan un estado de malestar, sino también con un fortalecimiento de la dominación de las diversas Iglesias, con todas las consecuencias negativas de las que siempre ha sido capaz.

Por eso es bueno empezar a luchar ahora y no esperar a que otro lo haga por nosotros.

[Publicado en "Provocation", nº 25, agosto de 1990, p. 12].

Detrás de los fantasmas de Carpentras

El antisemitismo, que ha tenido diversas expresiones a lo largo de los siglos, tanto teóricas como de masas, también se ha plasmado en reflexiones históricas y filosóficas destinadas a demostrar las razones del odio hacia un pueblo considerado como no pueblo, y en prácticas de aniquilación, pogromos y diversos genocidios.

Queriendo hacer una distinción, por incierta y discutible que sea, este movimiento irracional de miedo e incertidumbre hacia los judíos ha adoptado históricamente dos formas: la primera, más antigua y articulada, es la religiosa; la segunda, más esquemática y reciente, es la racista. Aunque los resultados de estas dos aberraciones han sido a menudo idénticos, los puntos de partida no lo fueron, como tampoco lo fue el uso de determinados medios de ataque y destrucción contra el pueblo del antiguo Israel disperso por todo el mundo.

Sé muy bien que existió una "teoría de la sangre" católica, desarrollada inmediatamente después de la "reconquista" española y destinada a desenmascarar, con una base fáctica, las conversiones supuestamente instrumentales al catolicismo, pero quedó subordinada, en el ámbito de la teología cristiana, a la teoría dominante que sostenía la tesis de la "gran culpa", es decir, el deicidio. La tesis racista, en cambio, que se ha desarrollado en épocas más recientes, avanzaba teorías pseudocientíficas para justificar la necesidad de destruir a los judíos, pero no sólo a éstos, ya que en la misma tesis también se consideraba necesario reducir al nivel infrahumano a los pueblos no judíos, considerados inferiores, como los pueblos eslavos. Se ha argumentado que, con la invasión de Rusia, los nazis desencadenaron de hecho la Tercera Guerra , tanto por las diferencias en los métodos (por ejemplo, la presencia de comisarios políticos en el ejército, eliminación masiva de prisioneros, etc.) como por las diferencias en la finalidad, es decir, vastos desplazamientos de poblaciones, sometimiento masivo a la esclavitud, etc.

Pero sólo la tradición antisemita del catolicismo ha reservado una atención especial a los cementerios judíos. Detrás del macabro, inútil y estúpido gesto de Carpentras, se esconde toda la cultura católica de los últimos dos mil años. La práctica de desenterrar a los muertos era normal en el catolicismo y se utilizaba en el caso de los herejes, cuyos cadáveres se desenterraban empalándolos en una percha especial para proceder a su enjuiciamiento ante los tribunales inquisitoriales. A menudo, como el propio San Juan Crisóstomo insistía, esta práctica era necesaria para expulsar de los lugares consagrados los cadáveres de judíos conversos cuya confesión se había demostrado posteriormente (¡con qué medios, cabe imaginar!) que habían abjurado para evitar la persecución. En este caso, los cadáveres exhumados eran arrojados en masa a una fosa común, fuera de los lugares consagrados, y cubiertos de cal. Prácticas de

Digestiones similares, con motivos igualmente abyectos, pueden encontrarse citadas en sentido favorable, que yo recuerde, incluso en las terribles cartas de San Jerónimo, uno de los peores fanáticos de la hagiografía cristiana y católica, pero también en los escritos mucho más sosegados y reflexivos de ese San Ambrosio, maestro y fascinador de San Agustín.

Sin ir tan lejos en el tiempo, está documentado un triste debate celebrado durante el Concilio Vaticano II, es decir, anteayer mismo, en el que la pro- puesta de suprimir la oración "Pro perfidis Judaeis" de la misa del Viernes Santo encontró muchos obstáculos y dio lugar a una especie de tratamiento orgánico del antisemitismo católico moderno.

¿No es de extrañar?

[Publicado en "Provocation", nº 25, agosto de 1990, p. 12].

¿Quién es el judío?

No es fácil responder a esta , ni estas viejas reflexiones pretenden hacerlo. La pregunta, precisamente porque puede dar tantas salidas, está mal planteada, al menos para la mentalidad racional que cada uno de nosotros lleva como una bolsa de la compra.

Es más fácil responder a preguntas como: ¿qué hace el judío? ¿Cuál es su comportamiento religioso, político, cultural, social, sexual, etc.? Muchos se han dedicado a dar respuestas a éstas. La sociología es la ciencia que siempre tiene una respuesta para cada pregunta idiota.

Sin embargo, en muchos de nosotros, una cierta inquietud permanece en el fondo. Lecturas antiguas y no tan antiguas, especialmente personajes de novelas, desde Rebeca hasta Rocambole, están ahí para sugerirnos una figura particular, casi podemos ver esta figura, podemos seguirla con el ojo de nuestra mente. La forma en que se dibuja este cuadro inquietante provoca aprensión. El judío no sale bien parado de esta eclosión. Por el amor de Dios, somos demócratas y posibilistas, antirracistas ante todo, luego también somos , en una palabra somos buenos izquierdistas, respetuosos igualdad, dispuestos a defender abiertamente a los oprimidos con todas nuestras fuerzas. Sin embargo, una sutil sensación de inquietud se agita en nuestro interior. Y es que comprendemos por qué el judío ha sido siempre, y en todas partes, degradado, humillado, perseguido, asesinado. Lo entendemos, pero no sabemos explicar por qué.

Debe haber algo en el judío, esa es la conclusión a la que llegamos. Y es esta convicción, oscura y nunca revelada completamente en sus , la que forma la base del anisemitismo.

No detesto a los judíos, apenas puedo imaginar cómo teorizaron, antes, y pusieron en práctica, después, su exterminio sistemático, se me hiela la sangre cuando caen en mis manos algunos extractos de los ilegibles escritos antijudíos, sin embargo, no puedo librarme de este desasosiego.

Sé muy bien que los judíos son hombres como todos los demás, comparten las mismas pasiones que todos los demás, cometen los mismos errores, son ricos y pobres como en cualquier otra parte del mundo, inteligentes y estúpidos, según como el caos original decida que sean en ausencia absoluta de reglas y predestinaciones.

Sé todo esto, pero me preocupa igualmente. Los judíos son sucios. ¡Vamos, seamos serios! ¿Qué forma de hablar es ésa? Lo dejo a un lado, no hay duda de que es una charla idiota, pero luego lo oigo repetir a mi alrededor, en el tranvía, o en la elaboración enfáticamente democrática de la cháchara de patio trasero llamada medios de comunicación de masas. Esta generalización refuerza mi opinión (¿quién sabe cuándo, de niño, oí esta afirmación por primera vez?

esta evaluación de la inmundicia?), no hay duda de que debe remontarse a mi infancia. Los judíos son tacaños. ¡Por el amor de Dios! Dejémonos de tópicos. Sin embargo, no hay chiste que se precie que no tenga esto en cuenta en todos los círculos. Los camaradas no son una excepción, salvo cuando levantan la cabeza hoscamente y dejan de sonreír, entonces sólo son políticamente correctos, pero ese es otro tema. ¿Y los escoceses, y los genoveses? También son tacaños. ¿Quién no ha tenido una experiencia así en su vida? Casi todos, y casi todos te dirán que han encontrado, repartidos por igual, genoveses derrochadores y genoveses tacaños, y se reirán del chiste: "Si un genovés salta por la ventana, síguele". Pero nadie se ríe si el mismo chiste se hace sobre un judío. En este terreno, todos tenemos las brasas mojadas.

Sería un error considerar que estas preocupaciones carecen de importancia. De hecho, forman parte de la parafernalia de ridiculización que el antisemitismo lleva siglos desplegando, junto con las fábulas sobre el pueblo deicida, sobre el odio de los judíos hacia el mundo que no judío como ellos. No hay razonamiento que pueda refutarlas hasta la médula.

Decir que los judíos no son una raza es decir una verdad tan evidente que resulta incluso estúpida. Basta ver la heterogeneidad de los componentes que hoy forman Israel para convencerse inmediatamente. Sin embargo, no sólo los antisemitas, sino también muchas personas que no saben qué pensar de los judíos y que en general albergan cierto recelo hacia ellos, como ocurre siempre contra todo lo que uno no conoce bien, los consideran una raza aparte. Aparte, esa es la cuestión.

Los judíos tampoco se consideran una raza, pero sí se consideran aparte. Pruebe a afirmar que los judíos son como todas las demás personas y verá que mientras para algunos esta afirmación no es más que una perogrullada, para otros es una enormidad que no debe compartirse, y entre estos últimos hay que incluir a los judíos. En última instancia, el judío no se considera como los demás. Antes que cualquier otra cosa, antes que su humanidad, está su ser judío, un ser humano judío.

Este hecho está relacionado con la religión judía y, en particular, con la fuerza con que se expresa la tradición en esta religión. Si la tesis principal, profundamente cómica, de los antisemitas es que un judío alemán nunca podrá comprender a Goethe porque es ajeno al espíritu germánico, o que un judío francés por la misma razón no podrá comprender a Racine, me parece más fundada la tesis contraria, la que formulo, a mi leal saber y entender, aquí por primera vez: nadie que no sea judío puede comprender el espíritu del judaísmo.

Que el prusiano Rocker aprendiera yiddish para organizar, como revolucionario anarquista, a los judíos de Londres, no significa que comprendiera el problema del judaísmo.

Así pues, la tesis de que el judío es un hombre al que los demás consideran judío, defendida también por Sartre en su época, sólo es cierta en parte.

El aislamiento, los guetos, atribución exclusiva hecha originalmente por Iglesia cristiana a los judíos de la posibilidad de comerciar con dinero, el desprecio hacia ellos, todo esto no hace todavía al judío, es sólo todo lo que el antisemita tiene a su disposición para construir

su' figura imaginaria de judío. El resto lo hace el propio judío, y es este resto lo que hay que tener en cuenta.

Se me dice que el judío no puede constituir una unidad de carácter religioso, tanto porque su historia está jalonada por una disolución continua que ha durado veinticinco siglos, como porque en lugar de lazos reales, es decir, relaciones que se solidifiquen en una comunidad real, y no sólo en la solución ficticia de cualquier Estado político, siempre ha habido coberturas sentimentales entre grupo y grupo, lazos ideales, a veces completamente fantásticos. Frente a una religión tan fuerte como el cristianismo, capaz de afrontar la reforma y la ruptura con Oriente sin desvirtuarse, es más, reforzándose como unidad y fuerza política, el judaísmo se ha ido espiritualizando hasta convertirse en una religión intimista con una fuerte carga simbólica, permite la convivencia de agrupaciones políticas, imprimiendo a estas últimas su propio totalitarismo gruñón e integralista.

Estos análisis son en gran medida erróneos y en pequeña medida correctos. Se equivocan en la medida en que en las diversas diásporas, desde el cautiverio babilónico a la dominación persa, hasta la conquista romana, y luego a lo largo de la historia, dentro de las diversas realidades históricas locales, los judíos han mantenido su propia identidad separada. El hecho de que esta identidad suya se haya salvado casi exclusivamente a través del filtro religioso, en lugar de debilitar a las diversas comunidades, como se ha pretendido analizando el fenómeno con una mirada política occidental y evolucionada, con la perspicacia de Maquiavelo, por ejemplo, las ha fortalecido, pero a su manera. Ya el mismo movimiento cristiano primitivo dio lugar a una separación radical entre los grupos judíos de la emigración y los de Judea, y ello se debió al predominio de una forma religiosa de alto contenido intimista, considerada así por los analistas políticos habituales como una forma débil. Tan débil es esta forma religiosa del judaísmo que es capaz de atravesar toda la Edad Media, transmitiendo una gran riqueza de pensamiento, arte, experiencias vitales, reflexiones teológicas y místicas, una herencia que más tarde se extenderá a todo el judaísmo, independientemente de las divisiones migratorias.

La tradición fue ocupando poco a poco el lugar del pasado nacional propiamente dicho. El alemán e-brew se sentía alemán, y se asombraba de radical enucleación del cuerpo social alemán de la época por los nazis, pero este sentimiento alemán pertenecía a una especie de esfera pública separada, en una esfera más íntima, y por esta misma razón mucho más fuerte, se sentía judío. Mientras que al sentirse alemán intentaba reducir al mínimo la integración en la sociedad, al sentirse judío llevaba esta integración al máximo, precisamente porque consideraba que la primera era una exterioridad inevitable y la segunda una interioridad fuertemente deseada. La religión judía, cada vez más a lo largo de siglos, se ha convertido así en el sustrato sobre el que se asienta la sociedad judía en ausencia de un sustrato constituido por tradiciones de carácter nacional.

De hecho, al constituirse como Estado israelí, la mayoría de los judíos, desde las primeras oleadas, nunca sintieron la falta de una base histórica real, de un vínculo inmediato e ininterrumpido con los lugares de la tierra prometida, sino que sólo tomaron el signo del retorno y de la profecía cumplida, la gran confirmación de lo que constituía inevitablemente un signo de

Dios, del mismo modo que las catástrofes de la diáspora y holocausto también un signo de la relación especial de Dios con su pueblo elegido.

A este respecto, es interesante decir algo sobre la revuelta racionalista que comenzó a mediados del siglo pasado y terminó en las primeras décadas de este siglo. Se trata del llamado movimiento haskalah (cultura). El enfrentamiento entre este movimiento, formado por poetas, músicos, matemáticos, científicos e historiadores, y los partidarios de la tradición judía, fue extremadamente duro y dio lugar a una publicidad racionalista destinada a emplear la razón en el examen de los hechos de la vida humana, llevando su crítica incluso al interior de los muros de los guetos, imponiendo a veces un realismo crudo y eficaz. Este impulso hacia un mundo mejor, más justo y espiritualmente más rico contrastaba dramáticamente con la cruda descripción de la gris realidad del gueto, hecha de humillaciones y aplastamiento a las tradiciones religiosas. Quien mejor capta este contraste es la sátira de Jehudah Loeb Gordon, Joseph Pel Ischq Ertel, que atacan las supersticiones y ridiculeces del culto. La revista de Peretz Smo- lenskin, "Ha-Shachar" ("La mañana"), dibujaba muy bien el panorama de los guetos judíos rusos y atacaba no sólo los aspectos del fanatismo religioso, sino también los lados inquietantes del modelo de la vida cotidiana. Sin embargo, esta sátira no llega al meollo de la cuestión, no toca la supuesta "revelación" del Dios absoluto que conduce a Israel a la victoria. Ningún crítico se atreve a ir tan lejos. El propio pensamiento ateo de Roger Martin du Gard prefiere atacar al cristianismo y al catolicismo en particular, pero nunca toca el *Talmud*. La figura social del sacerdote, de ahí la amplia publicidad anticlerical debida a los judíos, nunca considera al rabino.

Ya con la intensificación de los pogromos, especialmente en Rusia, a finales del siglo pasado, esta vertiente literaria crítica comienza a desvanecerse. La revalorización valores judíos tradicionales se impone, y la razón es fácil de entender: ante la represión y la catástrofe, los judíos acaban uniéndose de nuevo en el holocausto.

Los herederos de la haskalá serán, pues, los iniciadores del movimiento Hibbat Sion (Amor a Sión), que irá adquiriendo cada vez más tintes nacionalistas. Uno de los principales ideólogos del sionismo es Ahad Ha'am (Asher Ginzberg), ucraniano, que en su libro *Al Parashat Derakim* (*En la encrucijada*), funda el sionismo bajo el aspecto teórico y espiritual. Siendo una continuación del racionalismo crítico anterior, esta vertiente nacionalista no es ajena a una crítica de la vida cotidiana judía, empleando incluso cierto humor sobre la forma de pensar del judío medio, cuyos tics y muchos de los aspectos paradójicos que he mencionado antes se ponen de relieve.

La unidad seguirá fortaleciéndose en la tierra de Palestina. Unidad no sólo política, que puede no haber correspondido a las esperanzas de los primeros colonos, los únicos colonos dignos de ese nombre, sino también unidad comunitaria y social, así como religiosa, y este último punto, nunca explorado del todo por los llamados escritores seculares del movimiento de renacimiento nacional, acabará por imponerse absolutamente.

Me parece más exacto decir que el judío es el que se considera judío y, por tanto, actúa y

se comporta sobre la base de su conciencia de judío, en la que el motivo religioso encuentra un lugar esencialsi no dominante. Refuerza esta convicción de ser judío también, y no es una aportación secundaria, el comportamiento de los demás que, considerándolo judío, adoptan hacia él actitudes que dan a esas elecciones originales la consolidación de un verdadero estatus social.

Quitar al judío su condición de judío, su vida en la tradición, su sentimiento de formar parte de una comunidad ideal y religiosa, incluso antes que nacional, incluso cuando no se encuentra físicamente en el territorio del Estado de Israel, es desvirtuarlo, y hacerlo podría ser una operación tan desastrosa como la que pretende igualar las diferencias entre los hombres en nombre de un igualitarismo mal entendido.

La igualdad es una idea que se basa en la justicia, la libertad, la verdad. Como todas las ideas que son verdaderamente tales, y no el resultado de opiniones puestas en movimiento por el juego de la información cotidiana, debe ser abrazada continuamente. No hay ninguna definición concluyente, ninguna toma de posición, ninguna declaración programática, en definitiva, ninguna cháchara, que pueda detenerla absolutamente en una formulación válida para todos, nada que pueda igualar al judío conmigo. No soy judío, y carezco de esta poderosa experiencia, de esta íntima conexión con algo que es distinto de la posible experiencia religiosa que puedo tener en mi mundo no judío. Y esta carencia no puedo suplirla con la simple decisión de leer textos del jasidismo o los mitos de la Qabbalah. El hecho esencial, y creo que todo judío puede estar de acuerdo conmigo, es que no soy judío.

[1986]

El movimiento kibbuzim

Con la llegada de un número cada vez mayor de personas a Palestina desde el final de Segunda Guerra Mundial, el movimiento de los kibbutzim se extendió como la pólvora. Lo que antes era un experimento se convirtió en un intento seriamente organizado de reestructurar la sociedad sobre la base de la cohesión interna de nuevos modelos organizativos. Estos modelos se beneficiaban de la experiencia pasada, tanto teórica como práctica, pero se un problema totalmente nuevo, aunque sólo fuera por las considerables dimensiones que estaba adquiriendo.

Así nació la aldea comunitaria, un conjunto de comunidades de producción y consumo que proponen una integración de la agricultura, la industria y la artesanía. Estas comunidades se unen en una confederación. Se supera así al menos uno de los puntos considerados por Kropotkin como causa del no funcionamiento de las comunas, el aislamiento.

Detrás de esta aldea comunitaria hay experiencias teóricas y prácticas, pero mucho se improvisa aquí por parte de los colonos que, al menos al principio, intentan también que la población árabe-palestina participe en sus iniciativas, plenamente recompensada. Los sueños, en esta primera etapa, son muchos, fantasías utópicas también: una nueva sociedad parece estar a las puertas, basada en nuevas relaciones familiares y personales, un hombre nuevo, un mundo nuevo eran, tal vez, los objetivos más o menos declarados.

Los primeros pioneros, teóricos y ejecutores de lo que estamos hablando, los chaluzim, tenían algo en mente, pero en el trasfondo de esta red de comunidades libres que querían extender a todo el territorio disponible, se veía, desde el principio, una contradicción, se veía la idea nacional, la reconstitución del Estado judío sobre una base territorial y nacional, la semilla de todo mal futuro.

Que hubiera instancias socialistas en muchos de estos chaluzim no es tan importante como se ha subrayado repetidamente. Las teorías de Owen y King estaban presentes junto con las, para el tema concreto, mucho más importantes de Proudhon, Kropotkin y Landauer. Pero esta no es la cuestión.

La kwuza, la comunidad aldeana, sobre esta base estaba destinada a ser incorporada por el Estado y a seguir, por diferentes caminos, el trágico destino de las colectividades españolas. Las teorías de Kropotkin sobre el mir y el artel ruso, la lectura de Marx y los intentos parciales de este último por explicar el funcionamiento y el destino de las comunidades agrarias (la respuesta a las preguntas de Vera Zasulič es importante), no bastaban para resolver los problemas planteados por la nueva realidad. La incorporación del Estado se hizo inevitable cuando los kwuza smi-

ser el creador de nuevos intereses, el productor de una verdadera vida comunitaria llena de problemas, pero también capaz de realizar soluciones. Adaptado al simple cumplimiento de las tareas cotidianas, el impulso inicial se fue desvaneciendo poco a poco. En el momento en que el chaluziut se contentó con ser él mismo, es decir, una pequeña élite depositaria del título de colonizador original, llegó puntualmente su derrota.

Esto estalló a medida que aumentaba la crisis de todo el asentamiento en la tierra de Palestina. La tierra de la alija, del ascenso, se convirtió en la tierra del enriquecimiento de pequeños grupos carentes de todo impulso ideal. Junto al chaluziut original, que aún conservaba una visión clara de sus motivos socialistas, surgió gradualmente otro chaluziut incompleto, que simplemente quería vivir mejor en la tierra considerada de "sus padres". La división racista entre asquenazíes y se hizo cada vez más evidente e importante a medida que aumentaba la llegada de judíos negros. A medida que las comunidades crecían y se diferenciaban, rehuían cada vez más cualquier motivación idealista.

No es que estos recién llegados eludieran sus obligaciones laborales, al contrario, los sefardíes se encontraban a menudo entre los más radicales en sus compromisos (incluso cuando eran policías, se contaban entre los más estrictos y respetuosos de la ley), pero el hecho es que su interés primordial era la supervivencia, aquí y ahora, de la mejor posible, también para escapar a los riesgos fracaso que les obligarían a regresar a sus patrias donde sólo les esperaba la muerte. Las motivaciones ideales, de un socialismo comunitario y federalista, nacionalmente coordinado, participativo con los árabes-palestinos, sin la presencia de un Estado, si lo hubo al , en muchas de estas estructuras productivas, digamos recién acuñadas, desaparecieron pronto.

No hay que pensar que esta situación es sólo la de los kibutzim, los mo- schawim, las colonias de trabajadores industriales, también se encuentran en la misma situación, muchos de han abandonado su composición original, parcialmente individualista, para aceptar no un acuerdo federado más profundo, y por tanto socialmente correcto, con las otras formas de organización comunitaria, sino por el contrario una relación directa, y por tanto una subvención directa, con el Estado israelí.

Del kibbuzim original sólo quedan cenizas. [1986]

La comunidad, de la experimentación a la supervivencia

A finales de los años 80, se intentó ver en la comunidad un modo de vida alternativo, y este deseo de búsqueda se correspondió con la agudización del nivel de dificultad de la lucha social. El camino hacia la revolución, al parecer vedado, y al no ver ninguna posibilidad inmediata de una victoria de las fuerzas progresistas y revolucionarias sobre la reacción conservadora del Estado, este camino también se buscó en la comunidad. Así, estos lugares apartados fueron considerados no sólo como situaciones reales, capaces de expresar ideas diferentes, sino también de satisfacer necesidades fundamentales, exigencias personales y colectivas, motivos éticos y culturales, en definitiva de convertirse en puntos de referencia para muchos, más allá de la tradicional y difícilmente eliminable división entre lo personal y lo político.

No se puede negar que detrás de estos deseos alternativos subyace una necesidad generalizada de diversidad. Precisamente ante la menguante esperanza de cambios profundos en la estructura social, la preocupación por no dejarse avasallar por la reestructuración galopante, por la articulación cada vez mayor del desistimiento a cualquier nivel, encuentra un alcance más amplio. Continuar la lucha respetando las propias necesidades esenciales, ya que de cambios macroscópicos, al menos por el momento, no se puede hablar.

Hablando de las experiencias relativas a la Comunidad del sur, Rubén Prieto afirma: " nuevas formaciones societales organizan la acción social para autogestionar los fondos, la producción y el consumo, así como diferentes servicios o para unirse en función de determinadas necesidades vitales. A través de toda esta cocción a fuego lento, un tanto marginal (pero al mismo tiempo opuesta a los valores y aparatos de poder dominantes) se evidencia la emergencia de un discurso utópico nuevo, creíble y verificable. En sus realizaciones más radicales, las co-munidades apuntan a la promoción de la identidad individual y de formas libres de , a la exaltación de la autonomía, la participación y la creatividad, a la confianza en cualquier proyecto de desarrollo basado en las tecnologías del desarrollo capitalista, con un fuerte énfasis en la cultura de lo cotidiano y en la acción de abajo hacia arriba y de lo particular a lo general". ("La Comunidad del " en "Volonta", marzo de 1989, p. 56).

De esta cita se derivan principios muy generales que pueden estar bien, y de hecho lo están, precisamente por su inespecificidad. Al fin y al cabo, lo que debería caracterizar a una colectividad comunitaria, al margen de las directrices estatales, debería ser su diversidad, es decir, la diversidad de sus propuestas, y no su mera existencia como comunidad separada del resto del sistema societario en su conjunto. Esta afirmación,

que puede parecer trivial, toca el punto más importante del problema. Hoy no se trata tanto de vivir en comunidad, que ciertamente tiene sus lados difíciles, y también su aspecto de desafío a un modelo generalizado de normalidad, sino de vivir de otra manera, de vivir la propia vida de otra manera, de no vivir la misma vida que los esclavos del ca- pital de una manera cambiada, es decir, con ritmos diferentes, que a menudo son incluso peores, con esfuerzos personalizados, que a menudo constituyen una superexplotación, con nomenclaturas e ideologías diferentes.

Contentarse con defenderse dentro de estas estructuras se parece mucho a encerrarse en los guetos, en la guarida de la que hablaba KaGa. Estas instancias casi siempre acaban tomando dos caminos, que si se examinan más de cerca conducen a la misma plazoleta del gueto. El primero, más suave y recto, es el de la desistencia. Ni . El enemigo es demasiado grande. Más vale que nos limitemos a difundir nuestras ideas, que de hecho son las mejores, y no nos dediquemos al ataque que sólo produce más represión y más dificultades para todos. La segunda, más tortuosa y difícil, pasa por la propuesta organizativa de las comunidades.

A menudo se habla de este concepto de comunidad, pero casi siempre sin conocimiento, tratando de presentarlo como algo que no puede circunscribirse a un marco geográfico, ni remontarse a opciones que sólo satisfacen determinadas necesidades, aunque sean fundamentales. De forma muy confusa, se hace referencia a una forma diferente de concebir la vida, según la cual la comunidad debería tener una capacidad interna para escapar a los peligros de la esclerosis conservadora, la repetición de siglas vacías y los cierres, emprendiendo un proceso continuo de renovación cultural.

Esta , de la que no se habla mucho en términos de estructura, es vista como la coagulación de un sentimiento participativo, y no como una necesidad en la que apoyarse. Sin embargo, creo que cuando la tensión comunitaria no se vive desde dentro, es decir, como una dimensión experimental y utópica absoluta, sino que se capta como un mal menor frente al peor mal que constituye la sociedad estatal, se abren las puertas a otra necesidad comunitaria, la de huir de las propias responsabilidades, que es exactamente lo contrario de cualquier implicación y de cualquier posible apertura a la diversidad.

¿Por qué pensamos que es posible esta mala conciencia, es decir, un recurso instrumento de la comunidad como algo a posteriori y no como una experiencia viva y diferente? Es sencillo. En primer lugar, la lucha revolucionaria es un hecho organizativo, aquí y ahora, no un simple desarrollo cultural, y esto sin referirnos a modelos que no nos pertenecen, que sólo son culturales de nombre. El choque social no permite que se obtengan recortes o recovecos mediante operaciones ficticias, elaboradas en el seno de la vertiente más contaminada y contradictoria del pensamiento filosófico. El hombre de la diversidad siempre paga por sí mismo, y por ello es consciente de que debe afrontar sacrificios, es decir, aplazamientos de problemas, postergaciones de satisfacción de necesidades. Quien decide atacar realmente la dominación de los opresores no puede entonces esperar razonablemente que éstos le dejen tranquilo dentro de sus tensiones ideales de libertad e igualdad. Si este hombre quiere realmente estos lugares de convivencia

Para que la lucha contra la dominación y la solidaridad sean factibles, y no un mero ejercicio filosófico, por otra parte contradictorio y contaminado por incoherencias concretas, debe dar muestras , es decir, oponerse a la dominación de manera activa, y no simplemente encerrarse en sí misma.

Pero, ¿por qué se reconecta un valor positivo a la comunidad? ¿Simplemente por su desvinculación de la sociedad? La respuesta no puede ser tan sencilla. Dejando a un lado los usos específicos que Platón, Fichte y Hegel hicieron del concepto de comunidad, hay que tener presente el análisis de los marxistas sobre la comunidad primitiva con la que comienza la historia humana, que debería reconstituirse en una comunidad final, con la que terminaría la historia del proletariado y la lucha de clases. Este necesarismo filosófico su máxima víscera cómica, y desgraciadamente trágica, en las teorías de Stalin sobre la comunidad, que hacen un bonito espectáculo al lado de las teorías de los nacionalsocialistas que no sólo eran teóricos, sino también realizadores, naturalmente por la fuerza, de una comunidad de cultura y de pueblo con carácter sagrado.

Hasta aquí, estamos el terreno de una acepción degenerativa del concepto de comunidad. Existe, sin embargo, otra elaboración de este concepto, todavía llevada a cabo en los talleres patronales, y es precisamente a ella a la que se han aproximado en los últimos años hipótesis de trabajo alternativas. Se trata del concepto de comunidad no como entidad supraindividual, sino como vínculo particular entre individuos, es decir, como comunidad social. Un interés común que finaliza las relaciones individuales. Su formulación más detallada es la Ferdinand Tönnies, que data de 1887, en la que la comunidad se presenta como un organismo natural, en cuyo seno se desarrolla una especie de voluntad colectiva que se orienta satisfacción de los intereses colectivos predominantes. En este organismo, los impulsos e intereses individuales se atrofian al máximo, mientras que la orientación cultural tiende a cerrarse hasta el punto de descender pronto a la dimensión sacral. La solidaridad con todos los miembros es global. La propiedad es común. La dominación, al menos en los términos en que se concibe hoy, está ausente.

El modelo que Tönnies tuvo en cuenta para este análisis, interesante en muchos aspectos, es el de la sociedad rural europea tal como se realiza en la aldea campesina. Hoy ya no existe. Por su parte, Kropotkin, que se inspiró en parte en las tradiciones del mir rus- so y en otra literatura antropológica, sobre todo inglesa, tenía en mente un modelo bastante similar. Creo que el error consistió en pensar que cierta forma espontánea de actuar ante acontecimientos perturbadores del orden social era específica de las situaciones comunitarias, o que era el resultado histórico de un sentimiento comunitario que incluso estaba más presente en unos pueblos y menos en otros. También se pensaba que algunas instituciones comunitarias habían logrado filtrarse a través de la gran destrucción provocada por el Estado moderno, permaneciendo intactas dentro de estructuras que hoy son visibles, como la familia, los grupos de parentesco, los grupos de vecinos, las cooperativas, etc. Esto fue, y sigue siendo, un craso error. Del mismo modo, es erróneo afirmar de forma absoluta, sin evaluar las condiciones y épocas individuales, que el

La comunidad es unión sentida por los miembros, mientras que la sociedad sólo se entiende a través de un orden institucional.

Esto no afecta a las diferencias, que existen y que deben señalarse concretamente, y no en abstracto, del mismo modo que no afecta a los sentimientos de solidaridad, igualdad y rechazo de la dominación y la propiedad individual que pueden sentir, en condiciones específicas, las personas que viven en una comunidad. Del mismo modo que no afecta al fundamento del concepto de autoorganización, creatividad y planificación espontánea de quienes se oponen activamente a la dominación y sufren sus consecuencias. Aquí se plantean dudas sobre la utilidad y utilidad del concepto abstracto de comunidad, esperando que de su uso surjan soluciones a los problemas sociales. Para lo que es actualmente la situación de dominación capitalista en la sociedad postindustrial, no podemos considerar que la comunidad (que sólo sería realizable en su aspecto insular periférico) tenga necesariamente un valor superior al de la sociedad común o normal. Por tanto, no podemos considerar la comunidad como una idea abstracta que forma parte de la herencia cultural del progreso frente a la reacción. Divisiones tan tajantes siempre conducen a confusiones y malentendidos. Prueba de esto último es el hecho de que incluso los movimientos reaccionarios, como los nazis o los antisemitas antes que ellos, organizaron muchas comunidades. El marido de la hermana de Nietzsche fue uno de estos organizadores.

Por otra parte, existe el problema de que no es fácil librar a la comunidad, en su estado actual, de los prejuicios sagrados que esgrimen los que dicen la verdad. Esto provoca una distorsión de la innegable solidaridad que se extiende en su seno. Los restos de banderas o siglas, con sus connotaciones ideológicas, juegan malas pasadas. Tampoco es fácil separar el concepto de comunidad de su base originaria, rural y campesina, con todos los elementos que ahora están alejados en el tiempo y ciertamente en contradicción con una situación general de profundos cambios tecnológicos. Hablando de la evolución de los kibbuzim, Avraham Yassour escribió: "Los *kibbuzim* económicamente más prósperos pasan de una modesta economía de subsistencia a una prosperidad que permite presupuestos individuales y produce chovinismo sectorial y dependencia trabajo asalariado y de la tenencia. Estos nuevos aspectos del *kibbutz* no lo definen como comunidad, sino que constituyen una amenaza en la medida en que están vinculados a la fase de prosperidad económica. Algunos *kibbuzim* han pasado de la comunalidad (la comunión íntima y ética de la antigua *kwuza*) a la funcionalidad". ("Análisis de *los kibbuzim*", en "Voluntad", marzo de 1989, pp. 78-79). Más penetrante y crítica es la valoración de Vivian Silverg, que escribe: "Se podría suponer que, dado que todo el trabajo en los *kibbuzim* tiene el mismo valor, la división del trabajo en función del género es irrelevante. Pero no es así: el trabajo educativo ya no confiere el estatus que tenía antes, mientras que el trabajo que produce dinero es mucho más valorado. El dinero *que hace* funcionar *los kibbutzim* procede casi siempre del trabajo masculino. Y sin embargo, la asignación del trabajo según criterios sexistas sigue siendo una injusticia y una profunda afrenta sentido del "igualitarismo". (Creó al hombre y a la mujer", en Will,

marzo de 1989, p. 92).

Creo que hay que seguir investigando este problema comunitario. Por ejemplo, el siguiente paso podría ser rastrear el problema hasta sus elementos externos. La comunidad está bien, pero ¿para qué? Esta pregunta adquiere ahora aspectos fundamentales. Una comunidad de producción, ya sea agrícola o urbana, pero casi siempre agrícola, puede convertirse en una comunidad de supervivencia. Trabajando, más o menos, también se puede alcanzar la meta. Pero, ¿qué meta sería ésa? Sólo la otra cara del gueto, la reproducción de uno mismo como animal de trabajo, como productor y eso es todo. Se necesita necesariamente una motivación ideal. Pero ésta no puede resumirse en un llamamiento genérico a luchar contra el Estado y la sociedad estatista. Este impulso ideal, esta pulsión utópica, debe ser interna a la propia dimensión comunitaria, al instrumento elegido. Es decir, uno debe haber elegido ese mismo instrumento porque piensa, a través de él, salir de la comunidad, escandalizar a los demás con su diversidad, a todos los demás, incluso a los que no saben nada de organizaciones comunitarias. Pero la diversidad de uno no puede resumirse simplemente en formar parte de una comuna, porque aquí la existencia es casi siempre tan miserable que invita más a la lástima que al ejemplo. Por tanto, debe ser otra cosa.

El siguiente pasaje de Alberto Ruz Buenfil muestra lo lejos que estamos del problema que planteo: "La sociedad ecológica será necesariamente igualitaria, no jerárquica y descentralizada. Aquí es donde entra el proyecto de nuevas formas de agrupaciones sociales, municipios y comunidades, asociaciones civiles voluntarias, redes de cooperativas. Hasta ahora, se ha pensado en el campo como el lugar ideal para estos experimentos. En cambio, debemos empezar a concebirlos dentro de la ciudad, como colectivos, cooperativas de consumo, artesanos, nuevas tribus, bandas, asociaciones de vecinos, consejos de trabajadores, escuelas y clínicas holísticas. Todo ello para construir una sociedad paralela que sustituya pacíficamente a la sociedad nuclear competitiva, ecocida, militarizada, superindustrializada e imperialista. ("Los tiempos de los comunes", en "Will", marzo de 1989, pp. 108-109). Este pasaje es precisamente lo más limitado e insignificante que se puede decir hoy sobre el problema, la afirmación más ideológica, superficial, filosóficamente necesaria y estúpidamente mecanicista que se puede hacer. Es precisamente leyendo declaraciones de este tipo como se pueden comprender plenamente las intenciones que se esconden tras la supuesta buena fe de los partidarios del movimiento comunitario.

Como esto no es posible, no hay nada que sustituya pacíficamente a la sociedad y al Estado que la defiende militarmente, como si se tratara de una buena vieja dama a la que se mella elegantemente. La cuestión sigue siendo: ¿en qué debe consistir la diversidad de la vida comunitaria, puesto que no puede consistir en la comunidad misma, que no es la diversidad? Las comunidades del siglo pasado y sus partidarios comprendieron este problema y aplicaron todos sus esfuerzos en esta dirección en la medida de lo posible. Digamos que el amor libre era un problema dentro de un problema, una utopía dentro del problema técnico del funcionamiento de la comunidad.

[1989]

1998 Epílogo

Las dos decisiones más recientes del gobierno israelí de Netanyahu han sido los asentamientos judíos no sólo al este, sino también a las localidades situadas al oeste de la ciudad Jerusalén, ocupadas por árabes palestinos, y seguir favoreciendo el asentamiento de nuevos colonos en los territorios ocupados.

En el plano puramente político, de la política internacional, estas dos decisiones suponen una clara violación de los Acuerdos de Oslo, lo que no nos sorprende demasiado. No hay acuerdo, con Estados Unidos y la Unión Europea, que Israel no haya incumplido, en su estrategia de reforzarse y destruir al pueblo palestino, y no haremos aquí especial mención de ello.

Pero estas dos decisiones, en un momento en que todas las señales políticas del mundo parecen aconsejar a Benjamin Netanyahu que suavice su política de halcones, , más que cualquier discurso teórico, de qué está hecho este gobierno, qué precio está dispuesto a pagar el Estado de Israel para mantener la fe en su agenda militar y religiosa.

El único movimiento que ha conseguido hacer el muy poderoso Estados Unidos (el lobby judío en ese país sigue siendo fuerte, y sigue condicionando este tipo de decisiones), ha sido el de una disidencia anodina de esta política de , declarándose ajeno a ella (al menos de palabra) y sugiriendo a la Unión Europea que haga algo para disuadir a los israelíes de continuarla, sin llegar sin embargo a tomar medidas demasiado rígidas, como un embargo similar al que cayó sobre Libia e Irak, por ejemplo.

De hecho, en estos momentos, Cisjordania y Gaza se encuentran bajo un estatus de dependencia de Israel y, desde el punto de vista económico, se han convertido en un abismo insalvable que cuesta mucho más de lo que los Estados europeos cooperantes, y el propio Israel, deberían estar dispuestos a pagar.

Pero Israel no puede ceder ni un ápice. Toda su política, especialmente en los últimos , parece, a los ojos seculares de un supuesto observador objetivo, suicida, y de hecho lo es, pero no así para un judío.

No hay que cometer el error de pensar que si en lugar de un gobierno de derechas en Israel hubiera uno de izquierdas, las cosas serían diferentes. Sería lo mismo, quizá de forma menos rígida y más adecuada a la actual posición de debilidad de este Estado anómalo en el equilibrio internacional de poder.

Esto anula la cháchara de quienes creen posible una alternativa a la situación israelí, mientras se mantengan las inquebrantables características teocéntricas de este Estado. De

Una de dos: o el Estado teocéntrico israelí desaparece, dando lugar a otro tipo de formaciones federalistas, abiertas a la posibilidad de una cohabitación comunitaria con los árabes palestinos, y posiblemente con otros pueblos, o de nuevo los judíos se enfrentarán a la catástrofe.

Pero tal vez la Shoah sea exactamente lo que están esperando, según las predicciones de sus profetas.

¿Cómo refutarlas?

Sin título

I

Demasiada luz esa noche. Necesitaba la oscuridad de los atajos cómplices, de los caminos solitarios,
levantar la mano, encontrar el valor para levantar la mano y hacer oscuridad en el corazón.

II

¿Cómo se puede aplacar el odio si sólo existen ellos, además de mentiras y debilidades? ¿Cate? Por maravilloso hechizo avanzo con linternas titilantes llenas de curiosidad, aprendiendo, conociendo. Pero está el canto de las ranas que me lleva de vuelta, al barro, de donde no me he movido en mucho tiempo, esperando, como la serpiente.

III

Las liturgias recurrentes alargan el tiempo en el ceremonial, a la espera de que cambie el milagro
acero enamorado. Una idea de la belleza, a partir de gotas individuales de nitroglicerina. El silencio. Vuelvo a guardar cuidadosamente las piezas en sus estuches, será para otra ocasión.

IV

El ala negra del cuervo ha centelleado lo suficiente. Ahora que la luz está cayendo, veo claro...
ra la ventana lejana, resquebrajada en el edificio destruido, casi. Una sombra llora la muerte de su amigo, luego se levanta y mira el sol bajo en el horizonte, antes de morir a su vez.

V

Demasiado lenta, acabó sentada en el suelo, ajustándose el hábito sobre sus piernas temblorosas.
me. Parecía no respirar, inmóvil entre las hojas caídas de las altas ramas. El chador no dejaba ver las lágrimas irrevocables.

VI

Al final nos quedamos solos, esperando. Había que hacer una llamada antes de que fuera demasiado tarde.

El otro estaba en silencio, mirando el faro no muy lejos, el faro del , cerrado por todos lados. Alto

Las paredes soleadas acentuaban la falta de luz. La vida se moría allí dentro, si la vida es esperanza allí dentro ya no había. Sólo la lógica de los torturadores.

VII

Las buenas causas no se reconocen. Si se las mira a la cara, con atención, dejan de ser buenas. Se ahogan con justificaciones no solicitadas, suplican quedarse en la superficie, no hundir el cuchillo, ni llorar.

VIII

De espaldas a la pared, rodeado por todos lados, en la curva de la carretera, después del , ninguna posibilidad, y yo feliz.

IX

Los hijos predilectos de los dioses están aquí, ante mis ojos, y pasan su tiempo cazando las moscas. Los latigazos actuales del régimen militar no parecen conmoverles. Estoy aquí para ayudarles a abrir los ojos y mirar toda esta sangre.

X

Entre la arboleda y el mar unos pocos arbustos ralos y las plantas de sandías a ras de suelo. Una yegua muerta no lejos del campamento y las huellas dejadas en la arena por los cadáveres . El dolor se lo llevan los minutos, poco a poco, en el viento ligero sin historia.

XI

Al fondo del bar, un viejo desdentado mira fijamente al vacío. Se ha dado cuenta de que soy italiano
y sus recuerdos no deben ser buenos. Tiene el pelo tan corto como el de un preso y la cabeza redonda, sólo su rostro conserva cierta plenitud, y sus ojos me miran y brillan una parte de esos recuerdos amargos. Mis utopías tan plenas resultan frágiles y escasas bajo esos ojos, leyendas familiares capaces de ahuyentar a las cucarachas. Canta, mi fe despreocupada, canta tus fábulas, este viejo no las escuchará, pero tú canta de todos modos, solloza tus esperanzas y tu orgullo. Grazna aquí, en el fondo de este antro, que es entonces el fondo del mundo. No te quejes, los sepultureros van y vienen, esos ojos permanecen.

XII

Habiendo venido a aliviarles de su humillación, estoy aquí para verles sentados en la trastienda de un bar de mala muerte, tontos de remate que cantan en voz baja, entre dientes, una canción que no es de resignación, una canción capaz de intimidar a muerte a la clase dominante.

XIII

En el puente inseguro, lanzado al abismo, había poco que hacer. Pasarlo asumiendo todos los riesgos o dar media vuelta. La aventura y la seguridad no van juntas, ni siquiera la pasión y el orden. Seguí adelante, siempre seguí adelante.

XIV

Las colas de los sátiros han dejado de entrelazarse, ya no se oyen las gaitas ni se calienta la sangre en las venas de las ménades. Sonámbulos abrumados avanzan entre la niebla con las manos llenas de compras navideñas, pensando en cómo cerrar los oídos a los gritos de dolor. Son los herederos de las ruinas, tienen tras de sí un universo brutal y estúpido, hecho expresamente por ellos, masas inertes que no pueden ver su propio destino.

XV

Hombres maltratados y mujeres angustiadas bajo la sombra de la catedral. La crueldad de la represión se palpa en el aire como un sufrimiento intolerable que la sangre de los represores asesinados no alivia. En estos parajes nadie canta victoria, sólo los huesos de los muertos esperan sepultura.

XVI

Cálculo aritmético de la virtud, realizado por gordos mercaderes enriquecidos por la tenue luz de lámparas en habitaciones sin aire ni luz.

XVII

Bajo la higuera silvestre, en el frontón, el burro destripado jadeaba al sol de la tarde.

XVIII

Las gaviotas, torpes y pavoneándose, se pasean a la fría luz de la mañana, sin prestar atención a la multitud que se agolpa bajo los soportales. Unas migajas de humanidad no despiertan su interés; tal vez sospechen de un engaño.

XIX

Los edificios rojizos y fraudulentos que había dejado , en la periferia evanescente e interminable, ahora sólo prados y arboledas, flores y ruinas, un lugar ideal para desaparecer.

XX

En la hora más tranquila de la noche releo uno a uno los antiguos versos de la revuelta, los dientes del dragón. El asalto al cielo continúa, pero estoy casi ciego y me burlo del sol que hiere mis ojos cansados, nadie puede detener el desastre que se aproxima, ni siquiera los saltos mortales de las mariposas.

XXI

El arrogante roble ha sido alcanzado por un rayo y agoniza humeante, no se considera destruido, sigue vivo y, poco a poco, un brote florece entre los dientes de las viejas ramas chamuscadas. Incluso los pesimistas deben admitir que no me rindo fácilmente.

XXII

La dignidad y el orgullo de los trabajadores con la gorra calada sobre los ojos, mientras los vagos con uniformes de ocupación les empujan con patadas de fusil. El ambiente sombrío muestra el rostro hosco de la muerte. El cansancio y la falta de sueño marcan los rostros de estos trabajadores que viajan conmigo en el autobús de la mañana, pero entre ellos, quizá los labios apretados, alguien permanece alerta en absoluto silencio. La torpeza de alguien no impide que mecanismos perfectos estallen en el lugar y el momento más oportunos.

XXIII

Una bomba de relojería purga la flema de los controladores uniformados junto a las vallas que bloquean una carretera sin nombre. En el letargo de la utilidad danarosa, alrededor puede oír los sollozos de los heridos. La adrenalina me lleva lejos entre sábanas limpias y nuevos conformismos rebanados de rebeldía.

XXIV

Sus ojos inyectados en sangre subrayan su desesperación ante quienes no quieren entender. Es el terrible precio de todos los que caminan a tientas hacia la muerte en las bibliotecas.

XXV

Tenía un gran puño y con él golpeó la cara del chico que se le enfrentaba, reduciéndola en sangre y pus. Al caer bajo los despiadados golpes del policía, el chico se agarró a un trapo en las manos, un trapo manchado de sangre y nada más. El policía, golpeado en el pecho, cayó boca abajo, muerto.

XXVI

Pegadizo, recorro los cuatro cantones sin encontrarlo. Sin embargo, debe de estar ahí, con su habitual aire melancólico. Sólo hay un tipo que echa espuma de rabia, de pie en el umbral de la puerta, mirando a derecha e izquierda, y luego cae fulminado al suelo. El futuro ha dejado de agitarse para él.

XXVII

Debería haber durado poco, una breve estancia en un piso para estudiar el com- pacto del hombre. Fotos, ampliaciones, hábitos, gustos. Un largo paseo por la peri- feria, una estúpida calle de barracas de obreros y algunos supermercados de obreros. Casi se emocionó cuando se dio cuenta de lo que, inesperadamente, estaba a punto de ocurrirle.

XXVIII

Nadie transigió ni estuvo de acuerdo. Fue una discusión larga y desagradable, muy triste, con los ojos llenos de un odio fuera de lugar, violento y amargo.

XXIX

El coche de policía que representaba está destrozado. Ahora yace boca abajo en el suelo mientras el dibujo manchado de sangre se extiende por la acera. Su violenta vida ha terminado, para siempre. Ningún coche tiene defensas perfectas, siempre hay un pequeño agujero en alguna parte. El sueño de la justicia social no pasa por este charco mugriento y húmedo, ¿verdad?

XXX

En circunstancias desesperadas seguí respondiendo amablemente, era inevitable si quería pasar desapercibido. Insatisfacción. Lo sucedido arruinó con jansenismo maníaco todo lo que había estado planeando en los últimos días. No merece la pena recordar los detalles. La muerte es un acontecimiento que casi siempre no merece comentarios.

XXXI

No estoy preparado, nunca lo estoy. Siempre me adelanto estar . Estoy esperando, esa es la única necesidad, estoy esperando lo que todavía no he hecho.

XXXII

No hay felicidad en los cuerpos de los enemigos. Yacen en su tumba y alimentan la tierra. Sólo un buen olor a hierba recién cosechada. No hay finalización, se co-minan y nunca se acaban. Nada se puede pasar por alto y es absurdo pensar en proyectos completos, incluida la sangre.

XXXIII

Los parásitos se sentaban en la calle principal, en la todavía intacta caf□è del centrofumando largas pipas o respirando en los conductos de refrigeración. También traficaban durmiendo. Pequeños comerciantes tan grisáceos como sus casas, deseosos sólo de comprar y vender, barrigas sobrealimentadas, y por todas partes escombros y desconsuelo, balones destripados y calles con el hedor indeleble de los cadáveres.

XXXIV

El rastrojo, no muy lejos, podría haberse incendiado fácilmente, y habría sido un desastre. Con petulante ternura, había atado los dos cabos de la muerte, asiéndolos fuertemente con los dientes. Luego había empujado el gran cuerpo de material hacia su destino obvio. Sólo me quedaba esperar.

XXXV

Aplaudió extasiado. No era un crítico severo, sus conocimientos se referían a otro tipo de música cuya interpretación requería instrumentos inasequibles. Llegarían más tarde.

XXXVI

El tendero era frío y arenoso, sus ojos opacos no reflejaban más que el cristal de sus gruesas gafas. Sin embargo, se comportaba como un joven tonto. Las canas no bastan para dar sentido a la vida. El pobre hombre no se dio cuenta de que alguien estaba cortando el hilo sin avisarle.

XXXVII

El bosque de la muerte retumba con gritos a las puertas de la ciudad agujereada. Odio el recuerdo de ese aire sofocante, un infierno de llamadas y gemidos. El dolor inconsolable en los rostros de quienes tendrán que hacer de sepultureros. Aquí todo muere, continuamente, en medio de la desolación y sin siquiera el sordo aullido de los búhos que nunca suelen faltar por estos lares. El amanecer de enero no es especialmente frío.

XXXVIII

Pájaros descansando junto al lago, pegados en grupos multicolores, como juguetes de una tienda para niños, un cuento de hadas para calmar los gemidos de dolor de un pueblo torturado hasta la muerte. No muy lejos, una piedra de molino convertida en mesa de morgue con cuerpos frágiles, apilados de pies a cabeza para no caerse. Aún se oyen los cencerros de las cabras y la luna puntual, todo parece en orden.

XXXIX

Incluso los agaves luchan por florecer en estos parajes, mientras el viento marino se arremolina en los oasis con sus escasas palmeras. Dios canta una melodía en la voz que corre en el viento, repitiendo las palabras del meuzzin, unidos venceremos hasta el día de nuestra muerte. Qué extraño, hasta la muerte quieren acaparar, el martirio es para muchos la única solución plausible. Los profetas han hablado.

XL

Viejos agricultores entre las hileras de sandías, miradas duras e ingenuas, las esperanzas de siempre
sostenida por brazos musculosos.

XLI

Gaviotas moradas y blancas hacen de centinelas a lo largo de los grandes grupos de rocas. En el mar poco profundo, busco la inocencia de estos pescadores que me han acompañado en la noche de la renuncia. No se lo piensan, trabajan pescando, y trabajan duro.

XLII

Mi paso silencioso es el del ángel que no da caricias en el duro ascenso a la ciudad.

XLIII

Las aguas tranquilas del puerto y el barco que se aleja con pequeños golpes de remo. Lo han pintado de azul oscuro y huele a sal y a madera podrida. Pienso, divagando sin parar, afortunadamente si me pillan por sorpresa. El traqueteo no cesa, suena como un canto que anuncia el sueño. Mi hombre es puntual y calma la inquietud de los largos minutos de espera.

XLIV

La sombra que camina a mi lado no habla, estoy acostumbrado a un apoyo taciturno pero firme, con el que se puede contar. La sombra se alcanza bajo un viejo cerezo en una noche de suave brisa. Para siempre. Ni un nombre ni una señal. Nadie que diga nada con la fría firmeza de los burócratas.

XLV

Detrás de las hileras de árboles, las tumbas temporales, signos de mis días apasionados. No había nadie cuya certeza fuera más fuerte que la mía, incluso los muertos tenían la suya, la diferencia claramente no estaba aquí.

XLVI

En el crepúsculo de la mañana, saquear los restos de continencia y de atención vigilada, como cuando se va a pescar, con un sentido coral del deber, sin excesivo fervor y desprendimiento, sin esos preludios de cuento de hadas que todo el mundo puede legítimamente esperar.

XLVII

Entre la maraña de juncos espero la señal, espero mucho tiempo, no llega. La niebla desciende baja y pesada, una calma absoluta baja de la montaña como una inundación. Partir siempre es una decisión difícil.

XLVIII

Los colores del río, apagados en el día sin luz, sólo el viento anima la espera, siempre eso. El gemido sigue siendo el mismo, remoto, como si alguien llorara lo de todo este dolor.

XLIX

Sin colores, el sol deslumbrante, sin cielo y sin nada con lo que soñar. Sólo un fuego no muy lejano, que veo mientras permanezco aplastado en el desfiladero.

L

La insidia se acerca atenta, movimientos animales, bastante comunes por estos lares. La luz está asolado por el monte bajo, ni siquiera es posible detenerse a beber un trago en el hueco de la mano, la disentería acecha. Desde un claro se divisa la montaña al fondo, sombría.

LI

En el cielo de diciembre, las casas maltrechas de una ciudad blanca esperan la llegada de las piezas
de madera con la que se remiendan los agujeros. Saludos desde el infierno con el corazón expectante.

LII

La oscuridad me espera con los rituales habituales. Me muevo bien en estas condiciones desprovistas de toda piedad. Sin embargo, había venido cargado de esperanzas milenarias. La justicia huyó ante mi llegada, no me esperó.

LIII

Calles sin paz, luces ocultas tras cortinas siempre bajadas, ruidos lejanos y tímidos, rituales cautelosos en la brisa del atardecer. Los pájaros desconcertados no saben cómo anidar en la alambrada, su antigua esperanza vuelve a desilusionarse.

LIV

La carretera polvorienta, llena de piedras y baches convenientemente separados, los niños cansados de sus propias expresiones de inocencia sin ganas de llorar, las madres luchando por mantener el ritmo de los funerales, los huesos abandonados en los precipicios de los excluidos. Yo era un niño del alba.

LV

El hombre dispara escondido dentro de un viñedo, un corto trecho de pequeñas plantas, no hileras orgullosas y frondosas, un trecho disperso entre espigas de maíz y cizaña. Hay que esperar a morir.

LVI

El viento presiona las hojas hasta el atardecer, luego cae de repente, es hora de moverse. Todos los pájaros callan como si una mano les tapara la boca. Parece que me hundo en los milenios, nada me recuerda la técnica que en unos instantes podría desatarse de la carga que llevo.

LVII

El mar no muy lejano graba implacable las rocas negras e inexpresivas, deposito la carga, nadie lo notará hasta que amanezca, cuando será demasiado tarde para remediarlo. Los rostros huecos de los que sufren no mueven un músculo, no se darán cuenta y su agonía no mejorará.

LVIII

Mi respiración se vacía al acelerar el paso y se apaga como un fuego bajo la lluvia. No me encuentro en posición de dar marcha atrás, ahora sólo es cuestión de puntualidad. Es increíble cómo la muerte siempre es puntual.

LIX

Vivir escuchando cantares de difuntos, pasajes hagiográficos, cuentos edificantes y leyendas antiguas. Vivir y morir leyendo unas páginas cada día y las tardes el prodigio del sueño, puntual. Cordero de ojos lastimeros. El sabor de las hojas mojadas en la boca reseca.

LX

Ahora sé que existes, antes sólo eras un nombre en un papel y una foto en blanco y negra, recortada de un periódico, descolorida. La luz de noche ilumina tus últimos pasos.

LXI

Una pequeña mezquita y un campanario achaparrado y aproximado. Entro precipitadamente entre dos chopos fuera de tiempo, cargado con mi bolsa de herramientas. El verde del prado permanece brillante a pesar de mis intenciones, que sólo puedo revelar en un susurro, mientras un atisbo del cielo me indica con determinación lo que haré mañana.

LXII

Imagino una dulce melodía, y antiguos temblores en el momento del desembarco, remos en alto, vela cuadrada sin viento. Yo también estoy en el mismo puerto, en la misma playa, por un sueño de libertad igual al suyo, qué sentido tienen unos miles de años de diferencia. Los gorriones en el cielo, cerca de las plantas de sandía, siguen siendo los mismos. Me siento como un hilo de paja con una pequeña emoción feliz. Espero la floración de marzo, ahora tengo tiempo. Antes llegaba, picaba, me iba. Ahora puedo mirar atentamente el último claustro del monasterio ortodoxo, su cúpula redonda, los libros mohosos en las paredes de la pequeña biblioteca, las palabras que debería conocer y que apenas sé deletrear. Pero he vuelto. Son ellos, los malos, los que se han escondido, aunque todavía, en el mercado, cerca de la escuela militar, veo algunas caras por ahí que no me gustan. Ahora estoy aquí, en el mismo terrón, pero si hiciera lo que hacía antes me pondrían inevitablemente a pudrirme en alguna parte. Creo que sólo tienen ganas de olvidar. No todos, afortunadamente. Todavía hay alguien con ojos claros y tormentosos e imagino que ha venido a buscarme, aquí, en este viejo antro campestre, pero en lugar de eso es sólo un hombre sediento.

LXIII

Las chabolas están cubiertas de pintura blanquecina, no muy diferentes de las casas que he visto en los oasis, hechas de piedra y arcilla. El suelo está embarrado a pesar de que hace meses que no llueve, toda el agua sucia se vierte en la calle. La suciedad invade el aire, el olor es terrible y se difunde en vaharadas inseguras. Sólo las caras son oscuras y duramente talladas, incluso las de los niños, estos últimos siempre cubiertos de moscas. Viejos, vestidos con harapos, muchos sarnosos, casi desdentados, gestos posados, pocas palabras, esperan que la gente les dé algo, lo que sea. En caf□è hay un mayor nivel de confort, gente, ruido, siempre las eternas moscas, muchos se sientan alrededor de un árbol que me parece un algarrobo sobre el que evidentemente se ha construido una casa. Fuera de la ciudad, los suburbios, las alondras y un campo lleno de flores azules y amapolas, los charcos marcan las características del oasis costero. El cielo es increíblemente azul, brutal e inflexible. Más casas en ruinas, signos de la guerra, la guerra de las masacres y los asesinatos a domicilio. El mar a la izquierda, los olivos a la derecha. Las hileras de árboles se ven interrumpidas de vez en cuando por setos de chumberas, me siento en casa pero no lo estoy. Soy un extranjero engreído y truncado, un portador infecto de libertad. Mi compañero lleva el nombre de la piedra, es un hombre grande con un caftán marrón, aunque es de Siracusa, tiene el aspecto desaliñado de alguien que está enfermo del hígado, los párpados hinchados, los ojos vacíos. Sé que guarda un puñal bajo la camisa y que lo acaricia constantemente. Unos meses después es incapaz de utilizarlo.

LXIV

Una espesura densa, oscura y enmarañada, donde un camino reducido a un pantano separa árboles nudosos por antiguas enfermedades de un fondo oscuro de vegetación llena de espinas y hojas oscuras. El chillido de pájaros desconocidos aumenta la impresión de miedo, como si una masa de pobres desgraciados se quejara de un dolor insoportable. Una parte que duele, sin piedad, y no le importa lo que yo pueda hacer, mis esperanzas, mis ilusiones. Quizá porque no sé conducir un tanque.

LXV

El pueblo está casi desierto, poblado sólo por las sombras de las casas y algunos transeúntes apresurados y preocupados; no es el momento adecuado para deambular, ni el lugar bien elegido, ni el tiempo triste y angustiado por oscuros fantasmas de guerra civil. Algunas callejuelas medievales, estrechas y oscuras, esperan como lugares ideales para emboscadas, mientras una lluvia ligera y continua lo empapa todo. Permanecer denuncia una insistencia maníaca en la propia , incluso el silencio parece desalentar esta terquedad fuera de lugar. De cada esquina emerge un trozo de muro olvidado, la muerte elegida como sistema de gobierno, resignadamente aceptada por todos. Sin embargo, huir sería una especie de traición. El día siguiente es la obsesión del solemne frenesí religioso, una procesión como morboso desafío a la miseria.

LXVI

En la noche gritan los perros de la arena, la voz del desierto. Misteriosos aullidos que me llevan atrás en el tiempo, a las ligeras colinas argelinas donde no es posible detenerse mucho tiempo sin correr el riesgo de quedarse allí para siempre. Me senté al borde de la carretera hacia Marruecos, esperando a que el color rojo del cielo se volviera gris. Tenía una pequeña herida en la espalda, temía que la sangre, mi olor, atrajera a los perros, no vinieron. Me llevó un camión de una comuna local, conducido por un argelino fan de Tom Robbins y Timothy Leary.

LXVII

Quienes han sufrido torturas piensan a menudo en este vergonzoso suceso. Yo también lo hago. Pienso en el antes, cuando se preparan los instrumentos, y en el después, cuando todo ha terminado. Nunca pienso en el dolor, nadie puede pensar realmente en ese momento en el fue uno con el torturador. Ese pensamiento me produce demasiada repulsión y prefiero detenerme en un antes o en un después. Así, el miedo del antes está siempre presente como un objeto, cubo, un punzón, un trapo, un cuchillo, un embudo, un cenicero, una cincha de caballo. Así, el espanto del después siempre está ligado al tiempo, ¿cuánto ha pasado? ¿Durará todavía? ¿Por qué han parado?

LXVIII

Calles malolientes en el calor de la tarde, un caramelero pálido y fornido con un delantal sucio, el pelo negro sucio enroscado en la cabeza como una corona. La gracia infantil de una anciana que sólo podía alojar a marineros y soldados, hombres de buena boca. Un cuerpo semidesnudo con un sueño pesado.

LXIX

Por muchos años que pasen el día siguiente será igual que hoy, en este agujero todo será siempre igual.

LXX

La noche se cierne sobre las colinas circundantes, cubriendo los innumerables ojos que espían la vida.

LXXI

Un millar de monstruos se aloja alrededor de la montaña de niebla. Esperan para desatar sus garras.

LXXII

Mi herida, pequeña, irremediable. La necesidad de lavar mi cuerpo cansado, atestado de bestias carnívoras, diminutas, que se retuercen para penetrar mejor en la carne. Cada bestia armada con un cuchillo, tenazas y punzones, animada por un espíritu de venganza, ¿o de miedo?

LXXIII

Suaves depresiones y las estrellas en el cielo, dos puntos de referencia, luego nada más en las profundidades inútiles. Una roca escarpada, el mar debajo, una emboscada del destino.

LXXIV

El seno de los árboles es oscuro, el verde yace en otra parte. Allí es donde acabaré un día, y ese día vendrá con la noche, y llegará el amanecer, y luego otra vez la noche. Todo esto es indiferente.

LXXV

La túnica azul del nómada en la lejanía salvaje y desconocida. Interminables laderas arenosas, yermas y desiertas. Soledades místicas y extensiones inmensas, abiertas a la nada absoluta. Reunión inconsciente, serenidad intuida en los ojos tristes de quienes saben que no pueden liberarse.

LXXVI

El maquis y su estructura ósea pétrea. La soledad no tiene morada para los tontos.

LXXVII

Un caballero de lo irreal tiene un rostro demacrado y llameante, su espada es infernal. Me irrita verme desde esta perspectiva.

LXXVIII

En el desierto el viento, ahora más fuerte ahora más débil, lúgubre. Cien baches uniformes, colinas salvajes, destrozadas, como tras un cataclismo. Correr, siempre correr, una carrera imparable, fantástica. Una buena carrera.

LXXIX

Un amable desconocido escondió la muerte en su bolsillo, y no era la primera vez.

LXXX

La vibración secreta de cada fibra permanece oculta en mi ojo semicerrado observando la loca carrera de la muerte, suspendida aún pero ya embriagadora.

LXXXI

La luna temblando sobre el agua, el viento levantando polvo en la carretera, el oscuro rugido de la ola, todo este concierto acompaña mi silencio. La única presencia, las estrellas.

LXXXII

Miro inquieto a través de la sombría desolación de la llanura, ni siquiera una señal de presencia humana. Sin embargo, sé que algo allí abajo se mueve, inquieto, aunque no sé cómo definir ese algo. ¿Una ola rompiendo sobre la infinita desolación del desierto?

LXXXIII

Unas cuantas ovejas custodiadas por dos perros y un prado con hermosas flores. Tengo la espalda apoyada en un árbol y los ojos abiertos, la llanura es grande y hace poco que ha dejado de llover. Nadie espera un arco iris.

LXXXIV

Lejos de casa miro las nubes más allá de los acantilados que bordean el desierto. Mis libros, mi habitación, están aquí conmigo, lejos, remotos, mis hijos, no podría haberlos alojado entre esta soledad, me habrían hecho carne para los cuervos en poco tiempo. Vivo aquí solo, en todas partes como un pájaro en un bosque frondoso, y puedo observar atentamente al hombre que remoto en el horizonte se mueve lentamente y no sabe que está en mi telescopio. Él no lo sabe y parece absorto en sus pensamientos.

LXXXV

Avanzo entre obstáculos incomprensibles, entre enemigos que no veo, entre movimientos que mi ojo no capta. Sigo la línea humeante del horizonte bañado por el calor de julio. Compruebo los golpes de mi rueda y me siento seguro. El pestillo ya ha volado, sólo tengo que terminar y partir. La cita en las rocas es inaplazable. El olmo es un árbol solitario.

LXXXVI

Mi oficio me ha traído hasta aquí, a este sendero solitario y polvoriento, no tengo bienes que ofrecer, ni sonrisas ni consuelos, soy el mensajero de la tarde bochornosa y pesada y no hay fuentes a la vista, ni mujeres jóvenes con ánforas llenas de agua fresca. La desolación está en el camino y me marca, graba en mi paso la ausencia absoluta, la maleza que no puedo llamar por un nombre conocido, que no me responde como lo hace la simple piedra, soy un hombre solitario y no conozco sus palabras ni sé si existen. Aquí, mi soledad compite con este camino me encuentro, mi epígrafe está bajo mis pies, por eso sería una suprema mentira pensarlo en otro lugar. No puedo detenerme a contemplar unas piedras, un trozo de mármol, para ir más lejos, siempre más lejos. Sólo el mar borra y cubre, descubre y conserva para siempre. El mar, al fin y al cabo, ha sido mi aventura, siempre he zarpado desde algún lugar, dejando mis muchos lastres en el muelle, y es el mar el que elijo, allá abajo, inmediatamente a la izquierda.

LXXXVII

Las ruinas de un templo griego, con su fina pendiente, la fuente en la que bebo, una red de mitos atada como la red de un pescador. Alrededor, el sol, demasiado violento, cubre la cabeza de un héroe ordinario, antiguo, desplomado bajo los golpes magistrales de alguna espada de bronce. El hombre bebe de una especie de cantimplora que lleva al cuello, personificando a un turista, lo hace bastante bien, diría yo, no para mi ojo entrenado, la hiedra detrás de él, en la pared, parece un tejido artificial, un arabesco de imágenes divinas. Es un reflejo de la época antigua que en algún lugar aún reside aquí. Escombros y columnas de miles de años de antigüedad. El hombre camina ahora algo más rápido hacia la silueta de una mujer. Sé por qué están ahí, juntos, ya no existirán.

LXXXVIII

Siento el horror respirándome en la cara, no es miedo sino algo más sutil, que me penetra hasta lo más profundo. Un callejón fangoso en las afueras de una ciudad sitiada, cubierto de alambre de espino, con alas de llamas. Los muertos esperan, sin saber que esperan, una piedad imposible. Aquí nadie conoce la piedad, una marea de lodo lo ha cubierto todo. Atrás quedaron las antiguas plumas en las que solía descansar mis pensamientos de libertad, ahora me refugio en el interior de una casa destripada por dos granadas, la segunda para estar más seguro, para no dejar nada inconcluso. La naturaleza se apodera de estas ruinas, barrios enteros se ven envueltos por la furia de la ventisca, al fin y al cabo, esta es una ciudad donde hace frío.

LXXXIX

Cargaba sobre mis hombros gran responsabilidad bajo los cedros, después de borrado, mientras a mi lado los puños en alto resumían toscamente lo que yo también creía de mil maneras. Para mí una utopía abstracta, para mí venida a clavar en el suelo los axiomas a priori de la exactitud y la certeza. Mis rugidos de verdad me parecen ahora tambores sobre pechos robustos. ¿Por qué el cielo no se cubre de nubes? ¿Por qué no llega en estas ocasiones una señal, movida por una fuerza de la verdad, y llega hasta los cardos decrépitos para quemarlos por completo y avisar? Nada es más insensato que esperar , no hay lugares donde la esperanza alimente sin mi esfuerzo, lugares balsámicos que la cuiden reflexivamente, las expectativas languidecen consternadas ante su propia incapacidad. Alrededor sólo miradas sombrías que sostienen actitudes belicosas, especialistas en masacres sin siquiera la coartada de provenir de alguna asistencia a biblioteca. Me compadezco del oprimido y actúo a su lado, él mira hacia otro lado, no vuelve, como yo, sus ojos hacia la libertad, le han dicho que sólo su tierra oprimida debe ser libre. Y tal vez sea justo que así sea. ¿Por qué tendría que darme explicaciones a mí, que pretendo defenderle del acoso planetario? Y sus enemigos, a los que antes admiraba, son ahora mis enemigos, avanzando de cabeza y cada vez más profundamente en este mar de odio. Dignidad en el fango, pisoteada fue y sigue siendo, sólo los pies han cambiado, ahora los antes pisoteados se han convertido en pisoteadores de sí mismos primero. Ya no veo el fuego sagrado de la búsqueda en sus ojos, ni siquiera en los de mis compañeros, demasiada sangre ha llenado las calles embarradas de los pueblos, demasiados muertos, demasiado horror para que esto se calme de repente. Tal vez el tiempo, que no tiene fronteras, borre el recuerdo de tanta divagación, pero mis ojos, ya cansados, siguen viendo los mismos rostros a lo largo del camino del desierto, los mismos rostros de niños a punto de asesinados. ¿Dónde se han ido mis sueños? Creía que seguían floreciendo bajo los cedros. No es así.

XC

Los vapores se espesan cerca del amanecer y emergen mágicamente de la tierra, aquí es donde nacieron los mitos más antiguos del mundo y el sentido de lo sagrado, mezclado con el miedo y la belleza. Podría tener este antiguo mensaje en mis manos, justo delante de la primera nave y los primeros surcos, nave mito dorado. En cambio, sólo tengo una sed ardiente y me siento anquilosado. ¿Por qué he venido aquí con el viento de la mañana? Por qué esta niebla no se deshiela, por qué insiste en ocultar a mi hombre, que se marcha a su trabajo diario de matanza. Es un funcionario como tantos otros: orden y limpieza. Se ve, un poco, que está contento con el destino de su país. Anhela ganarse su sueldo, pero yo no tengo sueldo que ganarme, por suerte he salido de ese vado amargo, ahora dedico mi vida a la de mi hombre,

pero él no puede saberlo. Por eso se marcha a paso ligero, como si no pensara en nada. Debería tenerlos.

XCI

Vi un buitre con sus alas giratorias que se elevaba no lejos de donde yo yacía im- movible. Estas aves no se equivocan, no se acercan a un ser vivo, pero sí a uno moribundo, y esperan pacientemente una decisión. Cada uno recorre su propio camino, a mi lado alguien ha llegado al punto donde podría haber llegado, está muerto y por tanto no puede saludar al pájaro que espera ni invitarlo al banquete. La comida aún no ha comenzado porque yo estoy allí, y aún no estoy muerto.

XCII

Recuerdo el desierto, un animal en movimiento que se traga todo lo que encuentra, es sólo cuestión de tiempo, ninguna carretera es segura, no hay proyecto que pueda salir adelante con certeza. Y pensar que algunos vienen aquí de vacaciones, pensando que se divierten. Sólo aquí se transforma la plenitud del odio, o del amor, que es lo mismo. Aprendí a despreciar la comodidad sólo para arrepentirme de lo aprendido, la humildad es una condición de supervivencia.

XCIII

La cascada hace espuma y rechaza indignada cualquier intento de domarla. Rocas puntiagudas la defienden como gigantes hirsutos y custodian el abismo que lleva en su seno. Un poco más allá, el lago tranquilo y los pájaros de muchos colores, estratificados, inmóviles. No hay viento ni movimiento. Aquí todo es silencio mientras allá grita y llora. Mi destino similar a este contraste. Siempre escribo tarde por la noche, antes de actuar, como si se me acabara el tiempo, como un boxeador cansado que teme caer y ser contado.

XCIV

Siento que la humedad y el frío se apoderan de mí poco a poco, no puedo evitarlo. Llevo horas observando al pescador absorto en su sedal. Espero la llegada de la mujer que tiene que con- durarlo. No hace falta mucha astucia para limpiar la cloaca, basta con tener el estómago firme para resistir el reflejo nauseoso. Todo esto es el resultado de un análisis objetivo, de una operación de pequeños detalles y de una paciencia infinita. Habiendo comenzado con grandes planes de agitación social, me di cuenta de que nada puede fundarse en la infección y la gangrena. ¿Qué importa mirar la luna y respirar el olor del mar, si alrededor hay monstruos como el pescador y la mujer morena que se lo llevará? No puedo dejarme seducir por el cielo que se pierde en el agua, tengo más que

pensar en mí, la nostalgia no es un sentimiento que me pueda permitir, sería como si yo me levantara a saludarles, no me dejarían dar un paso.

XCV

Un pueblo orgulloso en la miseria, sufriendo en una tierra extranjera, masacrado, inmerso en el san- gue que llena los caminos de tierra de los campos donde fueron arreados para hacer sitio a los perseguidos de ayer, a los perseguidores de hoy. Un círculo dentro del otro las llamas de la opresión queman la libertad, es un hechizo, no hay tesoro que puedas retener defendiéndolo, sólo puedes compartirlo, si crees que lo retienes con fuerza sólo retienes tu miseria. Aquí no hay ojos amables, sólo miradas recelosas de hombres armados que intentan dominarse unos a otros. No hay forma de salir de este círculo infernal salvo con la libertad. ¿Soy yo el portador de la libertad? No lo sé, yo también tengo un arma en la mano y las angustiosas antinomias de mi filosofía no cambian mi condición. Ataco para defender a los pobres oprimidos, pero no oculto el horror de volver a golpear los mismos cuerpos que fueron golpeados ayer. Profundizando, ¿dónde puedo poner el pie?

XCVI

Cien y cien pensamientos se abaten sobre mí, tormenta y granizo. Cuento los aguaceros uno a uno y son abundancia, desbordamiento, plenitud. Y, sin embargo, aguanto como una vieja roca ero- so, mientras corren riachuelos por mi cuerpo lleno de cicatrices de cuchillo, por la voluntad de otros de doblegarme. Aparecieron monstruos y caras limpias, juntos una compañía de miserables, esperando verme ceder, pero me mantuve firme bajo el hacha amenazante, bajo el trozo de madera, la cuerda, agua salada, el trapo mojado. Viles pesadillas sólo el hombre puede sisear con la mente educada para la perfidia, cuánto más correcto hubiera sido un buen, afilado, decidido, limpio colmillo de fiera. En cambio, la tortuosidad mental de los torturadores no tiene límites, sobre todo cuando se educa en la escuela de los que han sufrido la tortura.

XCVII

He asumido cada experiencia, castigar y perdonar son las más terribles, siempre difícil es el peregrinaje de la justicia, la personal quiero decir, no la de la máquina de circo. Mi justicia que mira al enemigo a los ojos, a mi enemigo, y lo ve a través de grandes deformidades y oscuros presagios impuestos por la condición de opresión. El horror no tiene fronteras y no puede ser rastrillado por todos los costados del enemigo, sólo las palabras pueden hacerlo, pero es una limpieza ideológica trivial. La realidad baila de otra manera, se presenta como bella y polifacética, pero esconde en sí misma mal, la torpeza y la estupidez del mal, una certumbre lenta pero en movimiento, que engaña y echa flores al pasar. El horror atrae en el alegre umbral de su escenario y enciende falsas luces que brillan intensamente, ¿cómo no dejarse engañar? No hay regla que alivie el dolor, hay

dolores que no alivian. Imposible, el horror sonríe sobre las miserias del corazón humano, sobre la suprema belleza como sobre la deforme fijeza de la ignorancia, sonríe.

XCVIII

En la miseria general que veo aquí, a mi alrededor, miembros amputados, cuartos de un hombre arrebatados, apresados por una fuerza gigantesca, no hay nobleza de ideales, sólo dolor y muerte. No hay esperanza de un futuro mejor, ni siquiera de la vida, sólo hay lo peor, tácito y fúnebre, un peor que se extiende y se multiplica mientras unos pocos fantasmas con sucios abrigos de carnicero avanzan y avanzan. Pero todo esto lo ha hecho el hombre para humillar al hombre, la bestia no va tan lejos, golpea si tiene hambre, se sacia y se va, no lisia fríamente por razones no presentes en su zarpa furiosa, su marca es limpia, inocente, la del hombre provoca vómitos. ¿Dónde está la justicia que soñé? ¿Dónde ha fluido el río sagrado de mi furia iconoclasta? Mi corazón puro y mis manos piadosas se ahogan en el fango inmundo que me rodea. No están ante mí las límpidas extensiones del desierto que soñé, ni el alto cielo azul, sólo está el sol primordial flotando sobre el caos, tal vez para regenerar de este horror una nueva vida, tal vez para demorarse aún alimentando el próximo horror.

XCIX

Una pequeña lámpara, ahora amarillenta, proyecta una luz estúpida sobre la escalera de madera. Debajo de la puerta otro hilo de luz. El avaro espera tranquilo a que llamen a su puerta, sabe que el que viene no tiene alternativa, es un cravattaro, y en este país los cravattari son peores que sus homólogos italianos, son más grasientos y delgados. No van de viaje a Niza, ni siquiera tienen coche o cuenta bancaria, no usan cheques, sólo la amenaza velada. Una corriente de aire en el pasillo indica que la puerta se ha abierto. Ni siquiera le oigo entrar, sin embargo no estoy lejos, el pasillo es corto pero oscuro. Yo también entro, sin llamar, nuestro amigo es sombrerero y tiene muchos tocados afieltrados, es un trabajo largo y tedioso. Mi visita hace huir al invitado, espero que aún no haya pagado. Él, el avaro, permanece en su mesa de trabajo, sentado con la aguja en la mano. Sabe por qué he venido.

C

El bulbo esmaltado del calentador de agua a gas es el objetivo a alcanzar, en el amme-
sin un susurro. Un trabajo lento y delicado, libre de posibles confusiones. El empleado ha vuelto a casa, se sienta en su silla solitaria. No tiene mujer ni hijos: ¿quién se casaría con un matarife? Bajo el calentador de agua, una pila de periódicos viejos.

CI

Detrás de la ventana observo cómo se acumulan las nubes invernales. Pasan figuras negras casi corriendo, algunos se detienen bajo un balcón para buscar refugio. Nadie se fija en el hombre que avanza con el mackintosh oscuro. También él se detiene bajo un balcón. A medida que la calle se vacía, bajo el viento que la sopla de arriba abajo, el hombre impenetrable se queda cada vez más solo, visible como una montaña en el desierto. Siento cierta satisfacción por lo sagaz y preocupado que mira a su alrededor. Me busca, yo soy su preocupación, es a mí a quien busca. Mira a través del aguacero. Es rizado y moreno mi hombre, está bien ejercitado en físico y resistencia, ep- aunque sé que tiene miedo en este momento, desearía estar en otro lugar. mí también me gustaría estar en otra parte. Pero aquí estoy.

CII

La secretaria tiene una pequeña tienda de dulces junto a la sinagoga. Redondea su sueldo, que no debe ser alto, y satisface su pasión por los niños. Son muchos los que frecuentan el pequeño bazar. Es un hombre joven, pálido, de rasgos regulares, pero resulta repulsiva la forma en que se transforma cuando se acerca un niño, parece licuarse en una masa pastosa y repugnante. El segundo trabajo de la secretaria, a decir verdad, no vender caramelos, sino informar a la policía. En un país como éste es un trabajo peligroso pero bien pagado. El hombre gravita en torno a los chicos, habla con la policía de las historias que se les escapan y así tiene una especie de salvoconducto. Hoy el secretario ha cerrado tras de sí por última vez la puerta acolchada de la pequeña tienda de golosinas. Ya no hablará más con la policía, ya no jugará sucio, ya no hará nada más que pudrirse lentamente en la boca de los gusanos compasivos.

CIII

El hombre es puntual, a las nueve de la mañana está siempre al principio de la calle, los comerciantes podrían ajustar la apertura de sus persianas sobre él. No parece tener un pensamiento en el mundo, sólo que yo sé que debe tener muchos pensamientos, dado el oficio que . Nunca se detiene más de lo necesario. Camina con paso ligero y atlético. Fuma, se detiene para encender un cigarrillo. Utiliza una boquilla, un horrible hábito que le viene de su trabajo. Todos los torturadores fuman con boquilla, el cigarrillo es un arma poderosa. Sólo quien los ha visto trabajar puede saberlo.

CIV

Aquí, las mujeres se sientan al atardecer con sus delantales de algodón blanco y parlotean un cántico incomprensible. Han lavado las verduras que servirán para la cena y cortan los

queso rallado, trocitos blancos sobre verduras . Estas mujeres tienen la casa en orden y no se molestan en averiguar qué hacen sus maridos, sus hijos, sus padres cuando se ponen el cinturón por la mañana y comprueban el seguro de la automática antes de enfundarla.

CV

En el patio, una escalera interior conduce a un entresuelo. Allí viven obreros y que van a trabajar puntualmente todas las mañanas. Incluso mi hombre lleva zapatos raídos y recorre las tiendas del barrio con su bolsa de red, una pieza de museo. Aquí todavía se usa. Luego vuelve, lleva la compra a casa y sale con los zapatos cambiados. Ahora lleva un abrigo largo y anfibios. Tiene un aspecto alucinado, ahora va a su verdadero trabajo. Es especialista en el tratamiento sucio y maloliente de los intratables. Guarda sus herramientas de trabajo en una especie de sótano donde sus superiores nunca bajan. Tienen ropa un poco mejor y no les gusta la mierda de la que está cubierta la escalera de piedra de abajo. Los invitados suelen subir los escalones todos a la vez.

CVI

El pequeño restaurante sólo ofrece entremeses y vino, el dueño es un hombre gordo y sudoroso en mangas de camisa, está leyendo un periódico mientras algo hierve a fuego lento en la cuccuma de hierro esmaltado blanco con bordes azules. Todo parece tranquilo, el local y los pocos clientes distraídos que comen despacio mientras beben té. Sin embargo, bastaría una pequeña señal para que todos se pusieran en pie de un salto, un gesto, un ruido. Su rostro tranquilo es demasiado serio para ser real, es una máscara similar a la del dueño. Un crujido en la escalera que conduce al sótano les hace girarse a todos a la vez, parece la escena teatral de una mala obra. El silencio es una cortina que oculta lo nefasto de este lugar. Barrido.

CVII

Una pequeña plaza desconocida. El hombre la cruza a paso ligero, no hay coches, sólo algunas personas apresuradas que se dirigen a la estación de autobuses. Sin duda tiene otro objetivo, no parece tener ninguna incertidumbre. Se dirige al trabajo. En casa ha hecho la cama, ha cambiado la lámpara, ha revisado su arma reglamentaria y se la ha colocado bajo la axila. No la utilizará, nunca la ha utilizado, se ocupa de otras tareas, es un especialista. Trabaja con cabezas de personas encadenadas, las utiliza como muñecas articuladas.

CVIII

Los hombres con bigote, sentados alrededor de la pequeña mesa redonda, huelen a resina. Están distraídos, con las piernas estiradas. No llevan sombrero y todos tienen algunos pelos oscuros. Uno de ellos tamborilea con los dedos sobre la superficie de la mesa. Otro ha cruzado las piernas y ha encendido un cigarrillo. Parecen inofensivos, con sus barrigas mechadas, pero no es cierto, estos señores también tienen un pesado pasado. Entre sus especialidades está la im- plicación clandestina. Su aspecto no difiere mucho del de muchos otros carniceros secretos. El sol sólo les ha curtido un poco más, pequeños detalles. Al fin y al cabo, nadie les respeta, sólo son maniquíes. Tolerados en el bar de mala muerte, los demás fingen mirar a otra parte, fuera de las cortinas blancas. Sin embargo, tienen una paciencia increíble, beben su vaso de té y esperan, esperan para ir a trabajar.

CIX

Se subió el cuello de la chaqueta, es un gesto reflejo que hace siempre que llega a los cubiertos, sale de casa y gira a la izquierda. No creo que sea para protegerse del frío. A esta hora la ciudad está despoblada, es de madrugada, los oficinistas están en sus despachos, las amas de casa aún tienen que salir a hacer la compra. Este suburbio de la ciudad está como dibujado en blanco y negro. Los escasos transeúntes tienen prisa. Su trabajo consiste en escuchar el silencio de los demás, los susurros, las palabras dichas en , tal como yo lo veo se parece a un sacristán. Por la tarde cruza un patio exterior para entrar en un despacho con características especiales. No olvida nada en sus informes. Muchos se han ocupado de esos informes, colgados boca abajo.

Los judíos y el mal absoluto

Algunas cartas

Prisión de Trieste, 29 de junio de 2004

Queridísimo Antonio,

Hace tiempo que recibí su artículo "Reflexiones el Día del Recuerdo y el antisemitismo" y sus pocas líneas en las que me decía que antes de responder a mi publicación del 4 de junio del ensayo sobre "Los judíos y el mal absoluto" me invitaba a leer su artículo.

Tus tesis son muy detalladas y convincentes, la única que no me convence es la que afirma que el estado israelí es un estado occidental como cualquier otro, con todas las características relativas. Aquí creo que hay algo más que eso. Me parece que existe un componente teocrático y no es insignificante. Todo lo que he escrito se basa en esta fascinante "particularidad" de los judíos; eliminarla sería una distorsión histórica, además de inútil. Israel, como Estado judío, es diferente de las democracias occidentales, y ello sin menoscabo de la igualdad fraternal de todos los hombres y de la nefasta identidad criminal de todos los Estados.

Espero tener noticias suyas. Espero que la próxima vez pueda escribirte con un ordenador. Un abrazo,

Alfredo

Prisión de Trieste, 4 de agosto de 2004

Queridísimo Antonio,

Hoy he tenido una entrevista con Annalisa y Antonio, mi hijo mayor, y así he sabido que habías vuelto a casa.

Por supuesto, he recibido su carta-respuesta a mi escrito, que he leído varias veces y sobre la que he tomado notas.

Te contestaré articuladamente espero en cuanto me den el ordenador (me lo tienen que dar aquí en la celda al menos un mes). Así que esperemos un poco.

Por todo lo demás, no me puedo quejar. El abogado Venturino vendrá aquí a finales de mes para hablar conmigo un par de días, de modo que podamos establecer -si es posible- una revisión del juicio por robo (Roma), que es realmente una ignominia lógica. Esperemos que bien.

No sé si os he escrito antes diciendo que tenía los sellos. Se lo agradezco. Un abrazo fraternal,

Alfredo

Prisión de Trieste, 28 de febrero de 2005

Queridísimo Antonio,

Hace unos días que tengo la tuya del día 20 y las postales adjuntas, que envío directamente a Alfredino poco a poco.

Sí, no tengo ordenador y quizá no lo tenga, pero me defiendo escribiendo a mano, ya casi he terminado el cuaderno número 20 (vigésimo). Doce ya los he sacado y se los he dado a Annalisa para que no los guarde aquí.

El intento de salir en semilibertad fue rechazado por el , la prisión lo intentará de nuevo hacia el próximo verano, pero tengo poca fe, esta prisión es particularmente "cerrada", pero para mí es un sacrificio que hago con gusto para estar cerca del niño. Si hubiera estado en Rebibbia ya habría salido al menos en arresto domiciliario.

De vez en cuando releo sus reflexiones críticas sobre mi escrito sobre "Los judíos y el mal resuelto" y tendría muchas cosas que decir, pero se me hace una especie de nudo en la garganta y prefiero seguir adelante. Es un tema que me toca profundamente y no quisiera desperdiciar sus valiosas sugerencias críticas en triviales consideraciones mías. Quizá algún día le responda en profundidad, en otra condición objetiva y espiritual.

A propósito de la "mente" de Gramsci, hablando aquí con un "comunista" (según él), un hombre de teatro que había venido a una conferencia, a una objeción mía que le había sobre el concepto de "verdad", me preguntó (en broma) cuántos años de condena me habían dado, a mi respuesta: "7 años y 4 meses", me contestó: "Te han dado muy poco, deberían haberte dado mucho más". Evidentemente estaba bromeando. Pero la verdad sale así.

Si puedes, envíame unos sellos de 62 céntimos. Te abrazo con el cariño de siempre,

Alfredo

Trieste, 12 de noviembre de 2006

Queridísimo Antonio,

Le escribo a mano porque mi impresora está estropeada.

Ha llegado el momento de ofrecer una tercera edición actualizada y ampliada de *Palestine, mon amour*.

Me gustaría incluir no sólo mi texto "Los judíos y el mal absoluto", sino también su "Carta crítica", así como algunas cartas mías que precedieron a estos dos textos.

Como escribo a mano no tengo copias de mis cartas, por favor envíenme fotocopias.

Además -espero que lo tenga- debe enviarme una fotocopia de la copia que le envié de mi ponencia porque difiere algo (ligeramente, pero de forma importante) de la copia que tengo. Espero que lo haga lo antes posible. También me gustaría incluir su ponencia sobre el Día del Recuerdo, pero no estoy del todo convencido [esta ponencia, titulada: "Reflexiones sobre el Día del Recuerdo y el antisemitismo", publicada en "Alba" en marzo de 2004, no se incluyó en este volumen], reflexionaré sobre ella. A ver qué sale de ahí.

Por supuesto, he escrito cosas más actuales que también añadiré. Espero sus noticias y, como siempre, se lo agradezco de todo corazón,

Alfredo

Los judíos y el mal absoluto

La matanza sistemática y organizada de grandes masas de personas está muy extendida en la historia de la humanidad. El ejemplo de los millones de judíos asesinados en los campos nazis es sólo uno de los más conocidos. En cuanto a los armenios, aún hoy se lucha por obligar a Turquía a reconocer las masacres perpetradas a principios del siglo pasado. El genocidio judío posee ciertas características que no se encuentran en otras masacres, mientras que tiene aspectos en común con otras que conviene destacar.

Una masacre, para ser tal, debe estar organizada, es decir, debe tener una base ideológica, no puede depender de la explosión de un momento que la agote como una llamarada. Los progromos son masacres, tienen una base ideológica, pero sólo cuando se multiplican en el tiempo y se extienden en el espacio son masacres del tipo que considero aquí.

Una minoría suele ser víctima de grupos más fuertes. Los intereses financieros, el saqueo y el acaparamiento se han cubierto a menudo de motivos raciales para justificar el ataque y mantener vivas las consecuencias. Los grupos cuyos miembros se dejan penetrar poco a poco por fábulas como las relativas a la sangre, la patria, la tierra sagrada, la raza, acaban encontrando así una cohesión que de otro modo no tendrían. La cohesión da la ilusión de la fuerza y la solidez de las propias convicciones, por lo que el grupo adquiere confianza en sí mismo y vierte esta nueva energía en sus miembros, que alimentan así el patrimonio de la fábula detallándola y enriqueciéndola con aspectos pseudocientíficos.

Las mentiras puras y simples no bastan. *Los Protocolos de los sabios de Sión* eran un elemento del odio contra los judíos, pero no podían sostenerse por sí solos, se necesitaba un clima, una cultura, un mito. Hay que comprender estos tres elementos.

El clima antisemita recorre gran parte de la historia. Los judíos parecen tener una especie de carisma para atraer la antipatía de la gente que no los conoce ni los acepta, precisamente por esa falta de conocimiento, pero también por ciertos aspectos de su que no son fáciles de comprender. En épocas anteriores, algunos de estos elementos fueron utilizados por los propios judíos para profundizar en sus peculiaridades y obtener de ello un beneficio económico o el simple reconocimiento como unidad separada, caracterizada socialmente por un modo de vida diferente. Esto afecta a aspectos como la religión, la lengua, la vestimenta e incluso la forma de proveerse de alimentos. Cada pueblo tiene sus propias costumbres sociales y éstas lo caracterizan, pero los judíos hicieron algo más, ser una unidad separada, aunque en algunos aspectos a menudo periféricos, pero nunca aceptaron la integración total. Este ha sido sin duda uno de sus puntos fuertes, lo que su- pone mi entusiasmo ético, pero que no me impide considerar cómo estas fuertes opciones han sustentado el clima social que se ha consolidado a su alrededor a lo largo de los siglos.

Podemos definir este clima como el espíritu del judaísmo, no para sí mismo, es decir, como un hecho objetivo que domina las comunidades judías tomadas individualmente, o globalmente, sino para los demás, para los no judíos, para los espectadores que captan primero los detalles y luego la sustancia. Cuanto más incapaces fueron estos espectadores, a lo largo de la historia, de captar el trasfondo cultural de esos aspectos discriminatorios establecidos por los judíos para distinguirse de los no judíos, más se crearon las condiciones para las reacciones histéricas de miedo masivo. Sobre este aspecto y estas reacciones se injertaron las invenciones y la propaganda antisemitas.

La atmósfera que describo incluye también hoy dos movimientos divergentes pero no antitéticos, uno hacia la mitificación de las impresiones, es decir, su remisión a un complejo de causas y efectos llenos de fantasías que se pierden en la noche de los tiempos, en los mitos de la sangre y de la raza, otro hacia la cobertura pseudocientífica confiada a invenciones sociológicas o biológicas desprovistas de un mínimo de seriedad. Estos dos movimientos son igualmente fantasiosos, pero tienen efecto sobre dos grupos de receptores, los menos cultos y los medianamente instruidos. No es difícil reavivar los temores de los oprimidos y, a menudo, sobre todo en tiempos de incertidumbre o de fraccionamiento de clase, conducirlos hacia objetivos que pueden desahogarse a costa de ciertas minorías que por su propia elección de vida dan miedo. Las clases medias cultas, sobre todo las que se nutren de una cultura de opiniones y aproximaciones, se ven así arrastradas a un conjunto de pseudoteorías que sólo tienen de científica la formulación seria. La ciencia tiene muchas limitaciones, y a menudo las he señalado, pero es otra cosa.

La privación cultural alimenta el clima antes mencionado y oculta la escasez de muchos que defienden la igualdad y la fraternidad, pero sólo de palabra, necesitando más en sustancia apoyarse en mitos y fábulas, no en hechos concretos e ideas productivas para la acción. Los judíos tienen una cultura que es necesario conocer y profundizar si se quiere evitar encontrarse a favor o en contra sólo de oídas.

Los asesinatos en masa sólo son posibles en condiciones de privación cultural. No sólo los perpetradores deben ser brutos, los organizadores también deben serlo, de lo contrario se agotarán los arrebatos individuales contra las minorías. Una masa informe, como la que observamos hoy incluso en las llamadas democracias avanzadas, puede ser regimentada -para seguir con el tema- a favor y en contra de los judíos con facilidad.

El hecho de que grandes intelectuales como Céline, Pound o Heidegger eligieran posiciones antisemitas, más o menos variadas, no niega la tesis anterior, pero hay que explicarlo. La aventura de un gran intelectual puede evolucionar a veces hacia un alejamiento progresivo de la realidad, de las realidades de la realidad. El tiempo en que cada uno vive se ve entonces filtrado por fantasías que acaban por volverse cada vez más obsesivas, el filósofo reinterpreta el mundo y se descubre como el único que comprende lo que los demás pasan por alto y de lo que se enorgullece, el poeta resucita las epopeyas del pasado y se enamora de ellas, los mitos, los héroes, los símbolos, la alquimia y la magia de la antigüedad vuelven en sus versos, el novelista reconstruye un mundo degradado y se sumerge en él, demiurgo y partícipe del dolor.

Esto no es una excusa, y la abyección de la que son culpables los intelectuales mencionados no puede borrarse, pero tampoco ésta puede desbordarse en su obra. En este caso, debe y puede tenerse en cuenta como un molesto acompañante de la lectura, porque no hay división entre lo que se piensa y lo que se hace, pero la grandeza de la obra sigue siendo la misma. Sobre este tema, desde 1956, cuando leí por primera vez *los Ensayos críticos* de Pound, nunca he cambiado de opinión.

Salvo las debidas excepciones, la masa media de intelectuales bienintencionados estaba y sigue estando dispuesta a la tolerancia de fachada y al antisemitismo de antiguo origen. Hoy son muchos los que piensan en la diversidad de los demás, incluidos los judíos, por supuesto, pero sobre todo en los últimos años los árabes, en términos de integración. Si quieren venir a nuestros países civilizados -por así decirlo-, estas personas deben aceptar nuestras normas y renunciar a las suyas, que no son, en términos de civilización, comparables a las nuestras.

Se podría argumentar que, desde el final del holocausto, ya no se insta enérgicamente a los judíos a integrarse y que en todas partes se les considera ciudadanos como los demás. Así, se habla de un ciudadano italiano de confesión judía y no de un judío italiano, por poner un ejemplo, pero esta atención a la terminología no es sustantiva, pertenece a la regla y sólo toca marginalmente el clima antes mencionado. La educación generalizada de las últimas décadas se presenta como posibilista y democrática, al menos en gran , pero se trata de una pátina fácil de desprender, precisamente por la inconsistencia y superficialidad que comparte con casi todos los demás aspectos de la educación cultural. Basta cualquier acontecimiento que desencadene reacciones colectivas de miedo, una guerra, una subida excesiva de los precios, una caída considerable del empleo, para que esas reacciones racistas anulen la pátina antirracista. La fábula de la conspiración judía está siempre a la vuelta de la esquina.

Por su parte, los judíos echan una mano. Veamos cómo. Hombre de opciones radicales, el judío o comparte plenamente estas opciones o deja de ser judío, algo irrever-

Los indicios de su pertenencia original se desvanecen en poco tiempo. Pero, en este caso, sería precisamente una acentuación racista seguir hablando de un judío. La autenticidad de su ser judío no está, por tanto, en algún cromosoma o en las células de su sangre, sino en su cultura y en su forma de vida que lleva impresa esa cultura. Y la religión es una parte esencial de esa cultura.

No soy judío y, durante cierto periodo de mi vida, luché en armas contra el Estado de Israel, pero nunca fui antijudío ni, lo que es peor, racista. He visto morir a judíos y he llorado por ellos, he visto morir a otros y me he alegrado de su muerte. Los primeros eran pobres gentes que me conmovían el alma, aunque endurecidas por las circunstancias y por opciones básicas no exentas de matices ideológicos, los segundos eran verdugos entre los peores y su muerte la humanidad sólo podía alegrarse. La mía no fue, y sigue sin ser, más de treinta años después, una separación clara. No encuentro, ni quiero encontrar, una sentencia absolutoria para los buenos y condenatoria para los malos. No soy fiscal ni abogado defensor, pero los judíos clavaron la punta del cuchillo en mis genitales para torturarme y los judíos me ayudaron, defendieron y salvaron. Los hombres son todos iguales, la diferencia de la que hablo aquí es de otro tipo.

Tampoco es cierto que los peores, los torturadores y verdugos, fueran los gobernantes, la clase o los defensores de los derechos reivindicados a la explotación, a menudo eran los más desdichados y miserables, parias sefardíes que temían el fin de la protección estatal de la que disfrutaban más que cualquier otra cosa. El paria asustado es a menudo más miserable aún que el gobernante, el monárquico es más feroz que el propio rey.

La cultura nos ayuda a determinarnos a nosotros mismos pero, al mismo tiempo, permite la determinación desde arriba, posibilita el poder y lo alimenta, incluso en la posibilidad de frenar su arrogancia y arbitrariedad. La prevalencia de la capacidad de autodeterminación caracteriza a la cultura en el sentido positivo de la palabra. Pero no toda cultura es un mosaico único e inextricable; hay formaciones culturales bastante bien caracterizadas en las que prevalecen connotaciones inequívocas y homogeneidades identificables. La cultura judía es un vivo ejemplo de ello.

La fábula del pueblo elegido es un componente de esta cultura. Si no la tenemos presente, acabamos por perdernos. Un judío es tal si se considera perteneciente al pueblo elegido de Dios, con el que el ser supremo estableció un pacto primitivo y original. Esta opinión discriminatoria es sentida de diferentes maneras y matices por los círculos e individuos judíos, cuando deja de existir como convicción ya no se puede hablar de judíos ni de judaísmo. El laicista es judío, y sólo puede convencerse de ello por una sutil vena de racismo que nunca confesaría. La religión es una cuestión fundamental para un judío.

Un judío puede ser pacifista, democrático y observante, porque cree que la historia del mundo avanza hacia un futuro en el que los pueblos, por fin pacíficos, servirán al mismo Dios y vivirán en paz sin más conflictos ni rencores. Pero esta perspectiva no

Pone en tela de juicio el hecho primordial, es decir, los mandamientos de Dios, que conservan un significado específico para los judíos, pero también poseen un valor ético universal.

En el judío, su determinación actual, como hombre libre, debe poder casarse con una determinación más antigua, la que los hombres de antaño, siempre presentes en espíritu, los profetas, Abraham en particular, pudieron darse al aceptar la alianza con Dios. Estos hombres de tradición aceptaron, y al aceptar se determinaron, pero podían negarse, podían decir no a Dios. Podían haber evitado asumir una carga tan pesada. No lo hicieron. En aras de la justicia y la verdad cargaron con un peso de sufrimiento y miseria, tomaron sobre sí todos los dolores de la humanidad.

Una vez hecho este razonamiento, cualquier sufrimiento no es que se acepte, sino que se comprende. Proviene, en todos los sentidos, de Dios. De ello se deduce que ningún judío está a salvo de sí mismo. Por elevada que sea su posición social, siempre está expuesto al sufrimiento que decida infligirse a sí mismo.

Este concepto es difícil de explicar, pero deriva del otro concepto que fija la alienación del judío respecto a la sociedad de acogida como una de sus características esenciales. Max Weber y Hannah Arendt hablaron del paria. No sé si la definición del judío como paria es exacta, de todas formas creo que la mencionada extranjería tiene algo que ver.

Estoy convencido de que esta libre elección necesita apoyo para ser menos libre. Nadie está aislado, un átomo flotante en el mar social. De ello se deduce que todo judío busca a otros judíos, los ve como referencia y apoyo. Esto ocurrió y sigue ocurriendo en la diáspora, como en las comunidades judías de todo el mundo, pero alcanza su punto álgido en el Estado de Israel.

Esta condición tiene diferentes matices, pero no es generalizada. Cada integración del judío debe asumir esta convergencia. Cuanto más se realizan los apoyos poner un ejemplo, el ejército con la estrella de David-, más se exacerban los cierres. Estos cierres llevan a la ser judío es una desgracia que hay que contrarrestar por la fuerza y reforzando el propio estatus de cercado. A gran escala, en el Estado israelí, y a pequeña escala en el individuo o en el grupo familiar, sucede que uno se siente un poco incómodo en sus propios zapatos, un poco fuera de lugar. A cualquier nivel social, puede ocurrir que el judío se sienta como un extraño, de modo que su sensibilidad le haga sentirse mal, como un invitado no bienvenido.

Debemos tener en cuenta que incluso el pobre mendigo judío, numéricamente preponderante en los países del Este, posee una base cultural homogénea incomparable a la del e-quivalente marginado de los países económicamente más desarrollados. Incluso la misma cultura masificada y desposeída, que hoy experimentamos en todas partes, está menos empobrecida entre los judíos. Y esto se debe a la presencia central de la religión, al peso que la cultura religiosa tiene en la vida cotidiana del judío. No sé si hay judíos analfabetos, creo que ambas condiciones son incompatibles.

¿Por qué no existe un verdadero movimiento revolucionario judío? Esta pregunta merece una aclaración. Ha existido tanto el movimiento libertario de las comunas

en Israel, y la participación de judíos en movimientos radicales de resistencia y opinión en muchos países mundo, pero eso es otra . Ha habido miles de revolucionarios y teóricos de la revolución judíos, pero un movimiento revolucionario judío es otra cosa. Incluso un movimiento anarquista judío, que por toda su infinita variedad y matices podría no ser revolucionario en el sentido clásico de la palabra, siempre ha tenido una existencia exigua. La razón hay que buscarla en la condición particular del judío y de la sociedad judía, por no hablar del Estado judío. Esta particularidad es la relación con la religión, más concretamente con el judaísmo. Pero no sólo la religión, creo que la propia consideración del judío de sí mismo como diferente y alienado, su sentirse siempre fuera de lugar, su ser a menudo huésped no querido en una sociedad ajena, también contaba mucho. Entiendo aquí por movimiento revolucionario también la versión autoritaria de las formaciones políticas dirigidas a la conquista del poder. Soy muy consciente de que el término revolucionario no es apropiado, pero el problema está en otra parte.

Todas estas consideraciones las estoy desarrollando para definir la exclusividad judía de diferentes maneras. Se trata de una diversidad cultural muy compleja con matices que no son fáciles de captar. No se entendería el problema del genocidio sin esta especificidad. No es ajena a ese fenómeno.

Volvamos al clima que he mencionado . La sociedad, incluso la más evolucionada, sigue considerando al judío un extraño, incluso cuando ocupa un alto cargo social y es adinerado, su extranjería se siente y a menudo se enfatiza, aunque en los últimos tiempos esto es menos común. Es decir, cada vez menos personas admiten abiertamente que consideran al judío un extraño al cuerpo social del que forma parte.

Cuando el judío entra en círculos socialmente muy elevados, ya sea sus cualidades personales o por su dinero, si no abandona formal y sustancialmente su judaísmo, se le considera un extraño, una presencia inaceptable. No me refiero a cuando uno se enfrenta a los signos de la ortodoxia judía, sino en general. Desde luego, no es un argumento que muchos aceptarían, sino una reacción inconsciente que, sin embargo, se refleja en la forma misma en que el judío trata a las personas de su mismo nivel social.

El legítimo énfasis que las comunidades judías de todo el mundo conceden hoy al holocausto se basa no tanto en el temor a que un acontecimiento semejante pueda repetirse, sino en el hecho de que ellas mismas saben que su asimilación no es absoluta y nunca será una garantía contra posibles masacres futuras. La asimilación total y la integración son sin duda una solución viable hoy en día y ofrecen una respuesta eficaz al problema de la exterioridad del judío, pero deben ser totales y no pueden excluir la posibilidad puramente racial, es decir, objetiva, de una futura discriminación basada en el fantasma de la raza judía que nunca existió. Además, el judío es reacio a la integración total por muchas razones: por su cultura y su pasado de marginado, del que no quiere renegar; por su religión y los aspectos simbólicos que la acompañan, que son tan esenciales como la propia espiritualidad en la que se basa; por sus relaciones con las comunidades judías, que no sólo son amistosas sino que se basan en la

sobre la memoria del sufrimiento común y la necesidad de preservar esta memoria.

Desde otra perspectiva, la alienación de los judíos de cualquier sociedad de acogida, en la medida en que esta alienación pueda entenderse como una reacción apropiada de la comunidad individual o de grupos más amplios y no del individuo aislado, no implica automáticamente una disposición contra el poder. No es cierto que en la historia milenaria de la diáspora judía nunca haya habido una mezcla de judíos y poder. No pienso aquí sólo en la financiación de los grupos dirigentes, en los grandes banqueros que subvencionaban las guerras de los reyes, ni en los pequeños prestamistas que estrangulaban y siguen estrangulando a los pobres. Soy muy consciente de que estas profesiones ya no son una peculiaridad judía, si es que alguna vez lo fueron. Me refiero a la participación directa en el poder, no tanto a través de la identificación personal con el hombre individual de filiación judía, sino a la llamada del poder dirigida a la comunidad israelita para gestionar juntos el poder.

Muchas veces, incluso en épocas recientes, y desde luego en el caso del holocausto, el poder se dirigió a las élites dirigentes de las comunidades judías para ganarse su simpatía y apoyo. Estos grupos implicados gozaban de la confianza de los torturadores y, de hecho, casi nunca defraudaron esta confianza. Por supuesto, no es posible identificar a estas minorías con todos los judíos, y nada de eso se pretende aquí, pero se trata de una proporción pequeña y significativa, aunque sólo sea por el peso financiero que garantizaba privilegios nada desdeñables.

En las comunidades judías parece poder identificarse un doble movimiento de poder, por un lado el más acomodado, por otro la teocracia de los ilustrados, en ambos casos notables en contacto directo con los centros de poder del Estado. Este movimiento cruzado puede verse hoy tanto a nivel del Estado israelí como a escala internacional. Basta pensar en los préstamos y subvenciones para sostener la existencia de Israel como realidad estatal.

Esta realidad política no niega la forma en que los judíos se sienten fuera del mundo, su consideración de sí mismos como radicalmente desvinculados de cualquier relación con otros pueblos. La tradición y el culto tienen hoy en Israel una importancia que no se encuentra en ninguna otra parte, constituyen fuerza de este Estado y su derivación directa de las comunidades judías de las que es la consecuencia lógica en términos de burocracia y poder. Todo ello sin menoscabo alguno del proceso de secularización democráticamente orientado a la izquierda según el modelo europeo y anglosajón.

La consecuencia más conspicua de este sentimiento de fuera de contacto, que se remonta a la situación en la que se organizó el holocausto, es decir, la Europa dominada por el racismo y el fascismo, fue que los judíos se encontraron fuera de contacto con las masas de Europa, las grandes masas de trabajadores y las no menos grandes masas de desposeídos. Su mayor preocupación era no molestar demasiado al dominio estatal, del que se sentían huéspedes, para obtener protección contra los estallidos de antisemitismo que el mismo dominio hacía posible y a veces organizaba contra ellos. De este modo, también se puede ver cierta responsabilidad por no haber organizado a tiempo una resistencia eficaz o, al menos, unas vías de escape más fáciles.

Otro elemento de responsabilidad puede verse en la negativa de las comunidades judías occidentales a aceptar que los judíos orientales compartan el mismo destino, a los que a veces se culpa de su miseria y migración forzosa como una de las causas del antisemitismo. Cuanto más crecía entre los judíos occidentales la tendencia a considerar el judaísmo como una convicción religiosa, más contribuía a ensanchar el abismo la consideración de la religión judía como una llamada de Dios, característica de los judíos orientales.

En la situación actual de Israel, existe el antiguo sentimiento judío de separación, actúa en profundidad y de forma más llamativa al ser Israel un Estado y no una comunidad por grande que sea. La antigua valla de la ley se ha convertido en un muro de hormigón.

Pero vayamos ahora al mal.

El mal es un estado mental, no un hecho. Como estado mental, puede exteriorizarse y, a través de la comunicación, expandirse masivamente. Sin embargo, hay cosas que aclarar. Si el mal no es un hecho, ningún hecho es malo. Matar no lo es, robar, violar, etc. tampoco. Afirmación pesada. Convertir estos hechos en un mal sólo puede hacerse estableciendo normas, que establezcan que son un mal y condenarlos establezca una sanción. Establecer normas es una característica de la civilización. El estado de ánimo de la persona civilizada es aquel que tiene presentes estas normas y las infringe admitiendo hechos que son considerados malos por quienes son conscientes de ellos. Lo esencial reside en esta conciencia. Pero la verdadera civilización no es la que pone reglas tanto como la que educa para cultivar estados de ánimo que buscan caracterizar otros hechos en los que el otro es partícipe de nosotros y goza y sufre con nosotros. No puedo matar, violar, etc., pues esta perspectiva requiere un estado mental que ya no poseo. Mil reglas no me detendrían, sólo yo mismo puedo detenerme y decidir que la violación es sólo una manifestación de mi miseria e impotencia, que el asesinato sólo puede tener sentido en determinadas condiciones, como respuesta a un ataque que he sufrido, no como sustitución de mi incapacidad para responder de otro modo a la ofensa. Lo mismo se aplica a todos los demás actos que se consideran universalmente malos. Algunos podrían decir que también éstas son reglas, sólo que no surgen de una autoridad externa a mí, fijada de una vez por todas, sino de los efectos que la cultura tiene sobre mi capacidad orgánica para delinear estados mentales. Una vez que he adquirido esta , mis estados mentales se producen en consecuencia y están condicionados por esas reglas impuestas por el do- minio. Un bruto libre, desprovisto de reglas, tiene estados mentales rudimentarios, no tiene cultura, salvo en el mejor de los casos enrarecida, no respeta las reglas porque no tiene motivos para respetarlas o negarlas.

Por supuesto, este bruto absoluto no existe más que como hipótesis límite, pero se puede construir dotándolo de algunas reglas.

Construir un bruto que en lugar de cultura sólo tenga pocas y claras reglas es tarea de ciertos sectores del Estado. El ejército es uno de estos sectores y es una herramienta para fabricar brutos. El entorno democrático pone obstáculos, aunque leves, a esta fabricación, por lo que los sectores más estrechos se reservan esta tarea. En algunos casos, hay que hacer crecer esta construcción de brutos para hacer frente a las exigencias del control y la represión. Esta es la situación del Estado totalitario.

Pero los brutos no bastan, también necesitamos participación, implicación y consentimiento espontáneos. De esta tarea se encargan mezclas bien dosificadas de propaganda e intimidación, sin excluir la concesión de ventajas y privilegios especiales.

Todo esto presupone la existencia de normas. El holocausto no habría sido posible sin las leyes del Estado nazi que establecían la existencia de ciudadanos de segunda clase, incluidos los judíos, con derechos reducidos o nulos.

Los brutos están desatados, pero necesitan puntos de referencia. Los brutos, perfeccionados en su brutalidad, constituyen una minoría cuya tarea es iniciar la brutalidad, estimular su propagación y hacerla , pero se necesitan otros dos elementos: un clima suficientemente generalizado y una cultura reducida al límite, estandarizada o esclava de ideas rígidas impregnadas de fábula. En el caso de la Alemania nazi, hay que concluir que el antisemitismo se combinó con número considerable de otros componentes: el racismo generalizado, el miedo social, el cerco geográfico, las consecuencias de la Primera Guerra Mundial perdida, la visibilidad negativa de los judíos, etc. Todos ellos elementos que intervinieron interactuando entre sí para provocar la máxima brutalidad en un pueblo cuyo nivel cultural medio era considerable.

Esta paradoja merece una explicación. Si Alemania era un país de alta cultura, las clases sociales directamente implicadas en la aventura nazi no eran ciertamente muy cultas. No faltaron aberraciones de grandes intelectuales, como hemos visto (en el fascismo italiano, Giovanni Gentile), pero esto no desplaza el problema. Aunque no fueran clases sociales muy cultas, siempre formaron parte de una vida social muy culta. Aquí se inserta una subcultura inmersa en las brumas del cuento y el mito, la magia, la tradición, con todas las telarañas del nacionalismo, el patriotismo, el racismo, etc. La construcción de esta subcultura es más fácil de lo que podría pensarse, basta con ver el extendido uso actual de los horóscopos y la astrología, que en sí mismos constituyen intereses inofensivos, pero que encajan fácilmente en un clima agresivamente irracionalista. Sin embargo, una conclusión simple sería errónea. En el origen de la situación que produjo el holocausto no está el irracionalismo. La pseudocultura no es la causa, es, en todo caso, uno de los elementos que lo hicieron posible.

Una vez más, se puso a disposición de capas sociales marginadas o gravemente perjudicadas por las condiciones de la posguerra un paquete cultural, aunque fuertemente desprovisto de él, para compactarlas y empujarlas con fuerza hacia un falso objetivo: los diferentes, los judíos en particular, con el doble propósito de dar a estas capas una salida inmediata y crear un clima de terror capaz de hacer que los no judíos se sintieran más seguros el hecho de no serlo.

Mientras que, por un lado, las clases altas no podían ni gestionar la producción ni establecer una lucha, aunque fuera reivindicativa, destinada al menos a salvar el poder adquisitivo de los salarios, las clases bajas, alejadas ya del antiguo poder adquisitivo de sus propias líneas salariales, veían la posibilidad de obtener beneficios en estas nuevas fuerzas políticas que hablaban de sangre y patria.

mucho que decir sobre lo que solía llamarse el subproletariado, y no es tan cierto que pueda ser fácilmente zarandeado , pero hay un componente de voluntad, en este estrato social tan variado y contradictorio, que presenta un peligro reaccionario nada desdeñable. Los lazzaroni que en Nápoles hicieron fracasar la revuelta jacobina de 1799 son un ejemplo. La propagación del hooliganismo futbolístico actual es otro, aunque parezca estar en las antípodas. Los hooligans reclutados por las SA para atacar tiendas judías en Alemania es otro ejemplo. Las masas en la civilizada Francia incitando al asesinato de judíos durante el caso Dreyfus, otro más. Los degolladores británicos del cuerpo especial del general Simon Lovat, otro. Los sefardíes israelíes de hoy, otro más.

Lo que motiva a estas masas subproletarias no son necesariamente intereses de clase, y ello por varias razones. En primer lugar, no constituyen una clase en el verdadero sentido del término, y menos aún hoy, en un momento en que las clases tradicionales han sido definitivamente desmembradas. Es precisamente esta vaga determinación causal la que propone aventuras políticas subalternas, a veces impulsadas por promesas míticas y burdas falsificaciones, a clases muy alejadas de las relaciones salariales fijas.

Volviendo al periodo nazi, si se observan los orígenes del reclutamiento, se puede ver que la base del partido se basaba en los veteranos de la guerra mundial y los escuadrones paramilitarios, así como en la antigua base de los partidos socialdemócrata y comunista. La crisis económica había privado al primero de estos dos partidos de la oportunidad de luchar por mejoras salariales y, por tanto, de su propia razón de existir (junto con los sindicatos), la connivencia inicial con los nazis había desmoralizado a estos últimos y reducido al mínimo las fuerzas militantes capaces de llevar a cabo un movimiento de protesta. La mayor parte de la base del Partido Comunista Alemán estaba formada por desempleados que finalmente decidieron pedir un empleo, o al menos una oportunidad de supervivencia, a aquellas fuerzas que parecían capaces de garantizárselo.

La dispersión de la base del partido era aterradora, no sólo por el desempleo, sino también por el particular empecinamiento represivo. Nadie podía prever que los métodos empleados por los nazis no eran más que una pequeña parte de lo que estaba por venir. Muchos, por el contrario, pensaban que no sólo pedían un empleo a las autoridades gobernantes, sino también protección contra los abusos, y entre estos muchos ilusos estaban los judíos.

Resulta emblemático que los nazis golpearan primero y casi destruyeran el Partido Comunista, dejando solo al Partido Socialdemócrata, de modo que los miembros de la base de este último pensaron que, una vez pasada la ola de represión, todo acabaría ahí. Unos meses más tarde, los escuadrones especiales nazis atacaron y destruyeron las organizaciones socialdemócratas y los sindicatos. Debido también a la separación que existía entre dirigentes y bases, ya que los partidos de izquierda alemanes de la época eran muy burocráticos, no se pudo encontrar una respuesta adecuada. La única respuesta podría haber sido la insurrección de las masas, pero para entonces, tras la destrucción del Partido Comunista, el único con ideas claras al respecto, ya era demasiado tarde. Más tarde, la derrota de los socialdemócratas lo silenció todo. La resistencia alemana se

una serie de intentos de propaganda y atentados directos, como sabotajes y bombardeos, que nunca fueron capaces de desafiar realmente al poder legítimamente gobernante.

El totalitarismo es una forma de poder que radicaliza al máximo la represión y el control. Puede hacerlo a través de formas democráticas en las que el mecanismo electoral se utiliza y dirige adecuadamente, o a través de un golpe de Estado. En cualquier caso, la gestión del totalitarismo necesita reglas; de hecho, cuanto más radicaliza el Estado su forma intrínseca de dominación, más rígidas y evidentes son estas reglas. Una de las reglas esenciales del totalitarismo es la distinción de los sujetos en categorías protegidas y no protegidas. De estas últimas se derivan las categorías destinadas al exterminio.

Por otra parte, el totalitarismo aniquila el juego político democrático, ahora inútil, y vuelve a la gestión esencialmente burocrática del Estado. El partido único es el instrumento actual de esta forma de dominación, por supuesto los miembros del partido están divididos en categorías ordenadas en una pirámide según la fiabilidad que demuestren, y todos están sujetos a control y represión, pero siguen estando protegidos. El resto de categorías, o individuos, permanecen desprotegidos.

Las reglas se vuelven jurídicamente rígidas no sólo con la transferencia de la función legislativa al ejecutivo, hecho que es operativo en las propias realidades llamadas democráticas, sino también con ordenanzas y medidas que órganos periféricos muy fiables, delegados a tal efecto, toman en concierto con el poder central. Esta generalización de la rigidez permite un uso sin precedentes de la represión, de tal forma que genera terror en categorías desprotegidas y, por esta desprotección, señaladas como peligrosas.

No hay que caer en el error de que estas categorías carecen de protección porque son peligrosas, sino al contrario, carecen de protección y por ello se convierten en peligrosas. La represión total no puede desatarse al máximo en una situación en la que incluso los proscritos tienen derecho a un mínimo de protección, aunque sea formal. Esta situación, propia de la configuración democrática, requiere un enorme gasto de energía para que el poder logre el control a través de apoyos ideológicos, mejoras sociales, etc.

El terror es, pues, el instrumento más simple e inmediato del totalitarismo, pero construirse necesita todas esas condiciones que hemos comentado antes. Sin embargo, para emplear el terror se necesitan normas que diferencien claramente las categorías sociales. Por lo tanto, lo que caracteriza al totalitarismo no es tanto el terror, como organización extrema de la violencia represiva, sino las leyes que establecen la existencia de individuos inferiores, de segunda clase.

Se ha argumentado que el terror no consigue ningún fin político, lo cual es cierto. primer lugar, el terror es un medio de poder, un medio, si se quiere, extremo y limitado porque es contradictorio, pero sigue siendo un instrumento político. El totalitarismo, que utiliza el terror, es un sistema político, aunque rudimentario. Al eliminar cualquier oposición política, el totalitarismo necesita buscar la confrontación en otra parte, normalmente en una guerra agresiva. Aparte de esto, la miseria a la que está destinado cualquier régimen totalitario es un hecho evidente en sí mismo.

Entre las condiciones que hicieron posible el exterminio de los judíos en la Alemania nazi estaba la creencia de los propios judíos de que la protección estatal , aunque limitada, no fracasaría al final. Este trágico error se extendió hasta el final e incluyó la cooperación de muchos líderes de la comunidad judía. Por un lado, el acatamiento nazi fue una trágica farsa, por otro, el de los judíos fue un error no menos trágico.

Seguir las normas puede ser una elección mortal.

Seguir las reglas es una condición esencial del mal, la razón es el camino para que el mal se realice en el mundo, se extienda y llegue a ese mal absoluto que renuncia a una finalidad, que tiene en , en su propia producción, su propia finalidad. Matar a millones de no tiene sentido, el exterminio de los armenios en Turquía entre 1915 y 1918, los exterminios estalinistas en la URSS, la limpieza étnica en la antigua Yugoslavia, las guerras de todo tipo emprendidas por los Estados, no tienen sentido.

Hombres razonables, gente corriente como el inquilino de al lado, llevan a cabo estas matanzas masivas y siguen haciéndolas posibles. El bruto es administrado por estos burócratas, la máquina de masacres es una máquina organizativa de gran com- plejidad. IBM colaboró con la Alemania nazi para llevar a cabo el archivo de judíos, para ello se emplearon tecnologías avanzadas.

Ahora bien, toda burocratización es una forma de racionalización. El punto central está aquí, el elemento de razonamiento desarrollado en estas páginas es la organización racional la realidad, de toda la realidad. Probablemente subyace a este uso extremo de la razón un miedo que es cualquier cosa menos razonable, pero es de la razón de lo que aquí se indican los límites.

Hay que preguntarse, para no salirnos del tema, si toda la propaganda antisemita es racional. La respuesta es no, es una mezcla indigerible de cuentos de hadas y miedos, pero las reglas bajo las cuales esa propaganda pudo contribuir a las masacres de los judíos fueron producidas por la razón, la expresión legalmente válida de un pueblo culto.

Una vez producida la regla, fijada de manera más o menos obligatoria en papel oficial, se la carga de una racionalidad intrínseca que obliga a su observancia y permite su aplicación. Hombres y brutos por igual, todos se sienten obligados a aplicarla y a poner en paz lo que les queda de conciencia. Al producir normas que ponen a una parte de la humanidad fuera de ellas, se da una base legítima para instar a todos los que creen en las normas, incluidas las víctimas, al extremo lógico.

El mal absoluto es el mal sin otro propósito que seguir las reglas. De este , uno no sólo pone a cero al enemigo que teme y quiere destruir, sino que también se pone a cero a sí mismo.

El totalitarismo vacía las reglas del más mínimo rastro de positividad, anula los efectos concretos y constructivos de la razón, vacía de sentido las intuiciones creativas de la irracionalidad. No sólo aniquila completamente al enemigo, sino que lo absuelve, es decir, lo incluye en sí mismo, y al aniquilarlo se aniquila a sí mismo. El totalitarismo se destruye a sí mismo.

[2004]

Carta crítica de Antonio Lombardo

Inmediatamente me pregunté: ¿por qué no en los gitanos?

¿Por qué lo escribió, si no es para enmarcar su historia? ¿Por qué no *consideró el totalitarismo* -este debería ser el título de su ensayo, y no judaísmo, que en sí mismo no tiene nada que ver- y no el pueblo romaní, los gitanos, que tienen la virtud verdaderamente libertaria, aparte de la del comportamiento social, de no desarrollar una agenda nacionalista?

la marginación primero, la condena y las sanciones y finalmente el holocausto con la misma intensidad, aunque en la cantidad justo después del judío, no se asimilaron y siguen siendo considerados un peligro público, con el agravante de no poder relegarlos ni siquiera teóricamente a un espacio nacional, pero luego leí todo el asunto y me di cuenta de que hay tu interés personal que va más allá del interés histórico o político actual.

Mientras tanto, el mecanismo de la masacre tiene algo de industrial, con la misma lógica eco-nómica que rige el mercado y la organización del trabajo: aumento de la carga de trabajo sobre cada trabajador a menor coste, libertad de selección del material humano y conflicto cero, con algo más, el síndrome de Estocolmo que aqueja a quienes, quejándose de la expresión de la explotación, no cuestionan su lógica y la hacen suya hasta el punto de defenderla de quienes intentan, proponen y buscan una lucha por la liberación individual y posiblemente social.

Sin embargo, hay una singularidad del holocausto que lo hace incomparable a otras masacres, fue coherente, ideológicamente directo, y fue la práctica de la teoría, aplicada con método de ingeniería y arquitectura y calculada al céntimo del billete pagado regularmente a los ferrocarriles del Reich para hacer viajar al exterminio a millones de personas, entre ellas mi padre.

Has empezado bien tu escrito sobre el análisis del concepto de masacre, es sistemático, descansa en la ideología y no en los caprichos de un dictador del momento: de hecho el holocausto, o más comprensiblemente la shoah, aniquilación del ser, descansaba en un estercolero que se había diluido durante siglos. *Sin embargo,* hay entre líneas ya desde la primera página, y luego se subraya en las primeras páginas, un concepto expresado en: "Por su parte, los judíos echan una mano", que yo comparo en mi pensamiento con la expresión de un padre de familia ante la violación nocturna de su hija: "Ella se empeñó en salir en minifalda". Usted mismo sabría qué decir a un padre así.

Te has deslizado hacia un análisis de la judeidad que se detuvo en el siglo XIX: religión y nacionalismo, que no se correspondían salvo en el sionismo, no era desde luego la expresión comunidades yiddish, no era el aliento de millones de judíos europeos a los que les importaba un bledo estar registrados

comunidades y sólo el 20% asistía a las sinagogas, todo ello antes de que el nazismo obligara a ser judío. Además, esta mezcla de nazismo y religión suya tampoco se corresponde con la sociedad israelí actual. Me temo que usted también ha caído en la confusión de los términos "judío", "israelita" e "israelí" y en la peor confusión de hablar de los judíos como sionistas, para luego acabar hablando del comportamiento del Estado de Israel. Los ejemplos de intelectuales y profesores que caen en el disparate se encuentran en tus propias líneas, e incluso un escritor muy querido por mí como Saramago cayó en la ecuación Auschwitz-Israel, se ve que tu análisis del desapego intelectual a la realidad sigue dando en el clavo.

No conocía esta experiencia tuya en Oriente Medio y me ha abierto el corazón que no arrastres reconociendo hombre más allá de ser israelí o árabe. Lo que dices es cierto: lo que importa es el comportamiento humano, que luego se convierte en social, ésa es la esencia de la investigación y eso lo reconozco en ti no sólo ahora. Ahí está el problema, pero también la solución.

Usted dice: 'La autenticidad de su ser judío no está, por tanto, en algún cromosoma o en las células de su sangre, sino en su cultura y en su forma de vida que lleva impresa esa cultura. Y la religión es parte integrante de esa cultura".

No sé realmente quién es judío y quién no lo es, y en el fondo me da igual, si tengo que hablar de judíos, pienso en los miembros de las Comunidades Israelitas y en los que quieren serlo indivi- dualmente -como tú también dices: "La cultura ayuda a determinarnos a nosotros mismos". Sé que el elemento religioso no es esencial, salvo como vestigio de raíces lejanas que actualmente no se justifican. Si, por otra parte, tengo que hablar de israelíes, sé que no significa en sí mismo judíos; el 20% de los israelíes no son judíos, y aún menos son de religión israelita. Si tengo que hablar del conflicto de Oriente Próximo, Israel-Palestina, ya saben lo que pienso: que una lucha justa, necesaria y liberadora como la de un pueblo oprimido descansaba sobre una base profunda y explícitamente contraria a un proceso de liberación por propia admisión: hasta el 15 de noviembre de 1988, nunca reconoció el derecho igualitario del otro pueblo oprimido a la tierra, simplemente no existía. Además, los *Protocolos de los Salvadores de Sión* y *Mein Kampf* eran libros que gozaron de gran popularidad en los años 30 hasta hace 20 años entre las organizaciones de lucha árabes, y todavía se pueden encontrar hoy en día. Sobre esta base ideológica, no podría estar con los "propalestinos" y no quiero estarlo. Comparto las luchas paralelas dentro de las respectivas sociedades con los respectivos Estados y contra las respectivas autoridades, ninguna de ellas digna de respeto, una igual a la otra y cada una de ellas 'cuentos de hadas' a los que dan energía e hijos y sangre.

La solución será cuando las luchas de liberación interna encuentren puntos comunes para sentir que se pueden emprender acciones comunes contra estas autoridades, tanto israelíes como palestinas, y construcciones comunes de comportamientos resultantes de un proceso de liberación común, de lo contrario será una separación de cohabitación consensuada, pero nadie podrá nunca tirar físicamente por la borda o exterminar al otro, incluso en estos momentos de tragedia todo el mundo lo sabe. Así que las comparaciones nazis no son concebibles, más bien son concebibles las posiciones favorables tras el análisis. Mientras que en Israel, estas críticas radicales

Las autoridades estatales y militares existen, aunque con problemas de relaciones de poder, en Palestina tienen que lidiar con una gestión del territorio todavía camorrista, cutoliana de los años setenta: los que gestionan los miles de millones de la vil financiación de los Estados árabes pueden hacer el bien abriendo guarderías, dando pensiones, garantizando escuelas y casas, y pueden exigir el uso de tu hijo para la "causa".

Si pensamos en la diversidad de la vida hace 150 años, en la asimilación que distinguía en clases, y de nuevo en los Alzamientos nacionales, que al liberarse de sus respectivos imperios no reconocían una identidad judía, o incluso gitana si se quiere, hasta el punto de reproducir la misma marginación de siempre, entonces entendemos por qué el sionismo, en tiempos de Alzamientos nacionales, respondía también a la necesidad del Alzamiento judío. El análisis de Arendt sobre el totalitarismo es muy actual, y es el análisis de esa parte de sociedad, como usted ha mencionado, lo que no se reconoce -o más bien no debería reconocerse-.

Dicho esto, no me detengo en la primera línea: el sionismo, como todos los movimientos nacionalistas revolucionarios, tiene en sí mismo la castración de la libertad, la construcción del Estado-nación con la reproducción de todas las estructuras autoritarias de un Estado-nación: cárceles, tribunales, ejército, impuestos y control sobre los ciudadanos. Véase el Frente Nacional en Argelia, véase el Partido Comunista en Vietnam, véase la propia Autoridad Palestina en los territorios. Pero recuerde: el movimiento yiddish creó una experiencia libertaria única, aún presente en Israel y en las sociedades anglófonas, aunque el aún reciente *Problemen* ya no exista. Además, el movimiento obrero judío en Estados Unidos formó parte del sindicalismo revolucionario y libertario. Ciertamente, para ser revolucionario en los términos de igualdad y de socialidad que preconiza movimiento anarquista, y que también mencionas aquí, debe liberarse de términos circunscritos, debe liberarse del nacionalismo pero también de la etnicidad. De hecho, los grupos anarquistas que superaron la guerra de Yugoslavia trabajan en esta perspectiva, y los anarquistas de Israel que luchan con los árabes contra el muro en Cisjordania recuerdan en sus escritos que no tienen una "causa palestina" que apoyar porque no tienen una "causa israelí" que defender.

Si quieres, Alfredo, hay esperanzas posibles y aún vivas que pueden proponerse como revolucionarias dentro de las guerras. Esta es la paz que se puede proponer.

Una última y no menos importante consideración en todos sus escritos: usted mismo no ama la asimilación, como ama la identidad cultural que se presenta como una nación, sin embargo ama la singularidad de cada ser humano, por lo tanto también de un grupo humano que quiere ser único, entonces ¿por qué no enfatizar todas estas diversidades - ya sea de uno que quiere asimilarse a una cultura indígena, o de uno que obstinadamente quiere mantenerse en su propia mierda - como una libertad?

Que es una libertad lo demuestra históricamente el tipo de reacción que cada grupo tomar incluso ante la tragedia y el exterminio. Si es cierto que la masacre es responsabilidad de quienes la planean y ejecutan -y es cierto lo que dices: "El totalitarismo es el mal absoluto porque también acaba con quienes lo hacen"- (¿te das cuenta de que hay mucho de Arendt en lo que dices?) el tipo de reacción ante la masacre sigue siendo un ámbito de libertad de las víctimas. Millones decidieron que era mejor seguir las órdenes del verdugo con la esperanza de volver a salir adelante, otros

Otros decidieron que era mejor morir que vivir sin dignidad, otros huyeron, otros se quedaron... lo mismo ocurrió con las invasiones persas, con Babilonia, unos decidieron quedarse allí, otros decidieron volver a Jerusalén, otros se dispersaron por el Mediterráneo... en fin, también esto fue una libertad de movimiento que todos reconocemos sin problemas de ciudadanía ni consecuencias filosóficas.

Orani, 21 de julio de 2004

Notas sobre las diferencias

Pero, ¿cómo distinguir estas diferencias? Porque en última instancia aquí está ante nosotrostú y yo hablando, el problema de lo indecible.

Debo despertar la palabra a una vida diferente, hacer que se abra a las infinitas posibilidades del destino. Esta tarea no consiste en apoyar ninguna conclusión de la vida, la lectura de lo que uno ha conseguido mover en el sentido de la acción, o incluso en el sentido del azar, cualquier conclusión, ya que todas conducen a la muerte. Es mi vida en acción lo que la palabra debe ser capaz de decir, no aceptando la incomprensión del detalle o la bendición fáctica de lo que ya ha sucedido, lejos, en la inmovilidad de lo inmutable. El destino habla palabra acción, no el decir superficial que a veces se tiene ocasión de encontrar ya hecho, habla profundidades que sólo se pueden alcanzar si ya están presentes en mí mismo, en el trabajo de vaciar todo lugar común, toda certeza adquirida, toda tranquilidad reconfortante.

El punto final del destino es el estertor y ésta es la voz que he oído venir desde tan lejos, una voz que no tiene nada que decir, a estas alturas, porque ya se ha dicho todo. La profundidad del horror se reduce a cero, se convierte simplemente en una afirmación banal de la supremacía provisional de la fuerza bruta. La sabiduría de quienes se enfrentado a la multiformidad del horror no se viste de palabras, ni siquiera de destino. La nueva posibilidad no habla, hablará más tarde, cuando siga su propio camino, y será otra que la que el destino ha asignado al viejo marinero sentado en el muelle a la espera de un barco que tal vez nunca zarpe. Tal vez haya otras posibilidades, tal vez todo haya sido incluido, no se sabe.

El destino no educa, no puede ni sabe hacerlo, el destino conduce al final, donde los barcos flotan lentamente y se pudren, monumentos silenciosos de una forma activa de transformar el mundo. En este punto se plantea el problema del contenido entre el silencio y la palabra.

El silencio del destino, el cuello de botella, el grito afónico de la realidad es la extensión extrema del conocimiento que, colocado ante la palabra, la bloquea, encerrándola en su campo de metabo- lógico y codificado. Descender a las profundidades de la palabra, en el sentido en que la entiendo aquí, es prescindir del conocimiento, y por tanto de todas las contradicciones que conlleva, vaciar el archivo, convertirse en un sabio e inculto devorador de conceptos y reductor de platos fríos. ¿Por qué el habla se abre, en sus niveles íntimos, sólo ante la sabiduría? Porque sabe preguntar de la manera y en el momento adecuados. Porque sabe preguntar con la mano tendida, dando a la ligera, no imponiendo una conquista y reduciendo al otro a instrumento de sus propias construcciones. Esto hace que la palabra sea indispen-

sible al ser ella misma lo otro, al mostrar cómo la cuasi-nunciabilidad es prácticamente la propia indecibilidad. Es aquí donde nace el arte de hacer hablar a la palabra, algo más que una mera petición, y algo completamente distinto de un espantoso allanamiento. Este secreto está custodiado por el conocimiento, pero sacado a la luz por la sabiduría. La construcción una nueva relación entre conocimiento y palabra, tal que concluya para el silencio, el antiguo silencio aturdido, mucho más que una simple interpretación crítica negativa, los primeros rudimentos de la comprensión de lo indecible nacen tal vez en este , pero el proceso penetra profundamente en la naturaleza misma del conocimiento, en la forma en que se dispone hacia mí como conocedor y hacia las relaciones epistemológicas y rituales que lo sostienen.

Sé tan poco del funcionamiento de la sabiduría que me hace captar lo indecible como del funcionamiento del conocimiento. Aquí, la presencia que atrae acumulando, allí, la rarefacción del contenido, el silencio de tal o cual noción, el abstenerse de imponer un camino, una solución, la escucha. Incluso de esta escucha sé poco, no es un abandono a lo espantoso del acontecer que se aproxima, sino una búsqueda suspendiendo mi inveterada manía de trocear la realidad especificándola. El sentido cómodo y placentero, reconfortante en la distracción, que llena el saber, empieza a fallar en la sabiduría, lo sabio es necio por necio, por basarse sólo en sí mismo, en el silencio de lo que sigue presente pero ha sido , dejado en otra parte, abandonado a las distancias que los miedos colectivos intentan por todos los medios mantener intactas con los diversos "días" de la memoria.

El sabio se compromete así a escuchar el silencio, lleno de otro tipo de contenidos. Ahora ha encontrado un maestro diferente, ya no se dirige a la ciencia de la acumulación sino a la ausencia, le pide a la palabra lo que la palabra no quiere decir, le pide que se abra, que saque a la luz terrores que el conocimiento no poseía, regulado por sus sincronicidades demasiado perfectas para suscitar sorpresa. El sabio se sorprende con la vida todos los días, con la salida del sol y la caída de la lluvia, no sabe nada de ella, qué le importa cubrirse o deshacerse de ropas superfluas, no es eso lo que le pide a la palabra, le pide una nueva relación, una amistad profunda, intensa, una afinidad y una comprensión cómplice, escuchar el decir que no dejará de producirse respecto al actuar. El sabio abre su corazón a la palabra, pero la palabra no puede leer la huella de la memoria que es pura ausencia, él desearía que esto ocurriera, pero la palabra, abriéndose en lo más íntimo, traza una huella alrededor de la huella utilizando los rastros de memoria que ya existen e interpretándolos a la luz de la nueva profundidad solicitada.

[2004]

El mensaje en la botella

Hijos de la época que podría definirse legítimamente como del libro, caracterizada por el libro, estamos a punto de asistir a la rápida desaparición de este objeto. Un hecho chocante para quienes situaban el papel impreso en el centro de sus vidas, o al menos una actividad que no podía disociarse del papel impreso, encontrando en él alimento e impulso. Como desilusión, esto no es malo. La decadencia está frente a nosotros, en la atmósfera que respiramos, aunque no muchos puedan detectar su olor a cementerio.

Silencio. He aquí la alternativa. Ahora que las casas y las calles están abarrotadas de mazas, parece estúpido volver a hablar de Werther. Podríamos hacerlo, pero quizá seamos demasiado tontos para esos juegos. No podemos dejar de escuchar el sufrimiento de al lado, el ritmo de las decisiones cotidianas, a las que deberíamos decir algo, no sólo mencionar nuestra bancarrota. El círculo se está cerrando. ¿De qué hablaremos ahora? Aquí no sólo se han leído todos los libros, y no sólo la carne está triste, sino que también se han escrito todos los libros. La tenaz y estúpida insistencia en la fe en la página impresa puede ocultar un segundo propósito, menos glorioso pero más práctico, el de huir de las condiciones inmediatas, de los contornos de la realidad, para buscar el vientre acogedor de los sentimientos imaginarios, construcciones hipotéticas, sin embargo dóciles y razonables incluso cuando saltan con impulsos súbitos e iridiscentes.

La contradicción siempre ha estado ahí, en la división desigual entre literatura y vida, entre escritura y acción. De acuerdo, en la esfera del finalismo, que a pesar de todo se cuela en el mejor de los análisis, no hay diferencia, pero en realidad sí la hay, y de qué manera, para quienes sufren las condiciones de una dicotomía inerradicable. La teoría habita en un planeta, la práctica en otro. Entonces, ambos entran en comunicación. Nada inventado en uno, nada en el otro, la realidad domina sin discusión. ¿Pero a qué precio? La rigidez, el rigorismo, a partir del cual la virtud ultrajada, en nombre de milenios de explotación, se atreve a levantar su mano juzgadora. De nuevo, bruscamente, los dos planetas vuelven a encontrarse.

Bien o mal hemos habitado estos dos planetas, y de la forma correcta. Correcta, no mejor. De ahí que no cedamos ni a los impulsos literarios ni a los políticos. Tenemos lo que hay que tener. Ninguna carrera, en ningún campo, ni periodística, ni universitaria, ni editorial, ni partidista. Pureza por encima de todo. Y eso está bien, podemos construirnos un monumento con toda la pureza que nos rodea. Pero aquí el problema es otro. Al marcar los libros en los niveles más avanzados de preparación, me doy cuenta de que ahora corren el riesgo de no encontrar destinatario. Esto era de esperar, al menos hasta cierto punto,

pero no hasta el extremo que amenaza con alcanzar. Un colapso como el que se prevé para las próximas décadas era impensable. Pero también es lo que hay que pensar, si no se quiere tirar la botella vacía por la borda, sin siquiera el hipotético mensaje al futuro. ¿Qué futuro? ¿Qué mensaje?

El escrito, sin embargo, aborda una hipótesis de vida humana, una vida probable, no cierta, pero imaginable. Un contexto social en el que el estímulo sigue teniendo su función, la sugerencia, la aclaración e incluso la propaganda y el testimonio risible la suya. Un programa razonable que, por otra parte, entró en conflicto consigo mismo desde el primer día y, por tanto, se redujo. Pero un fondo. La propuesta subversiva, es decir, se imaginaba a sí misma subvirtiendo, las condiciones históricas de razón, ese amplio manto bajo el que se cometían las peores monstruosidades del mundo, por lo que también vertía sobre sí misma los efectos profanadores de sus propias intenciones elementales. Todo estaba previsto, las formas y todo, los ardides, las ingenuidades y los desarrollos originales. Todo en orden, al menos según el gusto, e incluso según los medios. Pero aquí el tema vuelve a ser otro.

Colapsa el libro, cualquier libro posible. En el estado actual del mundo, con las grandes convulsiones que tienen lugar cada día, con la rápida reescritura mensual de la historia y la geografía, uno mira hacia otros medios de expresión. Ya no a un medio no sólo viejo y caduco, sino comprometido con la doctrina que ha justificado, y en parte sigue justificando, este mundo y el otro, todo tipo de dominación y prevaricación, bajo todas las banderas.

La gente está harta de bibliotecas y depósitos de cadáveres, está harta de historia, está harta de cualquier cosa que recuerde mínimamente el pasado apoyada en ideologías. No saben que esto también es una ideología, pero nadie puede decírselo, no . No escuchó en el pasado a las pocas voces dispersas, luego sumergidas por la marea uniformadora de la dialéctica marxista. Hoy no escucha. No podemos pretender, al escribir, que no ha pasado nada en los últimos años. Al tratar de explicar lo que ha sucedido, en el proceso mismo de explicarlo, tratamos de hacer que parezca como si nunca hubiera sucedido. La tarea del análisis, de cualquier análisis, es siempre ésta. Sellar la realidad en lo no sucedido.

Son necesarias nuevas coberturas ideológicas, y algunos están en proceso de fabricarlas. Se están preparando nuevos medios, adaptados a la evolución actual de la comprensión, un nuevo análisis de principios y aplicaciones prácticas, mecanismos y acumulaciones, instituciones e ideas. Un trabajo de mantenimiento ordinario, si no fuera por el cuestionamiento de un medio que parecía situarse eternamente en centro de la atención comunicativa. Pero, evidentemente, era una ilusión de los clérigos, que se dedicaban a su clásica cháchara. Era una tradición ficticia, que llegaba más allá del gueto, filtrada por las grandes organizaciones editoriales, a la que respondían patrullas aisladas de producción periférica, dirigidas a imitar las condiciones y las formas de esa rentable similitud.

El humanismo fundamental vivía detrás de un malentendido que nunca se confirmó. La neutralidad del conocimiento, o en todo caso la posibilidad de guardarlo en la nevera, a la espera de que

la realidad haría el resto. Un galope bajo las ramas, cualquier cosa menos neutralidad. La sombra del bosque no protege, expone. Al no poder hacer otra cosa, a veces expone al ridículo. Al ridículo del experimento mínimo, del traqueteo de la tormenta en un vaso.

El rechazo de las elevadas ceremonias de la maquinaria , incluso en el nivel más modesto compromiso universitario, ha tenido sentido en la vida de muchos de , y no seré yo quien lo cuestione aquí. Pero mirándolo ahora, desde el lado del no retorno, me parece que ha faltado una respuesta positiva. Sólo nos hemos conformado con el aspecto de la negación. Tendríamos que haber desarrollado nosotros mismos ese , que a menudo todavía había que construir hace veinte años, sobre los restos teóricos e históricos de un pasado impreciso que dos décadas después del final de la guerra no habíamos conseguido convertir en algo vivo. Y debimos utilizarlo en nuestras cosas y en nuestras herramientas. Sin la máquina y sin sus garantías, esto es evidente.

¿Fuimos capaces de hacer este ? Yo creo que no. ¿Cuáles serían hoy las del derrumbe si se hubiera hecho ese trabajo? No se sabe. Por supuesto, también podrían haber sido diferentes. Pero esa no es la cuestión. Lo cierto es que no supimos hacer nuestro , que no era sólo decirlo, sino decirlo sabiendo decirlo, encontrando la manera de decirlo, no dejando de lado los problemas de método ante la urgencia del contenido, que, , ahora que vemos las cosas con la necesaria claridad de la distancia, también podría haber esperado. De este modo, hemos alimentado el terrorismo de contenido, el alma negra del sentido rampante, para que su sustancia se alimentara de insaciables prov- visiones. Así, tomamos prestada para nuestro propio beneficio, el de las llamadas pequeñas hojas alternativas, una autoritatividad ceremonial, procedente del reciclaje de objetos producidos en connivencia con el enemigo.

Entretanto, la revolución cambió de bando con el poder, ante todo terminológico. Suministraba y recibía, un balance muy activo, de ahí una pérdida. Para vender muchas de estas cosas, como "calidad de " por ejemplo, se sale perdiendo. Mejor comprar. Pero en la compra hubo que llegar a compromisos técnicos que ahora nadie puede cumplir, dada la súbita, y depredadora, reducción de flujos. Leer un "comunicado" de reivindicación produce escalofríos, y hoy se comprende mejor cómo esos comunicados desempeñaron su triste papel de disfrazar una energía verdaderamente revolucionaria, vistiéndola de la forma en que se desplegó, y luego se espectacularizó y se mató, a lo largo de quince años. Se complementaban. Mostraron músculos intelectuales prefabricados a un público de dementes, encerrados en reductos académicos, luego también políticos, que aprendieron a leer la ideología líquida.

Había que aprovechar más las disonancias, ahondar en los desequilibrios y desconciertos teóricos, y no tenerles casi miedo, un miedo reverencial derivado de la falta de parabienes de los gestores del orden cultural imperante. Así que uno nunca se desviaba lo suficiente del camino común, aun a costa de volverse, esta vez con razón, verdaderamente ilegible. Se mantuvieron idilios que hoy parecen desconcertantes, intercambios que podrían haberse evitado, muestras de reconocimiento de la piedad ajena

compromisos, lo que básicamente indicaba una incierta conciencia de su propia rigidez.

Sólo ahora comprendemos plenamente la falta de fundamento de las hipótesis científicas por las que jurábamos en el pasado, la validez superior de los datos objetivos. El nuevo poder se ha construido sobre estos hechos, y hemos trabajado bien en esta dirección. Nos hemos racionalizado, como perfectos racionalistas. Buscando la verdad, hemos encontrado la verdad de los demás, utilizada por ellos para los mejores fines de gestión. La certeza de encontrar la verdad para todos, la verdad revolucionaria, nos impidió mirar dónde poníamos los pies. Lo poco apuntábamos críticamente en esta dirección no era suficiente.

Si hubiéramos aspirado al rigor metodológico, al menos ahora podríamos haber llorado con un ojo. Los frutos porcinos, dentro de sus límites, podríamos haberlos mordisqueado lentamente siglos. Tampoco en esto estuvimos a altura. Los otros, pobres dementes, tras sus sacrosantas peripecias dialécticas, no podían ni aunque quisieran llegar al fondo de nada, parecían, y en muchos aspectos, a pesar del desconcierto general actual, siguen pareciendo, teólogos atados a la categoría de dogma. De su rigor, que en cierto modo era más diamantino que el de los otros, es decir, los custodios de la tradición académica anterior, no ha quedado nada. Lo poco que hay es inservible. Pero, ¿dónde está el nuestro?

No nos hemos castrado en favor del lector, y hemos hecho bien, pero no le hemos llevado con nosotros hacia una orientación diferente, hacia posibilidades de lecturas intertextuales. Al proporcionar salidas y aperturas a formalizaciones imperantes, no hemos ido más allá de las ocurrencias, las de los mejores, ciertamente no las de los peores, pues nunca han faltado imbéciles, y esto también hay que decirlo, pero las ocurrencias no conducen a la aprobación. El ensayo ligero y aparentemente jugoso, capaz de dar la impresión de conocer la realidad al dedillo, cocida y cruda, para sobrevolarla a vista de pájaro, ha seguido siendo el ideal apodíctico al que siempre nos hemos adherido, salvo raras excepciones que, fueron puestas inmediatamente bajo sospecha. Las premisas estaban ahí, pero éramos incapaces de construir una ciencia de Gaia. Ninguno de nosotros tenía la suficiente ligereza de pies.

La palabra se ve ahora socavada por un conjunto de respuestas tecnológicas a las urgencias del dominio. Decae en importancia, tiende a atrofiarse, a incrustarse en las jergas sectoriales. Fin de una era, de un espejismo, pero también de una herramienta. El protocolo pasa al ordenador, que necesita una estructura sintáctica diferente. El estilo decae, surge un hombre nuevo, los dos nunca estuvieron separados. La fe clásica en la página impresa se desvanece con ella. No es tanto la palabra hablada la que la sustituye, sino la jerga expresiva, el denso ruido del contenido potencial y explicable, las formas inagotables, la construcción automática de la imagen, que el cerebro ejecuta a la perfección, sin necesidad del , sino alejándose cada vez más de él. Cuando por fin se complete el viaje, viendo una casa en el campo, perdida y olvidada entre las colinas, nos preguntaremos qué es esa ruina. ¿Ha sido el libro un largo episodio? ¿Inicia un retorno a las reducciones medievales de la expresión, tal vez más densa? No podemos saberlo, ninguna respuesta presuntiva reg-

se verían sometidos al rápido e implacable recuento de décadas. El milenio podría acabar con una sentencia de muerte.

No es cierto que sólo sea necesario escribir el análisis. O la fórmula matemática. La inquietud que destila la intuición también la necesita. La dimensión estrecha de lo escrito es la disciplina, de ahí la compulsión a expresarse. Uno paga unos honorarios, es cierto, pero puede regatear la cantidad. En el curso de las negociaciones, algo sale incluso vivo. Por Dios, nada excepcional. Un libro, bueno o malo, todavía puede hipotetizarse de este modo. Un conjunto de regateos, nada más.

Eso sí, ofrecer ocasiones no pretende ser una especie de versión nihilista Werk, sino un intento de recuperar la expresión sin ninguna pretensión de completud, sin delimitar el mundo que nos rodea, codificándolo estrictamente dentro de los límites necesariamente armoniosos de un libro. Así, el nihilismo, salvado de la ingenuidad de una expectativa auténtica, se convierte de nuevo en una expectativa nihilista de una conclusión que no puede ser, al haber negado el fundamento cierto del que partir. Para palabra, la admisión escrita es tan ineludible como el dogma. Cuando queremos dispersarla por miedo a obedecer a este último, tenemos que recortar episodios unilaterales, incapaces, en lo que a ellos respecta, de fotografiar nuestra obra en una imagen desvaída de inmovilidad. Las oportunidades se nos brindan y se brindan, sin nuestra elección, que siempre es provisional, constituyendo un hilo con el que sellar el sarcófago. Asumimos nuevas y distintas responsabilidades, también nos llevamos con nosotros el miedo, el viejo compañero de viaje, que la convención de la escritura exorcizó desde las primeras líneas, sentando las bases del método comunicativo por el que discurrían los contenidos Ahora, de repente, nos parece insustituible aceptar las expresiones como intentos de rechazo. Negativa a expresar sentencias, juicios, absoluciones y condenas. Rechazo del mundo constituido y sellado, al que pertenece la palabra, sea cual sea la forma en que se envase. Un continuo rechazo y una continua aceptación. Decir fuera de la verdad, finalmente conscientes de la brecha irrecuperable, sin prejuicios por lo inadecuado, lo inexpresable. Interactuar con la máscara. Un programa incierto, que al realizarse se programa a sí mismo para otras no-realizaciones.

Menos timidez, por fin. La búsqueda del interlocutor, más allá de las ruinas, es una necesidad manifiesta de apoyo. Hace falta valor para cerrar la botella antes de tirarla por la borda. El coraje de la fe, un mal para los ateos. Fe en la razón no quemada, capaz de atravesar los territorios del silencio. Fe en la palabra ojo de fuego, capaz de dar belleza y muerte a la vida. Fe en la conciencia de ojos rasgados, que centellea en su luz antinatural. Y, de nuevo, la dignidad, rechazo del reflujo angélico. Así, cada pregunta obtiene su respuesta, incluso desde el vacío de la otra orilla. Todos se han negado a transbordar, el viaje ha sido en vano. Liberado de sus tareas, el ojo de fuego dejó su remo. Ahora la escritura fluye ligera, desprovista de complejas justificaciones.

Hoy, sin embargo, no se puede dejar de reafirmar, y ¿hasta cuándo?, la primacía de la palabra, con toda la tradición judía y cristiana que conlleva. ¿De cuántas maneras pueden leerse, y se han leído, las vicisitudes de Odiseo y Eneas? Son

siempre están ahí, capturados por un texto, pero la multiplicidad los acompaña, dictada por las condiciones que emergen de sus propias vicisitudes. El discurso puede enredarse cuanto se quiera, pero el lector siente la historia como suya, presente, porque ese destino se repite una y otra vez, la obligación de la venganza, la inevitabilidad moral de la coherencia, el orden fundado en el hombre y no en las instituciones, ante todo. Más allá del libro, pues, encontramos el contenido, disperso en mil fragmentos literales, cubierto por los insultos de las expresiones comerciales, recogido y rechazado cien, mil veces.

¿Deberíamos haber reforzado el oficio de la lectura? No, no somos responsables de ello. Nada de lo que se convierte en una profesión y en una habilidad reglamentaria puede afectarnos; al contrario, si esto se ha ido al garete, todo es para mejor. Pero hay muchas maneras de leer un libro, y quien ya no tiene esta posibilidad pierde una parte de sí mismo, del poder que podría haber tenido, la sensibilidad que podría haberle hecho diferente. Quien no haya leído las páginas de Stendhal en las que Julien estrecha por primera vez, protegido por las hojas del tilo agitadas por el ligero viento nocturno, las manos de la mujer deseada, habrá perdido una de las pocas oportunidades de comprender lo que es el deseo. Y quien no recuerde esa página cuando la ocasión de la vida le presente el estímulo y el temblor de la carne, habrá leído en vano esas páginas y tal vez haya recibido en vano cualquier otra lección sobre la naturaleza humana. Del mismo modo, el encuentro de Príamo y Aquiles en la *Ilíada* y el aprendizaje de la muerte en uno de los mejores *Ensayos* de Montaigne permanecerían mudos para él. Y el escándalo de la lectura le pasaría de largo en vano. El registro cronológico de los acontecimientos de una vida se mantendría a distancia de cualquier destello de vitalidad, y esto podría ser una receta para sobrevivir y, a la larga, morir inadvertidamente.

La banalidad de la lectura puede achacarse a los escritores, a su amor por el éxito y el dinero. El mercado del libro comercial produce el libro de bolsillo , lo que reduce la lectura al nivel de lo cotidiano. El contenido es lo primero. Queremos saber cómo acaba. ¿No nos hace pensar demasiado? Así es como nos enredamos. Ahora asistimos a la procesión de símbolos reflejados, que no podemos remediar. La elegante política de producción y consumo nos obliga a escribir pocas páginas, y a leer menos, siempre tras el filtro de la publicidad editorial, descaradamente llamada de recencia. Pero esto es para la flor y nata de la lectura, para ese raro animal en peligro de extinción que con un arrebato de añoranza seguimos llamando lector. Porque incluso en el campo del libro de bolsillo, por lo que respecta a la lengua italiana, no nos acercamos ni de lejos a los niveles productivos del inglés, por poner un ejemplo. Y aquí, a falta de otra cosa, se impone la comparación cuantitativa.

La necesidad de control disuade de la lectura, fomentando la superficialidad de la impresión, aproximación, en definitiva, de esa capacidad dúctil y flexible que adapta al individuo a saber cada vez menos, pero a ser cada vez más capaz de tener respuestas adecuadas ante situaciones precisas, generalmente codificables a priori, aunque a grandes rasgos.

Con las debidas excepciones, un control a través de la lectura es más difícil que uno a través de la música, las artes visuales y la televisión en particular. Educar y estructurar la demanda

de un determinado producto, también se puede reducir el peligro del libro, pero no se puede eliminar por completo. Es muy posible que la desaparición de la palabra impresa vaya acompañada de una separación definitiva de los excluidos. La compañía de un escrito breve y poco comprometido distrae. La compañía de una gran obra mantiene a uno ocupado. Por supuesto, no garantiza ningún resultado positivo, no pone a disposición nada que sea fácil de coger con un gesto y llevarse, pero abre grandes posibilidades no siempre accesibles de otro modo.

No cabe duda, sin embargo, de que la reflexión, por su propia naturaleza, proporciona la racionalización de la vida, de ahí una categorización a menudo afectada por lo acumulado en la cultura que los libros se empeñan a veces en momificar. Pero también hay que decir que una posible apertura sustitutoria, una diversidad, surge en el mismo territorio, en esa amplísima zona de los llamados saberes olvidados, ocultos por esa acumulación que el polvo de las bibliotecas ha provocado. La vida está en otra parte, es la primera afirmación que nos viene a la cabeza, y es cierta, pero también puede ser una súplica para no asumir responsabilidades, para renunciar a herramientas que poseídas ya no nos eludir la acción. Y puede que no sea así, mucho más sencillamente puede que todo lo que necesitemos sean nuestros músculos y el poco conocimiento que podamos reunir aquí y allá, adelantándonos a una atención superficial a lo que nos proporciona el poder. El actor que interpreta su papel conoce esta incertidumbre, este miedo. Quizás sea este disfraz el que merezca la pena ponerse. Al fin y al cabo, no sabemos si esta vida es realmente un sueño. Nos sentimos arrastrados por una corriente incomprensible, a la que tenemos que dar un nombre, y al nombrarla, crearla a imagen de nuestras posibilidades y costumbres, cuando no de nuestros deseos. Nadie escapa a este río que nos arrastra a todos. La lectura no facilita directamente la vida, a menudo la obstaculiza gravemente. Incluso en la hipótesis de la racionalización, que es la más segura, construye un catálogo nominalista, una identificación alienante, una fe de objeto. Todo ello se paga a veces con un mayor deseo de concreción, con una terrible necesidad de llegar a conclusiones, incluso con pedantería.

Y hemos sido pedantes. En el pasado, a menudo hemos querido suponer en el lector una adecuación de contenidos que no era real. De ahí la suposición de un mero complemento de esos contenidos, una transmisión telegráfica de otros contenidos, a su vez indiferentes a las condiciones explicativas. La teoría, declarada presente, como el espíritu objetivo, fue así considerada superflua. Ya nadie recuerda dónde fue a parar. Habiendo devaluado la función, el instrumento debía también marchitarse.

La artificialidad de tantas sugerencias, la levedad de tantas articulaciones prácticas, no eran una alternativa a la academia; las más de las veces, representaban su simple descomposición. La alienación de los comunicados se trasladaba, proporcionando linfa mortal, a los textos interpretativos, propuestos a la historia. ¿Cómo es que no hubo ni novelas ni poemas dignos de tal nombre, sino sólo tramas aventureras de baja liga sociológica? Una respuesta obvia sería que no hay producción artísticamente significativa si todo se filtra a través de la lente populista. Al querer tocar directamente la raíz del mal, mostrando su funcionamiento al descubierto, se mata el propio contenido.

así, violada en la enrarecida atmósfera politizada, donde cada causa aparece en la brutal nitidez de la verosimilitud. Los pies de foto impiden cualquier fruición real, imponiéndose como la única alternativa posible, como el ojo vigilante del autor que reclama la ortodoxia por encima de todo, obligando al lector a conformarse, so pena de futilidad y respetabilidad.

Así hemos construido legiones de indiferentes. Esencialmente de acuerdo con las tesis expuestas, pero indiferentes a una verdadera profundización, que no puede sino pasar por un cuestionamiento del modo de expresión y del contexto en el que ésta tiene lugar. ¿Pudimos dar otro ritmo a la historia? La indignación moral era colmo de la intensidad retórica que los más dotados buscaban alcanzar conscientemente. En otros casos, aun cuando las tesis de fondo se sostenían, faltaba un referente antinaturalista, ese juego oportuno capaz de sacar la evidencia del discurso indirecto, esa habilidad para saber hacer hablar a los actores del drama y no sólo al autor, evitando así una pesadez tiznada que acababa por hacernos cómplices de un rechazo planificado en los pasillos del poder. No supimos sacar a relucir los mecanismos de explotación y violencia estatal, sólo hablamos de ellos, incluso largamente, y nos empantanamos en una masa de datos.

Las ruinas en las que escribo están producidas principalmente por esta nueva conciencia que siento desarrollarse en mí, una conciencia de que la gestión de la cultura en las sólidas manos del poder es colaboración en el terror y la muerte. ¿Cómo es posible que un instrumento que parecía ser el camino hacia la libertad se convierta en instrumento y justificación de la barbarie? Es posible porque la barbarie está entre nosotros, no queda atrás, no pertenece a las mazmorras de la Inquisición, sino que vive con nosotros. Belsen no es un recuerdo, un monumento y unas cuantas fotografías. Es una experiencia siempre renovada, incluso en la tierra de los que fueron metidos en los hornos. La cultura no borra, sino que realza la barbarie, la refina, la hace lógica y racional.

¿Cómo seguir escribiendo libros en estas condiciones?

El misterioso universo cultural que tenemos ante nosotros ya no puede ser atacado con herramientas positivistas. Por tanto, hay que mantener las futilidades más evidentes, no suprimirlas en nombre de una armonía racional superior. Esto deja a la palabra , y no sólo a ésta, sino a cualquier obra del hombre, sin desarrollo orientado, acosada por contradicciones, pero precisamente por ello capaz de desbaratar el camino hacia la historia del poder, de la que emerge, como una fruta pulposa, la cultura dominante, instrumento y producto al mismo tiempo, causa y efecto. Pero el hombre es también esta cosa de aquí, esta obscenidad histórica, esta producción del poder que hay que pelar, liberar, y esto sólo puede hacerse sacando a la superficie todo lo que hay debajo, incluido el simulacro. El camino de la razón no es practicable como un camino elevado, conocido por todos. El poder ha desarrollado sus consecuencias extremas, plantando su marca en todas partes. Ahora sólo podemos desandarlo aceptando la razón de los demás, de los que manejan la verdad. Pero nosotros, que somos ante destructores, acabamos en mala compañía.

El instinto revolucionario de limpieza, de destrucción sobre todo, es ciertamente un componente esencial de la acción transformadora de la realidad, pero no puede considerarse, por sí mismo, el guardián y portador de la verdad. La realidad es siempre más compleja de lo que uno puede pensar, y esto se aplica a cualquier condición concebible, no sólo a la explotación. Para rebelarse contra esta última, hay que tener perspicacia y perspicacia para rebelarse también contra la objetivación reductora que todo expropiador tiende a meterse en el bolsillo.

La realidad siempre está envuelta en velos que tenemos que descubrir, interpretar, desentrañar, pero no podemos considerar esta tarea como una lista de tareas pendientes satisfactoria y completa. La cultura maneja estos velos, por supuesto en nombre del poder, pero la relación no termina ahí, no hay un territorio separado, al menos no hasta ahora y no limpiamente. Nuestra vida habita dos lugares que aún podemos unificar, sólo que deben aparecérsenos aunque sólo sea como huellas. La reapropiación es un proceso múltiple. Hacerlo coincidir con una simple reducción a lo evidente me parece peligroso, porque es extremadamente simple. Lo evidente es la condición con mayor contenido ideológico, basta pensar en la publicidad, en el lenguaje de los periódicos deportivos, en el turpiloquio del gueto.

Pero para captar la existencia del velo, de la cubierta, hay que ser consciente del posible instrumento cultural que los realiza. Si uno mismo no está velado, no puede desvelar al otro, porque ni siquiera tiene un conocimiento elemental de él. La hipótesis del velo es algo más que mera argumentación teórica, es creación práctica capaz de distanciarse de toda contingencia ideológica, condición ineliminable para descorrer verdaderamente ese velo. Toda vía directa es, una vez más, re-presentación de la prohibición, suposición y justificación.

La única manera de hablar de la tortura, dos siglos después de Beccaria y Voltaire, para los que han sido torturados, es evitar el discurso directo. Salvo que la sospecha sobre las capacidades pro- gresivas del hombre emerge continuamente, poniendo ante los ojos el gélido oficio de los torturadores, su desapasionada profesionalidad, y ello acaba arrojando sospechas sobre las posibilidades mismas de la cultura para vencer a la barbarie. Incluso puede surgir la idea atroz de una colaboración entre cultura y barbarie en nombre de un matrimonio común razonable. Nada garantiza hasta ahora la falta de fundamento de esta última hipótesis inquietante.

Es hora, pues, de que cese la ilusión que hemos construido en torno al libro y a su función. Es hora de que, si la escritura quiere convertirse en un instrumento de acción, avancemos hacia otras soluciones.

¿Pero cuáles?

Un libro, una vez publicado, camina sobre su propia vida, habent sua fata libel- li, y sería bueno no olvidarlo: pro captu lectoris. Precisamente lo que ahora nos parece necesario cuestionar.

Por tanto, es necesario construir libros que no lo sean, o que sólo lo sean de forma demostrable. Una especie de work in , una oportunidad de intervención y no sólo de reflexión, de intervención activa, capaz de modificar el propio texto, de tomar el hilo del discurso de manos del autor para continuarlo, no sólo para escucharlo.

Los libros que proponemos son, pues, verdaderas pruebas, que se mantienen en forma completa y provisional. No pueden andar con su propia propuesta cerrada, sellada en la fórmula sacramental del arte de la imprenta. Nada de lo contenido en estas "pruebas" debe considerarse definitivo. Una oportunidad no es una certeza, una posibilidad puede desarrollarse y florecer por caminos imprevisibles, pero también puede ahogarse en la inactividad, en el rechazo. Acostumbrados al silencio religioso de sus habitaciones, legiones de lectores deben darse cuenta de que algo está cambiando, de que el mundo viaja más rápido que el sutil encanto de la palabra escrita que les llega a través del libro.

Por eso sugerimos al lector que escriba sobre estas pruebas nuestras, que anote todas las reflexiones que le vengan a la mente, que planifique investigaciones y experimentaciones, conexiones y replanteamientos. Nuestra esperanza es que, de este modo, el texto pueda revivir en colaboración con el lector, construyendo, de vez en cuando, decenas de libros diferentes, capaces de cambiar con el tiempo, capaces de adaptarse a los cambios de humor y de experiencias.

Por esta razón, y bajo la pretensión quizá infundada de contribuir a poner en marcha el engranaje del interés ajeno, incluyo actualizaciones de los textos, aclaraciones destinadas a situarlos más claramente en el contexto teórico y práctico en que fueron escritos, planes personales de lecturas complementarias, investigaciones, evaluaciones. Soy consciente de que esta parte adicional podría verse como un intento de prever las posibles reacciones activas de los lectores y, al anticiparlas, sustituirlas, sellando indirectamente una vez más la singularidad del libro, aunque disfrazada en forma de provisionalidad. Pero haber puesto aquí de relieve este peligro, que existe en cualquier caso, incluso cuando uno se limita a dejar que los textos floten solos en su antigua sopa, creo que puede reducir sus consecuencias.

El intento que aquí se intenta es invertir los papeles del texto, entendido éste como la coagulación de la palabra escrita en formas definitivas irremediables. Y con esta inversión, articular esos papeles en convergencias de significados, no ya intenciones programáticas, fronteras y territorios que defender. El lector no puede enfrentarse a esas representaciones si no se transporta al movimiento que las resume, convirtiéndolas en posibilidades múltiples, por tanto incontrolables hasta el final. Pero imaginar esta posibilidad activa como tarea del lector es llevarlo con nosotros a esta parte de la obra en curso, para que él también pueda participar en la imposible culminación.

Así, puede que seamos muchos los que tiremos por la borda el mensaje de la botella.

[Folleto impreso en papel amarillo y adjunto a Alfredo M. Bonanno, *Anarchismo e società post-industriale*, Catania 1993].

Desde las profundidades de la noche

El concepto de resistencia al abuso y la injusticia del poder es modesto. Tiene en cuenta el límite extremo de las posibilidades humanas para hacer frente a la opresión del más fuerte. Por eso nunca se ha ganado la simpatía de los revolucionarios más ardientes, que imaginaban la solución del problema social como una cuestión que había que resolver de un plumazo.

No es que el deseo de una confrontación radical y definitiva sea contraproducente; al contrario, a menudo es un sueño irrealizable en su totalidad lo que impulsa a los hombres hacia la liberación. Pero existe también el otro aspecto, el que esmeradamente arroja luz desde las profundidades de la noche.

Ha ocurrido muchas veces que nos hemos olvidado de este aspecto. Casi hemos apartado la mirada de él, considerándolo un ajuste secundario y trivial de las condiciones de sufrimiento, como un enfermo que se revuelca en el lecho del dolor sin encontrar descanso.

Me parece necesaria una reflexión más adecuada.

La resistencia que emerge de algunas respuestas de masas es hoy el signo de un malestar generalizado que no da señales de remitir. Tal como aparece y se realiza, no tiene otra salida que encerrarse en una respuesta controlada y determinada por las organizaciones representativas (partidos de izquierda y sindicatos), que hoy más que nunca necesitan savia nueva para reajustar su imagen ante los ojos de todos. La oposición de Su Majestad necesita de esta resistencia, mientras que, por contrario, la resistencia que se extiende como disidencia, pero también como respuesta abierta en las calles y plazas, no necesita de la oposición institucionalizada.

Relaciones que entendemos muy bien y en cuya lógica no queremos entrar.

En cambio, en estas pocas queremos hablar de otra cosa. Precisamente del movimiento colectivo que se desarrolla de forma sencilla y directa al reunirse, elegir la plaza y la calle para verse, decir y hacer algo juntos. El concepto de ocupar, o más bien de "bloquear" un lugar público (por ejemplo, una autopista, una autovía, una vía férrea, etc.) no carece de interés. No tanto por las consecuencias inmediatas en términos de resultados, sino precisamente por la lógica que subyace.

Querer "bloquear" algo pertenece a la lógica del sabotaje, a la lógica de los antiguos explotados que se quitaban el zueco de madera (en francés, sabot) del pie y lo lanzaban primero contra los engranajes de la máquina para bloquearla y reducir así el ritmo de producción que les estaba matando.

Por tanto, el concepto de "congelación" es esencial, ya que implica, aunque sea simbólicamente por momento, el deseo de "detener" algo que nos está matando. De ahí que los pensionistas salgan a la calle para exigir el levantamiento de la congelación de las pensiones. Esto es ciertamente recuperado e instrumentalizado por el ejecutivo político y sindical, pero el "bloqueo" permanece, el signo de una parada del proceso de producción, del que la carretera no es sólo un símbolo, sino también un instrumento y un producto al mismo tiempo.

No es casualidad que la atención de los políticos responsables de estas iniciativas se dirija constantemente a resaltar las reivindicaciones ineludibles de quienes salen a la calle, mientras que nunca se toma en consideración el problema real y proactivo del "corte de carretera", como freno a un mecanismo asesino y expresión del deseo generalizado de sabotaje.

Una amplia generalización de los "bloqueos", en todos los sectores de la actividad productiva, causaría un enorme daño y vergüenza a los gestores del poder, mucho más allá de una aceptación inmediata y completa de las demandas individuales presentadas como causas de esos bloqueos.

No se ha prestado suficiente atención a este problema. [1993]

Guerra mundial

Estados Unidos continúa en su proyecto de guerra global. Su papel de Estado más fuerte del mundo les empuja a ello, y las condiciones económicas en las que se encuentra ahora todo el planeta hacen de esta perspectiva un callejón sin salida.

Bush es el líder responsable de una nación que ahora se ve obligada a emprender un camino de guerra continua: ayer Afganistán, hoy Irak, mañana otros estados y así sucesivamente. Muchos piensan que la elección de Estados Unidos viene dictada por la necesidad de derrotar al llamado "terrorismo" de los "estados canallas", es decir, aquellos estados que apoyan y financian a unos pocos grupos que pretenden atacar los centros del poder internacional, que, en esta fase histórica, están esencialmente en manos del capitalismo estadounidense. Esto es cierto sólo en parte. La conexión, si la hay, entre los grupos que atacaron Nueva York, arrasando las torres simbólicas de la dominación financiera estadounidense, y los Estados conniventes, concierne a dirigentes de la dominación que poco o nada tienen que ver con las poblaciones que sufren la explotación en Afganistán (poco ha cambiado en este país), en Irak, como en los propios Estados Unidos. La confusión sólo sirve para justificar la guerra, pero no tiene ninguna lógica a la base. Las intenciones beligerantes de Bush no necesitan lógica.

Estados Unidos debe hacer la guerra. He aquí el verdadero problema, tiene que ir a la guerra para financiar sus fábricas de armas, para utilizar su ejército, para dar alas a su economía, transformándola parcialmente en una economía de guerra capaz de vencer el principal temor del capitalismo de ese : el crecimiento competitivo de otros mercados, crecimiento capaz reducir la renta del capital norteamericano en el mundo. La guerra es la principal actividad productiva de la economía , siempre lo ha , desde la Segunda Guerra Mundial, puede decirse que no ha habido un período de tiempo de más de tres años en que este gran país no haya estado en guerra en algún lugar del mundo. Por lo tanto, no se trata sólo del problema del "petróleo", sino que toda la economía estadounidense tiene que protegerse con la guerra, de lo contrario se produce la inflación y el consiguiente desempleo galopante, el derrumbe del mito estadounidense y el cuestionamiento de todo el modelo de la economía globalizada.

El mundo árabe está ciertamente (casi en su totalidad) convulsionado, pero no es lo suficientemente homogéneo como para convertirse en uno de los socios privilegiados de Oriente Medio. Bush piensa que romper cualquier intento de coalición árabe podría significar una forma de controlar las economías (casi todas basadas en el petróleo) de estos países y, por tanto, también sus perspectivas de crecimiento y mejora. Dadas las dificultades en las que se encuentra Israel (tradicional gendarme en esas zonas por cuenta de EEUU), la intervención directa norteamericana es obligada.

Pero no se puede jugar brutalmente la carta de la guerra, hay que encontrar "aliados". Gran Bretaña, que ocupa militarmente Irlanda del Norte desde hace siglos, aplicando allí los peores métodos represivos, es uno de ellos. España, que hace lo mismo en el País Vasco, es el segundo. Qué extrañas coincidencias. Pero británicos y españoles no pueden estar de acuerdo con las criminales decisiones de sus dirigentes , y sabrán responder cuando llegue el momento. En cualquier caso, en el momento actual, Bush salva una cara que podría ser cuestionada por las decisiones de Francia y Alemania (el paraculismo de Berlusconi ni siquiera merece comentario). Las razones por las que Chirac y Schroeder no se convirtieron en aliados de Bush son poco encomiables. No están (como es obvio) en contra de la guerra, pero sí están en contra de cualquier posibilidad de aumentar el poder económico y político de Estados Unidos, son plenamente conscientes de que son los países más fuertes de la Europa unida, y por eso no esperan otra cosa para presentarse como coalición alternativa a la prepotencia norteamericana.

El no a la guerra por parte de los Estados es la única respuesta posible en este momento, una respuesta que es la única respuesta posible siempre y en todas partes. No un vago pacifismo humanitario que se opone a la guerra porque no existe el aval de la ONU (miserable hoja de parra para espíritus débiles y parroquias sin cañones que bendecir), sino una cuidadosa respuesta a los explotadores y dominadores de todo . La guerra es ciertamente el elemento sobre el que se asienta el mundo en el que nos hace vivir el dominio global de la economía, pero si de guerra hay que hablar, es nuestra guerra la que propugnamos, la guerra proletaria, la guerra sin banderas, la guerra que en cualquier momento puede pasar a atacar a toda estructura de poder, a todo explotador, a todo opresor, a todo gestor de la vida ajena.

La revolución sigue siendo, como siempre, el único camino posible. Y el momento en que el amo es más débil es cuando muestra la miseria de sus propias intenciones, cuando -como en este caso- ataca, hace la guerra, enmascarándose detrás de supuestas buenas intenciones.

Queremos derrocar a Sadam (un dictador obsceno) pero también a Bush (un dictador no menos obsceno), que sólo se diferencia del primero en que para hacer las mismas cosas necesita más despliegue diplomático, algunos discursos más, algunos aliados títeres más, un pobre tonto como Berlusconi al que escribir una carta de agradecimiento para que le preste al menos apoyo moral.

Los matices que diferencian a Bush de Sadam son muy leves, por lo que se parecen mucho no sólo a los "intervencionistas" Blair y Aznar, sino también a los "abstencionistas" Chirac y Schröder.

Al fin y al cabo, todos los maestros son iguales, aunque lleven ropas de distinto color.
Esto no debe olvidarse.

[Publicado sin título en "Contra la guerra, contra la paz", nº 1, 13 de marzo de 2003].

Un laboratorio de subversión

La insurrección en curso en Albania [1997], visible en su extensión espontánea y distructiva, es un hecho sorprendente.

Coge a todo el mundo por sorpresa.

Ante todo, los hombres y las estructuras de poder. Cuando este movimiento de subversión profunda se pone en marcha y se extiende, las condiciones de inestabilidad y precariedad del orden estatal se muestran en toda su consistencia. Una marea negra que surge de repente en varios lugares y se alimenta de las propias contradicciones del poder, no se detiene fácilmente, como creen algunos bienpensantes, con unos cuantos disparos bien dirigidos. Sorprende a la gente, que no da crédito a lo que ven sus ojos, la incertidumbre cotidiana de poder coger autobús a tiempo o de encontrar abierta la oficina de correos, el lugar de trabajo (para los que lo tienen) o tranquila y apacible cola de asistencia detrás de la puerta. de cualquier iglesia.

Pero son los propios anarquistas los que se sorprenden. En otros lugares, dispersos por el mundo, dedicados a aprobar teorías o a distinguirse unos de otros en función de los niveles metafísicos de la supuesta impureza mutua, tienen otras cosas que pensar. La insurrección llama a la puerta, pero son sordos para responder, lentos para abrir la puerta.

El increíble levantamiento albanés no es una excepción, sorprende en todos los aspectos. Con una diferencia. El poder, internacionalmente, sabe lo que tiene que hacer. Los insurrectos también saben lo que tienen que hacer, aunque sólo sea dentro de los límites de lo que están haciendo. Los anarquistas, dispersos por todo el mundo, siguen leyendo periódicos y viendo la televisión, preguntándose qué se podría hacer. Al fin y al cabo, hacer es lo primero que se le ocurre a una persona sensata ante un acontecimiento sorprendente, tanto si asusta como si abre el corazón a las mayores esperanzas.

Pero saber qué hacer no es fácil.

La respuesta del poder, tanto a nivel local como internacional, fue si no exactamente inmediata al menos coherente con sus propios intereses a defender. El partido en el poder, sabiendo que tarde o temprano tendría que renunciar a su escaño, hizo todo lo posible para que esto ocurriera lo más1501 tarde posible, construyendo así las bases de una retirada estratégica que podría ser el punto de partida de un retorno masivo a los escaños que tenían que dejar.

En el plano internacional, el jefe de los gendarmes decidió que esta vez serían las naciones más directamente interesadas en el futuro desarrollo económico de Albania las que aportarían: Italia, Grecia, Turquía. Italia en primer , que siempre ha estado presente desde su innoble sto-

pasado, aceptado de buen grado aunque sólo fuera por mostrar sus músculos, empezando por hundir un barco lleno de pobres, asesinados sin pestañear, y terminando por encallar el crucero orgullo de nuestra armada en los bajos de unas playas abarrotadas de refugiados listos para partir.

A pesar de estas torpezas, una operación policial es rutinaria para un gobierno, y de eso se trataba. Los patronos de todo , desde el pequeño propietario una fábrica de sombreros que pagaba a sus, digamos, "trabajadores" una quinta parte de lo que les habría pagado en Italia, hasta los grandes gestores de la economía mundial (el nunca suficientemente alabado Banco de Roma a la cabeza), ya se habían repartido por adelantado el dinero invertido imprudentemente por los albaneses en los dos años anteriores a la sublevación.

Pero vayamos a este dinero, del que tanto se ha hablado. La Banca di Roma, a través de sus intermediarios internacionales, principalmente norteamericanos, gestionó una sensacional captación de fondos con la promesa de unos intereses hiperbólicos. En realidad, la operación, desde el vista capitalista, no hizo mella. Algunos periódicos hablaron de "carta en cadena", pero la comparación no encaja. El juego consistía en pensar posible una devaluación de la moneda albanesa aún mayor que la que entonces se produjo a causa de los frenos impuestos por los temores políticos americanos. De ahí la imposibilidad de pagar esos intereses que, a medida que avanzaba la operación, habían crecido hasta lo increíble, cruzando la línea del fraude descarado.

Incluso los albaneses, pobres según las condiciones económicas de su país, tenían por tanto algunos pequeños ahorros, e incluso algunos ahorros mayores cuando habían podido salir de su miseria para dedicarse a los oficios más lucrativos que la situación geográfica y política hacía posibles.

Todo iba a parar a las arcas del Banco de Roma y de sus cómplices internacionales. De ahí los primeros brotes de revuelta. He escuchado las reprimendas de algunos revolucionarios que no entienden qué "tono" puede tener una revuelta que nace del deseo de recuperar la posesión de su dinero. Es evidente que no han comprendido los mecanismos objetivos y subjetivos que alimentan la sorpresa, la frustración, la indignación, el odio, la revuelta y la insurrección generalizada.

No digo que haya modelos que seguir para comprender con certeza estos mecanismos. Cuando se produce la ruptura todo se extiende sin control, y eso es lo que ocurrió.

Salvo que la insurrección no es un acontecimiento "puro". No puede considerarse a lo largo del tiempo como un proceso lineal que se desarrolla y crece hasta la victoria (¿pero qué victoria?), o que se encoge y se desvanece hasta la derrota (¿pero qué derrota?). El verdadero punto del problema sigue estando aquí, a menos que queramos hacer una lectura hagiográfica de cualquier movimiento popular que adquiera connotaciones insurreccionales.

De la revuelta a su generalización insurreccional, el paso no es corto ni carece de consecuencias. No todo procede espontáneamente, ni linealmente. Incluso en Albania, en los primeros tiempos y desde los primeros asaltos a cárceles y cuarteles, se fue avanzando paulatinamente hacia

reivindicaciones globales más moderadas, como el nombramiento de un gobierno, nuevas elecciones parlamentarias, la dimisión del director de la radio y la televisión estatales, y todas las demás reivindicaciones normales de protección personal (amnistía, ningún procedimiento contra los insurgentes, etc.). En este punto, que adquiere contornos extremadamente importantes y trágicos, es necesario ser firme.

nuestra atención por un momento. Muchos camaradas piensan que el "¿Qué hacer?" en tales es precisamente la participación física directa en movimientos insurreccionales, en resumen, moverse y tomar la ruta inversa de los emigrantes ilegales. Ir allí, coger el fusil disparar primero.

Este punto de vista es al menos superficial. Uno no puede dejarse caer desde el cielo sobre un rostro extranjero a riesgo de que lo tomen por enemigo y lo cuelguen del poste más cercano. Es necesario tener contactos organizativos ante los hechos, incluso contactos mínimos, no grandes asociaciones operativas, pero es necesario el modesto conocimiento de alguien, y alguien que sea capaz de comprender cómo están realmente las cosas.

Esta afirmación no debería sorprender, ya que tras la caída del Muro de Berlín, la desintegración económica y política del imperio ruso estaba destinada a producir, y producirá otras, situaciones similares a las de Albania o Bosnia, desde los Balcanes hasta toda la periferia de Rusia, e incluso en la propia Rusia.

Sólo la presencia de un punto de referencia sobre el terreno puede justificar una participación directa que no se traduzca a priori en un terrible fracaso. Pero esta presencia, digamos activa, por tanto armada y consciente de ser una presencia revolucionaria, ¿puede por sí sola dar un apoyo considerable al levantamiento en su rápida transformación en insurrección generalizada?

La respuesta no es fácil. Ciertas cosas pueden denunciarse claramente en cuanto se producen, por ejemplo, el establecimiento de bandas cerradas dirigidas por líderes procedentes de estructuras de poder del pasado. La presencia de elementos de la policía secreta enemiga contra los que no puede tomarse como válido ningún juramento de lealtad. Los intentos de reorganización de partidos políticos autoritarios, de izquierda y de derecha. Los controles y represiones sobre las formas autogestionadas de organización de los servicios o la producción.

Al mismo tiempo, la difusión de conocimientos teóricos y prácticos con una finalidad no sólo teórica o directamente política (por ejemplo, una crítica detallada de las estructuras autoritarias de los partidos comunistas, y también de las formas no menos autoritarias de los gobiernos democráticos), sino también informativa sobre los movimientos estructurantes que están teniendo lugar dentro del movimiento insurreccional real. Sólo así es posible una conexión internacional y el desarrollo, o al menos la participación activa, del movimiento insurreccional en otras situaciones geográficamente diferentes pero con características similares.

Confiarlo todo a la inteligencia de los sublevados no es mi conclusión, como parece ser la de los camaradas autores de este panfleto, que también preguntan: "¿Qué salida?".

No hablo de organizaciones concretas, sindicatos o consejos obreros, sino de una presencia activa, de una participación coordinada que pueda mantener vivo el valor teórico de las barricadas, ampliándolo si es posible, no esperando confiadamente a que su fuego interno se apague lentamente.

Después de todo, ¿no es la gran esperanza de cada uno de nosotros no estar desprevenidos para el próximo ? ¿Y qué mejor, entonces, que contribuir al crecimiento de estos levantamientos allí donde los signos premonitorios de ira y odio hacia todas las formas de explotación y opresión ya empiezan a manifestarse concretamente?

Prisión de Rebibbia, julio de 1997

[Introducción a *Albania. Laboratorio de Subversión*, Pont St. Martin 1998, pp. 3-8. Edición inglesa: London 1999. Edición española: s.l. 2005].

La liana de Feral Faun

El libro de Feral Faun tiene mucho que decir, mucho más de lo que parece de una simple lectura del índice, pero requiere una disposición especial por parte del lector, una disposición a comprender, más que a documentarse.

De hecho, como rara vez ocurre en la cultura estadounidense (incluso en la "radical"), aquí no sólo hay "información" (de hecho, cuando la hay, deja de lado las referencias a diversas fuentes y autoridades que dan fe de algo en lugar del autor), sino que hay "ideas", lo cual es un hecho notablemente inquietante. ¿Cuántos de nosotros estamos preparados para tratar con ideas? No lo sé. Quien no quiera poner en juego sus certezas sacará de este libro muchas reconfirmaciones, aunque revestidas de otras formas. Se convencerá así de valoraciones y críticas de las que estaba convencido a priori, y arruinará la obra de su autor o, al menos, lo que a mí me parece la intención de esta obra, el propósito remoto y casi oculto entre líneas, es decir, arruinará las ganas de mirar la realidad de otra manera.

"Cualquiera de nosotros podría pasar años en el desierto", dice Feral, refiriéndose a la posibilidad, ofrecida a cualquiera de nosotros, de estar verdaderamente en la realidad, de la que el "desierto salvaje" es sólo la condición límite, el momento en el que es posible comprobar verdaderamente si somos capaces de romper nuestras ataduras con la sociedad, el cordón umbilical que nos amansa y nos garantiza. Por eso es un libro revolucionario, porque no interpreta la realidad, sino que pretende llevar al lector dentro de ella, del mismo modo que su autor también estuvo dentro de ella, aunque durante un lapso de tiempo que no se puede documentar.

No se trata de agarrar con firmeza la liana que Feral nos lanza desde su árbol y lanzarse a la refriega, no hay actitud salvaje -esto no es "decible", no se puede encapsular en una fórmula-, sino que todo gira en torno a un concepto diferente de la realidad, de cualquier realidad. Como siempre ha ocurrido con todos los turistas que deambulan por el mundo, incluso por lugares "salvajemente inaccesibles", estas buenas gentes, una vez abandonada la tienda donde han invernado presas del delirio acumulativo, se desmelenan con unas cuantas precauciones de seguridad: van debidamente equipados, tienen un guía, han traído su equipaje de casa. A partir de este espectáculo obsceno, parecería fácil no "ser" turista: es decir, podríamos cometer el error de pensar que bastaría con no tener estas reservas de seguridad, no tener herramientas, no tener un guía, no traer equipaje de casa. Feral, si he entendido bien lo que dice, explica que este comportamiento sólo sería estúpido. De hecho, y estoy de acuerdo ello, no basta con ir a lugares salvajes si seguimos viendo estos lugares con lo que nos han metido en la cabeza. Así, la naturaleza también contribuye a domesticarnos. La naturaleza domestica", escribe Feral, "porque transforma lo salvaje.

en una entidad monolítica, un inmenso reino separado de la civilización". Lo mismo para cualquier concepción ecologista "militante" que elijamos. "Los ecologistas -incluso los ecologistas 'radicales'- le hacen el juego. En lugar de intentar volverse salvajes y destruir la civilización con la energía de sus deseos desenfrenados, intentan salvar la naturaleza salvaje". Lo cual es un rayo de luz sobre tantos debates inconclusos que se vienen produciendo desde hace tiempo en nuestros periódicos (y también en los del poder).

No cabe duda de que una primera impresión (imprudente) al leer este libro puede ser la de estar ante un "primitivista". Y, si se quiere, es precisamente esto lo que muchos han registrado como impresión de las muchas piezas que aquí se publican ya fueron publicados (también en Italia) en diversos periódicos y revistas. No sé si el propio Feral no se ha, cómo decirlo, convencido a sí mismo, con su pasión por la "fauna salvaje", es decir, la fauna, primer lugar, el hombre, que es, como he dicho, un "primitivista". Claro, que aquí, cuando te echa una liana, algo de eso queda. El malvado yermo, el malvado yermo, sólo a él le descubre (por mis propias experiencias deambulando por lugares salvajes) su verdadera esencia, y sólo a él le hace innecesario o excesivo todo ese universo de productos y supli- cios que permiten la supervivencia en lugares salvajes. Todo esto suena muy cercano a alguien que, habiendo tenido una experiencia diferente, ya no se da cuenta de que esa experiencia se había originado a partir de una determinada ruta lógica, de determinadas percepciones críticas y de determinadas decisiones teóricas, sino que se alegra mucho de afirmar que para él, según su experiencia personal, las cosas resultaron de otra manera. Por piedad, no se trata de una crítica, sino simplemente de una observación destinada a sugerir al lector que a veces incluso el propio autor pone obstáculos a la profundización de sus propias ideas. ¿Obstáculos voluntarios? No se sabe. El hecho es que esta concepción del mundo, como una entidad absolutamente unitaria, es algo que a este lado del océano estamos muy bien equipados para evaluar, mientras que suena asombroso que nos venga en cambio de experiencias americanas, no menos que las de los paseos (¿o caminatas? esta última palabra causa más impresión) de Thoreau por los bosques, entre las secuoyas milenarias. Haber ahondado en el resurgente mito de la naturaleza salvaje estadounidense es uno de los méritos del libro.

La liana de Feral, a la que nos habíamos aferrado al principio de esta aventura introductoria, resulta ahora, observada de cerca, que no pertenece específicamente al mundo vegetal, al mundo de las aventuras exóticas, a ese universo "natural" hacia el que las voces de nuestros sueños nos llaman constantemente a abandonar los dolores cotidianos en los que vivimos. La liana de Feral es un redescubrimiento sentido del hombre, del hombre en su conjunto.

Esto conduce a una valoración diferente de la relación hombre-naturaleza. No cabe duda de que al principio, y por tanto en la propia consideración del "salvaje", la naturaleza es vista como un ser vivo aislado, pero no como opuesta al otro ser vivo, débil y carente de todo (o de casi todo) que es el hombre. La conquista tecnológica separa al hombre de esta unidad en el terror y crea una separación en otro tipo de terror, a través de la presencia intermediaria de la religión. Así surge la historia hombre como algo separado

de la naturaleza. Los conceptos griegos de fæsiw y lñgow son contemporáneos y surgen precisamente para separar al hombre de algo que así se produce tecnológicamente: del nuevo concepto de naturaleza. Del antiguo concepto de "Natura mater" se pasa al concepto de posesión y dominio de la naturaleza. Ésta es así catalogada, estudiada, fragmentada en pequeñas porciones taxonómicas, para poder hacerla (ilusoriamente) susceptible de servir al hombre como reino a dominar y explotar.

Todo el pensamiento contenido en este libro se articula en torno a una "energía vital" (vital energy) que la domesticación de la civilización adormece y mata. El salvaje, entendido exactamente, no como las caricaturas de postal que difunden las agencias turísticas, no es tolerado por la sociedad, que, para asegurar su propia supervivencia y mantenimiento del orden, tiende a eliminarlo. Feral escribe: "La civilización no tolera lo salvaje en su seno. Pero nunca olvidé la intensidad que podía tener la vida. Nunca olvidé la energía vital que había surgido a través de mí. Desde que empecé a darme cuenta de que esta vitalidad se estaba agotando, mi existencia ha sido una guerra entre las necesidades de la supervivencia civilizada y la necesidad de liberarme y experimentar toda la intensidad de la vida sin ataduras".

Pero, ¿qué es esta "energía vital"? Feral no nos lo dice con precisión, pero el concepto se deriva en muchos lugares de su libro. Así pues, se deriva, como cualquier concepto portador, de consideraciones indirectas que carecerían de sentido si se vieran privadas de la base lógica que proporciona ese mismo concepto portador. La respuesta violenta al ataque y al control buscados coercitivamente por el poder, los intentos de liberarnos del condicionamiento domesticado implantado por la civilización en todas las ocasiones de nuestra , no pueden considerarse una respuesta en términos de defensa. Si así fuera, sería una defensa perdedora, mucho mejor una defensa capaz de partir de la aceptación de la dominación para labrarse un nicho de supervivencia dentro de ella. En cambio, esa rebelión, contrariamente a lo que piensan los pacifistas, para quienes, precisamente, la mejor manera de defenderse es la no violencia (violencia y no violencia son aquí equivalentes), es "el ataque agresivo, peligroso y lúdico de los individuos de espíritu libre contra la sociedad". Y el rasgo característico de este ataque es su naturaleza insurreccional. En la tesis aquí desarrollada, no estamos hablando de algo que sea directamente visible, es decir, algo que se traduzca en comportamientos constantes y codificados, en planes y programas de ataque, sino que estamos hablando de esa "energía vital" de la que hablábamos antes.

No sé si Feral se ha dado cuenta plenamente de las consecuencias radicales de este , empezando por la forma misma en que estas ideas son accesibles a aquellos lectores que tienen el valor de profundizar en sus elaboraciones, como hemos dicho, sin dejarse sorprender por el aspecto más descarado e inmediato del "primitivismo". Sin embargo, si se trata de un camino , o tal vez sería más apropiada aquí la idea heideggeriana de un claro en el bosque, al final del cual se encuentra una luz capaz de iluminar de otro modo los detalles y contornos de las tesis individuales, no cabe duda de que la unidad del mundo reproduce en sí misma, como intento superación, la distinción constante entre lo que es transformable y lo que permanece producido tal cual por la lógica del poder. La unidad del , por tanto, también

el concepto de naturaleza que no se distingue del de hombre, o del desierto que no se distingue del de la ciudad japonesa de alta tecnología, pues bien, si esta unidad tiene un sentido, debe encontrarse precisamente en el seno superación, es decir, en la fase en la que toda la tenacidad personal, la vitalidad salvaje, la energía vital, están en su lugar, están a punto de transformar las condiciones domesticación. Si, por el contrario, nos hacemos la ilusión de que este trascender puede ser, como en la hipótesis marxista, una superación limpia y cruda, llegando así a una situación completamente libre de toda domesticación, entonces esta última situación de llegada sería precisamente la de mayor índice de domesticación, aquella en la que ni siquiera nos damos cuenta de que estamos siendo domesticados. Hasta aquí todas las energías vitales y salvajes de este mundo.

Por lo tanto, no perdamos el hilo de nuestro razonamiento, la aventura, para ser tal, es siempre una aventura en curso, si es que llega a ser una aventura, una condición total de aventura, es una institución solidificada, en la que el instinto de vida salvaje se ha traducido en una condición sin límites, sin contramedidas, sin ataques y sin esperanza. Cuando Feral dice: "Todas las relaciones sociales tienen su base en la incompletud producida por represión de nuestras pasiones y deseos, su base es nuestra necesidad del otro, no nuestro deseo del otro". Ciertamente, esto no significa que la abolición de la sociedad pueda tomarse como un objetivo a alcanzar plenamente, una condición humana que finalmente venga a sustituir a la caracterizada por la incompletud producida por la represión de las pasiones y los deseos. Borrar esta represión es un proceso, una superación, no una condición que simplemente se encuentra a la vuelta de la esquina en la domesticación. Incluso poniendo las cosas en orden, según el pensamiento de Stirner, es decir, basándose en el "uso otro", no en la "necesidad otro", no ver esto como algo definitivo. Todo lo que sé de definitivo en el mundo se encuentra en el cementerio, e incluso allí hay más sorpresas de las que imagina una desordenada fantasía revolucionaria. Si estoy perfectamente de acuerdo con la afirmación de que "los roles sociales son formas en que los individuos son definidos por todo el sistema de relaciones que es la sociedad con el fin de reproducir la sociedad", entonces "la sociedad es, por tanto, la domesticación de los seres humanos, la transformación de seres potencialmente creativos, juguetones, seres salvajes que pueden relacionarse libremente en función de sus deseos en seres deformados que se utilizan mutuamente para intentar satisfacer necesidades desesperadas, pero que sólo consiguen reproducir la necesidad y el sistema de relaciones basado en ella", no puedo aceptarlo como algo completamente factible, basado en ese mismo principio de unidad hombre-naturaleza que excluye toda separación porque es funcional a la dominación.

Este punto me parece esencial. Si consideramos posible una condición de vida en la que la explosión energía vital (salvajemente insurreccional) se institucionalice en su permanencia, es decir, se haya convertido (por fin) en un hecho consumado, no hacemos más que completar la obra domesticación en una perfección inimaginable, nos convertimos en domesticadores en un nivel superior. Esta fue la desgracia que se abatió sobre el pensamiento marxista, según el cual, en la estela de las tesis hegelianas, el proletariado, victorioso en su

lucha con burguesía, se dio cuenta de su propia desaparición, del fin de la sociedad dividida en clases y del fin de la filosofía, es decir, del pensamiento teórico que había sido capaz de reflejar este movimiento contradictorio en las fases de su desarrollo histórico. El propio Stirner había quedado prisionero de este esquema, que al servirse del otro (como recuerda Feral, sin apreciar que siempre se trata así de una cuestión de utilidad) había fundado la unión de los egoístas como condición libre para el futuro, a realizar sobre la base de las energías (¿vitales?) puestas en marcha por la insurrección personal, pero en cualquier caso a realizar de una vez por todas. Hoy en día, ya no se puede confiar en los modelos que dejan entrever un futuro claro, ni siquiera el de una condición capaz de dar espacio a la "plenitud de las pasiones".

Pero tal vez estas observaciones parezcan denunciar una preocupación excesiva por mi parte, tal vez Feral no tenga en mente en absoluto algo completivo, un concepto de liberación definitiva, y ciertamente hay puntos en su libro que harían el desarrollo de su pensamiento en este sentido. Cuando escribe: "La violencia lúdica de la insurgencia no tiene lugar para el arrepentimiento. El arrepentimiento debilita la fuerza de los golpes y nos vuelve cautelosos y tímidos", pretende cerrar con el pasado, es decir, no permite una mirada retrospectiva sobre lo que ya se ha hecho en el curso del movimiento insurreccional que el individuo desencadena en su interior, caracterizándolo como violencia lúdica de la rebelión: sin arrepentimientos, sin otro sentido. Pero quien no tiene remordimientos, tampoco tiene historia, que la historia es, de hecho, una mirada retrospectiva a lo que se ha hecho en lugar de lo que se podría haber hecho, y la diferencia es siempre una triste lista de errores que no deben repetirse en el . Aquí, los que no tienen esta pasión necrófila, sino que cultivan en sus almas otra pasión viva y destructiva, enraizada en el presente, en un eterno presente de revuelta contra cualquier proyecto ajeno de codificar y regular sus vidas, ni siquiera tienen futuro.

Desgraciadamente, la cultura que nos asfixia ha impuesto esta falta de futuro como modelo negativo, proponiendo, en su lugar, un proyecto modificador basado en el método sugerido por Popper en la ciencia, un método fundado en hipótesis progresivas y refutaciones posteriores. Todo el mundo en el que vivimos hoy se basa en estas teorías de acomodación. El carbón incandescente ha pasado a manos de unos pocos que, como Feral, se queman los dedos en un intento desesperado por sostener la tesis de la unidad del mundo, de su inseparabilidad, so pena de aceptar incondicionalmente el modelo de ideas dominante. Esto es incómodo, y hace crispar la boca, pero también es real, es decir, coherente con la hipótesis de partida. Al destruir cualquier soporte ordenado, no podemos tener uno de repuesto para sustituir al que destruimos, de lo contrario nuestra destrucción no puede llamarse realmente tal. Cuando Durruti afirmaba, en los primeros meses de la revolución española, que los obreros pueden destruirlo todo porque lo han hecho todo y, por tanto, pueden volver a hacerlo todo, se refería a una condición global que ya no existe, que está definitivamente acabada.

El mismo problema se plantea con respecto a las afirmaciones de "La policía en nuestras cabezas". Aquí Feral dice expresamente: "El intento de hacer un principio moral de anar-

a anarquía distorsiona su significado real. La anarquía describe un tipo particular de situación, en la que o bien la autoridad no existe o bien se niega su poder de control. Una situación así no garantiza nada, ni siquiera la continuidad de esa situación, pero la posibilidad de que cada uno de nosotros empiece a crear su propia vida en función de sus propios deseos y pasiones, en lugar de en función de los roles sociales y las exigencias del orden social. La anarquía no es el objetivo de la revolución; es la situación que hace posible el único tipo de revolución que me interesa: un levantamiento de individuos para crear sus vidas por sí mismos y destruir lo que se interpone en su camino. Es una situación libre de toda imposición moral, que presenta a cada uno de nosotros el desafío amoral de vivir nuestras vidas sin restricciones. Dado que la situación anárquica es amoral, la idea de una moral anarquista es muy sospechosa. La moral es un sistema de principios que definen lo que constituye un comportamiento correcto e incorrecto". Veo en esta frase una confirmación implícita de lo que estoy subrayando pero, al mismo tiempo, también veo una contradicción. Tal vez sea demasiado susceptible, pero no veo un problema menor. La confirmación está toda en el movimiento que nada garantiza, en la situación abierta, aunque se base en la negación autoridad. Pero esta , por otra parte, no puede cerrar en una condición de negación de la autoridad ya realizado, que sería contradictorio. De hecho, Feral ve el problema y dice que la anarquía no es, ni puede ser, el objetivo de la revolución, sino por el contrario la situación (yo diría, personal) que hace posible la revolución. Y en esto estoy de acuerdo, pero esta condición sólo puede definirse como "amoral" si se mantiene en esta perspectiva de trascendencia que nunca madura en una condición "futura" de carácter definitivo, de lo contrario esta condición "unitaria" y definitiva volvería a necesitar de las reglas morales que organizan y rigen permanentemente cualquier condición unitariamente defi nitiva, aunque dentro de los límites y con las características en las que la permanencia tiene sentido en los asuntos humanos.

Las policías en nuestras cabezas, como la domesticación, de la que son un reflejo o un simulacro, si se prefiere, constituyen en su conjunto el contrapeso a ese concepto de "naturaleza salvaje" que se diferencia de la naturaleza y hace posible la civilización como productora de las técnicas que modifican la naturaleza en algo artificial y disfrutable, con cautela y las debidas distancias. Todo es coherente en este cuadro, sobre el que Feral se detiene larga y detalladamente, a veces apasionadamente.

Y dentro de esta coherencia escribe: "No puede haber programas ni organizaciones para la revolución salvaje, porque lo salvaje no puede surgir de un programa ni de una organización. Lo salvaje surge de la liberación de nuestros instintos y deseos, de la expresión espontánea de nuestras pasiones. Cada uno de nosotros ha experimentado el proceso de domesticación, y esta experiencia puede darnos el conocimiento que necesitamos para socavar la civilización y transformar nuestras . Y esta afirmación no puede contradecirse. Pero sólo a condición de que todo permanezca firme en la trascendencia nunca final, en el movimiento de liberación que no realiza lo liberado como algo distinto de sí mismo, en un deseo de desencadenar la "energía vital" que sigue fluyendo como de una fuente inagotable. El juego equilibrista del pensamiento de

Feral está todo aquí, en este pasaje que nunca tiene lugar, en esta tensión que nunca se solidifica, en estas barricadas que nunca dejan de disparar, en esta violencia que nunca se detiene. Es bueno. Como soliloquio, no está mal. Fascina y redime de las preocupaciones cotidianas. El individuo que se enfrenta solo al mal, con la antorcha en el puño y el hacha, como decía un inolvidable camarada, es una imagen de la respetable iconografía anarquista. Y hay muchos anarquistas que sueñan con esta condición privilegiada. No con el privilegio de la élite, por Dios, sino con el privilegio de los que han tomado la verdad en sus manos y con esa fuerza sobrehumana están arrancando el mundo de raíz. ¿Y los demás? Feral no se limita tanto a una lectura superficial de Stirner como para no darse cuenta de que el paso siguiente debe ser necesariamente el de llegar a los demás, el de una comunidad de insurgentes individuales, el de un conjunto de individuos que están desarrollando su propia insurrección personal. Pero esta condición no puede derivarse de ninguna experiencia concreta. No hay nada en el mundo de la domesticación que pueda hacernos concluir por la inevitabilidad de esta condición de privilegio, de trascendencia continua.

Me explicaré mejor. Si alguien decide hacer algo, ese algo, de un u otro, está a su , es decir, aunque sea negativo, está delante de él, es visible, comprensible, aunque sea la más extraña y remota de las fantasías utópicas. Si decido romper las cadenas de la domesticación, sólo puedo hacerlo porque las cadenas y la domesticación están aquí, delante de mí, porque yo mismo sufro las consecuencias de esta domesticación y las marcas de las cadenas están en mi piel. Esta interpretación historicista, si se quiere llamar así, de la rebelión está a la altura de la innatista, que asigna al carácter de las personas la posibilidad de rebelarse, afirmando que hay individuos que nacen con el gen de la rebelión, y otros que son más aquiescentes y aceptan las reglas de la civilización como límites a su comportamiento. Al fin y al cabo, incluso este elemento genético, por discutible que sea, está ahí, si no delante, sí dentro del individuo en cuestión, y es el elemento que estamos discutiendo, el elemento que desencadena la rebelión.

Sigamos adelante. Dicho como se quiera, pues, hay un reconocimiento que el individuo debe hacer, es decir, tomar conciencia de que ese algo, sea lo que sea, está frente a él o dentro de él, y admitir también que aceptando las dos hipótesis a la vez, como se hace comúnmente, hay interrelaciones entre los dos momentos, el genético y el histórico, en definitiva, el rebelde nato soporta menos domesticación y cadenas que el rebelde que no lo hace. De ahí el retorno a la unidad global del hombre, dentro de la cual operan las distinciones, pero sólo hasta cierto punto. De ello se deduce que la insurrección individual sólo es posible cuando estos dos elementos están ahí y se vivifican mutuamente. Y Feral, creo, ha querido dejar establecida esta condición, que por otra parte es bastante común. Salvo que esta condición en sí no puede estar sujeta a ninguna condición a priori, no hay reglas que la rijan, salvo las que podría proporcionar una domesticación ulterior, la que sigue a la ruptura de las cadenas, es decir, en una condición nueva, liberada, en la que el rebelde es capaz de tomar las armas.

acaba adaptándose a la realidad de sus sueños, solidificados por fin en algo estable ante sus ojos.

Excluyendo esta hipótesis, como de hecho la excluye Feral, todo lo que queda es este continuo florecimiento del reconocimiento del enemigo, la identificación del impulso del individuo a la insurgencia y la interrelación de estos dos elementos, etcétera, etcétera. En mi opinión, con toda admiración por lo que dice Feral, esta situación amenaza con convertirse en un callejón sin salida. Existe el riesgo de que, al estar siempre en las barricadas, perdamos también de vista el sentido de lo que estamos haciendo. No es cierto que la libertad sea algo en lo no se pueda pensar. O, dicho de otro modo, que todo lo que se pueda pensar de la libertad sean sólo especificaciones parciales que suelen denominarse "las libertades", asignaciones de límites propias y ajenas. Sé que todo esto no es cierto. Sé que el insensato es precisamente el que encuentra el buen camino hacia el grano de trigo, en un mundo que sigue rastrillando lógicas dominantes más o menos refinadas sobre ajustes improbables. Pero este insensato, aunque su corazón se hinche de odio hacia el amo de las cadenas, hacia la lógica la domesticación, esta bestia que quiere alzarse por encima y contra todas las reglas -porque la libertad es ante todo ausencia de reglas-, este insensato tiene una finalidad, y este propósito no es el de la utilidad, aunque sea la utilidad teleológica de un mundo sin cadenas y sin domesticación, sino un propósito claramente definido, y es el de hacer desaparecer para siempre el mundo en el que el sufrimiento se realiza en el uso de las cadenas y la estupidez en el uso de la domesticación.

Este propósito, resplandeciente como un sol, consiste en aquello de lo que nada mejor puede pensarse, y por lo tanto incluye en sí toda estrategia de lo particular, toda lógica de ajuste, e incluso la del enfrentamiento parcial y la conquista parcial de la libertad. Y no cabe duda de que esta realidad feliz, de la que nada mejor puede pensarse, puede pensarse, aunque no se vea ni se experimente, y no puede hacerse consistir simplemente en la desaparición de las cadenas o la ruptura de los lazos que la domesticación había sellado. Es algo más, algo más grande y maravilloso. Y ese algo más no puede ser oscurecido por la inteligencia que busca una especificidad en la superación, es decir, una especificidad metodológica, ya que ese algo más comprende (o debería comprender) esa especificidad, como un momento que continuamente supera sin cantarlo, del mismo modo que comprende las cadenas y la domesticación, precisamente en su significado más íntimo, y no las confunde con la sugestión de los dominadores que quieren hacerlas pasar por medios que hacen posible una vida mejor.

Si la libertad fuera sólo un sueño, la falta de futuro sería un gran agujero negro, y todo se reduciría a vivir la experiencia de las cadenas y la domesticación para mejor, o, por el contrario, la experiencia de la propia insurrección. Pero, visto en estos términos, y dando por sentado que cualquier posibilidad de evaluación entre peor y mejor viene determinada por leyes que son parte integrante domesticación, y que hacen posibles las cadenas, no habría forma de distinguir. Se iría a ciegas, tal vez guiado sólo por la luz genética, hacia una aceptación o una rebelión, equidistantes entre sí.

como los cubos del burro de Buridan.

Si optamos por la rebelión, lo hacemos porque hay algo en el futuro, y no sólo en el pasado (genético e histórico, incluida la respectiva conversión). Y hay algo que no es sólo un producto de nuestra inteligencia, un pensamiento y nada más, porque si así fuera, el otro pensamiento, es decir, la lógica de la aceptación y la domesticación, tendría el mismo significado como elección, simplemente representaría el otro cubo y nada más. En este caso, y en el mejor de los casos, moriría de sed y de hambre, como el burro de Buridán.

En cambio, elijo, y si elijo es porque considero que la ruptura de cadenas y la desaparición de la domesticación, juntas, son movimientos que me lanzan hacia una perspectiva diferente, que me sitúan en un proceso de trascendencia de una condición actual que odio profundamente, que me esclaviza y ofende mi capacidad de valoración, es decir, mi gusto. Aunque me llame salvaje y amante del desierto real (no el de los turistas), aunque insinúe entre líneas, sin llegar a amarlo, un cierto "primitivismo", todo esto no es más que un conjunto de elecciones y sólo puede elegir quien tiene gusto, y el gustoamor, el deseo, son expresiones de ese par genético-histórico que nos sigue constituyendo y nos impulsa. Cuando pienso en la libertad, la libertad sin especificación, la que no tiene nada mejor que ella misma, es todo mi yo el que pongo en ese pensamiento, y su concreción, es decir, la concreción del pensamiento, viene dada precisamente por mi presencia, por mi implicación en él. No soy un soñador que habla de sus visiones, sino un experimentador que se sumerge en esas visiones y está dispuesto a jugarse la vida en ellas.

La admisión de tal condición de libertad no puede derivarse mediante los procedimientos habituales de la razón, es decir, no es una deducción razonable de nuestras experiencias cotidianas (cadenas y domesticación), sino que surge en otra parte, nace en ese lugar de interrelación genético-histórica donde habitan nuestros impulsos más radicales, nuestros deseos más desenfrenados, los sueños de amor eterno que nada podrá empañar y mucho menos borrar, el gusto por las aventuras salvajes, en fin, todo aquello de lo que habla Feral y también de lo que no habla. Si me limito a reflexionar fríamente sobre esta realidad, nunca me convenceré no sólo de su existencia, sino de que merece pena implicarme en ella, arriesgando mi tranquilidad, que las cadenas garantizan y la cultura de la domesticación hace más o menos digerible. Si sobrepaso este nivel (¡y cuántos miles de millones de personas no lo sobrepasan!), es porque me vuelvo irracional, dejo de lado toda evaluación y actúo en consecuencia. Pero este dejar lado todo proyecto, todo gusto, e incluso todo deseo y todo amor, no es posible, en la práctica, totalmente, como ese salvaje que vaga libremente entre las secuoyas americanas arboricultor, al lanzarme su liana, me lanza un objeto amor, me ata a él con amor, con la esperanza de llevarse con , subido a ese árbol de la libertad, a otro salvaje como él, porque la vida en libertad sería una pobre cosa si fuera absolutamente un territorio de desolación, si no permitiera relaciones que como todo lo demás en tercurso entre seres humanos se confían al gusto, al deseo, al amor, al placer, pero también

odio, miedo, inquietud, etc.

No creo que esa liana pueda ser el signo de un absolutismo establecido de una vez por todas. No creo que de los escritos de Feral se pueda sacar la impresión de que la condición salvaje sea algo más que una "energía vital" permanente, es decir, un impulso hacia la libertad. Ciertamente, esa libertad lo mejor, es decir, la totalidad de la libertad, la condición libre absoluta, sin límites y sin reparos, de ningún orden, ni siquiera morales o estéticos. Bien, pero esta totalidad, una vez tomada en consideración, sólo es pensable como absoluta cuando se la piensa en movimiento, es decir, como algo inconmensurablemente completo que nunca está del todo completo, de lo contrario, como infinito, si se la piensa como absoluto, ya no es pensable. La libertad es una infinitud creciente, de lo contrario habría que admitir que yo mismo, finalmente libre, estaría varado en la más absoluta idiotez: libertad absoluta como borrado absoluto del hombre. La totalidad es, pues, también una totalidad en curso, una totalidad en acción, pero totalmente presente en el momento en que la pienso. Es ciertamente esta totalidad la que tengo en mente cuando pienso en la libertad absoluta, y es esta totalidad la que destruye todo límite y toda domesticación. Pero no se trata de un infinito cerrado de una vez por todas, sino de un infinito que se despliega. Si lo pensara como un infinito cerrado, pensaría en Dios, sustituyendo una palabra por otra, y este infinito absoluto, volviéndose del revés en el concepto de tiranía absoluta, me expulsaría de mi implicación, obligándome a adorarlo como lo absolutamente distinto de mí.

Por lo tanto, si estamos de acuerdo con esta idea de libertad, absoluta y en acto, no hay razón para no admitir, incluso en su absolutez, procesos de acercamiento, todos igualmente presentes en la totalidad en acto, como todos activos en la superación de las condiciones de sujeción dictadas por las cadenas y la domesticación. ¿Hay algo contradictorio en esto? No lo creo.

En última instancia, toda esta inquietud se encierra en la decisión del . ¿Puede la totalidad de mi rebeldía y libertad salvajes, entendidas exactamente del Feral las ha esbozado en estos escritos, pueden, y la cuestión es fundamental, conectar con un proyecto? ¿O este último, perteneciente al mundo de los límites y las reglas, a la domesticación contra la que se rebela la "pulsión salvaje", debe considerarse algo a derribar, en una con las demás creaciones del poder? Preguntas que encierran otra: ¿puede un proyecto realizarse precisamente al mismo tiempo que la insurrección salvaje de la que habla Feral? ¿O esta última, por su constitución íntima, no admite proyectos, de modo que cualquier rastro de proyecto debe ser borrado como residuo de domesticación?

Permítanme desarrollar esta serie de problemas que no me parecen insignificantes.

Si niego el pasado, y con ello me ciego históricamente, y es una posición metodológica que me proporciona algún medio de ataque, esencializando mi fuerza destructiva, si niego la historia -como se ha dicho en esta nota introductoria- acabo por no tener tampoco futuro. En sí misma, esta decisión sólo es mala para los paladares mimados por las hamburguesas MacDonalds. Pero esta ausencia de futuro no es un agujero negro, es la ausencia que no es

presente aquí, como un elemento que hace fuerte y penetrante mi capacidad de destruir el mundo que me oprime. Por el contrario, es una ausencia que siento presente. Como ausencia de algo, no es un "absurdo", es decir, no es algo que no pueda comprender, de lo contrario, si se redujera a este absurdo, sería una fe de naturaleza mística, algo que en ciertos casos y bajo ciertas condiciones podría incluso tener connotaciones subversivas pero que no admitiría fines destructivos y prácticos.

Así que ese vacío se llena de muchas cosas, y cuanto más avanzo en mi rebelión, más esa infinitud totalmente presente en mí, la infinitud de la libertad en su expresión total, toma forma y me habla, me habla del sueño de mi vida, porque es mi vida lo que está en juego aquí, no uno de los muchos juegos posibles que puedo jugar en mi vida. Al romper la relación con el pasado, al rebelarme contra todas las atenciones de la domesticación, al romper las , no hago más que presentarme desnudo ante el futuro, pero esta nueva desnudez es todo lo que tengo, y esta posesión total es también la totalidad de la libertad, sin residuos, sin partes ocultas ni cuentas bancarias de reserva. Si soy todo esto, soy alguien que siente la libertad en sus venas, la siente circular en su propio resplandor, aunque sólo sea por un instante, en la sala llena de libros, ante la mirada severa de un revolucionario de otra época. No es la ocasión, el lugar quieto en el tiempo, al que se accede de vez en cuando con el recuerdo, sino uno mismo en su totalidad, siempre, el propio amor que no se puede cortar en pedazos, un poco aquí y un poco allá, sino que permanece entero siempre, totalidad que permanece total incluso a medida que crece, del mismo modo que sólo podemos experimentar el infinito si borramos de nuestra mente la hipótesis de algo que existe estáticamente en su totalidad, como la totalidad de todo lo que puede existir. Pero esta totalidad sería estéril si yo no pudiera extender una mano y ampliar su . Yoaventurero de lo increíble, capaz de ir más allá de lo infinito, del mismo modo que soy capaz de experimentar la libertad y no dejarme garantizar por su presencia.

En esta tensión absoluta sitúo mi proyecto. No en las vanas distinciones que asimilan grados o niveles de procedimiento al hacer. Delineo caminos en lo absoluto, grito y salto de alegría, y sólo señalo aquí, esta pequeña porción de realidad: una sonrisa, un apretón de manos, un paseo entre las luciérnagas en las sombras del atardecer, y no puedo evitar que alguien se mire el dedo y sólo advierta los grados del recorrido, esos grados, esas ocasiones de especificidad, son otras tantas ocasiones ilusorias, visten una idea que vive en otra parte, son análisis, incluso superficiales, de algo que si se ve en sus partes individuales no es más que la brutal realidad, mientras que la sangre vital de ese algo está en otra parte, está en la ilusión que lo sostiene, que la razón sólo puede debilitar y disfrazar con seriedad científica.

Es la luz de la libertad, su totalidad "salvaje" lo que se refleja en el proyecto y lo que lo hace vano en el mundo, perfectamente inútil. Quienes contemplan ese proyecto bajo su apariencia cuantitativa se preguntan qué sentido tiene. ¿Por qué tanto esfuerzo para quedarse a medio camino? Su intuición les lleva a mirar sólo el dedo, la luna está demasiado lejos y es difícil de entender. Pero, dígame con toda sinceridad, ¿es ésta una buena razón para no tener un proyecto?

Tengo tantos en mi corazón, y no sé cómo convertirlos en fantasmas parlantes, objetos de fasci-

no para los otros, si no vistiéndolos con ropajes resignados: análisis, evaluaciones de hechos, condiciones de organización, raíces de certezas vigorosas para el mundo de los domesticados, pero legibles de otra manera para los que . No creo que estos esfuerzos constituyan un obstáculo para la rebelión, pienso, sin embargo, que deben ser comprendidos como lo que son: los reflejos de la totalidad, absolutamente inexpresables salvo en el modesto lenguaje experiencia progresiva.

Y aquí planteo una última pregunta, con la que cierro esta nota introductoria: la totalidad que llevamos en el corazón, la experiencia salvaje de la que habla Feral, ¿puede decirse de otro modo que no sea recurriendo al lenguaje, que sigue encerrado en los límites de la experiencia progresiva? Al fin y al cabo, los escritos aquí contenidos no son más que palabras. Lo que hay más allá de las palabras, lo que las palabras traicionan en lugar de sacar a la luz, tenemos que rastrearlo en nuestros corazones, a costa de nuestras vidas, de lo contrario esas palabras, sin dejar de ser las mismas, pierden todo su sentido y caen dentro de la circunscrita y miserable experiencia del decir. Lo mismo ocurre con el proyecto. Palabras, sólo palabras, que nos corresponde leer de otro modo.

Es insensato pensar que de un concepto, hecho de palabras, agotamos todo su contenido en el momento en que lo leemos o comprendemos. Ese contenido actúa en sí mismo, entra en nosotros, se hace carne y sangre, nervios y miedos, alegrías y sueños, ilusiones y angustias, ése es el destino propio de las palabras, de lo contrario todo permanecería siempre al nivel del imbécil extáticamente inmóvil que observa su dedo.

Todos mis sueños son un sueño, y este sueño contiene todas las palabras que me hacen soñarlo. Sin límites.

[Introducción a *Feral* Faun, *Feral revolution*, Londres 2000, pp. 7-26].

Pararrayos y dobles

Ya ha salido la segunda edición de este librito que marca, oscuramente levantar polvo, la clarificación original de las orientaciones insurreccionales en el seno del movimiento anarquista italiano. Para evitar cualquier malentendido, pretendo hablar aquí de insurreccionalismo anarquista revolucionario, no de las expectativas ultra-razonables de ese gigantesco movimiento de masas que debería, en un gran día, destruir todo lo que existe, o lo justo para poner las cosas en orden, y dar vida a la sociedad anarquista. No hay rastro de esta segunda forma de concebir el insurreccionalismo en este folleto, salvo como referencia a la generalización del enfrentamiento, que bien podría abortar en una nulidad -o en una espantosa represión-, ya que no hay ninguna garantía.

Así, en estas pocas páginas de oro, se dan los primeros pasos para poner de relieve ciertas críticas, que en aquel momento [1977] se habían vuelto muy urgentes, en relación con las llamadas organizaciones armadas (combatientes o no).

Quisiera esperar que esta reedición sea útil también a todos aquellos que nunca los leyeron, queriendo, en su fuero interno, alimentar una santificación de la conducta guerrillera que, si por un lado comenzó con buenos auspicios, por otro, debido a exacerbaciones políticas, terminó tomando un cariz nada aceptable. Me refiero a la gran experiencia teórico-práctica de Acción Revolucionaria. Y la crítica que se planteó aquí contra las posiciones que surgían rápidamente en el seno de esta misma organización en el curso de algunos meses de actividad y de reflexión analítica se formuló, en el orden del tiempo, de manera contextual, mientras los hierros estaban calientes, y no se apoyó en absoluto ni en el pietismo hacia los camaradas muertos o encarcelados, ni en ilusiones del tipo: "nosotros también dispararemos", por lo tanto nosotros también "venceremos".

Quien firma esta introducción (autor, junto a otros camaradas, del folleto), tenía como lema "sólo disparando se gana", y pretende reconfirmar aquí esa remota afirmación que en 1972 le costó dos años y dos meses de cárcel, pues es precisamente disparando como se gana. Pero, ¿qué significa ganar? Desde luego, no conquistar algo. Ganar significa librar el campo de un cierto número de obstáculos (hombres y cosas), para iniciar un nuevo juego, la construcción de un mundo nuevo, libre de todo poder y abuso, un mundo que no puede salir de una "victoria" de una pieza, sino que probablemente costará otras luchas, más sangre, más incomprensiones, etc. El rodaje sólo gana si se considera esta victoria como un primer paso, muy modesto, hacia el comienzo de algo verdaderamente grande, pero que está más allá, más allá de los cálculos políticos o de las mediciones de fuerzas, más allá de la acción e- clatante que hoy puede fascinarnos, pero que no nos convence del todo. La lucha que se

se desarrolla hacia su generalización insurreccional, y por tanto revolucionaria, es una cuestión que va muy lejos y que no puede encapsularse en el asfixiante concepto de "victoria".

Lo mismo para la llamada "justicia proletaria". Varias veces he vuelto sobre esta definición, hablando de Acción Revolucionaria, y se me ha reprendido, pero hay que tener en cuenta que se trata de un concepto anticuado que, en su momento, subrayaba la urgencia de una práctica que, ciertamente, no era central: poner a los responsables de abusos concretos en el lugar que les corresponde, es decir, panza arriba, sin pretender establecer una concepción más "elevada" de la justicia (tribunales correctos, leyes correctas, veredictos correctos, toda una basura que nunca nos ha interesado), sino sólo una operación de limpieza, indispensable, incluso a gran , en un momento en que el proceso de generalización del choque insurreccional está a punto de ponerse en marcha de manera significativa. En condiciones de conflicto intermedio, este tipo de respuesta a condiciones represivas particulares puede considerarse una práctica de gran importancia, aunque sólo sea como preparación para las tareas mucho más difíciles y complejas que se avecinan. Después de todo, hay una crítica al concepto de "justicia proletaria" en este folleto "descuidado", pero se limita, en mi opinión correctamente, a la posible confusión con un concepto más específico de justicia, el de los tribunales que nos afectan cada día.

Otros problemas salen a la luz. La "clandestinización", como se la llamaba entonces, es uno de ellos. ¿Hay que callarse, cortar el contacto con la condición humana, tan difícil de reparar continuamente frente a los constantes intentos del poder de aislarnos? Por supuesto, la especialización es siempre el camino más corto para obtener resultados concretos e inmediatos. Pero, ¿son estos resultados realmente lo que necesitamos? ¿Realmente necesitamos pruebas para demostrar lo buenos que somos? Cambiar nuestra identidad, nuestro modo de vida, los lugares que frecuentamos, construir un universo ficticio a nuestro alrededor, hecho de supervivencia y de toma de decisiones militares, todo esto es posible, pero ¿no nos priva de algo esencial: de lo que realmente somos, de lo que realmente podemos ser? Me parece que hoy este problema, y estas preguntas, tienen respuestas diferentes de las que se planteaban a finales de los años setenta. Sin embargo, persiste una implicación sin precedentes. No ser capaz de integrar lo mejor posible la propia vida con lo que uno considera su proyecto revolucionario es una extraña contradicción. Uno alucina con lo que debería ser una aventura en el verdadero sentido de la palabra. Esta es la situación por la que, tarde o temprano, se anuncian arrepentimientos y resentimientos. La plenitud de la vida de la que uno se había hecho la ilusión de que tenía la llave se desvanece como una flor cortada. En tiempos como los nuestros, en los que casi en todas partes hay compañeros con un amargo sabor de boca, aquí hay materia para la reflexión. ¿Qué han hecho (algunos) con sus vidas?

Y luego, el icono. A defender, cueste lo que cueste. El santino, el grifo, el juramento a una bandera. Quien se niega a hacer esto carece de credibilidad. ¿Cómo se atreve a dar marcha atrás? Y cuando señala que no se puede dar marcha atrás en algo con lo que nunca se ha estado de acuerdo, vuelve maliciosamente el destello del icono. No se discute, simplemente se propone una declaración de fe. Ahora bien, sin lugar a dudas, la importancia de una organización anarquista concreta que

es capaz de hacer frente a las condiciones de la confrontación. También es indudable que cada uno de nosotros, según nuestra historia y la época en la que hemos desarrollado nuestra actividad revolucionaria, contribuimos a la construcción de esta organización, unos más, otros menos. Y aquí me refiero a los compañeros anarquistas y revolucionarios, no a los hocicones y bocazas. Pero es igualmente indudable que cuando la organización concreta toma formas degenerativas, como las que tomó Acción Revolucionaria a partir de cierto momento de su vida, la crítica se impone, y no hay apelación al sentimiento que pueda convencerme de lo contrario.

Este folleto, que incluye textos escritos mucho antes de las tristes conclusiones finales de Acción Revolucionaria, formaba parte de un asunto en curso, cuando aún era posible debate. No habría tenido sentido si se hubiera escrito en el contexto de decisiones que encontraron su resultado final en la unión de las organizaciones combatientes.

Y, a ver la luz, está claro que las premisas eran tales que permitían fundamentar razonablemente las objeciones planteadas. La gestión publicitaria de los atentados, por poner sólo un ejemplo. También aquí -como en la redacción de los "Comunicados"- el modelo inicial (discutido y por un breve momento hecho suyo) de la Brigada del Enfado pronto se convirtió en un recuerdo desvaído. La laconicidad, la sequedad, la incisividad de aquel modelo -único en de "gestión" de las acciones y de "relaciones" con la prensa- quedaron sumergidas por la pretensión de "explicar", una actitud típicamente profesoral que aún hoy tarda en desaparecer, si no en la mente de muchos camaradas.

Luego, las acciones importantes, si no exactamente llamativas (por ejemplo, el secuestro de Moro), las acciones que llenan las páginas de los periódicos. Esta es la elección de una organización concreta, pero haberla emprendido, no haberse limitado a pequeñas acciones de ataque y sabotaje, significa no tanto un descuido o defecto en el funcionamiento organizativo, como una elección de campo y, visto otro , una inevitable involución hacia el "cierre" organizativo. Si las pequeñas acciones son fácilmente generalizables (como vimos a lo largo de los años 80 y mediados de los 90 y más allá), no puede decirse lo mismo de las grandes acciones (incluso sin recurrir al modelo del secuestro moro), que en su distancia geométricamente militar del pueblo sólo pueden provocar una ovación de estadio y nada más.

La crítica esbozada en este folleto (y en otros escritos míos contemporáneos, igualmente estigmatizados en los "Comunicados" de Acción Revolucionaria) sigue siendo válida hoy, referida a cualquier modelo organizativo de una determinada estructura armada anarquista. En cualquier caso, por tratarse de cuestiones de gran importancia e inagotable actualidad, creo que deben ser meditadas a fondo, por camaradas serios.

[Introducción a "Insurrezione"*, Parafulmine e controfigure*, Catania 2001, pp. 3-5].

La Comuna de París

El 2 de noviembre de 1870, la guerra franco-alemana terminó con la dura e inesperada derrota del ejército francés en Verdún. Iniciada unas semanas antes, esta guerra había mostrado al mundo el poderío militar de la pequeña Prusia y, al mismo tiempo, la inutilidad de la oposición parlamentaria, que desde luego no era marginal en el parlamento prusiano. En casi toda Alemania, el partido de Bebel y Liebknecht había intentado impedir que las masas trabajadoras alemanas participaran en una guerra contra sus hermanos franceses, pero la iniciativa acabó en un estrepitoso fracaso. No sólo no se evitó la guerra, sino que el éxito de Bismarck (sus tejemanejes diplomáticos no se conocieron hasta mucho después) se consideró el primer paso hacia el ascenso de la Gran Alemania al poder europeo.

El movimiento obrero francés había intentado responder a tiempo, pero ni siquiera aquí la oposición proudhoniana había tenido la fuerza suficiente para frenar el orgullo del militarismo francés, que se consideraba invencible.

En efecto, como iba a quedar claro en poco tiempo, a partir de la derrota de finales de septiembre de 1870, con los prusianos en marcha arrolladora sobre París, no era ciertamente una oposición parlamentaria la que podía detener la ruina del pueblo francés.

Lyon se subleva el 26 de septiembre de 1870 y, al proclamar la "Federación Revolucionaria de Comunas" bajo la influencia teórica y práctica de Bakunin, declara "abolida la maquinaria administrativa y gubernamental del Estado". Pero esta iniciativa no fue suficiente: fue aplastada bajo la represión del gobierno provisional.

Ante el empeoramiento de las cosas, tras la derrota final en Sedán, donde el propio Napoleón III fue hecho prisionero, fue el propio pueblo de París el que se sublevó y proclamó, el 18 de marzo de 1871, la "Comuna".

¿Qué significado tienen hoy para nosotros estos acontecimientos lejanos en el tiempo, ahora que la Unión Europea ve a los jefes de Estado francés y alemán cogidos del brazo dándose la mano en un abrazo entre matarifes profesionales sólo temporalmente en paro?

El texto que volvemos a publicar, más de treinta años después, fue escrito por un joven anarquista de Catania, entonces miembro del grupo "Lega Comunista-Libertaria", cuyo triste destino no vale la pena mencionar aquí: profesor universitario de la República. Sin embargo, como ese texto sigue teniendo cierta validez, aquí está con la presentación hecha por mí, que en su momento me encargué de la primera introducción.

Hoy podemos ver claramente lo que tal vez pasamos por alto hace treinta años: la iniciativa política, tal como se manifestó durante los pocos meses de vida de la Comuna, no es "sólo" importante por lo que se logró en ese corto período de tiempo, sino también lo que se alimentó en su potencial, es decir, por lo que se hizo vivir como núcleo esencial de un hecho que no era plenamente comprensible a los ojos de los contemporáneos y, a decir verdad, ni siquiera a los herederos que reflexionarían sobre ello exactamente un siglo después. Me parece oportuno citar aquí, no utilizando citas literales, sino confiando en mi memoria, el juicio sobre la guerra franco-prusiana que Marx expresó en una carta a Engels, carta contextual a las primeras victorias de Bismarck: "La victoria del canciller", escribió Marx desde Londres, "corresponde a nuestra victoria en la medida en que hace posible el fortalecimiento de la burguesía alemana a la que, por lógica (la lógica dialéctica, por supuesto, tan querida por los marxistas) corresponde el fortalecimiento del proletariado alemán. Además, esta victoria corresponde también a la derrota de los proudhonianos (léase: los anarquistas) que abogan por un insurreccionalismo que sólo conduce a la desintegración del proletariado.

Todo el mundo sabe que el desarrollo de los acontecimientos en París llevó a los fundadores de la dictadura del proletariado a suavizar sus posiciones respecto a una conquista más o menos legalitaria del poder por parte de las organizaciones proletarias, pasando a considerar positivamente el levantamiento parisino y viéndolo como el único freno posible a la venta de los intereses del pueblo francés por parte del gobierno refugiado en Versalles, mano militar interna de los prusianos. Pero este cambio no les hizo perder de vista que, en cualquier caso, el desencadenamiento de la violencia insurreccional sólo es un hecho "limitadamente" positivo, ya que da lugar a procesos que no pueden controlarse fácilmente.

Por eso es útil hoy volver a reflexionar sobre aquellos lejanos acontecimientos parisinos. No ya fijándonos en la habilidad de los trabajadores en la gestión de la Casa de la Moneda o en la defensa de los intereses del Banco de Francia o en la gestión del servicio postal, o incluso de los esforzados anarquistas (como Élie Reclus) en la gestión de la Biblioteca Nacional, sino reflexionando sobre los aspectos que durante tanto tiempo se han considerado secundarios, cuando no francamente negativos. La insurrección nos acompaña casi a diario en los asuntos mundiales, y muchos de los que antes la consideraban un modelo de lucha caduco o, al menos, minoritario y fácilmente salvable, ahora se lo están replanteando.

Los sucesos de marzo llevaron a las calles de París una humanidad dolorida nunca vista. La burguesía (según el testimonio de Vilfredo Pareto) estaba aterrorizada. Más que los enfrentamientos propiamente dichos, las barricadas y los destrozos, como el derribo de la columna Vendôme erigida en memoria de las victorias de Napoleón, que sólo afectó a una parte de los barrios de la ciudad, lo que realmente asustaba era la autoorganización de una realidad subversiva que nunca habían imaginado que pudiera hacer por sí misma. De los lugares más recónditos y miserables de París salieron las fuerzas vivas de esa parte de la sociedad que siempre había estado destinada hambre y la ignorancia. Y esas gentes no eran sutiles, aunque los intentos de frenarlas procedieran inmediatamente de esos componentes -políticos, hombres de letras, abogados- que en tales casos se las arreglan para ponerse a la cabeza de toda iniciativa de

darle el freno "adecuado" y dirigirlo hacia aquellas negociaciones que en su lógica (una vez más la lógica del poder) pueden dar los mejores frutos. De hecho, en lugar de atacar inmediatamente Versalles, utilizando los cañones que había en París y empleando las fuerzas militares que podían superar fácilmente a los restos de un ejército humillado y derrotado, estos "dirigentes proletarios" hicieron todo lo posible para ralentizar las cosas y permitir el gobierno provisional se reorganizara y, con la ayuda de los prusianos, aplastara a la Comuna con miles de muertos y miles de condenas a muerte y deportación a islas de ultramar.

En este aspecto casi totalmente desconocido, queda mucho por saber sobre los acontecimientos insurreccionales de París en 1871. Sabemos poco de los expedientes innovadores utilizados para resistir en las calles de la capital y para contraatacar, obligando a los enemigos a retroceder, así como sabemos poco de las tesis de aquellos que, dentro de la propia insurrección, eran la expresión de las fuerzas populares más radicales, que no querían limitarse a escribir proclamas y poemas, sino que querían destruir toda la ciudad (expresión de la riqueza de la burguesía francesa en la zona comprendida entre la Sorbona y el Luxemburgo) antes que entregarla a los vencedores. Me parece que se puede identificar dentro de los acontecimientos de marzo, especialmente en las primeras semanas de lucha callejera, una "potencialidad no expresada" de naturaleza insurreccional que constituye una referencia para todos nosotros, y esto mucho más allá de las formas concretas en que logró expresarse. Al final, toda insurrección está conectada, sin saberlo, con todas las insurrecciones anteriores, ya que la iniciativa popular, enfrentada a unas condiciones represivas que en muchos aspectos son siempre las mismas, se desarrolla casi siempre de forma coherentemente autónoma, rechaza (al menos al principio) cualquier liderazgo más o menos políticamente coloreado, y no espera la señal de lucha de ningún grupo de especialistas.

Este folleto también puede aportar una contribución, aunque modesta, en este sentido.

[Introducción a *París 1871. La commune libertaria*, Trieste 2003, pp. 5-8. Nuestras ediciones publican una nueva edición de este opúsculo en la serie Opuscoli provvisori (nº 3)].

¿Moverse o quedarse quieto?

Los anarquistas y revolucionarios lo son no porque lo digan o porque escriban artículos y programas firmándolos con eslóganes, recuerdos del pasado y símbolos del anarquismo, lo son porque quieren hacer algo contra los opresores, es decir, quieren denunciar y atacar a los sistemas represivos y a todos aquellos que los mantienen en pie.

Para comprender plenamente esta sencilla afirmación, hay que dar un paso más. Antes de atacar, hay que saber a quién y a qué atacar y entender por qué atacar y cómo hacerlo.

De lo contrario, uno actúa como un toro enfurecido que embiste al azar, y tarde o temprano acaba siendo abatido.

¿Cómo saber a quién atacar y qué? Simplemente informándose. El capital y el Estado se transforman rápidamente. La electrónica permite rápidas reestructuraciones en la producción y el control. Los grandes industriales se extienden por todo el conectados por terminales y cables telemáticos. Todo el planeta está a punto de ser cubierto por una densa red de comunicaciones que es la base de la producción económica actual y, por tanto, también de la explotación actual. Aquí sabemos qué y a quién atacar. ¿Cómo sabemos por qué atacar? También esto es sencillo. La industria antaño podía ser conquistada por la revolución y utilizada después con fines de producción de paz. La industria actual, en su mayor parte electrificada, con trabajadores verdaderos conocimientos operativos, sólo puede utilizarse en pequeña medida. Ciertamente, el gran complejo de comunicación electrónica en el que se basa la producción-represión actual no puede ser utilizado, razón por la cual debemos empezar a atacarlo inmediatamente y destruirla, aunque en la proporción adecuada a nuestras posibilidades actuales.

Entre movernos y quedarnos quietos, preferimos movernos. La reestructuración actual, que ha reforzado las capacidades productivas del capital, ha abierto al mismo tiempo fugas. Esta enorme red telemática que atraviesa el territorio de todas las naciones industriales avanzadas es sin duda una de estas fugas.

Golpeemos dentro. Con pequeñas acciones, no con grandes operaciones militares que están fuera de nuestro alcance material y de la lógica del nuevo capital. Son precisamente las pequeñas acciones destructivas, el sabotaje, diseminadas por todo el territorio, el arma más seria para luchar hoy contra el enemigo de clase.

[1988]

Elogio de la opinión

La opinión es el bien más extendido. Todo el mundo la posee y todo el mundo la utiliza. La fábrica de opinión implica una gran parte de toda la producción económica, su consumo ocupa una gran parte del tiempo de los individuos. La principal cualidad de la opinión es su claridad.

Digamos de entrada que no hay opiniones oscuras. O se está por el sí, o se está por el no. Le son ajenos los matices y las ambivalencias, las contradicciones y las dolorosas confesiones de la incertidumbre. De ahí la gran fuerza que la opinión proporciona a quienes la utilizan, a quienes la consumen para sus decisiones, a quienes la imponen a las decisiones de los demás.

En un mundo que avanza cada vez más rápido hacia los binarios de positivo/negativo, botón rojo y botón negro, la reducción a esta lógica simplificada es un importante factor de desarrollo, quizá de la propia convivencia civilizada. ¿Qué sería de nuestro futuro si siguiéramos aferrados a las crueldades no resueltas de vagas ambivalencias? ¿Cómo podríamos ser utilizados, cómo podríamos seguir produciendo?

Cuando se reduce la posibilidad real de elección, es cuando entra en escena la claridad. Sólo quien tiene las ideas claras sabe qué hacer, pero las ideas nunca son claras, y surgen quienes las aclaran, quienes proporcionan herramientas fáciles y comprensibles: no discursos sino cuestionarios, no percepciones sino alternativas binarias. De día o de noche, sin crepúsculos ni auroras.

De este modo, nos piden que nos pronunciemos a favor o en contra de algo. No nos hacen ver los aspectos del problema, sino sólo una construcción muy simplificada. Decir "sí" o "no" es sencillo, pero sencillez oculta y oscurece la complejidad, no la comprende ni la explica. De hecho, ninguna complejidad puede explicarse si no es remitiéndose a otras complejidades. No hay soluciones a los problemas, sino oportunidades para la reflexión, para el co-conocimiento, para el encuentro. Alegrías del intelecto y del corazón que la proposición binaria borra y sustituye por la utilidad de la decisión correcta.

Y como nadie es tan estúpido como para creer que el mundo descansa sobre dos pilares lógicos, el positivo y el negativo, como tiene que haber un lugar específico de aproximación, un lugar en el que las ideas recuperen el y el conocimiento recupere su terreno perdido, surge el deseo de delegar cualquier investigación ulterior en otros, en aquellos que, al sugerir soluciones sencillas, parecen custodiar elaboración de complejidad como algo que ya ha sucedido, y que por tanto se designan a sí mismos como testigos y depositarios de la ciencia.

Así se cierra el círculo. Los propios simplificadores se presentan como garantes de la fundamentalidad de la opinión buscada, de su correcta producción en forma binaria. Parecen ser conscientes de que la opinión, una vez asentada, destruye cualquier capacidad de comprender el intrincado tejido que hay debajo de ella, el complejo despliegue de los problemas del conocimiento, la frenética interacción de símbolos y significados, referencias e intuiciones.

El manipulador de la claridad destruye el tejido de las diferencias, diluyéndolo en el universo binario del código, donde la realidad sólo aparece posible en dos soluciones: la bombilla encendida y la bombilla apagada. El modelo resume la realidad, borra lo borroso de la realidad y la sugiere en fórmulas estadísticas ya hechas, listas para ser con- sumadas. Ya no hay proyectos de vida, sino meros símbolos que sustituyen a los deseos y duplican los sueños, convirtiéndolos en bi/sueños.

El crecimiento cuantitativo de la información de que disponemos no nos permite salir del ámbito de la opinión. Del mismo modo que la mayor cantidad de mercancías en un mercado, con todas las variedades posibles y superfluas de un mismo producto, no significa riqueza o abundancia, sino sólo despilfarro mercantil, así aumento de la información no aumenta cualitativamente la opinión, es decir, no produce una verdadera capacidad de decidir entre lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo, salvo reduciendo estos aspectos a la representación de un modelo dominante.

En realidad, no hay buenos de un lado y malos del otro, sino todo un matiz de condiciones, casos, situaciones, teorías y prácticas que sólo puede captar la capacidad de comprender, es decir, la capacidad de utilizar el intelecto con las necesarias presencias correctoras aportan la sensibilidad y la intuición. La cultura no es un montón de información, sino un sistema vivo y a menudo contradictorio por el que conocemos el mundo y a nosotros mismos, un proceso a veces doloroso y casi nunca satisfactorio por el que nos damos cuenta de esas relaciones que constituyen nuestra vida y también nuestra capacidad de vivir.

Si borramos todos estos matices, acabamos teniendo en nuestras manos una curva estadística, una tendencia ilusoria producida por un modelo matemático, no una realidad fraccionada y desarticulada. La opinión nos proporciona así seguridad, por un lado, pero por otro nos empobrece y nos priva de la capacidad de luchar, convenciéndonos finalmente de que el mundo es más fácil de lo que es. Todo ello en interés de quienes nos dominan. Una masa de súbditos satisfechos y convencidos de que tienen la ciencia de su parte: eso es lo que necesitan para realizar sus futuros proyectos de dominación.

[Publicado en "Canenero", nº 16, 14 de febrero de 1995, p. 4].

La oscura claridad de las palabras

El escritor, quizá incluso más que el orador, está llamado a aclarar, a aportar luz. Una vez planteado un problema -el escritor también debe ocuparse de algo, de lo contrario sus ensueños carecerían de sentido-, este problema se ilumina mediante el uso de las palabras, mediante un uso particular, capaz de organizarse dentro del capullo de ciertas reglas y en vista de una perspectiva a alcanzar.

El lector, quizá incluso más que el oyente, no capta las palabras individuales, sino su significado en el marco de esas reglas que las organizan y la perspectiva que pretenden alcanzar.

Por muy tenue que sea el significado de lo que se escribe (o se dice), lector (o el oyente) no desempeña el papel de receptor pasivo. La relación suele adoptar la forma de un conflicto, en el que chocan dos universos diferentes. Pero este choque no se basa en una intención activa, por parte del escritor (o narrador), y una pasiva, por parte del oyente (o lector). Los dos movimientos son contrarios sólo en apariencia. El lector participa en el esfuerzo del escritor, y el escritor en el del lector. Aunque los movimientos estén separados, dejan de estarlo en el hecho, poco , de que el escritor sigue siendo el lector (contemporáneo) del texto que escribe, y el es también el escritor (contemporáneo) del texto que lee.

Aquí se cometen dos errores. El primero es el que comete el escritor, que, leyéndose a sí mismo mientras escribe, cree comprender lo que escribe, y no se da cuenta de que su comprensión se debe a menudo no a la claridad del texto, sino a la coincidencia lector-escritor, que, en el hecho preciso de organizar las palabras según un proyecto, alcanza el nivel más alto. La segunda es lo que le ocurre al lector, que, imaginándose en el acto de escribir el texto que lee, se niega a aceptar opciones terminológicas impensables para él, y no se da cuenta de que a menudo la incomprensibilidad del texto que lee se debe no tanto a la falta de claridad como al hecho de que él lo habría escrito de otra manera.

Lo que parece escapar a esta relación binaria es el tercer elemento, es decir, el sujeto en discusión. La realidad examinada con palabras es un diafragma que, si por un ayuda a organizar las palabras de una determinada manera (aceptando unas y rechazando otras), por otro opera una acción deformadora respecto al uso de las palabras aceptadas. Ninguna palabra es neutra, sino que cada una, al organizarse dentro de los conceptos, contribuye a transformar en el lector (y, de forma aún diferente, en el oyente) una hipótesis de difracción de la realidad examinada (sobre la que se escribe o se habla).

En sí misma, por tanto, no existe una palabra clara y otra oscura, no hay posibilidad de arrojar definitivamente un cono de luz sobre la realidad, aclarándola de una vez por todas. La palabra, una vez desvinculada de la realidad a la que se refiere, por tanto de la elección hecha por el escritor (o el hablante) pero a partir de las sugerencias de la realidad examinada, ya no significa nada, desaparece, y con ella desaparece su posibilidad de ser algo, un medio de pensamiento y de acción, un elemento capaz de unir a los hombres o de dividirlos. El diccionario es como un depósito de palabras. Están alineadas allí, en los estantes, algunas usadas todo el tiempo, otras sólo raramente, todas igualmente disponibles, pero sólo algunas de ellas capaces de coordinarse entre sí según las intenciones de quien las elige y las sugerencias de la realidad que se quiere vestir con palabras.

Sólo que podemos entender las palabras y, por tanto, decidir si cada una de ellas es, para nosotros, "clara" o no, siempre que estemos familiarizados con estas operaciones de vestir. No hay palabras, por un , objetos muertos, encerrados en diccionarios, y realidad, por otro, donde los objetos individuales existen junto a las palabras, objetos también, pero todos a granel y sin relación entre sí. Hay corrientes de significado, es decir, procesos operativos en el curso de los cuales los elementos de la realidad (que aquí podemos llamar "objetos" por conveniencia) reciben significado para nosotros, vistiéndose con ropajes lingüísticos. No hay silla separada de la palabra que la significa, y las distintas palabras utilizadas por las diferentes lenguas reconfirman este intento como flujo de sentido, proponiendo matices filológicos que a través de la historia de los milenios revelan a menudo caminos increíbles, aventuras extraordinarias.

Vestir la realidad es, pues, la actividad primordial del hombre, la condición para actuar, una acción también, una forma esencial de acción, ya que (hecho sobre el que se reflexiona poco) el pensamiento mismo es el proceso lingüístico de vestir la realidad. ¿Qué podríamos "hacer" sin la capacidad de "leer" la realidad? Nos encontraríamos ante una masa oscura de presencias y temores. La cuestión más importante no es la de una mayor claridad (palabras más fáciles, ropajes más tenues, linealidad de las correspondencias), sino más bien, y tal vez al contrario, la de una mayor riqueza (palabras diferentes que contrastan , ropajes de colores más vivos, incertidumbre de las correspondencias). La palabra es también encantamiento, maravilla, invención gozosa, fantasma, evocación de otra cosa, de algo siempre diferente, no sello de lo ya visto, reconfirmación de las propias certezas.

La finalidad del decir (y del escribir) no es, pues, "aclarar", sino "enriquecer" la realidad, invitar a lo imprevisible, a lo imprevisto. Quien comunica no está obligado a darnos recetas para acomodarnos, panaceas para nuestros miedos, reconfirmación de nuestros conocimientos, sino que también puede sentirse dispuesto a sugerir caminos difíciles, a señalar incertidumbres y peligros.

Gratis, quien quiera sentirse seguro en su propia casa, que deje de leer o que el oído.

[Publicado en "Canenero", nº 22, 7 de abril de 1995, p. 4].

Radiografía de un acontecimiento

En la sociedad posindustrial, un acontecimiento nunca presenta como un objeto externo y cerrado, sobre el que se sabe algo y, por tanto, se puede decir algo.

En esencia, el desarrollo de un lenguaje suficientemente crítico, capaz de hablar de un determinado acontecimiento, no es posible en las condiciones actuales. Aquí lo intento, poseo un lenguaje perfeccionado a lo largo de veinte años de ejercicios políticos y sociales, pero en realidad no puedo decir que posea una herramienta adecuada para hablar de un acontecimiento como el que por comodidad de comprensión también puedo llamar "manos limpias". De hecho, el uso de un lenguaje diferente debería permitirme acceder a conclusiones distintas, y eso es precisamente lo que quiero hacer, pero mis palabras remiten a una redundancia global que es la de la escucha cotidiana, por la que pasan a través de una infinidad de otros escritos, y por tanto de otras lecturas, donde reverberan hasta extinguirse en su significado original.

Debería poder rastrear el motivo generador, el rasgo fundamental del acontecimiento, en definitiva, llegar a sus raíces. Pero, ¿cómo hacerlo? ¿Cómo superar la enorme y siempre creciente barrera de las palabras?

Y cuando soy capaz de identificar el etimónimo oculto del acontecimiento, ¿cómo puedo asegurarme de que esta intuición no se me escapa de las manos y se vuelve incomprensible debido al propio movimiento de la cháchara que se produce?

¿Poseo un método capaz de mostrarme el camino para descubrir las fuerzas del acontecimiento sin ningún respeto por las capacidades expresivas de la fuente que lo transmite y su poder de implicación de masas? ¿O me veo obligado a ver desaparecer ante mí el sentido humano de todo lo que sucede?

Al hablar de algo que es esencialmente palabras, porque cualquier acontecimiento que pretendamos discutir acaba siendo palabras y no hechos concretos, o al menos palabras que han llegado a prevalecer sobre los hechos, contribuimos a este despojo. Un robo en perjuicio de la comunidad, continuado en el tiempo, colosal, espectacular, a veces indignamente perpetrado, la acción de una banda de políticos corruptos y corruptores y de empresarios corruptores y corruptores, todo esto, una vez dicho, se desvanece en importancia, se desvanece hasta el punto de ser cuestionado, mientras que, por otro sentido, la palabra se eleva y se difunde, atraviesa la realidad, la modela, la condiciona, la produce. Pocos casos como éste de políticos italianos corruptos y corruptores ejemplifican con gran claridad la nueva condición de la realidad postindustrial.

En el seno de los hacedores de discursos, incluso anarquistas para el caso, circula una ilusión que tarda en morir, se cree posible un discurso objetivo sobre un acontecimiento, hipotetizando el corte claro de un segmento de la realidad, un hecho como tal sobre el que reflexionar, un hecho como tal sobre el que reflexionar, interpretar y sobre el que, inmediatamente después, aconsejar a los lectores qué hacer a continuación, otro segmento hipotetizado separable del primero, casi siempre en oposición a él, como dos boxeadores que se miran fijamente y esperan el sonido del gong para empezar a atacar.

Que algo así es posible, dentro de los confines de la cháchara que nos regateamos unos a otros, es seguro. Pero el problema surge cuando nos preguntamos si, además de ser , ese discurso también tiene sentido, es decir, contiene información adecuada al propósito al que lo dirige su autor. La ilusión de sentido ha producido en el pasado, y amenaza con seguir produciendo, simulacros de discurso, ensamblajes de piezas ensartadas en una máquina infeliz, incapaz de funcionar. Y esta máquina que describe la realidad se atasca en su distanciamiento de sí misma, rebajándose a convertirse en la servidora de una racionalidad aplastante de la realidad que sólo necesita más crítica para llegar a ser perfecta en sí misma, completa y justificada. De ahí el distanciamiento o la colaboración, incluso la colaboración crítica, que hasta ahora nada parece perturbar el complejo productivo del acontecimiento. En el complejo productivo de movimientos del acontecimiento, el discurso diferente busca subtenderse a la corriente más afín a la tesis que se quiere demostrar. Esto no se hace caridad, ni para reconfirmar hipótesis teóricas que en sí mismas se sostendrían incluso fuera del fundamento proporcionado por un acontecimiento , sino que se hace para subrayar que proceso lógico dentro de la realidad que se supone que no es visible.

Reflexionando, detrás de esta intención actual, camuflada con los signos de la brillantez analítica, se esconde toda la vieja tesis de la contrainformación, que hoy no parece fecundada por nadie, sino que sigue pariendo hijos, y no por partenogénesis. La claridad ante todo. Danos la verdad en píldoras, por hacer. Tú que sabes leer y escribir entre líneas, que siempre encuentras y revelas algo detrás de todo, revélanos la verdad, para que adoctrinándonos nos pongas en condiciones de actuar.

El capital ha hecho finalmente justicia a todo esto, como a tantos otros aspectos de la realidad.

El retículo semántico en el que se enreda el acontecimiento ya no es hoy traducible en claridad. En primer lugar, porque el acontecimiento mismo se trata en los múltiples cuadrados de los que se compone el entramado, con claridad y distinción, como quería Descartes en su época. De este modo, el motivo inicial desaparece, descompuesto en una multitud de motivos. cada uno de los cuales produce desarrollos propios que no siempre están coordinados con los del otro motivo subordinado. Este tipo de polisemia produce un movimiento destructor de significados que anula recíprocamente las contribuciones de cada motivo dentro del acontecimiento en su conjunto, hasta que éste desaparece y surge una rampa continua de significados capaces constantemente de compensarse y autoeliminarse entre sí.

El error, de este , lejos de ser un elemento extraño en la composición lógica del acontecimiento, pasa a formar parte de él, es más, sustituye a la matriz , casi siempre exigua e insignificante en sí misma, y se extiende en su lugar. Así, a veces, el acontecimiento que circula, de hecho la retícula fundamental sobre la que crecen las correcciones posteriores, está compuesto por uno o varios errores del acontecimiento arquetípico, pero de tal manera que resultan ser verdaderas y propias intuiciones, puntos de inflexión del acontecimiento, no importa que sean intencionados o no.

No hay, pues, ninguna legitimidad lógica en la pretensión de establecer una distinción clara entre la palabra violadora, mensaje confiado a las grandes imágenes que lo aplastan todo en gestos de masas, y la palabra intérprete, que ayuda a la acción escapando al abrazo asfixiante de la primera. Al fin y al cabo, esta distinción nunca ha existido realmente, aunque la opción militante enclaustrada nos haya brindado a veces la oportunidad de tranquilizar nuestra conciencia. La incertidumbre provenía de una gestión diferente del acontecimiento, adaptada a los tiempos muertos de un capital que aún no domina el tiempo real, que aún no es capaz de construir la realidad sólo hablando de ella, y que todavía está obligado a producirla dentro de la ruptura irremediable entre la producción del objeto y su revestimiento lingüístico.

Proceder a un cotejo de las diferencias, basándose en un número muy elevado de comparaciones objetivas, comparaciones que habría que identificar y defender todas ellas contra posibles objeciones in situ, sería un trabajo en vano, ya que cada desviación de la línea normal del presunto acontecimiento original sería a menudo una desviación completamente insignificante, infinitesimal. Aparte de que este método quedaría anulado por la presunción objetiva de distinguir entre verdad y falsedad.

Llegados a este punto, cabe preguntarse por qué continuamos, si lo que decimos corre el riesgo de ser incomprensible, y por tanto, para recibir una legitimidad significativa, obligados a aceptar las reglas del juego, convirtiéndonos en funcionales al acontecimiento creado, en un elemento marginal de un juego en el que sólo podría jugarnos una fuerza ilimitada superior a nosotros.

La pregunta no estaría fuera de lugar. El riesgo existe y está a la vista de todos. ¿Qué podemos decir del acontecimiento "manos limpias"? ¿Discutir sobre el titular periodístico que no nos convence? ¿Discutir con poca o mucha competencia el nuevo justicialismo que se cierne a las puertas, un sistema doctrinal y de poder que siempre ha proporcionado apoyo popular y delirios de masas a dictaduras de todo tipo? ¿Quizás podríamos señalar los caminos pasados del había-dicho? ¿O habían dicho? Pobres Brigadas Rojas, qué ingenuos nos parecen, visto en retrospectiva.

¿Acaso la apelación a las emociones, la apelación retórica a la indignación ante la virtud herida y magullada, podría ser una forma diferente? ¿O, como otros la desarrollan plenamente, nuestra vana insistencia parecería un modesto óbolo a la tesis de la reconstrucción? ¿Quizá el discurso toga- nista, la reestructuración de la democracia, el análisis que cae en la dimensión italiana, la falta de necesidad atlántica y, por tanto, el hundimiento de la vieja clase política corrupta y corruptora? Pero todo esto se nos escapa.

ojos. ¿Cuáles son los destinatarios de nuestros discursos? ¿Cuál es su novedad? ¿Cuál es su función? ¿Debemos convertirnos en los creadores de una nueva "Selección" de lectores anarquistas?

Y nuestras ideas, revolucionarias y libertarias, las ideas de lucha y de insurrección, ¿cómo se enfrentan al acontecimiento y a su continuo fluir, a su continuo convertirse en acontecimiento, a su negativa a quedarse quietas ni un momento para ser debidamente encuadradas por nuestro análisis?

Me temo que se enlazan a través de una serie de consideraciones inevitablemente destinadas a sonar maximalistas y manieristas. Una serie de afirmaciones obvias que demuestran implícitamente, en su rarefacción aséptica, cómo nuestros análisis, para ser otra cosa, deben acabar en el silencio, para abrazar el silencio. Porque ¿qué otra cosa sería sino el silencio para afirmar una tesis revolucionaria frente al acontecimiento del que hablamos?

¿No sería un grito moral, muy moral, de alienación, un intento desesperado e inútil de hacer saber que somos el extremo de la pureza, la isla prístina donde el ideal sigue reinando supremo?

La distancia entre ambas palabras no puede ser mayor. Desconfianza en el acontecimiento, por tanto, y desconfianza en nosotros mismos como oradores del acontecimiento, como artífices ocasionales de una posible colaboración. Una voluntad extrema y enérgica de ser otro, aun a riesgo de no expresar lo que queremos decir que, en nuestras intenciones, podría ser cualquier cosa menos el silencio.

¿Cómo romper la producción del acontecimiento? ¿Y cómo, rompiéndola, proponer un punto de inflexión significativo, nuestro propio punto de inflexión? ¿Y cómo evitar que este punto de inflexión sea asumido por el propio acontecimiento y reciclado en el proceso de significación? Estas son las tres preguntas fundamentales que proponemos a la reflexión de todos. Intentemos dar algunas respuestas, provisionales por supuesto.

Un acontecimiento disfrutado en su totalidad, un acontecimiento complejo y completo, tal como se construye hoy ante nuestros , es algo en movimiento, que podemos postular comprometiéndonos de mil maneras, o dejando que otros nos postulen como objeto pasivo de un compromiso de recepción. En la práctica, es lo que hacemos todos los días, leyendo periódicos, más de uno, viendo telediarios, más de uno.

Pero de este modo el acontecimiento tiene apariencia de movimiento vital, es decir, de algo nace ante nuestros ojos. En realidad, muere ante nuestros ojos, muere como hecho vivo y se reproduce continuamente como acontecimiento historizado, aunque en la actualidad de la noticia, pero ahora encerrado en una distancia sin espacio y sin tiempo, precisamente porque éstos han sido abolidos por la contextualidad de la transmisión telemática. El poder del acontecimiento, como hecho que afecta a los hombres, que impacta en las conciencias, ante todo por lo que el hecho representa, aunque ha existido desde el primer , a medida que se despliega su historización cotidiana, se debilita, la injusticia se transforma disputa. La continua reproducción del acontecimiento supone la liquidación de lo que el hecho pudo significar, tal vez significó, aunque sólo fuera por un momento.

El proceso global de tratamiento del hecho a través de las palabras no debe contener nada que no sea inmediatamente decible, el hecho está siempre tras la posibilidad de convertirlo en palabras. También puede ocurrir que el hombre ya no sea capaz de producir hechos indecibles, esos grandes hechos ante los que el silencio es el único atestado de sentido. Así, cada vez más a menudo, los acontecimientos aparecen como depósitos fosilizados de la vitalidad del decir. Lo que fluye adquiriendo sentido a nuestros ojos, y a nuestros oídos, es la continua repetición del parloteo. Las palabras son moduladas por los hechos, pero son muy pocos los hechos capaces de dejar mudas a las palabras.

¿Cómo romper este proceso?

Reviviendo el acontecimiento. Rompiendo el círculo impotente de su reproducción automática.

Esto no puede ocurrir con palabras, ya que el acontecimiento siempre está hecho de palabras. Por tanto, debe producirse con la acción. Pero, ¿existe alguna acción que no esté hecha también palabras? Por supuesto que no. Toda acción es también un acontecimiento, y como tal no escapa a la regla de la reproducibilidad mediante palabras. Por lo tanto, el acontecimiento que rompe el acontecimiento anterior también está sujeto a las mismas reglas y tarde o temprano es atrapado, si es que otro acontecimiento no lo persigue por el camino del anterior, hasta el punto de dificultar el proceso de recuperación a través de las palabras. La creatividad de la acción que rompe el acontecimiento es, pues, el elemento que se recupera a través de la palabra, hablando en ámbitos cada vez más amplios, hasta la capacidad macroscópica de los grandes medios de comunicación. Y no hay forma de evitar esta recuperación, pero también hay que decir que cuanto más ajena es esta creatividad al pivote de la palabra, más posibilidades tiene de romper el acontecimiento subyacente sobre el que se injerta. Hasta aquí los viejos comunicados a los que la arqueología revolucionaria confiaba la explicación de sus actos.

Nada concede a la creatividad un estatus privilegiado en la esfera de la palabra. Las regiones son siempre las del archivo, donde todo encuentra explicación y acomodo. Pero la fruición puede tener momentos diferentes, en los que la actitud de supina admiración se interrumpe para dar paso a una especie de feliz manejabilidad del acontecimiento, siempre distante al menos hasta que se decide cortar la suspensión del espectador. Pero, para mantenerse dentro de esta distancia, que es la condición real más extendida, la alegría creativa del goce también puede significar la reelaboración e introducción de nuevos elementos, esta vez intencionados y coordinados, ajenos por cuidadosa elección al acontecimiento, no por movimiento natural dentro de la acumulación de la palabra.

Contrariamente a lo que se ha creído hasta ahora, deslumbrados por la clara y distinta manía persecutoria de los analistas cartesianos, de los que somos indignos herederos desde hace tantos años, no es en absoluto esencializando el acontecimiento como prestamos un servicio a la acción, y ello porque toda esencialización como racionalización es un hecho de la palabra, de ahí que una simple adición nunca sea en sí misma clarificadora de una vez por . Y, en el pro

el proceso que estamos examinando, de crecimiento desproporcionado del acontecimiento, incluso una simple aclaración se convierte en un elemento del halo deformador global.

En cambio, podría ser la contribución creativa, y deliberadamente contraria a cualquier pretensión de clarificación, el paso diferente para ir, si no más allá, al menos en dirección contraria a la de la normalización rampante.

Así podríamos crear un bosque lo más amplio posible de modificaciones y variantes del acontecimiento, todas ellas creadas por nosotros, pensadas de distintas maneras, capaces de engañar a la redundancia normativa del acontecimiento. Aunque sólo sea esto, me parece una hipótesis a discutir. Y es precisamente esta espesura de modificaciones y variantes lo que tengo en mente cuando hablo de acción o, al menos, de preparación para la acción.

Por tanto, ¿el punto de inflexión significativo del acontecimiento sobre el que se injerta la acción viene dado por la propia acción?

Hasta cierto punto. Puede que no exista una relación directa, en términos de causa y efecto. El primer elemento al que debe atender la acción no es tanto la interrupción del proceso reproductivo, sino la inserción en otra capacidad en el propio proceso, evitando el laberinto de palabras, la red de oportunidades lingüísticas o gestionándolas de otro modo. El punto de inflexión puede estar determinado o no. Pueden surgir otras acciones, y éstas también pueden tener su propia ajenidad al mecanismo que gestiona el acontecimiento subyacente, aquél sobre el que se está operando, y entonces es más probable que la combinación de todas estas acciones produzca rupturas significativas, obligando al mecanismo de producción a realizar esfuerzos considerables para recuperar el control de la situación y la gestión del acontecimiento y de las acciones que a estas alturas, marchitándose, se han convertido también en un esbozo del acontecimiento.

¿Hay que concluir, por tanto, que no hay forma de evitar la recuperación de este turno? En principio, la recuperación siempre es posible. Sería ilusorio plantear objetivos tan complejos y a tan largo plazo para un proyecto revolucionario que tiene que lidiar con mecanismos de recuperación y control tan potentes. Sin embargo, dado que se trata de efectos de gran alcance, y no puede ser de otro modo si queremos pensar en la presencia de un verdadero giro en el acontecimiento subyacente, también podemos plantear la hipótesis de la transformación radical del acontecimiento y, por tanto, la imposibilidad del sistema de recuperación y control de llegar a la gestión completa y satisfactoria del propio acontecimiento. Pero estas afirmaciones quedan por verificar, caso por caso.

[Publicado en "Anarquismo", nº 73, mayo de 1994, pp. 8-13].

Cuestión de método

Que existe en cada uno de nosotros una profunda necesidad de dar a conocer nuestros pensamientos es algo incuestionable. Lo más secreto e impenetrable, el límite que ninguna máquina electrónica, por sofisticada que sea, puede superar, decidimos espontáneamente dejarlo a un lado. Queremos darnos a conocer, queremos que los demás sepan lo que somos y cómo pensamos. Sobre todo tenemos nuestras opiniones, tanto más arraigadas e irreductibles cuanto más superficiales y aproximadas son.

Por el mero hecho de ser nosotros los que pensamos de una determinada manera, creemos que ésta la única forma correcta y acertada de pensar. Y nos sorprende enormemente que los demás no lo entiendan, y, a menudo, nos lleva a concluir quién sabe por qué conspiración o traición o cobardía.

Esta forma de hacer las cosas es humana y, por tanto, está muy extendida.

Incluso aquellos que se presentan bajo las vestiduras sacerdotales del posibilismo pluralista, por debajo tienen su sacrosanta opinión y nadie podrá desplazarla ni un pequeño milímetro.

Desde este punto de vista, somos como universos cerrados, totalmente desprovistos de toda posibilidad de comunicación. Deambulamos sin criterio lógico, de aquí para allá, a merced de nuestras impresiones, que confundimos con hechos objetivos.

Por supuesto, estas opiniones nuestras no son accidentales, surgen de nuestras relaciones con la realidad (otros individuos, cosas, estructuras, formas sociales, etc.), pero forman parte de nosotros mismos, es más, son precisamente uno de los aspectos más visibles de nosotros mismos.

Los demás nos ven como un complejo de opiniones, en ningún caso nos toman al cien por cien en serio. Nuestra forma de razonar, de elegir las palabras, de vestir, de comer, de hacer el amor, nuestras reacciones inconscientes, todo esto es visible para los demás y les da indicaciones más o menos precisas de nuestra individualidad.

El proceso por el que los demás llegan a conocernos es, por tanto, un proceso de individualización, por el que nosotros mismos somos individuos.

Es evidente cómo una vasta red de relaciones de extrema incertidumbre y aproximación conduce a la construcción de un dato que muchas veces consideramos absolutamente cierto.

Por tanto, cada uno de nosotros debería partir de una reflexión de este tipo: a) mis opiniones son inseguras, b) los demás me ven a través de sus opiniones, que son tan inseguras como las mías.

¿Qué hacer?

Teniendo en cuenta nuestros límites y los de los
demás. He aquí un buen método.

Cada uno de nosotros ha construido su propia forma de ser y es más o menos consciente de este proceso constructivo. Es algo que se parece a la propia situación de clase, pero con algunas variantes, la más importante de las cuales es nuestro deseo de vernos a nosotros mismos de otra manera, de engañarnos pensando que podemos montar un espectáculo más importante en el escenario social. Dondequiera que nos encontremos en el espacio social nos inclinamos a considerar a los que están detrás de nosotros menos importantes que los que tenemos delante. Si nuestras condiciones objetivas no nos permiten ponernos por delante de los que tenemos delante, al menos siempre podemos engañarnos pensando que podemos hacerlo con relativa facilidad.

Este ejercicio de fantasía no tiene límites. El obrero que se compra el coche caro se engaña a sí mismo del mismo modo que el directivo industrial que se hace pasar por empresario. El político que toma decisiones sobre el futuro de la nación se engaña pensando que domina el curso de la historia, del mismo modo que el científico que considera definitivo su descubrimiento engañándose a sí mismo pensando que ha captado la realidad.

Los revolucionarios también se engañan a sí mismos. No tanto en la vastedad de los proyectos, que quizá sea una de las cosas más concretas la actividad revolucionaria, vinculándola a esos saltos cualitativos que aunque siempre presentes nunca son previsibles, sino en las pequeñas cosas. En la vida cotidiana, en el mantenimiento de distancias imposibles, en el análisis de hechos lejanos y desconocidos, en la gestión de las propias capacidades, en el uso del propio coraje, en el sentido del ridículo y en muchas otras cosas.

Y en los momentos de fatiga, cuando las aguas de la inundación social bajan, estas ilusiones pesan como piedras.

Los revolucionarios también quieren ir por delante de los demás, ser más extremistas, más eficaces, más concretos. Tienen entonces un mito muy arraigado: el del "pauperismo". utilizar esta horrible palabra (por otra parte construida para ocasión) porque expresa bien el sentido del espectáculo en el que quiere participar el revolucionario. Su estatus abstracto está lo más alejado posible de los códigos de comportamiento corrientes, por lo debe ser no sólo "diferente", sino también "pobre", para dar la señal de acercamiento a la clase baja. De ahí un culto a la "pobreza" que a veces roza el ridículo. Ay de quien no acepte este código. Se le mira de reojo, con recelo e irritación.

Encerrado en la jaula de sus propias incertidumbres y clichés, el revolucionario también se conforma con las soluciones más fáciles y acaba entregándose a actitudes que permiten la reproducción de un cliché. De este modo, cede a las opiniones de los demás y se deja encasillar en "certezas" y formas ser preestablecidas. Sólo actúa en función de lo que los demás piensan de él y evita cuidadosamente herir con sus actos la susceptibilidad dominante. El gusto de moda por las escapadas corteses se vuelve preponderante, sólo para caer en la gresca cuando la máscara se cae y uno es descubierto por lo que es: respetabilidad disfrazada.

Para salir de semejante situación, habría que emplear un método crítico capaz de identificar la verdadera sustancia de cada una de nuestras opiniones.

Cada uno de nosotros parte de ciertas certezas. Bien. Sometámoslas a una crítica radical. Descubriremos que gran parte de estas certezas se basan en impresiones y no en hechos. Profundicemos en esas impresiones, hagamos un pequeño inventario de los , llegaremos al asombroso descubrimiento de lo frágiles que son los cimientos de nuestro juicio.

Bajamos al interior de nuestras impresiones, descubrimos cómo ellas mismas son el resultado de otras impresiones mezcladas con un número insignificante de hechos. Al acercarnos a cada hecho que hemos conseguido separar de nuestras impresiones, siempre descubrimos en él un componente de incertidumbre, un juicio subjetivo, una valencia ideológica.

¿Qué conclusión sacar?

Sin miedo. Es precisamente cuando tienes una certeza crítica de tus límites cuando te sientes más fuerte y puedes construir mejor tus acciones.

De hecho, hay dos maneras de acercarse a la realidad: una intuitiva y otra deductiva, una basada en el corazón y la otra en el razonamiento, y ambas son erróneas. El intuitivo de corazón que cree comprender inmediatamente la realidad, que la "siente", que tiene la pre-función de poder prescindir de los hechos, queda a merced de sus propias opiniones y de las de los demás. Simpatiza, como todos los Quijotes de este , pero le falta seriedad, precisión, información que son indispensables en un revolucionario.

El todocerebro deductivo acaba marchitándose a sí mismo y a su acción. Suele ser escéptico y sofisticado, engreído por un exceso de información, mientras que carece del entusiasmo necesario para poner en valor la riqueza de los hechos. También él es, por tanto, víctima de sus propias opiniones.

Se me ha reprochado que a menudo soy demasiado rígido al suponer que todos los camaradas pueden llegar a determinadas conclusiones porque todos son capaces de realizar determinados análisis. Al menos a corto plazo, se me ha dicho, no todo el mundo es capaz de comprender inmediatamente los elementos esenciales de un problema relacionado con la acción revolucionaria.

Creo que esto es cierto. Hay camaradas más dotados y camaradas menos dotados para el análisis teórico y la selección práctica de la información. Y esto se ve claramente en el hecho de que casi siempre son los mismos camaradas los que hacen los análisis, escriben los artículos, los panfletos, lanzan las ideas de intervención en la realidad, etc. Pero los demás no tienen por qué concluir en una aceptación supina o en un rechazo principista. Con un examen crítico -aunque lleve un poco más de tiempo- siempre pueden llegar a una aclaración entre sus propias opiniones y los hechos, y captar los elementos de error que, intrínsecos a las opiniones, impiden una comprensión clara de los hechos.

Esto es de esperar. Un camarada debe tener el valor de hacerlo, de lo contrario seguirá siendo siempre víctima de sus propios fantasmas.

Por el contrario, tenemos ante nosotros una triste realidad. Los análisis en profundidad de muchos camaradas son cualquier cosa menos críticos, son la clásica subida al espejo, o la obtusidad silenciosa que hace de su propio silencio una coartada para no salir a la luz. Otras veces son patéticos usos de herramientas nunca antes empleadas para explicar posturas que sólo tenían una explicación: el desconocimiento de los hechos. En lugar de crítica, hay un aluvión de opiniones, algunas agradables y simpáticas, otras especiosas y estúpidas, pero todas unidas en su alejamiento de la realidad.

Y así, eludiendo cualquier objetivo concreto, las opiniones chocan con otras opiniones y siempre es ruido y agua turbia en el lodazal de las ranas.

[Publicado en "Anarquismo", nº 44, diciembre de 1984, pp. 2-3].

El lío del gendarme mundial

¿Qué herramientas posee el Estado más fuerte del mundo? ¿Herramientas para ofender, sí, pero también para defenderse e imponer sus intereses a todos los demás Estados? Ciertamente, las armas, las bombas atómicas, los grandes portaaviones que surcan los océanos dispuestos a atacar las costas en peligro a lo largo y ancho del planeta, y los submarinos, y los misiles intercontinentales, y todo lo demás. Pero estos instrumentos también los posee un imperio en decadencia como Rusia, donde permanecen en estado latente, un mero coco para improbables equilibrios internacionales, y también material de negociación para ayudas y subvenciones. Cuanto más se expande mercado, en este último país se hace más dependiente de los negocios internacionales, de modo que las viejas ideas de grandeza militar se desvanecen y se confían a otros las cada vez más gravosas tareas de gendarme mundial.

No es seguro que Estados Unidos pueda asumir esta tarea durante mucho tiempo, por lo que a través de la ONU y la OTAN se intenta transferir parte de la carga financiera de la operación a otros Estados que se benefician de las operaciones policiales internacionales.

Sólo que los pequeños Estados, beligerantes y a merced de luchas intestinas fomentadas tanto desde el exterior como desde el interior, escenario de enfrentamientos tribales o clientelares, han aprendido a no tener miedo de las grandes, rimbombantes y molestas decisiones de pacifismo mundial elaboradas por la ONU, así de los tímidos movimientos bélicos llevados a cabo por la OTAN. Al fin y al cabo, estas estructuras ya han tenido su día y son incapaces de hacer frente, con convicción y concreción, al número cada vez mayor de guerras civiles que ahora salpican todo el mapa del mundo.

La ineficacia de la política internacional de los grandes Estados queda demostrada por su agotamiento y su progresiva sustitución por acuerdos , que los Estados más fuertes imponen a los más débiles de mil maneras. No es casualidad que todos los actuales ministros de Asuntos Exteriores de los países industrialmente más avanzados no sean políticos de carrera, sino economistas prestados a la política.

Un embrollo irresoluble, en términos de control mundial. El panorama sigue siendo de una extensión cada vez mayor de las condiciones anormales tanto del enfrentamiento bélico en sentido estricto como de las condiciones de supervivencia o miseria en que se encuentra mayoría de la población del globo. Cuanto más fuerte y solitario se levanta el enorme gigante americano, más impotente se muestra, pero ni siquiera sus miserables aliados pueden disfrutar de la condición de in- estabilidad en la boca del puerto de Rodas, los escombros del coloso podrían encontrarse en casa.

[Publicado en "Canenero", nº 8, 16 de diciembre de 1994, p. 8].

Bosnia

Cuanto más se habla de una noticia, menos se dice.

Esta regla de oro del periodismo no deja de funcionar, es más, se hace cada vez más evidente cuando se trata de temas que se desarrollan durante meses, e incluso años, y cuando trata, como en el caso de la guerra de , de matanzas masivas que se nos ponen delante de las narices en el mismo momento de ir a la mesa, a través de los grandes canales de noticias.

Se ha dicho todo o casi todo sobre la guerra de Bosnia. Se ha hablado de las matanzas, de las violaciones, de la feroz persecución racial, se ha hablado de la incapacidad de las Naciones Unidas para poner fin a la masacre, de la inutilidad de las negociaciones diplomáticas. Se siguen enumerando las meritorias intenciones de quienes intentan voluntariamente llevar ayuda, medicinas y alimentos a las poblaciones siniestradas, se especifican las responsabilidades y los equilibrios que no se han mantenido, se esbozan los intereses nacionales e internacionales, que a estas alturas se han vuelto tan confusos que se desvanecen en un caos más o menos homogéneo. Pero detrás de todas estas palabras, e imágenes, y luego más palabras y más imágenes, no hay ni una pizca de seriedad. No tanto de seriedad informativa, casi inexistente por principio, sino de seriedad propositiva, es decir, de verdadero interés por arrojar luz proponiendo no una solución, sino una manera de entender mejor las cosas y así, llegado el caso, indicar un camino a seguir.

No hay ocasión que no se aproveche para evitar decir algo, encubriendo esta in- tención real de esconderse bajo una avalancha de retórica y palabras. Así, se da espacio a la huelga de hambre de los niños que rechazan su merienda para enviar dinero del vale de comedor para los famélicos niños bosnios, una iniciativa loable en el plano humano y educativo, pero poco más que inútil en el plano real de las cosas. Señalar esta conspiración internacional de la información puede no ser una práctica agradable para los paladares ya infectados de muchos lectores de telenovelas y culebrones, pero también es algo que hay que hacer. Mientras adormezcamos nuestras conciencias con simples peticiones de principio o incluso con iniciativas voluntarias de apoyo y solidaridad más radicales, pero igualmente ineficaces cuando no francamente colaborativas, no entenderemos dónde está el problema, y no habiéndolo entendido, no podremos realmente empezar a hacer nada.

¿A qué esperamos para decir que esa guerra es nuestra guerra? ¿Que fuimos nosotros quienes la desencadenamos y no una parte más o menos responsable que las demás? ¿Por qué nos cuesta admitir que nuestra respetabilidad nos impide ir más allá de una caridad peliaguda? ¿Por qué no decimos abiertamente que, salvo una ínfima minoría, no sabríamos distinguir claramente entre un bosnio que huye de su patria y un gitano, a los que siempre hemos identificado en las abyectas figuras del mendigo y el ladrón?

de los niños? Tocan el botón sensible de nuestra falsa conciencia, pero se cuidan de llamar a la acción , digamos contra los responsables de esa guerra, que también están aquí, entre nosotros. ¿Qué piensan, por poner un ejemplo, de nuestras fábricas de armas que alimentan a miles de trabajadores pero producen la mitad del armamento que está matando a miles de hombres, mujeres y niños en Bosnia? ¿O las cosas van por separado? ¿O nuestra peluda caridad puede eximirnos de preguntarnos qué debemos hacer con esas fábricas y con los trabajadores que trabajan en ellas y con su respetabilidad empresarial y con los sindicatos que la defienden y con todo lo demás?

[Publicado en "Anarquismo", nº 73, mayo de 1994, pp. 14-15, con el título: "Cómo no contar Bosnia"].

La trampa chechena

Sería vano entrar a explicar los acontecimientos de Chechenia pretendiendo dar cuenta de todo. El problema es complejo y, en los próximos meses [1995], podría implicar aspectos cada vez más intrincados y difíciles de comprender.

Las intenciones fundamentalistas del Islam, al menos de momento, no aparecen en , pero están presentes. De ahí el papel del ejército ruso, al que hay que dar el impulso necesario para que recupere su importancia de antaño. Si los generales están ahí, deben trabajar, y el trabajo de los generales es la guerra. Los militares, con todas sus prerrogativas del pasado y sus antiguos privilegios, no pueden ahora hacer cola con las amas de casa por unos nabos y una coliflor. Podrían metérseles ideas malsanas en la cabeza. Por último, el peligro de que se extiendan las reivindicaciones independentistas, de que se rompan las frágiles convenciones asociativas entre los Estados socios surgidos de la antigua URSS, de que Rusia pierda el control, de que se empobrezcan sus ya precarias condiciones económicas, y todo lo demás.

Pero dicho esto, aún no se ha dicho nada. Dos consideraciones nos parecen interesantes. La primera se refiere a la impotencia de los movimientos pacifistas internacionales dirigidos, directa o indirectamente, por instituciones. Desde la ONU hasta la más pequeña asociación de voluntarios, la nulidad ha sido absoluta, no tanto el desinterés, que a menudo es total en cuanto se cruza el umbral de la propia puerta, como la conciencia de no poder hacer nada, ni siquiera organizar una expedición de rescate, ni siquiera mirar un mapa para ver dónde está Grozni.

La segunda consideración se refiere a la imposibilidad de la guerra en el sentido militar clásico. Una vez más, un ejército imponente y dotado de medios muy eficaces se ve humillado en confrontación directa por un pueblo en armas. No quiero precisar las razones del gobierno checheno para oponerse a la invasión rusa, ni me conciernen. Quiero subrayar la fuerza de la resistencia y la capacidad de organización del pueblo que se rebela contra idea de una ocupación militar enemiga. Esta fuerza hace risibles las pretensiones militares clásicas, basadas en el concepto de conquista, control y gestión de los territorios ocupados.

Esta reflexión merece un examen más detenido. Toda conquista militar se basa en la colaboración local, en un gobierno servicial, en una burocracia y una policía locales, capaces de el orden en nombre del conquistador. A la larga, también se basa en una transferencia de valores, del conquistador al conquistado, para que este último adopte las ideas y reconozca como correctos los métodos del antiguo enemigo. Todo esto, que define

colonización militar, tuvo su momento, e incluso en la época de su uso más amplio, nunca llegó a ser satisfactoria.

Sin mencionar los casos de Vietnam o Afganistán, resonantes como fracasos militares de poderosos ejércitos de ocupación, yendo hacia atrás, debe considerarse un fracaso militar no sólo la ocupación nazi de la URSS, que terminó con el derrocamiento del frente en Stalingrado, sino incluso la ocupación de Francia, ampliamente considerada como una "victoria" militar, que costó a Alemania años de esfuerzos constantes para frenar las acciones cada vez más insistentes de los maquis.

La colonización basada en la conquista militar siempre ha sido inadecuada, sobre todo si se compara con los resultados más satisfactorios de la colonización económica.

Ahora bien, recurrir a un medio tan burdo demuestra dos cosas: las condiciones de inestabilidad política y económica de Rusia, y la necesidad de emplear al ejército en cualquier caso. Estos elementos podrían conducir en el futuro a contradicciones mucho más graves que la actual relativa a la pequeña Chechenia.

[Publicado en "Canenero", nº 10, 13 de enero de 1995, p. 3].

Una maraña difícil de desenredar

En una zona no muy lejos de nuestra casa, llevan años enfrentándose. Con ferocidad y perti- nalidad. Se masacran como sólo los hombres cegados por el odio y la venganza mutua (y a estas alturas necesaria) saben hacerlo.

Cuando una maraña de sentimientos e intereses (más lo primero, menos lo segundo), cuando las violaciones se han solapado con las violaciones, las masacres con las masacres, la destrucción con la destrucción, todos los intentos de explicación son vanos. Tal vez incluso comprender sea inútil.

Quienes viven una tragedia, al cabo de un tiempo, caen en la dimensión de la venganza y conservan sus motivos. Todos, de este modo, tienen alguien a quien vengar y buenas razones para seguir luchando y muriendo.

Estas son las condiciones de la guerra civil.

Y es verdaderamente imbécil, realmente imbécil, ir allí y mirar las cosas con los ojos del observador medio asustado, medio desilusionado, recordando los propios esquemas mentales, y cuando éstos se rompen (tarde o temprano, en estos casos, cualquier esquema mental se rompe) gritar como un obseso que si el mejor amigo pudo disparar fríamente a la cabeza de un checheno barbudo y desconocido, el mundo no tiene por qué seguir. El imbécil de turno, que fue allí con el dinero de algún periódico (de izquierdas o de derechas, da igual), bien podría precipitarse en masa, poner fin a la , urgir (son tesis de muchos que nunca han entendido un carajo de estos asuntos), urgir la llegada salvadora de la caballería americana, británica, italiana e incluso española.

Pero desenredar semejante embrollo cuesta unos precios que ningún Estado puede pagar.

Por eso, en los callejones y caminos rurales, en el barro y bajo el cielo estrellado, la gente sigue disparando y matando.

Hasta el fondo.

[Publicado en "Canenero", nº 29, 2 de junio de 1995, p. 2].

La barbarie, calle por calle

Un gran Estado encarga a su ejército que invada y ocupe militarmente una pequeña república que se ha declarado independiente. Lo que hasta la víspera era un asunto político y militar o, recordando palabras célebres, una continuación de la política por otros medios, al día siguiente se convierte en una respuesta popular, el pueblo en armas, defendiendo cada calle, cada plaza, cada hogar. Y no hay quien no participe, aunque sea de corazón, por los pequeños agredidos por el gigante invasor. Pasó con Vietnam, pasó con Afganistán. Está ocurriendo con Chechenia.

Cuando los invasores barren a cañonazos el pequeño territorio ocupado y, a base de pinar, masacrar y violar, avanzan hasta declarar suya la tierra invadida, son un ejército victorioso y su oponente es un ejército derrotado. En cuanto hay una respuesta, es decir, en cuanto -como está ocurriendo en Chechenia- pequeños grupos armados se adentran en territorio ruso y atacan allí a hombres y propiedades, estos grupos son terroristas.

No me interesa distinguir qué es terrorismo y qué no lo , muchas veces el uso de este término sólo tiene valor político y sirve para descalificar la acción del enemigo, señalándolo ante la opinión pública como un bandido al que hay que derrotar con todos los medios disponibles, con leyes especiales, con masacres y, sobre todo, con la condena moral.

Tampoco me interesa saber si el grupo islámico que llevó a cabo el ataque contra la ciudad de Budionnovsk estaba formado por especialistas en guerrillas, antiguos guardaespaldas o simples campesinos que querían dar una respuesta sangrienta a los invasores golpeando en su propio territorio. Cuando estallan este tipo de conflictos, uno no sabe dónde .

La ferocidad -que sólo está latente en el corazón del hombre, de todos los hombres- nunca tarda en despertar. La ferocidad y la barbarie crecen y se extienden. Al observarlas actuar contra nosotros, se desencadenan respuestas inicialmente de defensa, luego de destrucción incontrolada, nosotros mismos nos volvemos feroces y bárbaros. Es cuestión de tiempo. Los buenos sentimientos, la piedad, el respeto por las ideas del otro, acaban por desaparecer. ¿Cómo se puede vivir en una tierra en la que corre la sangre? ¿Cómo se puede discutir con los agresores, si no es a punta de pistola?

Más allá de las motivaciones fundamentalistas de los dirigentes chechenos o de las preocupaciones económicas de Yeltsin, e incluso más allá de los temores de los grandes patrones mundiales, que no quieren cebar demasiado al gigante ruso (al fin y al cabo, propietario del mayor almacén del mundo).

atómica después de la estadounidense), la respuesta armada de los chechenos puede continuar mucho tiempo en el futuro y quizá consiga encontrar apoyo en otras situaciones no muy diferentes. ¿Hasta cuándo?

[Publicado en "Canenero", nº 32, 23 de junio de 1995, p. 2].

Salir de

Considera lo que se ha abandonado, lo que se ha dejado de lado de repente, lo que se ha dejado en su sitio como un objeto sin sentido. Todo llega sin avisar. Lo que he estado haciendo durante mucho , varios días es mucho tiempo, ahora ya no puedo hacerlo más, tengo que ir a otra parte. Otro lugar puede significar unas decenas de kilómetros u otro continente, nunca sé con suficiente antelación dónde estaré.

Estoy privado de la experiencia de presenciar el desastre, las condiciones en las que me encuentro no pueden aguantar mucho tiempo, de sentir este desastre, de verlo, de experimentarlo. Anoche, antes de mi partida, me engañé creyendo que tendría un círculo de vida estable, un hogar, una familia. De vez en cuando, estas imágenes borrosas y remotas vuelven. Tengo que alejarlas, tal vez ése sea el peor peligro al que enfrentarse en un lugar como éste. La indefensión del lugar es asfixiante, todo aquí me recuerda a cuarenta años en el desierto, la proscripción, la condenación, la zarza ardiente, incluso los que se dedican como siempre al trabajo en una remota granja rural tienen una sensación de impermanencia, me los imagino durmiendo con las maletas debajo de la cama.

Están aquí por la libertad. Yo también estoy aquí por la libertad. ¿Quién se ha engañado más a sí mismo? ¿Existe un lugar físico privilegiado donde estén los defensores de la libertad? No creo que lo haya. Nadie nace esclavo y nadie nace amo, muchas condiciones concurren en la formación de estas categorías y estas mismas condiciones desordenan de mil maneras la aparente homogeneidad de los resultados. Cada uno se sienta a su derecha como en un trono y no le importa, se siente seguro y no sabe que todo se tambalea, los tronos más que nada en el mundo. He llegado al mundo de la locura, donde todos tienen razón y todos se equivocan, donde todos piensan que su razón al tener más fuerza que la de su oponente acabará triunfando. Pero esta razón, y , se basan en los lugares comunes, la tradición, la originalidad de la larga y la tierra, la nación, la lengua, el sufrimiento, los millones de muertos, la primera oleada de colonos que cavaron la tierra casi se podría decir que con sus manos, árboles de los justos, la hospitalidad, el trabajo en común, el sueño de una nación hermana de otra nación sin barreras de región y lengua. Todo esto lo he llevado conmigo, arrastrado en mi ridículo equipaje, y ahora lo veo hacerse pedazos ante mis ojos, en este camino polvoriento, bajo un sol inimaginable, un hechizo que poco a poco se va desmoronando sin poder sacudir mi arraigada convicción de que tengo razón.

Nadie nace explotado o dominado, las condiciones externas juegan un papel en esta distinción y a través de sus grandes variaciones producen un conjunto muy variado. He visto fotografías de campamentos donde largas barracas de madera se alineaban en

fuentes comunes para cerdos y hombres. Otras fotografías me han mostrado las condiciones en los campos enemigos. Los amos están acurrucados en lugares seguros, a ambos lados, sin llevar las ropas harapientas de los proletarios. Por un lado la necesidad de la hospitalidad forzada, por otro el mito de la primera oleada de colonos, el trabajo comunal, el sacrificio como recompensa por el pan de cada día. ¿Qué hago aquí? Las condenas del más allá, antaño generalizadas, ahora un poco menos preocupantes, han sido sustituidas por un más allá con mucho más dolor e injusticia. Pasan los meses y me doy cuenta, o al menos me lo parece, de que intento escapar a la condena. Como cualquier persona responsable, sólo deseo que mi responsabilidad no aflore, no soy portador de libertad, no por el apoyo ideológico que tan bien puedo ofrecerme. Culpable e inocente de todo esto soy a partes iguales, haga lo que haga. La masacre es tan evidente, he estado en Chatila, que soy incapaz de decidirme por esta atroz dicotomía. Uno debe ser consciente de sus límites y posibilidades. El valor es aquí un bien barato porque abunda en todos los bandos. Lanzar una acusación de cobardía a la cara del enemigo es ridículo.

El gran poder de la vida, esto también se puede ver en todas partes, incluso en los cementerios abiertos, incluso delante de los cadáveres descuartizados. Más allá está la renuncia a todo esto para aceptar la vida, para no convertirse en un trozo de carne muerta. Si me ocurriera a mí, ni siquiera me daría cuenta. La muerte es también una mercancía inflada, como si quisiera indicarme con una marca de incorporeidad, vivo aquí, en este agujero, y no tengo nada más fuera de mí, ni siquiera el espacio que ocupo temporalmente con mi bulto corporal, en rigor, me pertenece, lo he tomado prestado. No puedo sentarme sobre absolutamente nada. Las municiones de ataque y defensa, como cuerpos extraños, se desangran en la desilusión mientras permanecen mudas en la esperanza. Los gritos de victoria que elevan al cielo en la orgía de la ideología me dicen tan poco que me tapo los oídos en esas ocasiones. Sólo quiero penetrar en la libertad. En lo que llevo conmigo, sólo en mi única posesión. Una pequeña posesión dotada, sin embargo, gran estructura armónica que me envuelve como una armadura. Y hago que esta posesión amorosa comparta mi destino, incluidos todos los peligros e incomprensiones. Cuando me enfrento a ella son momentos de análisis despiadado. ¿Por qué he venido aquí? ¿Qué puedo hacer? ¿En qué puede convertirse una piedra libre, tan pesada como una carga de ideología? Sigue siendo sólo una piedra, pero es una piedra capaz de desencadenar todas las gradaciones del bien y del mal. No corrí a esconderme tras mil coartadas, ante todo mi posición social, mi riqueza, para no ser aniquilado. Pero elegí exponerme allí donde la aniquilación es más abiertamente fácil. Quizás sea una forma tan buena como cualquier otra de escapar a las propias responsabilidades, de ponerse bajo el fuego enemigo. Morir en un campo de batalla es la cosa más estúpida del mundo. Morir en una emboscada es aún más estúpido. No hay certezas, sólo impermanencia.

Mañana me iré, o esta noche con una carga menos pesada. [2006]

Sin

Poseer algo es un indicio de perfección, incluso una cosa pequeña, diminuta, una piedra, un objeto, un cuaderno viejo y gastado con anotaciones a lápiz: no puedo fiarme de un bolígrafo que podría caerse al suelo y traicionarme. El lápiz es más seguro. Soy alguien precisamente porque poseo perfectamente este lápiz y este cuaderno. Sin ellos no sería perfecto. Son mi perfección. Me recuerdan que existo en este lado de este lugar, que estoy en este lado, o en aquel lado..., en fin, existo en un mundo donde había libro y donde había estudio. No es que aquí falte el estudio, que es tan indispensable y necesario como cualquier otro estudio, pero es un tipo de estudio diferente. Se trata de movimientos, cambios de perspectiva, largas caminatas en fila india, uno detrás del otro, uno para contrarrestar al otro. Es un estudio de centímetros y cientos de metros, de certezas y dudas, de subidas sin aliento y descensos vertiginosos.

El coraje de la naturaleza, mi coraje, fue sometido a una cuidadosa selección, hablé con él largo y tendido, le hice sentar frente a mí, como a un amigo (no tan amigo) y le dije y claro que no se trataba de la audacia de la juventud, que ya no era inmadura, sino de una implicación de todo lo que me constituye, la totalidad de mí mismo. Se dejó un poco, como se dejan millones de personas cuando se encuentran cara a cara con la verdad. No hay vuelta atrás, no hay avance sin aclarar este punto esencial. El coraje es la totalidad de mí mismo, no puedo apoyarme en ninguna prótesis. Incluso la tecnológica, que no es precisamente impactante, es traicionera y falla precisamente en el momento preciso. Valiente e inflamado, ardiendo con el fuego sagrado de la libertad. Así planteo mi discusión con el interlocutor algo aturdido por este bombardeo de palabras. Sólo yo lucharé, sólo yo caeré, pensé en el gran poeta que escribió estas palabras en un poema muy malo, y no de mi boca, me sentí un poco avergonzado, mejor así.

Asumir un riesgo, aunque sea grande, un riesgo mortal, un riesgo en el que la posibilidad de entregar la propia vida a cambio de algo es muy posible, pero no saber por qué uno se la juega exige ser consciente de un riesgo aún mayor. La libertad es sin duda un bello proyecto, pero mi crítica al determinismo no podría haber quedado sin efecto. Detrás de la palabra podría haber acechado el fantasma otra forma de dominación de la voluntad. Querer la libertad a toda costa, incluso a costa de la propia vida, es una empresa muy peligrosa, no tanto por la muerte casi segura, sino por el engaño que puede esconderse tras la palabra.

Por eso hice que Coraje se levantara de su silla e invité al portador de la libertad a sentarse. Este joven guardaba un asombroso parecido conmigo. Hablaba y dirigía hacia mí su brazo extendido, su inteligencia era vivaz y muchas palabras trataba ingeniosamente de disimularla para no ofenderme, para no meterme en problemas. Me di cuenta de que este joven guerrero no quería convertirse en una herramienta en manos de los conquistadores, futuros y presentes. Oscuros estados de ánimo me instaban a hablar con , a hacerle preguntas, a mostrar mi cultura, mis conocimientos e incluso mi valor real, no el falso valor de las barricadas. Quién sabe por qué permanecí en silencio y escuché. Pero el joven pelinegro había terminado de hablar, ahora me miraba fijamente y era como si esperara algo, no una palabra, él tampoco, creo, sabía qué hacer con las palabras, sino un movimiento de cabeza, un movimiento de su cara, de esos que llegan al corazón, algún movimiento de los labios, una mueca capaz de ganarme para él, para su causa.

Nuestro silencio mutuo se estaba volviendo incómodo. Esperaba que me cogiera la mano, que me la estrechara, como para declarar con ese gesto de amistad que al mismo grupo, a la misma tribu, a los seguidores del silencio, aunque sólo fuera eso. Pero no hubo apretón de manos. El hecho de que ambos fuéramos adversarios de la gloria, seguidores de los que aman la posesión, no habría necesitado ninguna explicación.

Mis carencias me atenazan tan fuertemente que me siento como una figura pos- sible, ágil y fuerte, pero aún no ha comenzado la lucha, la verdadera y definitiva lucha conmigo mismo para recomponer los fuertes del control de la voluntad, todo lo que he montado para hacer inexpugnables mis posesiones. Liberar la libertad es la lucha más difícil que se pueda imaginar, es un esfuerzo continuo y agotador, para evitar caer en la propia trampa, convertirse en un aventurero más donde el cambio, incluso el cambio radical, no es más que una cuestión de palabras. Esta lucha no admite ninguna reducción del compromiso, ni admite el engaño, la falsedad o la mentira. La verdad, como la libertad, debe salir de su escondrijo, de los altares donde se predica y se inciensa, debe salir a la luz, fortalecerse en la ausencia de posesión, y así no ser la libertad de algo sino sólo la libertad, y ni siquiera la verdad de algo sino la verdad.

Es a esta lucha a la que me enfrentaré y a la que dedicaré mi vida. Por eso llevo conmigo un cuaderno y un lápiz. Una nota de más, en este tipo de lucha, podría ser una traición.

[2006]

Escapada

Muchos son revolucionarios, vienen aquí creyendo que ofrecen algo, lo que tienen. Sólo que la mayoría de las veces se equivocan sobre lo que poseen. Creen en un cambio del orden social, pero no tienen ideas sobre el orden que les gustaría que sustituyera al antiguo. Viendo con sus propios ojos lo que ocurre cuando se derrumba el orden, cualquier orden, incluso el más feroz, se ponen como locos y empiezan a idear curiosas combinaciones y ajustes para establecer, como mínimo, cualquier otra forma de orden, con tal de que funcione, al menos en un futuro inmediato. Los más dispuestos a aclarar sus ideas a este respecto son los marxistas.

Están dispuestos a las maniobras turbias y a la política mezquina, y no se disgustan fácilmente ni por lo primero ni por lo segundo. Esto no quita que algunas acciones prácticas, estrictamente limitadas, puedan evitar la catástrofe. Suelen ser acciones , en las que el valor prevalece juicio o la inteligencia. En estas acciones, la característica principal es empezar algo, y necesitar a alguien que luego pueda continuarlo y desarrollarlo más. En sí mismas también pueden tener elementos aleccionadores e irrespetuosos con la moral actual, pero sólo son indicios, nunca conclusiones o afirmaciones que puedan llevar a conclusiones. Toda hipótesis basada en la inexistencia actual de algo preciso, es decir, toda propuesta que tenía en sí misma las características de la utopía, era aceptada en aras de la discusión, sometida luego a un aterrador deshuesado, que sólo dejaba vivos simples y burdos fantasmas, no difíciles de eliminar o de devaluar, en la medida en que carecían de todos esos significados articulados que hacen que una propuesta tenga cuerpo y, por tanto, sea al menos parcialmente aceptable. No se puede quitar carne a un esqueleto.

Reflexionando entonces sobre la condición actual, sobre las posibilidades de liberación en una situación desesperada, frente a un enemigo mil veces más fuerte y oculto tras la espléndida y luminosa bandera del holocausto, sólo se veían caras agotadas, expresiones apagadas, rostros agarrotados por el dolor y la sorpresa, visible desaliento. Por otra parte, en el plano de las cosas por hacer, ni siquiera había tiempo para reflexionar demasiado. Por primera vez en mi vida, me encontré aprendiendo y practicando al mismo tiempo. Una masa de nociones tecnológicas, indefinibles a primera vista, iba tomando forma ante mis ojos, inmersa en un pozo de sentimientos aplastados y laberínticos, donde no había lugar para mi valor de élite, para mi alma pura, para el tiempo de mi naturaleza incontaminada. No vi allí ninguna guarida de hadas, todo mi antiguo material onírico materializado en imágenes de pesadilla. No recuerdo aquí lo que vi porque me parecería increíble. En un ca-

ser, siempre está la singularidad de la vida que vivió, aunque fuera una vida pobre, un pequeño destello insignificante, pero también está en la carne muerta ese orgullo, que acaba aflorando si se mira de cerca. Aquí faltaba esto, no había más que carne muerta y ningún jeroglífico marcaba el itinerario de mis sueños. Todo era materia visceral, carnal, en constante putrefacción. No había tiempo para enterrar los cadáveres. El contenido de las entrañas, nada más salir, se envolvía en un contorno original, imprevisible, la materia fisiológica que uno podía mirar fascinado durante horas sin descubrir en ella ni vida ni belleza, sólo la repugnancia de lo repetitivo. Comprendo cómo se acostumbran los manipuladores de cadáveres de oficio.

Muchos habían muerto luchando con las uñas, con cuchillos, con una espátula, un trozo de hierro, un espetón de cocina, y habían muerto luchando contra ametralladoras de tanques, no en alguna batalla medieval enfrentándose a una catapulta. Por todas partes casi una obsesión por la corporeidad y la vitalidad, ambas abrazadas en la única realidad que queda, la muerte. Para llevar algo en el corazón que utilizar contra estos matarifes, hay que registrar esta realidad, sin intentar comprenderla, sin hacerse demasiadas preguntas que sólo conducirían a respuestas ingenuas, demasiado apremiantes para ser recordadas. Al sumergirse demasiado, uno se ve embargado al principio por un sentimiento de rechazo, de vómito físico, de arcadas incontrolables, luego por una calma casi irrespetuosa, una especie de aburrimiento que es una especie de estupidez, los músculos de la cara y de la boca se contraen en una especie de sonrisa sin sentido, como diciendo: "¿Qué hago aquí? ¿Por qué no me ha pasado lo mismo?". Era sólo cuestión de tiempo, unas horas, quizá ni siquiera un día, y tampoco podríamos haber hecho mucho contra los tanques.

Estoy aquí y temo tener demasiado interés en mi forma de respirar, indicio seguro de que sigo vivo, me avergüenzo de los muertos, como si mis malos sentimientos pudieran molestarles. Me siento hipócrita, yo, un libertador, frente a este cementerio al aire libre. Todo aquí es contrario a los principios morales por los que me obligaron a venir. Una dura lección. Lo que escondemos aquí bajo las estrellas. La barbarie cambia fácilmente de bandera y no es fácil perseguirla para combatirla. Se esconde tras elogios de antaño, tras explotaciones centenarias que acabado por llegar hasta nosotros y que son capaces de producir más barbarie. Aquí no hay tipos antisociales ni psicópatas, hay gente muy normal destripando y descuartizando ancianos y niños. Muy normal desde su punto de vista, claro. Sólo que al examinar este punto de vista suyo soy capaz de retroceder indignado ante lo que han hecho, mientras que me siento menos seguro de las motivaciones que les llevaron a hacer lo que hicieron. Mi condición de libe- rador me hace frágil en la justificación y demasiado lineal en la condena. Casi forma una costra sobre mí y me mantiene caliente. Esta costra me repugna.

[2006]

El reino de la muerte

Lo dirigen los antiguos torturados, que han venido aquí a torturar, empleando lo que han aprendido muy bien en otros lugares. En el , la utopía comunitaria de los ilusos antiguos, los padres todo esto. En la carne de hoy, en la sangre que corre por las venas de todos, queda muy poco de aquella utopía. Algunos adornos aquí y allá, la avenida de los justos, el muro de las lamentaciones, sinagogas, las callejuelas y las grandes calles parecidas, demasiado parecidas, a las de Europa. La marginación, la distancia y el racismo, incluso entre ellos mismos, pues hay blancos y negros. La miseria del hombre encuentra aquí una correspondencia exacta, inolvidable. Más que una visita a Auschwitz y Birkenau.

El crujido y la respiración entrecortada de las antiguas persecuciones, las incursiones nocturnas, el miedo hecho sustancia de la propia carne, aún no se han borrado después de tantos años. Por eso la ferocidad ha ocupado su lugar. No es que haya que perdonar lo imperdonable, sólo que la ferocidad no debe incorporarse a la propia forma de ver las cosas, de organizar la sociedad. ¿Qué ha sido del viejo espíritu libertario? Había que hacer las cosas de otra manera, hablar de esa ferocidad, no convertirla en un zumbido indistinto que penetra por todas partes y quema demasiada charla en una forma de silencio parlanchín.

No había necesidad de materializar la antigua ferocidad en un nuevo poderío militar, para que no volviera a suceder lo que había sucedido durante siglos. El poderío militar es la madre de un mundo en el que no puedes levantar la cabeza sin que te golpeen. No se puede vivir con miedo al retorno del sistema antaño impuro. Tienes que aflojar y no asumir que el mundo entero la tiene tomada contigo porque formas parte del pueblo elegido. Hay demasiados errores en este razonamiento como para corregirlos todos, pero hay que empezar por algún sitio. Vivir es ir más allá, preservar el pasado, unas pocas figuras, lugares especialmente delegados, libros de historiadores, escuelas y universidades donde se repiten las mismas cosas una y otra vez, testigos presenciales que poco a poco pierden la memoria y pisotean y frustran su deseo de recordar. Al final, o reina el silencio y la reconstrucción que tiene en cuenta las necesidades del otro, en un esfuerzo común sin diferencia de raza y origen, o la reconstrucción en la ferocidad y el miedo.

La ferocidad hacia el otro, incluso hacia el horrendo torturador que debe ser abatido y no puede ser perdonado, esconde siempre una pizca de miedo, por eso estas operaciones de baja justicia no pueden durar mucho, sino que deben resolverse lo antes , de lo contrario se construirá un nuevo mundo ferocidad y el miedo. Hecho lo que hay que hacer, juicios y sentencias son farsas indignas que remedan una justicia que no puede estar a la altura de los asesinos en masa, no hay que darle más vueltas,

no deben erigirse mausoleos ni caminos de los justos. Todo esto retuerce el cuchillo en la herida y vuelve a presentar el peligro en el horizonte, alimentando los sentimientos de venganza, de defensa a ultranza, incluso a costa de la injusticia y el salvajismo. De este modo, el círculo nunca se cierra.

En defensa de la propia seguridad, se levantan entonces muros defensivos, uno se encierra entre hierros y cortafuegos, y así acaba desconfiando de todo lo que no es tangible y controlable, de contornos precisos. Pero no se puede hacer florecer la vida en esos jardines interiores, en esos invernaderos calentados artificialmente, desprovistos de aire respirable. La vida es un fresco estupendo que cambia día a día, que muestra caracteres y actitudes diferentes, que hace al hombre distinto cada día, incluso cuando manifiesta su oscura y sensual inattitud a la paz y a la calma. La lucha es buena, renueva las fuerzas del hombre y su conciencia, empuja al mundo hacia una mejora radical; la ferocidad no, lo convierte en un instrumento programado y temeroso que retrocede en cuanto las reglas que fijan esta ferocidad en función de la productividad del mercado. La lucha es la vida; la ferocidad en la lucha la degrada a un comportamiento represivo inhumano, a la aplicación estúpida de modelos ideados por unos cuantos eruditos irresponsablemente decididos en sus mentes pseudocientíficas.

He aquí que las filas de los dominados por la ferocidad no han desaparecido en la noche de la tormenta, no se han ido para siempre con las categorías filosóficas de pensamiento ridículo en su infantil mecanicismo. Han regresado, con sus cascos brillantes de diseño diferente, con su paso cadencioso a una marcha diferente, estas filas han regresado sin siquiera hacer alarde de nuevas categorías morales, sólo poniendo una cubierta para no perder la cara, una cubierta basada en la defensa de "hemos tomado tanto, es hora de que se lo demos a alguien más", el ejército que sacudió el mundo con la ayuda de Dios hace milenios.

Vivir junto a otro pueblo, colectivamente, en comunidades agrícolas o tecnológicas, trabajando en paz, ésa es la utopía de la primera ola. La segunda ola, que se intenta agrupar con la primera, consiste en simples colonizadores que expulsan a la gente de sus tierras por la fuerza, utilizando a veces la ayuda indirecta y bien pagada de ejércitos extranjeros. Los cascos han cambiado, pero las cabezas que los llevan no, siguen siendo las mismas.

Por eso estoy aquí, porque soy un liberador. Pero es tan difícil ser un libertador, porque debajo de cada casco se esconde una cabeza que parece diferente de la que era, a la que se podía golpear con toda la conciencia del corazón, esta cabeza razona de otra manera, al menos intenta razonar de otra manera, se opone a elementos que se basan en su propia supervivencia y no en la pura opresión en nombre de la pureza de la raza. Al fin y al cabo, el racista es un enemigo feroz pero más lineal, sus razonamientos, si no agitaran el vómito, serían jocosos, este que tengo delante no es racista, este tiene un casco diferente, y razona de otra manera, aunque haga las mismas cosas horribles que el antiguo poseedor del casco con la cruz ganchuda. Las hace pero habla de ellas de otra manera. ¿Pueden las palabras cambiar

las cosas que uno hace? No lo sé, a veces sí, y muchos caen en este malentendido. Yo mismo he sentido muchas veces que me temblaba el dedo índice en el gatillo.

[2006]

La verdad

Es la verdad lo que me ha traído aquí. La verdad. Como un niño levanté la solapa de lo que no sabía y descubrí la verdad. Entonces me rebelé violentamente contra todos los que querían convencerme de que sólo levantaba una solapa de la verdad. ¿Y la otra solapa? No me importa lo que esconda la otra solapa, no puede esconder la verdad. Sólo hay una, y si está en este lado, ¿cómo puede estar en el otro? Eso sería relativismo estúpido, y he combatido toda filosofía semejante empezando por la epistemología neopositivista, la ganzúa con la que he descifrado la caja fuerte cruciana. Verdad y libertad son lo mismo, dicho con dos palabras distintas. No puedo ser libre sin ser verdadero y, viceversa, no puedo ser verdadero sin ser libre. Pero nadie, que yo sepa, ni siquiera yo mismo, es libre, absolutamente, puede tener un trozo de libertad, incluso codificada por la ley, pero completamente libre nunca lo es, por lo tanto nunca es verdadero. Puede ser parcialmente verdadero, en lo que hace o dice siempre habrá un trozo de , y este trocito tendrá su valor, pero nunca habrá libertad.

He venido a buscar toda la verdad. Hay situaciones extremas en las que sólo estás tú y la verdad, todo lo demás en el mundo desaparece. Cuando te enfrentas a una persona con gafas redondas y oscuras que sostiene un estilete con el que te está perforando las pelotas, ya no hay incertidumbre. La verdad está ahí, frente a ti, el rostro ligeramente hinchado de este portador de estilete, el mundo entero resumido en la fuerza que está impartiendo con su muñeca al mango de su estilete. ¿Me lo hasta fondo, sólo me hará pequeños agujeros para probar mi fuerza para resistir el dolor? En cualquier caso, todo está ahí, tu vida está ahí, nunca ha habido un antes y nunca habrá un después. ¿Qué puede ocurrir que añada un matiz a esta verdad absoluta? ¿Me estoy engañando a mí mismo? ¿Estoy ante un tipo al que le gusta usar sádicamente su estilete y está practicando con mis pelotas? ¿Estoy aquí por casualidad? Sin embargo, sé que quien me mira tras sus gruesas lentes negras y redondas es un agente del Mossad y que el ejercicio del estilete es lo que hacen estos especialistas en tortura para hacer hablar a la gente. También sé que es cuestión de minutos, que en unos minutos intentaré hablar, inventarme cualquier historia, en la jerga de la venta de un par de zapatos viejos. Sin embargo, no soy un buen vendedor y nunca me he visto en situaciones así. ¿Quién sabe cómo me irá?

Tengo miedo, un miedo desapegado, como si mirara desde fuera lo que me sucede, un miedo frío que se origina en mi interior, en el flujo de la sangre de mis venas. La velocidad de esta carrera se ralentiza, estoy presa de una especie de delirio que comenzó en cuanto llegaron los primeros golpes, un delirio extraño que raya en la lujuria por

experimentar las embestidas más significativas. No es una apreciación particular de mi valor, más bien es el comienzo de una duda sobre mi fuerza y, por tanto, también sobre mi valor. Quizás no lo he puesto realmente a prueba, quizás todo lo que me dicho y me han dicho no iba en la dirección correcta. Noto que la tensión de los nervios, no el flujo de sangre que empieza a mojar mis piernas, me está haciendo sudar. ¿Es éste el sello de que pronto gritaré de dolor y desesperación? En el lodazal cercano un murciélago se hace oír, sé que está apreciando mi comportamiento. Unos minutos y todo habrá terminado. El hombre de las gafas negras redondas ya no tiene el estilete en la mano, boquea y cae hacia atrás como puede. Le falta la mitad de la cabeza, de la nariz para abajo. Tal vez no habría resistido. Acuerdos milimétricos imposibles de negar surgen de la nada y dictan la ley del azar, la buena y venerada ley que interviene en los mejores momentos. Cuando no interviene, nadie puede discutir su no intervención. La verdad se había desmoronado de repente en mil hipótesis. El hombre de las gafas redondas y negras, ahora con los brazos abiertos, ya no es la verdad, es una hipótesis, se inscribe en la posibilidad de que las cosas fueran de una determinada manera, de que los camaradas llegaran antes de que él continuara su trabajo de cincelado y de que yo me pusiera a gritar como un tenor de . ¿Quién puede saberlo? Si lo primero era la verdad, lo segundo constituye la mentira de la vida, yo hinchando el pecho como el batracio que señalaba la llegada de mis salvadores, avalando mi integridad revolucionaria, afirmando delante de todos, incluso delante de mí mismo, que hubiera preferido que me cortaran en pedazos pero no hablar. No lo sé. Dónde la verdad, no lo sé. Las buenas intenciones están enganchadas y estrechamente ligadas a las malas, entrelazadas forman el tejido profundo de nuestras fábulas, de las historias que contamos por las tardes junto al , para despertar la atención adormecida de nuestros oyentes. La apariencia cubre la verdad con sus luces multicolores y la oculta, no le permite ver la luz. Es mi cháchara la que pone en juego el tal vez algo retorcido, pero sin duda bien fundado. ¿Y si las cosas hubieran sido diferentes? ¿Hasta dónde habría sido capaz de ? El héroe de cartón piedra retrocede en su armadura de cartón y no consigue con sueño. [2006]

No dejé los prejuicios en casa

Lo prometí y no lo hice. Después de tanto tiempo observando los errores de los demás, los encierros dentro de fortalezas epistemológicas, las defensas a ultranza de puntos de vista tomados por casualidad, enganchados con un alfiler, ahora pensaba que había llegado hasta aquí, dentro de este calor infernal, con poco equipaje. No es verdad, equipaje que me queda es siempre demasiado pesado. No es que la verdad sería un equipaje vacío, el rechazo de todas las afirmaciones dogmáticas no probadas, mientras que las afirmaciones probabilísticas son buenas para el hígado, nunca pensé nada por el estilo. Estos también están enfermos de prejuicios, una enfermedad que está en todas partes. Sé cómo salir de ella, pero mi cura no funciona necesariamente. La acción es el resumen inmediato y compacto, la totalidad la vida de un hombre, no admite prórrogas ni aplazamientos, no acepta compromisos que puedan resolverse en el futuro en una nueva forma de ajustar las contradicciones. Leyendo por dentro las declaraciones de los filósofos, grandes y pequeños, no hay básicamente ninguna diferencia en este punto, todos coinciden en mantener erigida una barrera, una diferencia de salvaguarda. Una cosa es pensar, otra es hacer. En este punto se podría incluso estar de acuerdo, pero ¿qué pasa con el actuar? No se puede meter en el mismo saco el hacer y el actuar. Hay momentos en la vida de un hombre en que todo se resume en un tic brillante, en un diamante tan fino que cortaría el aire y lo haría sangrar. Ese diamante está hecho de carne y hueso, corta a mi enemigo pero también hiere mi corazón. La peligrosa libertad global de que goza esta acción se debe a que todas las distinciones son falsas, suposiciones prejuiciosas que sugieren más bien golpear a ciegas y no ver cuidadosamente dónde golpear.

El enemigo del que hablo es el enemigo de la vida, por tanto de mi vida y también de la suya. Él no lo sabe, porque está inmerso en la babilonia que cubre sus oídos y no puede oír mis palabras, ni puede leer mi lenguaje demasiado blando para sus ojos acostumbrados a los complejos tratados de gran deducción lógica. Me quedo con todo este enemigo defectuoso. Antes de ponerlo frente a mí, en el choque que valdrá su preponderancia o la mía, intento hablar de nuevo, pero es como acuchillar en la oscuridad, sólo se oye silbar la hoja, no se pueden preparar ni parar los golpes. Todo el choque es artefactual, deformado por el mundo que me rodea y rodea a mi enemigo, un mundo de marionetas que se imaginan viviendo.

Si yo impongo mi vida, tal como parece, digna o indigna de ser vivida, el otro se ve obligado a oponerme su vida, toda su vida, o a huir. No se trata de tener razón o no, no es un juicio de lo que estoy hablando, no se trata de la verdad que cortas una rebanada aquí para ponerla en papel sulfurizado. La vida no puede ser

rebanada, existe , existe o no , y hay movimientos que la apoyan y otros que la . Se trata de ver hasta qué punto el fortalecimiento de la vida, de mi vida, puede venir de una afirmación de fuerza o de una renuncia, de una afirmación de debilidad.

Tuve un momento de debilidad en mi vida. Era joven, demasiado joven, pero lo que suena a justificación no es más que un hecho anagráfico. Dije no a la vida. Entonces me prometí que no volvería a hacerlo, que aceptaría el desafío del destino siempre con la cara seria, con valor abierto. ¿He cumplido este juramento? No lo sé, hay momentos en la vida en que la línea entre el valor y el miedo, entre la fuerza y la cobardía, es tan delgada que nunca sabes si estás en el reino del valor o del miedo, si eres un cobarde o un valiente. Al fin y al cabo, la valentía en sí misma es una forma de no admitir que tienes miedo.

Por desgracia, los filósofos nos han enseñado, búhos malévolos, que muchos límites y reglas, las correspondencias y relaciones que constituyen y perpetúan el mundo, son tan indispensables para la vida que la vida misma no sería posible sin ellos. Qué grave crimen han cometido estos peces gordos. Qué crimen contra la vida. Los frecuentadores de lo negativo se han engañado a sí mismos pensando que algo podía surgir de la nada, sólo para volver a la nada. Pero, ¿por qué este despilfarro? La calidad no surge de la cantidad, como tampoco la una puede surgir de la otra. Los dos movimientos están juntos y se separan para dar lugar a un mundo ficticio, el de la percepción que ningún alma vendida de filósofo puede considerar realmente vida real. La búsqueda del otro es una búsqueda de unidad, de recomposición, en la medida en que ésta puede ser realizada por el hombre en el mundo.

resto no lo metí en mi equipaje, y me fue bien. [2006]

En el exterior

La ocultación tiene muchos aspectos, muchas máscaras y muchas verdades. Hay verdades que sólo sirven para ocultar. La libertad como valor es una de esas . Me convertí en portador de verdades y me escondí detrás de esta enorme roca. Así es como he visto pasar en broma a tantos valientes, soldados títeres, dispuestos a huir al primer indicio de pe- ricle. Siempre he desconfiado mucho de los bocazas y los alborotadores, los matones verbales que siempre están en otra parte cuando llega el momento. Los presionadores me ponen enferma, sobre todo cuando en mí con preguntas: "¿Qué opinas de Leopardi? Se proporcionan a sí mismos oportunidades tan baratas para hablar de lo que leyeron la noche anterior. He conocido a algunos en medio del peligro y reaccionaron de la misma manera, se levantaron sin tener dinero suficiente para cubrir el puesto. Imprudentes, no valientes, incapaces de odiar, cuando atacar al enemigo hay que ser capaz de odiarlo. Y luego olvidarlo, sin pasarse la vida odiándolo, y recordarlo cuando llegue el momento, y entonces volver a pensar en la belleza de la vida, del amor, del anhelo de amor, no de los cuatro noches en una encrucijada.

Me escondo porque no quiero conocerme, no quiero conocerme porque tendría que a la luz, enfrentarme al peligro, y mi exhibicionismo es una tapadera. Lo he visto en funcionamiento, y tal vez lo he puesto en funcionamiento, no podría jurarlo, pero estoy casi seguro de ello. Yo era portador de la libertad y estaba orgulloso de ello. Este simple hecho debería haberme hecho sospechar. Estar orgulloso de algo que se está haciendo, cuando todavía no se ha hecho, es una hipoteca que excluye cualquier salida futura, necesariamente tendré que estar orgulloso en el futuro, pase lo que pase. Por eso soy refinado en la búsqueda de justificaciones, mul- tiformal en las referencias, delicado y sutil en las diferenciaciones. En cambio, todo procede de la misma manera. Incluso ahora, cuando me siento débil, sigo pretendiendo romperle el cuello a una persona con dos dedos. No sería capaz de hacerlo, pero lo exijo y por eso soy un bufón disfrazado de libertador. Gente mejor que yo ha llegado a pequeñas conclusiones y ahora morirá defendiéndolas, y yo no puedo estar allí con ellos, ni quiero estarlo.

[2006]

Un Estado es un Estado

Un Estado es un Estado, no hay escapatoria. Tiene sus reglas y no puede desviarse de ellas. La democracia se ha encauzado de tal manera que haga el menor daño con el máximo resultado. Los partidos políticos y los sindicatos se coordinan con los grupos de opinión y de presión para garantizar quienes tienen el poder económico en sus manos no lo utilicen con demasiada maldad.

Lo mismo ocurre en Israel. Sin embargo, aquí hay algo que desentona. Si ese algo no estuviera fuera de tono, si todo fuera normal, es decir, si se tratara de un Estado como cualquier otro, los problemas serían mucho más fáciles y, si no solucionables, abordables por la administración común, como otros Estados. En cambio, Israel es un Estado especial, tiene a sus espaldas la experiencia del "mal absoluto", como yo lo llamo o, como se suele decir, del holocausto. Esa experiencia no pasa, pertenece a un pasado que no se puede historiar. Otros pueblos han vivido experiencias similares, en otros lugares los propios judíos, los armenios, los indios americanos, pero sólo unos pocos, y recientemente, están sacando a la luz los aspectos de holocausto implícitos en su destrucción masiva. Los judíos lo han hecho desde el principio.

¿Por qué? Porque se consideran un pueblo peculiar, predestinado por Dios a sufrir todo tipo de persecuciones por sus errores. En parte, los propios judíos se consideraban responsables del holocausto, razón por la cual algunos de ellos colaboraron con los nazis de la ofreciendo listas de sus camaradas o haciendo grandes pagos en efectivo la esperanza de que todo volviera a la "normalidad". Y también por eso muchos de ellos criticaron a quienes, no pocos, intentaron organizar la resistencia armada contra los nazis que querían destruirlos a todos, hasta el final.

Algunos han argumentado que es erróneo hablar de "mal absoluto", pero yo creo que es correcto, porque si la muerte que se quiere infligir al adversario es un mal, la intención, incluso parcial, de destruir a un pueblo (y los nazis siguieron adelante con sus intenciones), es un mal radical. Destruir un pueblo significa impedir el desarrollo en el tiempo de su unidad étnica e histórica, que incluye no sólo a las personas físicas que lo constituyen, sino principalmente su cultura, sus tradiciones, su historia, los proyectos que los individuos podrán extraer de ese patrimonio, mirando hacia un futuro que quienes llevan a cabo este tipo de destrucción quieren aniquilar.

No me parece aceptable asignar a un símbolo el recuerdo de un acontecimiento tan grave que debe ser recordado , cada día y cada momento de la vida de todo hombre, judío o no, por lo que no estoy de acuerdo con días o símbolos de recuerdo más identificables físicamente, como las avenidas arboladas de los justos. Todo el mundo piensa co-

Yo en este punto, pero el recuerdo debe dirigirse también a lo que ese pueblo -y esto a lo largo de cientos de años- ha sufrido, y no es un episodio excepcional y aislado. No cabe duda de que Israel, al erigirse en Estado de referencia para todos los judíos del mundo, ha asumido todas las responsabilidades actuales de un Estado como todos los demás, y no se puede esgrimir ninguna excusa en este sentido restando importancia al holocausto.

En muchos aspectos, esta historia, si se quiere al revés, recuerda el uso instrumental que se hizo de la Resistencia en Italia, para intentar borrar el comportamiento del fascismo, tanto antes como durante la Segunda Guerra Mundial. Un hecho positivo no borra un hecho negativo, la historia no es un juego de pelota, donde se gana o se pierde pero también se puede empatar. Los méritos de la Resistencia, la real por supuesto, y no los certificados falsos redactados después, son los que son, no pueden reconstruir la virginidad de nadie. Conocí a muchos camaradas que habían seguido luchando "después" de que el Estado italiano hubiera declarado el final del conflicto. Estos compañeros fueron condenados a cientos de años de cárcel por bandidaje, robos, asesinatos. Especialmente los anarquistas, que no fueron defendidos por nadie. Sólo un ejemplo, los camaradas de Carrara: Petrini, Mariga, Re y muchos otros recibieron más de treinta años de cada uno. A los comunistas, defendidos por el partido y por abogados como Terracini, les cayeron entre cinco y diez años de cárcel, y algunos fueron a enfrentarse a sufrimientos indecibles y a morir en Rusia, la patria del socialismo.

No hay acciones que puedan caracterizar a un pueblo para siempre, como lo mismo ocurre con un hombre individual. Si uno ha sido valiente una vez, si un pueblo ha sido perseguido durante cientos de años (como sin duda lo ha sido el pueblo judío), eso no garantiza a ese hombre, o a ese pueblo, contra un futuro canalla. El hombre puede convertirse en un torturador y un espía, el pueblo puede caer en manos de gobernantes no tan diferentes de los de , quizá formalmente diferentes, pero en el fondo igualmente deseosos de mandar y engañarlos.

[2006]

Guerra y paz

Los últimos años [1982] se han caracterizado cada vez más por una presencia constante en la publicidad de todo tipo (incluida la publicidad anarquista) del tema de la guerra. La guerra se acerca, está a punto de estallar, los dos grandes bloques internacionales enfrentados se dirigen a la guerra: hagamos todo lo posible para que no estalle, hagamos todo lo posible para que el mundo no se vaya al garete, destruido desde sus cimientos por las ambiciones insensatas de nuestros gobernantes y sus insensatos servidores.

Como suele ocurrir, cuando abordamos un tema que desencadena una compleja reacción de sentimientos y temores en lo más profundo de nuestro ser, no hemos sido capaces -al menos a mí me lo parece- de investigar adecuadamente el problema en sus aspectos prácticos y teóricos. De hecho, cuando estamos a punto de luchar contra un enemigo que nos amenaza, es necesario preguntarnos qué quiere hacer el enemigo, porque la máxima información posible sobre sus acciones nos proporcionará la máxima oportunidad de reprenderle, defendernos, pasar al contraataque. Ahí me parece que no nos hemos planteado claramente una pregunta fundamental: ¿qué es la guerra? No nos hemos hecho esta pregunta porque todos creemos, de una manera u otra, que sabemos perfectamente lo que es la guerra y, por tanto, que somos capaces de hacer lo necesario para combatir a quienes pretenden llevarla a cabo en todo el mundo o en pequeñas zonas limitadas y circunscrita.

En realidad, sin embargo, no tenemos las ideas claras. Que estas ideas no estén claras para la prensa patronal tiene poca importancia, porque ciertamente no es de ella de donde podemos sacar lo que necesitamos para producir el análisis mínimo que necesitamos para dar coherencia y sentido a nuestra acción antimilitarista.

Por el contrario, leer gran parte de la prensa anarquista se siente como leer 'La Repubblica' o 'L'Espresso' revisados y corregidos, cuando no se siente como leer revista de derecho internacional, con algunos cambios en el lenguaje y algunas ingenuidades más.

Para las ideas patronales, no se trata tanto de falta de claridad como de intereses groseramente evidentes: la guerra es un medio para que las clases dominantes garanticen, dentro de ciertos límites, la continuación de la dominación. Pero para quienes se oponen a la dominación, ¿qué significa la guerra en su aterradora concreción?

Para los amos, la guerra es simplemente una aceleración en el uso de medios que prácticamente siempre se han utilizado. Los ejércitos existen, las bombas están ahí, las armas también. Las guerras se suceden ininterrumpidamente desde tiempos inmemoriales, estallando aquí y allá, según una geografía y una lógica que siguen las reglas del desarrollo y la supervivencia del capital. Los patrones no tienen grandes problemas analíticos que resolver. No pueden

hacen la guerra por la sencilla razón de que nunca han dejado de hacerla. Para los que pretenden luchar contra la guerra, la cosa cambia. Su lucha, de hecho, se despliega a través de una serie de intervenciones y acciones que sólo son factibles de su capacidad para desentrañar el mecanismo que rige el fenómeno de la guerra.

Este alcance viene determinado, a su vez, por los propios intereses de clase, las propias concepciones limitadas de los fenómenos sociales y políticos, la propia visión ideológica de la realidad, etc., y ello incluso en una situación como la actual en la que se habla de la posibilidad (no sabemos si cercana o lejana) de una guerra nuclear capaz de destruir a todos y a todo en cuestión de instantes.

En teoría, todo el mundo debería estar en contra de la guerra, especialmente de la guerra que se ha hecho posible hoy en día, ya que todo el mundo está expuesto al peligro de la aniquilación. Pero entonces, ¿cómo se explica que no todo el mundo esté en contra de la guerra? ¿Cómo se explica que los gobiernos encuentren partidarios y ejecutores de su locura? Se explica por el hecho muy simple y fundamental de la división de clases. Está claro que la guerra no asusta a todo el mundo, o no asusta a todo el mundo de la misma manera. Está claro que muchas personas, próximas a los resortes de la dominación y vinculadas a la explotación, cuando no los propios amos o gobernantes, hacen pasar el miedo a la guerra por la perspectiva de reforzar su propia situación de privilegio.

De ello se deduce que las elucubraciones que esta gente produce, tanto en los periódicos como a través de las emisoras, sólo pueden reflejar el deseo de que la guerra se vea como algo inmediato. Ciertamente hay posibilidades de que esto sea cierto, pero debemos llegar a esta conclusión nosotros mismos y no dejarnos llevar por las ideas piloto de los que están en el poder.

Vuelve así la pregunta importante: ¿qué es la guerra? Las publicaciones actuales, e incluso las hojas anarquistas, acaban convirtiéndose en estúpidos medios de repetir lo que afirma la propaganda del régimen. Nos dicen que la guerra está cerca. Nosotros repetimos que ya que la guerra está cerca, hay que hacer todo lo posible para alejarla, para prevenirla, porque los anarquistas siempre han estado en contra de la guerra y porque la guerra es una terrible calamidad que afecta a todos, que no tiene vencedores sino sólo víctimas, que constituye un crimen contra la humanidad.

Argumentos hermosos y profundamente morales que sólo tienen un defecto: no cambian la agenda genocida del poder y no dicen nada nuevo a la gente.

Hagamos la hipótesis que más comúnmente se ha dado en la historia y que -en el pasado- ha abrumado a muchos anarquistas de la mejor talla intelectual. Como se ha dicho, todos estamos en contra de la guerra (de palabra). Ni siquiera los más convencidos partidarios de las virtudes decisivas del conflicto armado entre Estados han encontrado nunca el valor de afirmarlo abiertamente, salvo en algún vano delirio, inmediatamente desairado por colaboradores más sagaces y sagaces. Los que se preparan para la guerra son siempre los más ardientes propagandistas de la paz. Más. Fija su propaganda por la paz en el hecho de que hay que hacer todo lo posible a toda costa para salvar los valores de la civilización, valores que se ven sistemáticamente amenazados por lo que ocurre en el campo contrario. (A su vez, el adversario actúa y opera en el mismo). Hay que hacer de

todo para evitar la guerra, y a menudo acabaron convenciendo a la gente de que tenían que hacer cualquier cosa para evitar una catástrofe mayor. Al estallar la guerra que primero se conoció como la guerra mundial, Kropotkin, Grave, Malato y otros distinguidos anarquistas llegaron a la conclusión de que era necesario participar en la guerra para defender a las democracias (francesa, principalmente) atacadas por los imperios centrales (Alemania, principalmente). Este trágico error fue posible, y siempre lo será, porque entonces se hizo la misma consideración que se hace hoy: no desarrolló un análisis anarquista, sino que se confió en una reelaboración anarquista de los análisis proporcionados por los estudiosos y divulgadores al servicio de la patronal. De ahí que se llegara a la conclusión de que la guerra seguía siendo una inmensa y terrible tragedia, pero que había que preferirla al mayor daño que una victoria del militarismo teutón. Por supuesto, no todos los anarquistas estaban ciegos ante las graves desviaciones de Kropotkin y sus camaradas, Malatesta reaccionó violentamente escribiendo desde Londres, pero el mal estaba hecho y a su vez tuvo consecuencias nada desdeñables para todo el movimiento anarquista mundial.

Del mismo modo, muchos compañeros anarquistas de hoy no se detienen en las imperdonables superficialidades que se pueden leer en algunos de nuestros periódicos y revistas, sino que profundizan en el problema.

Volvamos por un momento a las declaraciones genéricas que abundan por doquier. Ciertamente, no es con apelaciones a la fraternidad universal, a la humanidad, a la paz, al valor de la civilización, como se puede movilizar a las fuerzas verdaderamente dispuestas a luchar contra el Estado. ¿Por qué si no, cuando se trata de problemas relativos a la confrontación social y económica (desempleo, vivienda, escuelas, hospitales, etc.) evita recurrir a tales banalidades? Ahora que se trata de la guerra, ¿estamos de repente autorizados a rebajar nuestros análisis al nivel de las generalizaciones de los humanitaristas radicales?

El hecho es que recurrimos a estos tópicos, que tienen como denominador el con- cepto del miedo, porque no sabemos qué hacer, ni qué decir, ni qué es realmente el fenómeno de la guerra - hoy, en la actual situación política italiana y europea y mundial.

Asustados por nuestra incapacidad para hacer esto, profundamente conscientes de que ni nuestra gloriosa tradición antimilitarista (con las excepciones vistas anteriormente), ni todo el bagaje de otro mundo del pensamiento anarquista, pueden salvarnos, recurrimos al laboratorio analítico del poder. Y así nos convertimos en estudiosos aficionados de los problemas internacionales. Nuestras páginas se llenan de reflexiones, cuando menos cómicas, sobre las relaciones entre EEUU y la URSS, entre la OTAN y el Pacto de Varsovia, entre los países de Oriente Medio y Europa, los problemas económicos se cruzan con las estrategias militares, los datos técnicos relativos a las bombas A, H, N se mezclan en nuestras páginas (y en nuestras cabezas) con los efectos de la propaganda psicológica. El resultado es una gran confusión que da la verdadera medida de lo lejos que estamos de la realidad del choque y de lo mucho que falla cualquier intento que hagamos de acercarnos. Entonces nos volvemos patéticamente pomposos. Insistimos en construir nuestros análisis con más y más datos, prestados de los manuales del poder, y explicamos a la gente que el miedo

es de noventa. No nos damos cuenta de que con ello servimos a los intereses de esa parte del campo patronal que hoy juega con el miedo para conseguir dos resultados fundamentales: desviar la atención de las masas explotadas de la explotación cada vez más pesada que les espera y prepararlas, por qué no, para la guerra. No olvidemos que la mejor manera impulsar la aceptación de una guerra es sembrar el miedo a ella. Mañana, con algunos ajustes hábiles en la propaganda del régimen, este miedo a la guerra total se convertirá fácilmente en un deseo de aceptar una guerra limitada para evitar la guerra total, y quién sabe, tal vez encontremos un nuevo Kropotkin (entre los muchos neo-Kropotkinitas que infestan nuestras páginas anarquistas) capaz de apoyar la necesidad de la guerra pequeña frente a la guerra total (después de todo, "lo pequeño es hermoso").

Por supuesto, los anarquistas estamos en contra de todas las guerras, sean grandes o pequeñas, pero una vez que limitamos nuestro discurso exclusivamente, o fundamentalmente, al miedo, llegamos a posicionarnos en la extrema izquierda del capital, proporcionando al capital la ventana que necesita para amortiguar la disidencia que surge autónomamente dentro de la masa de los explotados.

Es más, una vez que desarrollamos plenamente nuestra crítica a la guerra nuclear total y mostramos lo terribles que son los efectos de las bombas atómicas de todo orden y grado, y una vez que añadimos como simple corolario que no sólo estamos en contra de la guerra atómica, sino en contra de todo tipo de guerra entre Estados, porque toda guerra es un genocidio, una fechoría abominable, un crimen contra la humanidad, y continuamos con esos tópicos, somos contradictorios y dañinos. En efecto, aportamos elementos fundados, científicos y concretos contra la guerra atómica (nos los transmite el propio capital), pero nos limitamos a los tópicos humanitarios habituales en lo que se refiere a la guerra no atómica, incitando involuntariamente a la gente (que con razón siente repulsión por los tópicos humanitarios) a predisponerse hacia un rechazo de la guerra atómica y una probable aceptación de la "pequeña guerra". Y quién sabe, tal vez esto es exactamente lo que el capital quiere de nosotros.

Como no se puede dudar de nuestra buena fe, sólo queda profundizar en el tema y preguntarse cómo desarrollar mejor la propaganda contra la guerra.

Al profundizar en esta parte del problema, nos damos cuenta de que la guerra constituye un momento particular de la estrategia general de explotación llevada a cabo por el capital.

Expliquémonos. Para los Estados existen aspectos oficiales que marcan la diferencia entre un estado de guerra y un estado de paz en términos de derecho internacional. Es obvio que este tipo de diferencia no puede interesar a los anarquistas, que para comprender un verdadero estado de guerra no tendrán que esperar a que el Estado "A", a través de su diplomacia, entregue una declaración de guerra al Estado "B". La tarea de los anarquistas ante todo en romper, en la medida de lo posible y durante el mayor tiempo posible, la cortina oficial que los Estados extienden ante los ojos de los pueblos para explotarlos, engañarlos y conducirlos a la matanza. Para ello, por tanto, no podemos esperar a que las formalidades del derecho internacional se

cumplido, debemos anticiparnos a los tiempos y denunciar la situación real de guerra incluso cuando no exista un estado de guerra oficialmente reconocido.

La sospecha de que no es posible establecer una frontera clara entre la guerra y la paz también llegó, a decir verdad, a los propios teóricos del poder. Clausewitz, en su día, se vio obligado a desarrollar un análisis de la guerra como "continuación de la política por otros medios". Los estudiosos contemporáneos (Bouthoul, Aron, Sereni, Fornari, etc.) también han tomado conciencia del problema y han intentado captar el elemento que permite diferenciar, aunque sea mínimamente, el estado de guerra del estado de paz. Tras examinar los elementos que caracterizan los conflictos armados, los fenómenos de masas y los procesos de tensión en la opinión pública -elementos todos ellos que no son específicos del estado de guerra por sí solo-, estos estudiosos han tenido que concluir que lo que caracteriza a la guerra es su carácter jurídico y que este carácter es atípico de la estructura jurídica que rige a los Estados beligerantes en "tiempo de paz". En otras , la guerra se caracteriza por la legitimación para matar, una legitimación realizada a través de la esfera jurídica que, por regla general, en tiempos de "paz" no protege ni el asesinato ni la masacre.

Está claro que los criterios que distinguen la guerra de la paz no son los que los anarquistas pueden considerar válidos. No estamos dispuestos a admitir que el "estado de guerra" declarado oficialmente por el poder estatal sea indispensable para identificar, denunciar y atacar una "situación real de guerra". Y, por su parte, el Estado sabe perfectamente que el aspecto oficial de la "declaración" de guerra no proporciona más que una simple coartada legal para una expansión de los procesos de muerte que, regla general, persigue como característica específica de su propia existencia. El Estado es un instrumento de explotación y de muerte, por lo tanto es un instrumento de guerra. Decir Estado es decir guerra. No hay estados en guerra y estados en paz. No hay estados que quieran la guerra y estados que quieran la paz. Todos los estados, por el mero hecho de existir, son instrumentos de guerra. Para convencerse de ello, y superar la objeción de quienes nos acusan de maximalismo fácil, basta pensar en el hecho evidente de que no es el número de muertos, la especificidad de los medios utilizados, el terreno del enfrentamiento, el objetivo que se fijan los beligerantes, lo que determinará la diferencia entre el "estado de guerra" y el "estado de paz". Matar sistemáticamente a una decena de trabajadores al día en el lugar de trabajo es un fenómeno de guerra que sólo difiere (en lo que a nosotros respecta) en número de las muertes que se cuentan por miles en un campo de batalla. En este sentido, no hay posibilidad de identificar un "verdadero estado de paz" bajo el régimen del capital, sino sólo un "estado de paz" ficticio que en la práctica equivale a un "verdadero estado de guerra".

La guerra es, pues, una actividad del Estado que no caracteriza un período transitorio y circunscrito de su existencia, sino que constituye la esencia misma de su estructura en la medida en que podemos conocerla a través de la experiencia de los procesos de explotación. Caen así las ilusiones socialdemócratas del desarme unilateral, del pacifismo perbe- nista, de la no violencia burguesa. Quien sólo apoya la tesis del pacifismo y lucha así por impedir que el Estado haga la guerra es esencialmente un reaccionario que

Apoya la guerra constante del Estado con preferencia a otra guerra (que para él es diferente) pero que en esencia no lo es, siendo prácticamente una extensión del conflicto a una escala ligera o considerablemente mayor.

Esto explica cómo los partidos en el gobierno (PSI) y los partidos que han traicionado el ideal de los trabajadores (PCI) o los partidos que alimentan las ambiciones humanitarias de la burguesía (Radicales) pueden, con gran descaro o con estúpida ignorancia de la realidad, pronunciar discursos contra la guerra. En la práctica, sus discursos garantizan la continuidad de la guerra real, preparando a las masas para la aceptación de nuevas (siempre posibles) ampliaciones de la guerra con vistas a evitar una guerra cada vez mayor que, de este modo, se aplaza indefinidamente mientras se desarrolla y mantiene el estado objetivo de conflicto.

Estos conceptos deberían ser -y, de hecho, son- más o menos aceptados por todos los anarquistas. Sin embargo, como se desprende de muchos artículos y discursos publicados en los últimos años en nuestra prensa periódica, uno se desliza con demasiada facilidad sobre el tema de la guerra como algo que se puede evitar y que constituye, en sí mismo, un objetivo de lucha capaz cohesionar las fuerzas revolucionarias.

Se ha dicho que de repente, en este último período, nos hemos encontrado cara a cara con un peligro de conflicto mundial, un peligro mayor que en el pasado. Se ha dicho que hay que hacer algo inmediatamente contra la guerra mundial que se avecina, contra el aumento del armamento atómico por parte de EE.UU. y de la URSS. Se ha dicho que hay momentos en la vida de un pueblo o de un continente, en que los problemas sociales, económicos y políticos se ven superados por necesidades mucho más apremiantes y elevadas que apelan a categorías absolutas como la supervivencia. Esta última afirmación -que leemos en "Umanità Nova" (nº 30, 1981)- es lo más increíble que hemos leído nunca. Coincide con otra perla, también en "Umanità Nova" (nº 29, 1981), que, al concluir un grito de alarma contra la guerra, afirma que los anarquistas no pueden hacer otra cosa que proponer una alianza "cultural" (¡sic!). A continuación se desarrolla un análisis muy detallado de la política internacional que haría reír si no tirara de la fibra sensible ver hasta qué punto se ha reducido el movimiento anarquista italiano. En otros periódicos, otros análisis, quizá más sofisticados, pero siempre llenos de la superficialidad que parece campar a sus anchas, periódicos que lanzan gritos de alarma contra los Estados que se preparan para la guerra, periódicos que desempolvan su antimilitarismo encerrándolo en una protesta platónica contra los ejércitos, las armas y las guerras, sin darse cuenta de que el propio discurso que promueven no es más que una forma disfrazada de socialdemocracia. Más ingenuamente, otro columnista habla de un "destello" refiriéndose a Comiso y a la decisión del gobierno italiano de estacionar allí cruceros estadounidenses. Pero, ¿"atisbo" para quién? ¿Quizás para el movimiento anarquista?

Luchar contra la guerra está bien. Levantarse contra el militarismo, contra las bombas, los ejércitos, los generales, está bien. Oponerse a la instalación de misiles está bien. Pero si éste se convierte en el único nivel de intervención en la realidad, si éste es el único resquicio que le queda abierto al movimiento anarquista, mientras que todas las demás intervenciones son ahora imposibles

y no proporcionan aperturas de ningún tipo, uno debe preguntarse qué está pasando, y no lanzarse de cabeza a la actividad que sólo es posible.

Si en las otras áreas de intervención tenemos dificultades (y nadie puede negar que estas dificultades), si el propio movimiento en su conjunto está luchando por encontrar sus estructuras, sus componentes, sus militantes, si el diálogo operativo abierto con los otros componentes del movimiento revolucionario real superando la desconfianza ajena y propia, es ahora mudo y sordo, a pesar de los esfuerzos realizados y del altísimo precio pagado, si el nivel de la publicidad anarquista es espantosamente bajo, si los propios libros anarquistas se difunden cada vez menos en el seno del movimiento, hay que preguntarse: ¿La aceptación del tema de la guerra, incluso por nuestra parte, y la incapacidad de situar correctamente este tema dentro de la lógica específica del Estado, no es una consecuencia de nuestra incapacidad primordial para abordar la realidad de la lucha?

La progresiva y vertiginosa atrofia de esos pocos instrumentos de intervención que habíamos conseguido dotarnos en los últimos años, después de tantos sacrificios y luchas, ¿no es uno de elementos que contribuyen a que consideremos el problema de la guerra como central y prioritario, como separado y por encima de los demás problemas que nuestra lucha contra el poder nos plantea a diario?

Y al hacerlo, es decir, al enterrar la cabeza en la arena de nuestras debilidades, y al abordar el problema de la lucha antibelicista sin la mínima estructura militante que antes poseíamos y que ya no tenemos, ¿no corremos el riesgo de ser -una más- los vanos portadores de una ideología maximalista que sólo es cómoda para el capital?

Puede que estas cuestiones no sean compartidas por muchos camaradas, pero siguen sin resolverse como puntos que requieren más estudio y debate.

Me parece que es necesario profundizar en las condiciones generales del choque de clases y reexaminar la función que los anarquistas pueden desempeñar dentro del propio choque, como movimiento específico y como capacidad organizativa en términos de estructuras revolucionarias externas, capaces de expresar el potencial del movimiento general de los explotados.

Lo más urgente es identificar nuestras debilidades, la persistencia de nuestros viejos miedos, la ideologización anquilosada que contamina muchos sectores de nuestro movimiento, las infiltraciones socialdemócratas y respetables, la indecisión a la hora de pasar a la acción, el afán de juicio a priori, la cerrazón eclesiástica y maniática, los restos del aristocratismo que nos hacía considerarnos monótonos contadores de la verdad. Si tenemos que volver a empezar, y desde luego no es la torpeza de Sísifo lo que nos falta, volvamos a empezar de la mejor posible, borrando los viejos errores.

Llevando al extremo el análisis de nuestras posibilidades reales de lucha, no nos distanciamos en del compromiso antimilitarista y del problema de la guerra; al contrario, estamos en condiciones de dar una respuesta mucho más precisa y significativa, una indicación y un plan de acción mucho más detallados que en la actualidad.

que sólo nos ve como proveedores de refritos teóricos de la burguesía y despotricadores dozzinales de un maximalismo humanitario que todo el mundo puede compartir y que, por eso mismo, nadie está dispuesto a apoyar.

[Publicado en *Elementi per la ripresa di una pratica anarchica dell'antimilitarismo rivoluzionario*, Forlì 1982, pp. 13-22, con el título: *La guerra, la pace e l'azione anarchica oggi*. Publicado también en Aa.Vv.*, La guerra e il suo roovescio*, Turín 1991, pp. 75-85].

Anarquistas contra el muro

El muro está ahí, donde antes no estaba. Es un artefacto espantosamente gigantesco, sigue modulándose a lo largo de cientos de kilómetros, expandiéndose más allá de los "límites fronterizos" más o menos aceptados internacionalmente, creciendo en altura y transformándose en trincheras y otras estructuras todas ellas igualmente dirigidas a aislar al "enemigo".

Conozco algunos de los lugares físicos donde se levanta, Tulkarem, por ejemplo, Qalqiliya, en Gush Etzion, al sur de Jerusalén.

Pero no se trata de eso. Un muro es una construcción de piedras y hormigón. Una trinchera es un agujero excavado varios metros en el suelo y asistido por alambre de espino, un mecanismo electrónico, una puerta giratoria, todos son objetos mudos, queridos por el miedo e impuestos por la fuerza. No son el punto esencial de una distancia humana que lleva tanto tiempo cavándose entre israelíes y palestinos, hasta hacerse casi insalvable.

En la base de ese distanciamiento está el miedo a quienes, en una época tan remota que parece arcaica, habrían podido colaborar con los colonos de la "primera oleada" y que poco a poco se convirtieron, si no en verdaderos enemigos armados, en mano de obra barata a la que utilizar. Y luego, lentamente, en el desentrañamiento de décadas y errores, o trampas, políticas e internacionales, como en la profanación de dirigentes de todos los colores (y partidos y partidarios), ese miedo se convirtió en un objeto consolidado, mucho más alto y duro que los muros de cualquier tipo.

¿Cómo acercarse a los que se han enquistado en el rechazo y la asfixia, a los que se revuelcan en el fango de los campos, a los que alimentan la ideología demencial de "tirémoslos a todos por la borda", a los que disparan sus qassam fabricados contra las espesas nubes de su patio trasero? Y, en sentido contrario, ¿cómo acercarse a quienes ven en el muro, y en sus detalles uno más horrible que el otro, la única defensa contra un enemigo siempre retratado agresivamente, siempre como alguien mal dispuesto a todo acuerdo? ¿Qué decir de ciertas manifestaciones en defensa de la segregación?

En mi opinión, el problema no debe limitarse a una cuestión de pro- paganda. No se trata sólo de denunciar los abusos cometidos por la construcción de más de setecientos kilómetros de muro, ni de la vergüenza de esta guetización que debería decir algo horrible e inaceptable a los judíos, más que a nadie en el mundo. Pero es necesario dar un paso más.

No sólo debemos colaborar con los palestinos, buscarlos como hermanos y no como enemigos a los que hay que ablandar mostrando cómo no todos los judíos están a favor de ese monstruo de hormigón que clama venganza ante el cielo. Pero hay que ir un paso más allá.

¿Y en qué deben consistir estos pasos?

En el ataque. Demostrativo al principio, ¡por Dios! No quiero hablar de un ataque decisivo, pues al fin y al cabo sólo la ilusión militarista se alimenta de tales ataques hasta la indigestión. Sino de un ataque contra los objetivos concretos que apuntalan, garantizan, justifican y financian el funcionamiento de una monstruosidad como el muro del que estamos hablando.

No basta con llamarnos "anarquistas contra el muro", si luego el muro permanece frente a nuestras narices como emblema de la inevitabilidad histórica de las decisiones de quienes detentan el poder, de quienes usurparon las instancias libertarias originales de los primeros asentamientos israelíes.

¿Grandes acciones? ¿Miles de personas en las calles? ¿Fraternización entre judíos y palestinos de tal manera que haga temblar el cristal de la Knesset? Sí, posiblemente también, pero no sólo eso.

Al fin y al cabo, los anarquistas han sido capaces históricamente, incluso en solitario, de llevar a cabo acciones de ataque que, en su pequeña y reproducible medida, han significado un gran indicio para quienes sufren la marginación, la explotación y el genocidio.

Y esta última , créanme, no fue elegida al azar.

El hecho es que la realidad está ante nuestros ojos, no hacen falta grandes teorías ni explicaciones técnicas o estratégicas particulares. Del mismo modo, no es necesaria una iluminación extraordinaria con respecto al puñado de mujeres y hombres que han tomado conciencia de su existencia. A menudo, esta condición fundamental de la existencia -la toma de co-ciencia de una condición de abuso que alguien sufre, ya sean unos pocos o muchos individuos, personas o pueblos, esto es una cuestión para más adelante- una vez que se ha puesto en práctica, nadie puede detenerla.

¿Y quién podría detener nuestra acción, nuestra acción como anarquistas?

¿Necesitamos el signo carismático de algún líder? ¿De una dirección estratégica formada por cuatro imbéciles autodeclarados? Desde luego que no.

Somos nosotros quienes debemos atacar. Los demás son sólo elementos de apoyo, indispensables pero no primarios.

Conocemos el crimen que nubla nuestros horizontes bajo la luz del sol. Sabemos quiénes son los miserables que pagan las consecuencias cada día. Sabemos quiénes son los autores, más allá de divisiones de banderas o de opciones religiosas más o menos arraigadas en el atavismo de nuestros padres.

Eso es todo lo que necesitamos.

[Febrero de 2012; *Introducción* a U. Gordon y O. Grietzer (), *Anarquistas contra el muro. Acción directa y solidaridad con la lucha popular palestina*, Chico, CA 2013].



Alfredo M. Bonanno
Palestine, mon amour
Cuarta edición
2007

Primera edición: diciembre de
1997 Segunda edición: junio de
1999 Tercera edición: abril de
2007 Cuarta edición: marzo de
2024
Edición inglesa: *Palestine, mon amour*, Elephant Editions, Londres s.d.
Pensamiento y Acción nº 9

www.edizionianarchismo.net